



Bestiario 6

Comentario [LT1]:

Una chiquilla a la que nunca le sucede nada

Kirill Bulychev

Ilustraciones de Evgeni Tihonovich Migunov

Traducido del ruso por F. Petrov en *Viaje por tres mundos*, cuentos de ciencia ficción soviética, Editorial MIR, 1969. Las ilustraciones de la edición en inglés, *The girl nothing happens to*, Mir Publishers, 1973

Kirill Bulychev nació en el año 1934. Es orientalista. Se especializa en la historia de Birmania. Autor de algunos libros científicos y de divulgación científica, así como de libros para los niños. En el año 1965 empezaron a publicarse sus primeros cuentos de ciencia-ficción.

**Cuentos de la vida y milagros de una chiquitina del siglo XXI,
dictados por su papá**



A manera de prólogo

Mañana Alicia irá a la escuela. Ni duda cabe que será un día de lo más interesante. Ya desde hoy en la mañana, sus amigos y conocidos continuamente la llaman por videófono para felicitarla. A decir verdad, la propia Alicia hace tres meses que no deja en paz a nadie, a todo mundo le platica de su futura escuela.

Bus, el marciano, le envió un plumero tan extraño que hasta ahora nadie ha podido ponerlo en servicio. Ni yo, ni mis colegas, hemos podido, a pesar de que entre ellos se cuentan dos doctores en ciencias y el mecánico en jefe del parque zoológico.

El *shusha*, animalito del que después hablaremos, ha dicho que irá a la escuela junto con Alicia para ver que tan cierto es que su profesora es una pedagoga muy experimentada.

¡Qué alborozo! Para mí que cuando fui por primera vez a la escuela, nadie armó tanto ruido.

Ahora el alboroto se ha calmado un poco. Alicia se ha ido al zoológico para despedirse de *Brontia*, otro personaje que más tarde conoceremos. Ahora que hay tranquilidad en casa, dictaré algunas historias de la vida de Alicia y de sus amigos. Luego enviaré esas notas a su maestra. Le será de provecho saber que va a tratar con una persona carente en lo absoluto de seriedad. Puede ser que las notas la ayuden a impartir una buena educación a mi hija.

En un principio, hasta los tres años, Alicia era como todos los niños. Así lo confirmará la primera de las historias que voy a relatarles; pero luego, pasado un año, al encontrarse con *Brontia*, se reveló en su carácter la habilidad de hacer las cosas en la forma más inadecuada, desaparecer en el momento más inoportuno e, incluso, hacer por casualidad descubrimientos que están más allá de las fuerzas de los más ilustres científicos contemporáneos. Alicia es tan lista que sabe sacar provecho de toda actitud benevolente que se le dispense; lo que no obsta para que tenga muchísimos y muy fieles amigos. En cuanto a nosotros, sus sufridos padres, no es rara la ocasión que encontramos difícil su trato. No estamos en posibilidades de permanecer sentados todo el tiempo en casa; yo trabajo en el zoológico y mamá construye edificios que, además y por lo regular, se encuentran en otros planetas.

Quiero también prevenir de antemano a la maestra de Alicia, en anticipo de que la desconcierten los modos y maneras de mi hija. A las pruebas me remito, tales son, en efecto, las historias presentes, completamente verídicas, sobre las cosas que durante los últimos tres años le han ocurrido a nuestra niña Alicia en diferentes lugares de la Tierra y del Cosmos.

Yo marqué el número al azar

Alicia no duerme, ya son las diez de la noche.

—Alicia, duérmete en seguida, porque si no...

—¿Qué quieres decir con el «porque si no», papito?

—Porque si no, llamaré por el videófono a Baba-Yaga.

—¿Quién es esa Baba-Yaga?

—Vaya, todos los niños tienen que saberlo. Baba-Yaga, pata de hueso, es una bruja pirulí que se come a los niños desobedientes.

—¿Y por qué?

—Pues, por ser mala y estar hambrienta.

—¿Y por qué está hambrienta?

—Porque a su casita no llegan distribuidores de víveres.

—¿Y por qué no llegan?

—Porque su casita es muy, pero muy vieja, y se encuentra lejos de aquí, en un bosque.

Alicia estaba tan interesada que se sentó en la cama.

—¿Trabaja en un bosque vedado?

—¡Alicia, duérmete en seguida!

–Pero me prometiste llamar a Baba-Yaga. ¡Papito, por favor, llama a Baba-Yaga!

–La llamaré, pero lo lamentarás.

Me acerqué al videófono y oprimí, algunos botones. Estaba seguro de que no se establecería la comunicación y que Baba-Yaga «no llegaría a su casa»; pero me equivoqué. La pantalla del videófono se iluminó, se encendió vivamente, sonó un clic (alguien oprimió el botón de recepción en el otro extremo de la línea) y una voz somnolienta se dejó oír antes de que imagen alguna apareciera en la pantalla.

–La Embajada de Marte al videófono.

–Bueno papito, ¿vendrá ella? –inquirió Alicia en voz alta desde el dormitorio.

–Ya está durmiendo –contesté con enfado.

–La Embajada de Marte al aparato –repitió la voz.

Me volví hacia el videófono. Un joven marciano me estaba mirando. Tenía los ojos verdes y sin pestañas.

–Perdóneme –le dije–, parece que me equivoqué.

El marciano se sonrió. No me miraba a mí, sino a alguien que estaba detrás de mí. Naturalmente era Alicia que había saltado de la cama y se encontraba ahora pisando el suelo, descalza.

–Buenas noches –le dijo al marciano.

–Buenas noches, niña.

–¿Baba-Yaga vive en su casa?

–Sabe Ud. –dije– Alicia no puede dormirse y he querido llamar por el videófono a Baba-Yaga para que ésta la castigue. Pero me he equivocado al marcar el número.

El marciano se sonrió de nuevo.

–Buenas noches, Alicia –dijo él–, hay que dormir, de otro modo tu papá llamará a Baba-Yaga.

El marciano se despidió de mí y desconectó.

–Y ahora, ¿vas a dormir? –le pregunté–. ¿Has oído lo que acaba de decir este marciano?

–Me voy. ¿Vas a llevarme contigo a Marte?

–Sí, si es que te portas bien, en el verano volaremos para allá.

Por fin, Alicia se durmió y volví a mi trabajo. Ya era la una de la madrugada cuando empezó a sonar apagadamente el videófono. Oprimí el botón. Me estaba mirando el marciano de la Embajada.



–Perdóneme, hágame el favor, por molestarle tan tarde –me dijo–. Pero su videófono no estaba desconectado, cosa que me hizo suponer que Ud. aún no dormía.

–¿En qué le puedo ser útil?

–¿Podría Ud. ayudarnos? –preguntó el marciano–. Ningún miembro de la Embajada duerme todavía, han rebuscado por todas las enciclopedias, han escudriñado guías de videófonos, pero no han podido localizar el lugar donde vive Baba-Yaga y, para colmo de males, no sabemos ni siquiera quién es.

Brontia

A nuestro parque zoológico trajeron un huevo de *brontosaurio*. Lo encontraron unos turistas chilenos en un deslizamiento del suelo en las riberas del río Yeniséi. El huevo era casi redondo y se conservó muy bien en los hielos perpetuos. Los especialistas, al empezar a estudiar el huevo, lo encontraron completamente fresco, por lo que decidieron colocarlo en la incubadora del zoológico.

Claro que no eran muchas las personas que tenían fe en el éxito del experimento; pero, una semana después, las radiografías mostraron que el embrión del brontosaurio empezaba a desarrollarse. Tan pronto lo anunciaron por la intertelevisión empezaron a llegar a Moscú científicos y corresponsales de todos los países. Tuvimos que reservarles todo el hotel «Venus» de ochenta pisos,

situado en la calle Gorki; pero como éste era incapaz de alojarlos a todos, en mi comedor dormían ocho paleontólogos de Turquía, en tanto que un periodista ecuatoriano y yo habitábamos la cocina y dos corresponsales de la revista «Mujeres de Antártida» se alojaban en el dormitorio de Alicia. Cuando mamá llamó por el videófono desde Nukus, sitio donde estaba construyendo un estadio, creyó que se había equivocado de número.

Todos los satélites de televisión mostraron en sus transmisiones el huevo en distintas posiciones: de frente y costado, por arriba y por abajo, al revés y al derecho y en otras para las que no encuentro nombre.

El congreso de cosmoofilólogos en pleno llegó al zoológico para ver el huevo; pero ya para ese entonces impedíamos la entrada a la incubadora, por lo que hubieron de conformarse con ver a los osos blancos y a los mántidos de Marte.

Al cuadragésimosexto día de una vida de locura, el huevo se estremeció. En aquel preciso momento el profesor Yakata y yo estábamos sentados al lado de la campana, debajo de la cual se encontraba el huevo, tomando té. Ya habíamos dejado de creer en que algo iba a salir del huevo. No hicimos más radiografías para no perjudicar al «nene». No nos atrevíamos a formular pronósticos, pues nadie antes había tratado de criar brontosaurios.

He aquí que el huevo se estremeció, crujió una vez más y, a través de la gruesa cáscara semejante a una piel, empezó a salir una cabeza negra parecida a la de una serpiente. Se pusieron en marcha las cámaras automáticas de cine. Supuse que se encendería sobre la puerta de la incubadora la luz roja. En el territorio del zoológico se inició algo parecido al pánico.



Transcurridos cinco minutos, en torno de nosotros se encontraron todos los que debían estar aquí y también algunas personas cuya presencia no era obligatoria, pero que, sin embargo, eran muy curiosas. Un calor sofocante reinaba en el ambiente.

Por fin salió del huevo un pequeño brontosaurio.

—¿Papá, cómo se llama? —inquirió la conocida voz.

—¡Alicia! —exclamé asombrado—. ¿De qué modo entraste aquí?

—¿Yo? Con los corresponsales.

—Pero a los niños no se les permite estar aquí.

—A mí sí que me lo permiten. Le he dicho a todo el mundo que soy tu hija. Y me han dejado entrar.

—¿Es que acaso no sabes que no se debe hacer uso de las amistades para fines particulares?

—Pero papito, el pequeño *Brontia* estará aburrido, porque no ve niños. Tal es la razón de que me haya atrevido venir.

Mi mano se desplomó en señal de abatimiento; el caso es que no tenía ni un solo minuto libre para sacar a Alicia de la incubadora, y no había nadie quien pudiera hacerme ese favor.

–Tienes que quedarte aquí y no debes salir a ninguna parte –le dije, y corrí a la campana con el brontosaurio recién nacido.

No le hablamos a Alicia durante toda la tarde. La reñimos. Le prohibí entrar en la incubadora, pero me objetó que no podía obedecerme, porque *Brontia* le daba lástima. Otro día, de nuevo entró a la incubadora. La trajeron consigo los cosmonautas de la nave «Júpiter-8». Los cosmonautas eran héroes y nadie podía negarles la entrada.

–Buenos días, *Brontia* –dijo Alicia acercándose a la campana.

El brontosaurio la miró de soslayo.

–¿Quiénes son los padres de esta niña? –preguntó severamente el profesor Yacata.

Yo quería que la tierra me tragase; pero Alicia que no tiene pelos en la lengua; lo retó:

–¿Conque no le gusto a Ud.? –le preguntó.

–Al contrario... Claro que sí. La cosa es que pensé que Ud. se había perdido... –el profesor desconocía en lo absoluto el arte de conversar con niñas pequeñas.

–Bueno, *Brontia* –dijo Alicia–, te visitaré mañana. ¡No te pongas triste!

Y en verdad al otro día vino a visitarlo de nuevo. Y venía casi todos los días. El personal del zoológico se había familiarizado con ella y la dejaba pasar sin chistar. No tuve más remedio que lavarme las manos, pues como nuestra casa estaba ubicada cerca del zoológico y no había que cruzar la calle y además Alicia siempre encontraba a alguien que la acompañara.

El brontosaurio crecía a ojos vistas. Al mes tenía dos metros y medio de largo, fecha en que lo trasladaron a un pabellón que se le construyó especialmente. El brontosaurio andaba por una franja de tierra cercada y masticaba raíces de bambú y plátanos. El bambú lo traían de la India en cohetes de carga y los plátanos nos los suministraba el *sovjós* «Campos de Regadío». En el centro del corral había una piscina con agua tibia y un poco salada. Esta agua era del gusto del brontosaurio.

De repente, el animalito perdió el apetito. El bambú y los plátanos que constituían el alimento de tres días se quedaron intactos. Al cuarto día, el brontosaurio se acostó en el piso de la piscina y puso su pequeña cabeza negra sobre el borde de plástico. Según todos los síntomas se preparaba a morir. No podíamos permitirlo, era el único brontosaurio que teníamos. Los mejores médicos del mundo nos ayudaron; pero todo era en vano. *Brontia* se negaba a alimentarse de hierbas, vitaminas, naranjas, leche, nada apetecía.

Alicia ignoraba esta tragedia, pues la había enviado a Vnúkovo a vivir con su abuela. Al cuarto día, Alicia conectó el televisor en el momento en que transmitían

la noticia del empeoramiento de la salud del brontosaurio. Desconozco cómo supo convencer a la abuela, pero por la mañana del día siguiente Alicia entró corriendo en el pabellón.

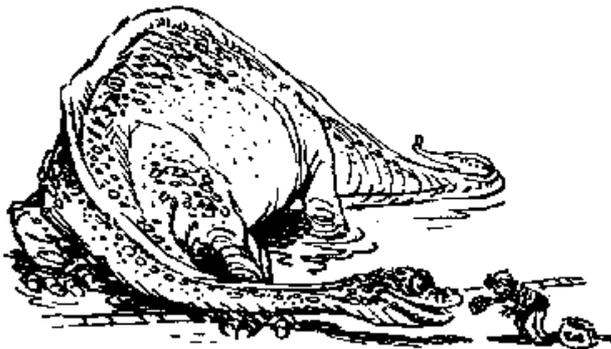
–¡Papito! –gritó– ¿Por qué no me lo quisiste decir? ¿Por qué?

–Más tarde, Alicia, más tarde –contesté–, estamos en una reunión.

Realmente tuvimos una reunión que prácticamente se prolongó los últimos tres días sin interrupciones. Alicia no dijo nada y se alejó. Pasó un minuto y oí que alguien lanzaba ayes. Me volví y ví que Alicia había pasado por encima de la barrera y, deslizándose por el corral, llegaba corriendo al hocico del brontosaurio. En sus manos llevaba un panecillo.

–¡Come *Brontia*! –rogó– si no, aquí te matarán de hambre. Los plátanos pueden fastidiar a cualquier persona.

Antes de que yo pudiera llegar a la barrera, pasó algo inverosímil que, a la vez que hizo famosa a Alicia, dio al traste con nuestra reputación de biólogos.



El brontosaurio levantó la cabeza y mirando a Alicia tomó cuidadosamente el panecillo de sus manos.

–Cuidado, papito –me amenazó con el dedo, al ver que yo pretendía pasar la barrera–. *Brontia* te tiene miedo.

–No le hará daño a la niña –afirmó el profesor Yacata.

Yo mismo comprendí que no le iba a hacer daño. ¡Pero, si la abuela viera este espectáculo!

Luego los científicos discutieron largo tiempo.

Todavía ahora se encuentran discutiendo. Algunos decían que *Brontia* necesitaba un cambio de comida, otros aseguraban que le tenía confianza a Alicia. Por sí o por no, pero la crisis pasó.

En aquel momento *Brontia* se domesticó por completo y ya tenía cerca de treinta metros de largo. Le causaba un gran placer llevar a Alicia en su lomo. Uno de mis asistentes construyó una escalera doble especial y cuando Alicia entraba en el pabellón, *Brontia* alargaba su largo cuello y con sus dientes triangulares tomaba la escalera doble que se encontraba en un rincón, colocándola muy ágilmente al lado de su brillante costado negro.

Luego llevaba a Alicia por el pabellón o nadaban juntos en la piscina.



Los tutexas

Tal como le había prometido a Alicia, la llevé conmigo cuando fui a Marte para participar en una conferencia.

Llegamos felizmente. En realidad, como no soporto muy bien la imponderabilidad, prefería no levantarme del sillón, pero mi hija revoloteaba todo el tiempo por la nave; una vez tuve que hacerla bajar del techo de la cabina de mando, pues quiso oprimir un botón rojo, nada menos que el botón del freno de emergencia; sin embargo, los pilotos no se enfadaron mucho con ella.

En Marte visitamos la ciudad, fuimos con unos turistas al desierto, vimos las Cuevas Gigantescas. Después, ya no tuve tiempo para atender a Alicia, y la mandé por una semana a un internado. En Marte trabajaban muchos especialistas nuestros y los marcianos nos ayudaban a construir la inmensa campana de una ciudad infantil. En esta ciudad uno se siente bien, crecen árboles terrestres naturales. A veces los niños hacen excursiones. En este último caso se ponen escafandras pequeñas y salen en filas a las calles de Marte.

Tatiana Petrovna, así se llamaba la educadora, afirmó que no debía preocuparme por Alicia. También Alicia me dijo que podía irme tranquilo. y nos despedimos por una semana.

Al tercer día Alicia desapareció del internado.

Era un acontecimiento completamente excepcional, ya que durante toda la existencia del internado, nadie se había ausentado por más de diez minutos. En Marte, particularmente en las ciudades, es imposible perderse y mucho menos en el caso de un niño terrestre que lleva puesta escafandra. El primer marciano que lo encontrase lo llevaría a la ciudad infantil. ¿Y los robots? ¿Y el servicio de seguridad? ¡No!, en Marte es imposible desaparecer; pero Alicia desapareció.

Habían pasado ya casi dos horas de su desaparición cuando me llamaron a la conferencia y me trasladaron en un todoterreno-saltador marciano al internado. Por lo visto he de haber tenido un aspecto lastimoso, porque cuando aparecí en la campana los presentes callaron apesadumbrados. ¡Quién no estaba allí! Se reunieron todos los profesores y robots del internado, diez marcianos con sus escafandras puestas (ellos tienen que ponerse las escafandras al entrar en la campana), pilotos estelares, el jefe del rescate, arqueólogos, y quién sabe cuantas personas más.

Las estaciones de televisión, pasada una hora seguían transmitiendo, cada tres minutos, la noticia de que había desaparecido una niña de la Tierra. En todos los videófonos de Marte aparecía la señal de alarma. Se suspendieron las clases en las escuelas marcianas, y los alumnos, tras repartirse en grupos, se dedicaron a la búsqueda de Alicia por la ciudad y sus alrededores.

La desaparición de Alicia fue notada apenas su grupo regresó del paseo. Desde aquel momento habían pasado dos horas. En su escafandra sólo había oxígeno para tres horas.

Conociendo bien a mi hija pregunté si habían revisado todos los escondites del internado y de sus alrededores; podía ser que se hubiera encontrado un mántido marciano y estuviera observándolo.

Me contestaron que en la ciudad no había sótanos y que los alumnos y estudiantes de la universidad de Marte habían revisado todos los escondites, pues los conocían muy bien.

Me enfadé con Alicia. Sin duda ella iba a salir muy pronto de algún rincón con un aspecto inocentísimo; pero su comportamiento le causaba a la ciudad más daños que una tormenta de arena. Todos los marcianos y los llegados de la Tierra que vivían en la ciudad suspendieron sus trabajos; además, todo el servicio de rescate se encontraba en estado de alerta. A pesar de todo eso, la inquietud se apoderaba más y más de mí. Su aventura podía tener un mal desenlace.

Todo el tiempo llegaban noticias de los grupos de salvamento. «Los alumnos del segundo gimnasio marciano revisaron el estadio. Alicia no estaba». «La Fábrica de dulces marcianos informa que la niña no se encuentra en su territorio...»

«¿Puede ser que se haya aventurado a salir al desierto?» –pensé–. Si hubiera estado en la ciudad, ya la hubieren encontrado. Pero el desierto... los desiertos marcianos no han sido bien estudiados todavía. Allá, si uno extravía el camino, puede significar la perdición; pero las regiones del desierto próximas ya habían sido exploradas e investigadas con vehículos todoterreno-saltadores».

–¡La han encontrado! –gritó de repente un marciano vestido con una túnica azul que estaba mirando un televisor de bolsillo.

–¿Dónde? ¿De qué modo? ¿Dónde? –empezaron a preguntar agitados todos los reunidos debajo de la campana.

–En el desierto. A doscientos kilómetros de aquí.

–¿A doscientos?

«Realmente –pensé– no conocen a Alicia. De ella se puede esperar todo».

–La niña se siente bien y pronto estará aquí.

–¿De qué modo pudo llegar allá?

–En un cohete de correo.

–Ahora está claro –dijo Tatiana Petrovna– y se puso a llorar.

Era de todos la que más nerviosa se encontraba. Todo el mundo se dio a consolarla. La pobre Tatiana decía:

–Pasamos por el Correo Central. Allí estaban cargando cohetes automotrices del servicio postal. No les presté atención alguna, pues como los podía ver cien veces al día.

A los diez minutos, un piloto marciano trajo a Alicia y todo quedó en claro.

–Entré a buscar una carta –dijo Alicia.

–¿Qué carta?

–Papi, tú dijiste que mamá nos escribiría una carta, por eso entré en el cohete a buscar la carta.

–¿Entraste en el cohete?

–Claro que sí. La puerta estaba abierta y había muchas cartas.

–¿Qué hiciste después?

–Tan pronto entré, la puerta se cerró, y el cohete emprendió el vuelo. Empecé a buscar un botón para pararlo. Había muchos botones, al oprimir el último, el cohete comenzó a descender; luego se abrió la puerta. Salí, alrededor había sólo arena, pero Tatiana Petrovna no estaba, ni tampoco los niños.

–¡La niña oprimió el botón de descenso de emergencia! –dijo admirado el marciano de la túnica azul.

–Lloré un poquito; luego me decidí a ir a casa.

–¿Cómo adivinaste la dirección adónde había que ir?

–Subí a una loma, para ver desde allí. En la loma había una puerta, la abrí, entré en una habitación y me senté.

–¿Qué puerta? –preguntó asombrado el marciano–. En aquella región, aparte del desierto, no hay nada.

–No, sí había una puerta y una habitación. En la habitación se encuentra una piedra parecida a las pirámides de Egipto, pero muy pequeña. ¿Te acuerdas, papito, cuando me leías un libro acerca de las pirámides de Egipto?

Las palabras de Alicia produjeron un entusiasmo súbito entre los marcianos y en el propio jefe del servicio de rescate, persona que respondía al nombre de Nasarián.

–¡*Tutexas!* –gritaron.

–¿Dónde encontraron a la niña? ¿Qué coordenadas tiene el sitio?

Respondidas estas interrogantes, la mitad de los presentes se esfumó. Tatiana Petrovna, al tiempo que se puso a dar de comer a Alicia, me relató que muchos millares de años atrás en Marte había una civilización misteriosa de *tutexas*, de la que solamente sobrevivieron algunas pirámides de piedra. Hasta ahora ni los arqueólogos marcianos, ni los llegados de la Tierra habían podido encontrar construcción alguna de los *tutexas*, aparte de una que otra pirámide en el desierto, generalmente cubierta de arena. He aquí que Alicia había tropezado por casualidad con una construcción de los *tutexas*.

–Ves, de nuevo has tenido suerte –dije–, pero de todos modos te llevaré inmediatamente a casa. Allí podrás perderte cuanto quieras y sin escafandra.

–A mí también me gusta más perderme en casa –dijo Alicia.

...Pasados dos meses de estos sucesos leí en la revista «Alrededor del Mundo» un artículo con el título de «¿Quiénes Fueron los *tutexas*?» En este último se daba cuenta de que en el desierto marciano al fin se habían logrado descubrir valiosos monumentos de la cultura *tutexiana*. Actualmente los científicos se ocupan de descifrar la escritura encontrada en el lugar. Sin embargo, lo más interesante es que en una pirámide se halló la imagen de un *tutexiano*,

admirablemente conservada. En el cuerpo del artículo estaba impresa la fotografía de una pequeña pirámide con la imagen de un *tutexiano*.

La imagen me pareció conocida. En seguida me sobrecogió una terrible sospecha.

–Alicia –dije en tono muy severo–, dime sinceramente, ¿dibujaste tú algo en la pirámide cuando te perdiste en el desierto?

Antes de contestar Alicia se me acercó y miró atentamente la figura en la revista.

–Correcto. Este eres tú, papito. Sólo que no te dibujé, nada más te bosquejé con una piedrecita. Estaba yo tan aburrida.

El *shusha* tímido

Alicia tiene muchos animalitos conocidos: dos gatitos, un saltamontes marciano que vive debajo de su cama y por las noches imita sonidos de *balalaika*, un erizo que vivió muy poco aquí y luego se fue de nuevo al bosque, *Brontia* el brontosaurio, al que Alicia visita en el parque zoológico y, para terminar, Rexs, un perro pachón enano, al parecer de raza no muy fina.

Cuando regresó la primera expedición de Sirio, Alicia se hizo de un animalito más.

Alicia y Poroshkov se conocieron en la manifestación del Primero de Mayo. No sé cómo se las arregló. Alicia tiene muchas amistades. De una u otra manera se encontró, entre los niños que habían llevado flores a los cosmonautas. Imagínense mi sorpresa, cuando veo por televisión que Alicia corre por la plaza con un ramo de rosas celestes, más grandes que ella misma, y lo entrega al propio Poroshkov.

Poroshkov la tomó en los brazos, vieron la manifestación y se retiraron juntos.

Alicia volvió a casa en la tarde con una gran bolsa roja en las manos.

–¿En dónde estuviste?

–La mayor parte del tiempo la pasé en el jardín de niños –contestó.

–¿Y la menor parte, en dónde?

–A nosotros nos llevaron a la Plaza Roja.

–¿Y luego?

Alicia comprendió que la había visto en la televisión y dijo:

–Después me pidieron que felicitara a los cosmonautas.

–¿Quién te pidió tal cosa?

–Un camarada, tú no lo conoces.

–Alicia, ¿no te has encontrado con el término «castigo corporal»?

–Ah, ya sé. Así se dice cuando nos pegan; pero creo que eso tan sólo sucede en los cuentos.

–Temo que el cuento tenga que hacerse realidad. ¿Por qué te metes en donde no debes?

Alicia pareció enojarse conmigo; pero, de pronto, en su bolsa roja algo se movió.

–¿Y eso qué es?

–Es un regalo de Poroshkov.

–¡Has pedido un regalo para ti! ¡Nada más esto me faltaba!

–No he pedido nada. Es un *shusha* de los que Poroshkov trajo de Sirio. Es un pequeño *shusha*, puede decirse que es un *shushito*.

Y Alicia sacó cuidadosamente de la bolsa un diminuto animalito de seis patas, parecido a un cangurito. El animalito tenía grandes ojos de libélula, los movía velozmente a la vez que se asía muy fuertemente con sus patitas delanteras del vestido de Alicia.

–Ves, ya me quiere –dijo Alicia–. Le haré la cama.

Al igual que todo el mudo, ya conocía la historia de los *shushas*. En particular los biólogos la conocíamos mejor que nadie. Teníamos en el zoológico cinco *shushas* y de un día a otro esperábamos un aumento en la familia.

Poroshkov y Bauer descubrieron a los *shushas* en uno de los planetas del sistema de Sirio. Estos graciosos e inofensivos animalitos, que no se apartaban ni un paso de los cosmonautas, resultaron ser mamíferos, pese a que por sus hábitos recordaban más bien a nuestros pingüinos. Tenían su misma curiosidad tranquila y emprendían las mismas eternas tentativas de llegar a los lugares más inaccesibles. Una vez Bauer tuvo que salvar un *shusha* que se disponía a hundirse en una gran lata de leche condensada. La expedición trajo una película cinematográfica de los *shushas* que tuvo un gran éxito en las pantallas de cines y videófonos. Por desgracia, la expedición no tuvo tiempo para estudiarlos debidamente. Se sabía que los *shushas* venían al campamento de la expedición por la mañana y que desaparecían, al caer las primeras sombras, por alguna parte entre las rocas.

Sea como fuere, de una manera u otra, pero al regresar la expedición a la Tierra, Poroshkov descubrió en uno de los compartimentos tres *shushas* que probablemente se habían perdido en la nave. Ciertamente es que Poroshkov pensó al principio que los *shushas* habían sido traídos sin permiso por algún miembro de la expedición; pero al expresar este pensamiento, la indignación de sus camaradas fue tan viva que Poroshkov hubo de poner punto final a sus sospechas.

La aparición de los *shushas* trajo consigo una serie de problemas adicionales. En primer lugar, podían ser fuente de infecciones desconocidas. En segundo lugar, podían morir durante el viaje, quizás no resistirían las sobrecargas. En tercer lugar, nadie sabía cómo podía alimentarseles, etc., etc..

A fin de cuentas los temores resultaron infundados. Los *shushas* sobrellevaron perfectamente la desinfección, se alimentaban dócilmente con caldo y frutas en conserva. Esta su última predilección les ganó un enemigo a muerte en la persona de Bauer, pues amaba la compota y en los últimos meses de la expedición tuvo que renunciar a su parte en obsequio de los polizones.

Durante el largo viaje una *shusha* tuvo seis *shushitas*. Así que la nave llegó a la Tierra llena de *shushas* y *shushitas*. Resultaron ser animalitos conscientes y no ocasionaron disgustos o incomodidades a nadie, si exceptuamos a Bauer.

Recuerdo el momento histórico del arribo de la nave a la Tierra, cuando ante las cámaras cinematográficas y de televisión se abrió la escotilla y, en lugar de los cosmonautas, apareció un sorprendente animal hexápodo. Tras éste bajaron algunos más, sólo que más pequeños. Todos los espectadores perdieron el aliento del asombro, pero luego se tranquilizaron al ver que de la nave salía sonriente Poroshkov. Este último llevaba en las manos un *shusha*, bañado en leche condensada.

Una parte de los animalitos se envió al zoológico, otros se quedaron con los cosmonautas. El *shusha* de Poroshkov cayó al fin de cuentas en manos de Alicia. ¿Se sabrá algún día cómo fue que cautivó al severo cosmonauta?

El *shusha* vivía en una gran cesta de la cama de Alicia, no comía carne, de noche dormía, era amigo de los gatitos, temía al saltamontes y, cuando Alicia le miraba o narraba sus éxitos o sus fracasos, ronroneaba suavemente.



El *shusha* creció muy rápido y a los dos meses se puso del tamaño de Alicia. Iban a pasear al parquecito de enfrente y Alicia nunca le ponía collar.

–¿No irá a asustar a alguien? –preguntaba yo.

–No, no asusta a nadie. Y, además, se resentiría si le pongo collar. Es tan sensible.

Una noche Alicia no se dormía, se puso caprichosa y me pedía que le leyera algo sobre el doctor Ahímeduele.

–No tengo tiempo, hijita –dije–. Debo terminar un trabajo urgente. A propósito, ya es tiempo que tú sola leas los libros.

–Pero no es un libro, es un microfilm y tiene letras muy pequeñas.

–Bueno, pero es sonoro. Si no quieres leer, conecta el sonido.

–Tengo demasiado frío como para levantarme.

–Entonces, espera. Terminaré de escribir y luego lo prendo.

–Si tú no quieres hacerlo voy a pedírselo al *shusha*.

–Bueno, pídeselo –le dije.

Un instante después escuché en la habitación la suave voz del microfilm:

«... y aún tenía el doctor Ahímeduele un perro llamado Abba».

Esto significaba que Alicia pese a todo se había levantado y conectado el aparato.

–¡Ahora mismo a la cama! –grité–. Te resfriarás.

–Pero si ya estoy en la cama.

–¡No debes engañarme! ¿Quién entonces ha puesto el microfilm?

–El *shusha*.

Nunca he querido que mi hija crezca como una mentirosa. Dejé mi trabajo por la paz y me dirigí a su habitación para hablarle muy en serio.

De la pared colgaba una pantalla. El *shusha* maniobraba el microproyector y en la pantalla se veían unos pobres animalitos que se agrupaban en la puerta del consultorio del buen doctor Ahímeduele.



–¿Cómo es que conseguiste amaestrarlo tan bien? –pregunté con sincero asombro.

–No lo amaestré. Por su cuenta corre todo lo que sabe.

El *shusha*, turbado, movía sus patas delanteras. Callábamos todos.

–Y sin embargo... –dije al fin.

–Excúseme –se escuchó una voz alta y ronca; esto lo decía el *shusha*–. Es que yo en realidad he aprendido. No es difícil.

–Perdóneme –dije.

–Esto no es difícil –repitió el *shusha*–. Ud. mismo proyectó anteayer a Alicia el cuento del rey de los saltamontes.

–No, ya no me refiero a eso. ¿Quisiera saber cómo es que ha aprendido a hablar?

–Estudiamos juntos –dijo Alicia.

–No comprendo nada. Decenas de biólogos trabajan con *shushas* y no se dio el caso de que *shusha* alguno pronunciara una palabra.

–Pero el nuestro sabe leer. ¿Verdad, que sabes?

–Un poco.

–Me cuenta cosas tan interesantes.

–Somos grandes amigos su hija y yo.

–¿Pero por qué ha callado durante tanto tiempo?

–Por timidez –respondió Alicia por él.

El *shusha* bajó la vista.

El fantasma

El verano lo pasamos en Vnúkovo. Cosa muy cómoda, pues por allí pasa el monocarril y de la estación a nuestra casa de campo son cinco minutos a pie. En el bosque, al otro lado del camino, crecen hongos castaños y hongos con cabecitas rojas, pero en menor número que el de los aficionados a recogerlos.

Llegaba a la casa de campo directamente del zoológico y en vez de descansar caía en la vida efervescente del lugar. La causa de esto era Kolia, mi vecinito, un niño conocido en todo Vnúkovo por sus «hazañas» consistentes en quitar juguetes a los otros niños. Para estudiarlo vino una vez un psicólogo de Leningrado, el mismo que luego escribió una tesis sobre el niño Kolia. El psicólogo estudiaba a Kolia, mientras éste comía dulces y se quejaba días enteros. Para ver si se tranquilizaba le traje de la ciudad un cohete de fotonos de tres ruedas.

Además, allí vivían la abuela de Kolia a la que le gustaba hablar de genética e incluso escribía una novela sobre Mendel, la abuela de Alicia, el niño Yura y su mamá Karma, tres gemelos de la calle vecina que cantaban en coro bajo mi ventana y, por último, un fantasma.

El fantasma vivía en algún lugar bajo el manzano, sus apariciones no databan de mucho tiempo atrás. Alicia y la abuela de Kolia creían en el fantasma, y nadie más.

Alicia y yo estábamos sentados en la terraza, aguardando que el nuevo robot fabricado por la fábrica de Schiólkovo terminara de cocinar la deliciosa *kasha*, platillo de la cocina rusa. Los fusibles del robot ya se habían fundido dos veces, motivo por el que Alicia y yo censurábamos a la fábrica; pero como no teníamos ganas de ponernos a cocinar y la abuela que siempre lo hacía fue al teatro, me puse a repararlo.

Alicia dijo:

–Hoy vendrá él.

–¿Quién es él?

–Mi fantasma.

–El fantasma no es él, es «eso» –corregí automáticamente sin quitar los ojos del robot.

–Bueno –dijo ella sin discutir que yo le llamara «eso»– sea pues, «eso». Kolia les quitó las nueces a los gemelos. ¿No es sorprendente?

–Es sorprendente. ¿Pero, qué es lo que has dicho del fantasma?

–Que es bueno.

–Para ti todos son buenos.

–A excepción de Kolia.

–Pero, Kolia aparte... Creo que si te trajera una víbora que exhala fuego, también trabarías amistad con ella.

–¿Es probable, es buena?

–Hasta ahora nadie ha podido hablar con ella. Vivía en Marte y lanza un veneno hirviente.

–¿Es posible que la ofendieran al sacarla de Marte? –a esta pregunta no pude contestar nada. Era la pura verdad. A la víbora nadie le tomó opinión de si se la llevaban o no de Marte. Por el camino devoró al perro de la nave «Kaluga», can querido de todos los tripulantes. Así se ganó el odio de todos los cosmonautas.

–Bueno –cambié el tema–. ¿Qué pasa con el fantasma, con «eso»? ¿A qué horas se aparece?

–Sólo de noche.

–Oh, es natural. Desde los tiempos más remotos así es. De los cuentos de la abuela de Kolia no se puede esperar otra cosa...

–La abuela de Kolia me cuenta sólo la historia de la genética... Méndel era objeto de tantas persecuciones.

–A propósito, ¿cómo reacciona tu fantasma al canto del gallo?

–De ninguna manera. ¿Por qué?

–Sabes, todo fantasma honrado tan pronto oye el canto del gallo debe desaparecer maldiciendo espantosamente.

–Hoy le preguntaré por los gallos.

–Está bien.

–Hoy voy a acostarme un poco más tarde, me es preciso hablar con el fantasma.

–Bueno, por favor, no sigas, basta de bromas. Ya el robot ha preparado la *kasha*.

Alicia se sentó a la mesa y se dio a comer la nutritiva *kasha*, en tanto que yo proseguía el estudio de las notas científicas redactadas en el parque zoológico de Guayana.

Tropecé con un artículo muy interesante que trataba de los *ucusumas*. Hablaba de una revolución en la zoología, pues nada menos se había logrado la reproducción de los *ucusumas* en cautiverio. Los retoños al nacer eran de color verde oscuro, no obstante que los caparazones de sus progenitores eran de color azul celeste.

En esto estaba, cuando empezó a obscurecer y Alicia me dijo:

–Bueno, ya me voy.

–¿A dónde vas?

–A visitar al fantasma... recuerda que me lo prometiste.

–Y yo que pensé que bromeabas.

–Pero si para ti es tan necesario salir al jardín, anda pues, sólo ponte una chaqueta ya que hace frío. y no te vayas más allá del manzano.

–¿Para qué ir más lejos? Allí me espera.

Alicia corrió al jardín. Yo la seguía con la mirada. No quería inmiscuirme en su mundo de fantasía. ¡Qué importa que la rodeen fantasmas, hadas, caballeros valientes, gigantes buenos del planeta azul de los cuentos!... Claro es que siempre y cuando se acostara a sus horas y comiera normalmente. Apagué la luz de la terraza pues me impedía vigilar a Alicia. Observé cómo se acercó al manzano viejo y frondoso y se paró bajo sus ramas.

Y he aquí que... del tronco del manzano se desprendió una sombra azul que se encaminó a su encuentro.

La sombra parecía flotar en el aire, sin tocar el césped.

En seguida, al tiempo que yo tomaba algo pesado, bajé por la escalera, saltando los escalones de tres en tres. Lo que sucedía ya no era de mi parecer. O se trataba de una broma de mal gusto, o de no sé que. Si bien no atinaba a saber cuál era el «o» apropiado.

–Ten cuidado papá –susurró Alicia, al escuchar mis pasos–. Lo asustarás.

Tomé a Alicia del brazo. Ante mis ojos se esfumó en el aire una silueta azul.

–Papá, ¿Qué es lo que has hecho? No ves que ya casi lo había salvado.



Alicia lloraba a gritos, mientras me la llevaba a la terraza. ¿Qué era aquello que había visto a la sombra del manzano?

–¡Por qué has hecho esto! –lloraba con pesar Alicia–. Tú me lo habías prometido...

–Yo no he hecho nada –contesté–. No existen los fantasmas.

–Tú mismo lo has visto. ¿Por qué no dices la verdad? El no soporta el movimiento del aire. ¿Será posible que no comprendas que hay que acercársele despacio para que el viento no lo desorganice?

Yo no sabía que contestar; pero de una cosa estaba convencido, en cuanto Alicia se durmiera, saldría con un farol al jardín y lo registraría palmo a palmo.

–El ha dejado una carta para ti. Sólo que ahora no te la daré.

–¿Qué carta?

–No te la doy.

Me percaté de que arrugaba una hoja de papel que tenía en su mano. Alicia me miró y yo a ella. Luego, no obstante lo pasado, me dio la hoja.

En la hoja, escrito de mi puño y letra, se encontraba el horario de alimentación de los *krums* rojos. Llevaba tres días buscándola.

–Alicia, ¿en dónde has encontrado mi nota?

–Pero dale la vuelta. El fantasma no tenía papel y le di el tuyo.

En el reverso, con letra desconocida, estaba escrito en inglés:

«Respetado profesor»:

Me atrevo dirigirme a Ud. en razón de lo penoso de mi situación. Preciso de la ayuda ajena para salir de ella. Por desgracia me encuentro impedido de ir más allá de un círculo de un metro de radio que tiene por centro al manzano. Sólo es posible ver mi triste estado en la obscuridad. Gracias a la delicada y sensible naturaleza de su hija, he podido al fin lograr comunicación con el mundo exterior.

Soy el Prof. Kuraki, víctima de un experimento malogrado. Inicé experimentos para transmitir la materia a distancia. Pude transmitir dos pavos y un gato de Tokio a París. Mis colegas los recibieron felizmente. Sin embargo, el día en que resolví verificar el experimento conmigo mismo, los fusibles del laboratorio se quemaron justo en el momento del experimento, y la transmisión careció de la energía necesaria. Me difundí en el espacio, y la parte más concentrada de mi organismo se encuentra en el área que ocupa su muy honorable casa de campo.

En tan dolorosa situación me encuentro ya una segunda semana, por lo que sin duda me dan por muerto o desaparecido.

Le ruego, que al recibir mi carta envíe a la brevedad posible un telegrama a Tokio. Así alguien repondrá los fusibles de mi laboratorio y podré materializarme.

Agradezco de antemano la atención que preste a la presente.

Kuraki

Miré fijamente a la sombra en el manzano. Descendí de la terraza y me le acerqué. Un tenue fulgor azul pálido que apenas si podía distinguirse. «El fantasma», se mecía en el tronco. Escudriñando atentamente me fue dable percibir la silueta de una persona.

Figuróseme que el fantasma en actitud de imploración extendía sus brazos al cielo.

Sin perder un sólo instante corrí desenfrenadamente al monoriel y, desde la estación, videofoneé a Tokio. La operación en su totalidad me llevó diez minutos. Recordé, ya en mi veloz retorno a casa, que había olvidado acostar a Alicia. Aligeré el paso hasta donde me lo permitieron mis fuerzas.

La luz de la terraza no estaba apagada; Alicia mostraba su herbolario y colección de mariposas a un japonecito pequeño y demacrado.

El japonecito sostenía en las manos una cazuela y, sin quitar los ojos de los tesoros de Alicia, comía delicadamente *kasha* que paladeaba con deleite.

Al verme, el invitado hizo una reverencia y me dijo:

–Soy el profesor Kuraki, su eterno servidor. Ud. y su hija me han salvado la vida.

–Si papá, éste es mi fantasma –dijo Alicia–. ¿Ahora crees en ellos?

–Creo –contesté, a la vez que decía–: Mucho gusto en conocerle, señor profesor.

Los visitantes desaparecidos

Los preparativos para el recibimiento de los *labucilianos* transcurrían solemnemente. Todavía no se había dado el caso que el sistema solar fuera visitado por huéspedes provenientes de tan lejanas estrellas. Las primeras señales de los *labucilianos* las recibió la estación de Plutón y, pasados tres días, el radioobservatorio de Londel logró establecer comunicación con ellos.

Los *labucilianos* aún se encontraban lejos, pero en el cosmódromo Sheremétievo-4 ya se había e puesto punto final a los preparativos de su recepción. Las muchachas de la fábrica «Rosa Roja» lo habían adornado con guirnalda de flores y los alumnos de los Cursos Superiores de Poesía, ponían punto final a la puesta en escena de un espectáculo literario y musical.

El mundo entero se daba cita en Sheremétievo, ahora cosmódromo y en tiempos lejanos aeropuerto de Moscú, los embajadores de todos los países de la Tierra presurosamente reservaban asientos en las tribunas, en tanto que los corresponsales pernoctaban en las salas de buffets del multicitado y admirado cosmódromo.

La casa de campo donde Alicia vivía se encontraba por Vnúkovo, no lejos del cosmódromo. Le había dado por hacer colecciones de hierbas y, siendo una niña tan tenaz como audaz, se le había metido entre ceja y ceja llegar a tener un herbario más completo que el de Vania Shpits quién, cursando años superiores, no dejaba de llevarle una ventaja considerable.

Es el caso pues, que Alicia llevada de su obsesión botánica se encontraba ajena a los muy solemnes preparativos de la recepción.

Por mi parte, yo su padre, no tenía participación directa en la recepción. El trabajo que se me había encomendado se iniciaría con posterioridad al aterrizaje de los labucilianos.

El curso que en aquellos días tomaban los acontecimientos, febriles y vertiginosos, era el siguiente:

El ocho de marzo informaron los labucilianos que salían de una órbita circular. Casi justo en este instante se presentó una trágica casualidad. La Tierra en lugar de establecer contacto con la cosmonave de los labucilianos, lo hizo con el satélite sueco «Nobel-29», desaparecido hacía dos años. El error no tardó en ponerse de manifiesto, pero ya era irremediable, la cosmonave de los labucilianos había desaparecido sin dejar huella, toda comunicación con ella había quedado rota.

El nueve de marzo, a las 6:33 A.M., los labucilianos consiguieron restablecer las comunicaciones y dieron a conocer el punto de su descenso: 55°20' del paralelo norte y 37°40' del meridiano este del sistema terrestre de coordenadas, con un error posible de 15', o lo que es lo mismo, no lejos de Moscú.

Un ratito después se cortó nuevamente la comunicación, no siendo posible ya volver a entablarla, con la sola excepción de una ocasión de la que me permitiré hablar cuando venga al caso. Al parecer se daba la maligna circunstancia de que la radiación terrestre ejercía una influencia destructiva sobre los aparatos e instrumentos de los labucilianos.

En tanto los labucilianos eran víctimas de tales contratiempos, cientos de máquinas y miles de te personas se volcaban, materialmente hablando, al es lugar del descenso de nuestros visitantes. Los caminos se encontraban invadidos por una masa humana interesada en encontrarlos.

Inútil es decir que en el cosmódromo Sheremétievo-4 no quedó ni un alma. Las salas de buffet habían quedado desiertas de corresponsales. En tanto, el cielo de Moscú se veía obscurecido por al densas nubes de helicópteros, helicoaviones, ornitópteros, aviones torbellenos y demás fauna mecánica, electrónica y fotónica de vehículos de vuelo. Las mangas de langosta de la antigüedad eran una mota en comparación con esta masa voladora.

Tan gigantesco despliegue de observación y exploración aérea hubiera dado con los labucilianos, aunque a éstos se los hubiera tragado la tierra. Sin embargo, el caso es que no se les encontraba.

Además, lo que agravaba mayormente la situación, ninguno de los vecinos de lugar había sido testigo del descenso de la cosmonave. Cosa tanto más extraña, cuanto que a aquellas horas casi todos los habitantes de Moscú y de sus afueras se encontraban escudriñando el firmamento.

Todo esto era signo y señal de que se había incurrido en un error.

Al caer la tarde, la hora en que regresaba del trabajo, grande fue mi sorpresa al encontrar trastornado y alterado el curso habitual de la vida del planeta, tanto era el temor que embargaba a nuestro pueblo de que algo les hubiera ocurrido a los visitantes. Por dondequiera el suceso era motivo de discusiones. Se oía decir:

—«¿Puede ser que los labucilianos estén constituidos de antimateria, por lo que al entrar en la atmósfera terrestre es factible que se hayan evaporado?».

—«¿Pero cómo? —interrogaba otro—. ¿Sin .que se dejara ver una sola chispa, así nada más, sin dejar huella? —y se respondía a sí mismo—: ¡Tonterías! ».

Otro fulano argumentaba:

—«Pero ¿qué es lo que nosotros sabemos de las propiedades de la antimateria?».

Un zutano más disputaba:

—«Entonces ¿quién diablos dio la noticia del descenso?».

Algunas voces le contestaron:

—«Tal vez un bromista».

Alguien dijo con tono de reproche:

—«¡Vaya con el bromista, mírenlo nada más! ¿No será que hasta con Plutón haya conversado?».

Algunos apuntaban:

—«¿No será que los labucilianos son invisibles?».

Otros más hacían notar:

—«Bueno, pero de todos modos ya era hora de que los instrumentos los captaran...»

Tal era la tónica que la desconocida suerte de los huéspedes imprimía a las conversaciones y a los comentarios. Sea como fuere, el caso es que las versiones relativas a la invisibilidad de los visitantes ganaban más y más adeptos...

A todo esto yo ya me encontraba sentado en la terraza, pensando para mis adentros: ¿No será que aterrizaron cerca, quizá en el campo vecino? Y que ahora los pobrecitos se encuentren pegados a los costados de su cosmonave, temerosos y asombrados por qué la gente no repara en ellos. No es nada difícil que se hayan ofendido y emprendido el vuelo... Ya me había decidido a bajar y encaminarme al campo antes citado, cuando vi un tropel de gente que salía del bosque. Eran los habitantes de las casas vecinas. Se tomaban de las manos tal como si jugasen a la «víbora de la mar».

Al instante comprendí que mis vecinos me habían adivinado el pensamiento y se habían dado a la búsqueda de los visitantes invisibles.

Justo en este instante se escuchó una transmisión de todas las radioemisoras en cadena del mundo. Se hacía saber que un radioaficionado del norte de Australia

había grabado un mensaje de los labucilianos. En éste se repetían las coordenadas de su posición y, a continuación, aparecían las palabras siguientes:

–«Nos encontramos en un bosque. Hemos enviado un grupo de exploradores en búsqueda de seres terrenos. Seguimos recibiendo sus señales. Nos sorprende la ausencia de comunicación...».

En este punto se cortó la transmisión.

El suceso en cuestión acarrió de inmediato varios millones de nuevos partidarios a la idea de que nuestros visitantes eran invisibles.

Desde la terraza divisé cómo la ronda de vecinos hacía un alto y a continuación se internaba de nuevo en el bosque. En este mismo momento se me apareció Alicia en la terraza, llevando una cesta de fresas en las manos.

–¿Qué le pasa a esa gente? –preguntó, sin saludarme.

Le respondí:

–¿Cómo que qué pasa con esa gente?, antes ha de decirse «Buenas tardes», tanto más si uno no ha visto a su único papito en todo el día.

–Bueno –me contestó Alicia–, cuando te fuiste por la tarde yo ya dormía. Pero ahora te las doy papá: Buenas tardes. Dime papá, ¿qué fue lo que pasó?

–Alicia, ¿es que acaso no sabes que los labucilianos se perdieron?

–Papá, no tengo el gusto de conocerlos.

–Pero, Alicia, nadie los conoce.

–Papito en realidad no te entiendo. Algo que uno no conoce no se puede perder.

–No enredes Alicia. Volaban a la Tierra. El caso es que aterrizaron y se perdieron.

En este punto de nuestra conversación me percaté que la lógica de Alicia era impecable, no era extraño que lo que yo decía le sonara a tontería y, sin embargo, era la verdad pura y llana.

Alicia me dirigió una mirada de desconfianza:

–¿Será posible que tales cosas sucedan?

–No, no siempre sucede así. Por lo general es casi inconcebible.

Alicia insistió:

–¿Entonces no encontraron el cosmódromo?

Me aventuré a contestarle:

–De cierto es lo que ha de haber pasado.

–Bueno, ¿en qué lugar crees que se hayan perdido?

–En alguna parte de las afueras de Moscú. A lo mejor no lejos de aquí.

–¿Así que los buscan en helicópteros y a pie?

–Sí.

–Además, ¿qué tanto esperan los labucilianos, ¿porqué no se presentan por sí mismos?

–Es muy posible que aguarden a que los seres terrenos vayan a su encuentro. No has de olvidar que es por vez primera que visitan la Tierra, cosa que tal vez los cohíba de abandonar su nave.

Alicia calló, al parecer mi respuesta la había satisfecho. En seguida dio dos vueltas por la terraza, sin apartarse un punto de su canastita de fresas. Luego me preguntó:

–¿Están en el campo o en el bosque?

–En el bosque.

–¿Y cómo es que lo sabes?

–Así lo comunicaron por radio los propios labucilianos.

–¡Qué bien que así sea!

–Cómo, cómo... ¿Qué quieres decir con que está bien?

–Quiero decir que está muy bien que se encuentren en el bosque.

–¿Por qué dices eso?

–Por nada, es que me asusté, se me figuró haberlos visto.

–¿Cómo es eso?

–Nada, nada... Yo bromeaba...

Pegué un salto de la silla al tiempo que le decía:

–Alicia, grandísima embustera...

–En verdad que no he ido al bosque, papá. Te doy mi palabra de honor que no he ido. Sólo estuve en el prado. O lo que es lo mismo, no pudieron haber sido ellos a quienes vi.

–Alicia, a ver si sueltas la lengua y me dices todo lo que sabes, pero –le advertí– no te atrevas a añadir nada de tu cosecha. Dime, ¿en verdad viste a algún extraño en el bosque?

–Te he dado mi palabra de honor, papá. No he estado en el bosque.

–Bueno, quiero decir en el prado.

–Papá, no he hecho nada malo. Además, de ellos no se puede decir que sean algo extraños.

–Mira, Alicia, no te andes con rodeos, contéstame sin evasivas, ¿a quién viste y en dónde? ¡Te ruego que no me atormentes a mí y a toda la humanidad en mi persona!

–¿De manera que tú, mi papacito, eres toda la humanidad?

–Escucha, Alicia...

–Bueno, bueno... Aquí los tienes. Vinieron conmigo.

Instintivamente miré a todos lados. Pero, sin contar un abejorro refunfuñón, la terraza se encontraba desierta. Fuera de Alicia y yo no había .persona o ser alguno.

–Vamos, vamos, papá. No miras a donde se debe –suspiró Alicia decepcionada, al tiempo que se me aproximaba diciendo–: Mi propósito era guardarlos para mí. Desconocía que la humanidad entera los buscara.



Llevó el cesto de fresas hasta mis propias narices y fue cuando, sin poder dar crédito a mis ojos, contemplé dos figurillas embutidas en unas escafandras, bañadas de pies a cabeza en zumo de fresas. Se encontraban muy tranquilos, sentados, montando una fresa.

–No les he hecho daño –me dijo Alicia con una voz que me pareció de culpa–. Yo creía que eran como los gnomos de los cuentos.

A esto yo ya no la escuchaba. A la vez que con suma delicadeza oprimía yo la canastilla contra mi pecho, me precipité al videófono para anunciar la nueva al mundo.

Claro que la hierba ha de haberles parecido un bosque espeso. Tal fue la forma como tuvo efecto el primer encuentro con los labucilianos.



Una persona en el pasado

Teníamos en la puerta un acontecimiento de la mayor importancia, el funcionamiento de una máquina del tiempo se iba a verificar en la pequeña sala de la Sociedad de Ciencias. Antes de presentarme como testigo de la prueba, pensé en recoger a Alicia en el jardín de niños y llevarla a casa, pero enseguida caí en la cuenta que de hacerlo así llegaría tarde al experimento. Por lo tanto, conociendo a Alicia, le pedí que me diese su palabra de honor de que no iba a hacer de las suyas, es decir, que observaría buen comportamiento y excelente conducta. Un representante del Instituto del Tiempo, una persona alta y calva, se encontraba de pie ante la máquina del tiempo. Inició la explicación de su construcción y funcionamiento a una audiencia compuesta de científicos que lo escuchaban con la mayor atención. Sus palabras, eran las siguientes:

–El primer experimento como es del conocimiento de todos ustedes fue un fracaso. El gatito que enviamos llegó al principio del siglo XX y explotó cayendo en la zona del río Tunguska. Este suceso imprevisto dio origen a la leyenda, del meteorito de Tunguska. Desde ese entonces no hemos padecido fracasos de consideración. Tanto es así que hoy en día podemos enviar, si bien solamente a

los años setenta del siglo XX, personas u objetos. La razón de lo anterior obedece a ciertas leyes, que ahora no viene al caso mencionar; pero que el público interesado puede conocer a través del folleto editado por nuestro Instituto. Es necesario subrayar que un cierto número de nuestros colaboradores han estado en la época que antes he mencionado –acontecimiento que no era público porque sus viajes se habían rodeado del más absoluto secreto– y que han regresado felizmente a nuestra época. El procedimiento que seguimos para transportarnos en el tiempo en sí no es complicado, pese a representar el esfuerzo de muchos centenares de personas. Ahora paso a señalar –siguió diciendo– los detalles de su funcionamiento: Basta colocarse el cinturón cronocinético... Mm, veamos, me gustaría que alguien del público de la sala se ofreciese como voluntario, así yo podría demostrar en su persona la sucesión de instrucciones que ha de acatar un viajero del tiempo.

En la sala se hizo un silencio absoluto. Nadie se decidía a ser el primero en subir a escena. Súbitamente, atónito contemplé a Alicia en la escena, esa misma personita que no hacía más de cinco minutos me había jurado que iba aguardar compostura.

–¡Alicia! –grité fuera de mí–. ¡Vuelve acá inmediatamente!

–No existe motivo alguno de preocupación –manifestó el representante del Instituto–. Nada ha de pasarle a la niña.

–Nada malo ha de sucederme, papá –dijo alegremente Alicia.

La sala se rió al unísono, todos se volvieron procurando encontrar la mirada de tan severo padre. En tanto yo me hice el desentendido, para nada me di por aludido.

El representante del Instituto le colocó el cinturón a Alicia, ajustándole luego en las sienes un artefacto parecido a unos auriculares.

–Pues bien, eso es todo –dijo–. Ahora la persona ya se encuentra preparada para un viaje por el tiempo. Es necesario tan sólo que entre a esta cabina y se verá en el año de 1975.

Pero ¿cómo se le ha ocurrido decir tal cosa en presencia de Alicia? –el pánico se apoderó de mi cerebro–. Alicia ya se ha de haber dado cuenta de que se puede aprovechar la ocasión.

Pretendí volar al escenario, pero ya era demasiado tarde.

–¿A dónde vas niña? ¡Detente! –exclamó alarmado el representante del Instituto. Justo en ese instante Alicia entraba en la cabina y... desapareció ante los ojos de los presentes en la sala.

El público a una sola voz lanzó un grito.

El representante del Instituto, preso de una palidez mortal, agitaba los brazos como tratando de dominar el ruido. Al ver que yo acudía a su encuentro, se llevó el micrófono hasta los mismos labios para asegurarse de que sería oído:

–No le sucederá nada a la niña, dentro de tres minutos aparecerá de nuevo en esta sala.

¡Doy mi palabra de que el aparato es completamente seguro y de que se encuentra bien probado! ¡No se alarme!

No siendo él el papá podía discurrir con claridad; pero yo, un padre angustiado, pensaba aterrorizado en el triste destino del gatito transformado en el meteorito de Tunguska. Por instantes quería creer en lo que decía el conferencista, por momentos no le concedía crédito alguno.

Imagínese, si puede servir de consuelo saber que su hija se encuentra ahora a casi cien años en el pasado.

–Pero ¿y si se le ocurre salirse de la máquina? ¿Que tal si se extravía? ¿No podría yo acudir en su búsqueda? –le soltaba yo las preguntas aterrorizado.

–De ninguna manera. Con calma y un ganchito se arreglará todo. Solamente falta un minuto para que reaparezca... Sosiego, sosiego. En el pasado la recibirá una persona de toda nuestra confianza.

–¿Así que allá tienen a un colaborador del Instituto?

–No, no se trata de uno de nuestros colaboradores. Simplemente es una persona que tiene una comprensión cabal de nuestro problema y que dispone de una segunda cabina en su domicilio. Esta persona vive en el lejano Siglo XX...

Aún no había terminado de pronunciar estas palabras cuando Alicia apareció en la cabina. Salió al escenario con el continente propio de una persona que ha cumplido su misión hasta el último de sus detalles. Bajo el brazo llevaba un libro antiguo bastante grueso.

–Lo han visto –dijo el representante del Instituto con aires de satisfacción y triunfo.

La sala calurosamente prorrumpió en aplausos.

Sin poder contener su ansiedad, no permitiéndome siquiera acercarme a Alicia, el representante requirió a Alicia:

–Niña cuéntanos lo que allá has visto.

Alicia respondió:

–Aquello es muy interesante. Zas, y me encontré en otra habitación. Un tío estaba sentado ante una mesa, al parecer escribiendo alguna cosa. Levantó la cabeza y me preguntó:

–«¿Acaso eres una niña del sigloXXI?».

Le respondí que sin duda alguna lo era; pero que no le podía decir la cifra de nuestro siglo porque aún no sé contar, pues apenas estoy en el jardín de niños y, además, en un grupo medio. El señor me dijo que le parecía muy bien, indicándome luego que yo tendría que regresar a mi tiempo. Antes de prepararme para el camino de retorno, me preguntó:

—«¿Quisieras ver cómo era Moscú cuando tus abuelos aún no habían nacido?».

Le manifesté que me gustaría mucho, así que luego me mostró una ciudad pequeña; pero bella y maravillosa. A continuación me dijo que era escritor y que se ocupaba en escribir cuentos fantásticos sobre el futuro.

Sin embargo, el caso es que no todo lo inventa, pues recibe a veces visitas de personas de nuestro tiempo que le relatan nuestros progresos y costumbres sin omitir punto ni coma. Pero que no se lo cuente a nadie de su tiempo —me pidió—, ya que esto se ha conservado en absoluto secreto. Luego me obsequió un libro... y ahora, pues ya estoy aquí.



La sala premió la narración de Alicia con una ovación cerrada.

Una vez que se hizo silencio en la sala, un muy respetable académico se levantó de su sitio y le dijo:

–Niña, en tus manos tienes un libro único se trata de la primera edición de la novela fantástica «Una mancha en Marte». ¿No podrías hacerme la señalada gracia de obsequiármelo? En realidad para ti carece de importancia, puesto que aún no has aprendido a leer.

–No –le respondió Alicia–, no tardaré mucho en aprender a leer y vaya si lo leeré muchas, pero miles de veces...

El coleccionista

Eric Frank Russell

Hobbyist, © 1947 (*Astounding Science Fiction*, Septiembre de 1947). Traducción de Nuria Pubill en *nueva dimensión* 86.

Eric Frank Russell ya era un autor famoso incluso antes de que nosotros nacióramos (las últimas noticias que tuvimos de él era que continuaba bien sano, viviendo como un ermitaño en un lugar casi inaccesible... ¿el Olimpo?). Desgraciadamente, hace años que Russell no escribe nada de SF, para pesar de los aficionados al género. Para los que no le conocen, aquí publicamos una historia que, en su día, causó una verdadera conmoción entre los lectores de SF.

La nave describió un arco en el cielo dorado y aterrizó con un chirrido y un golpe seco, arrancando a su paso dos kilómetros de exuberante vegetación. Las plantas que cubrían otro kilómetro se inclinaron ennegrecidas hasta convertirse en cenizas bajo las últimas llamaradas de los cohetes traseros. Aquella llegada fue espectacular, llena de brío, digna de figurar a cuatro columnas en cualquier periódico. Pero lo más cercano a esa posibilidad significaba, en términos de tiempo, buena parte de una vida, y no existía ningún medio de difusión que publicara lo que en este lejano rincón del cosmos no era más que un acontecimiento banal. Así, la nave se posó cansadamente, inmovilizándose al final de la huella cenicienta dejada por las toberas mientras el cielo resplandecía sobre un mundo verde y solemne.

En la cúpula de control de transpex, Steve Ander reflexionaba sobre los últimos acontecimientos. El reflexionar cuidadosamente era una de sus costumbres. Los astronautas no eran aquellos seres temerarios e impulsivos tan queridos del público aficionado al estereóptico. No podían permitirse ese lujo. Los riesgos de la profesión requerían una infinita capacidad de pensamiento contemplativo y de prudencia. Cinco minutos dedicados a considerar cuidadosamente la situación habían evitado más de una insuficiencia pulmonar y bastantes fallos cardíacos y fracturas de huesos. Steve sentía cariño por su esqueleto. No es que presumiera de él ya que no tenía motivos para considerarlo superior al de los demás, pero lo tenía desde hacía tiempo, estaba muy satisfecho de él y quería conservarlo... intacto.

Mientras las toberas traseras se enfriaban con los acostumbrados crujidos de las contracciones, Steve miraba sin ver, con los ojos fijos fuera de la cúpula, profundamente sumido en sus cavilaciones.

En primer término durante su febril descenso, había hecho un cálculo aproximado sobre la naturaleza de aquel mundo. Por lo que podía apreciar, era diez veces mayor que la Tierra. Sin embargo, su peso parecía normal. Era evidente que su noción de peso tendía a ser algo desorbitada, teniendo en cuenta que durante varias semanas su propio peso había sufrido subidas y bajadas vertiginosas, entre períodos de ingravidez. El cálculo más razonable debía basarse en la

reacción muscular. Sentirse flojo como un perezoso de Saturno significaba un gran aumento de peso. Sentirse fuerte como un toro, equivalía a una disminución.

Un peso normal significaba una masa terrestre aunque el volumen de este planeta fuese diez veces mayor al de la Tierra. Este factor indicaba ausencia de elementos pesados. Ni torio. Ni níquel. Ninguna aleación de níquel-torio. No existía, por lo tanto, ninguna posibilidad de volver. Los motores atómicos Kings-Kane requerían el empleo de combustible en forma de un alambre de calibre diez, fabricado con una aleación de níquel-torio e introducido directamente en los vaporizadores. El plutonio desnaturalizado podía servir para el caso pero no se encontraba en estado natural y había que producirlo. Su reserva de combustible en el carrito alimentador era de tres metros y veintidós centímetros de hilo de níquel-torio, lo cual ciertamente no bastaba. Parecía destinado a quedarse allí para siempre.

La lógica es algo maravilloso. Se puede partir de la simple premisa de que al estar sentado el trasero no está más plano que de costumbre, para llegar a la inevitable conclusión de que ya no se es un viajero sino un nativo del lugar. El destino le señalaba como el habitante más antiguo del planeta.

—¡Maldición! —exclamó Steve haciendo una fea mueca.

Su rostro no tuvo que forzarse demasiado en aquella expresión. La naturaleza le había facilitado el camino. En otras palabras, el suyo no era un rostro atractivo. Era alargado, enjuto y de color nuez, mandíbula tensa, pómulos salientes y nariz delgada y ganchuda. Al conjunto se añadían unos ojos oscuros y un cabello negro, lo que le daba un aspecto de halcón. Sus amigos le hablaban de tepees o de tomawhaks cuando querían hacerle sentir a gusto.

Pues bien, ya no estaría a gusto; a no ser que en el interior de aquella sombría selva encontrase vida inteligente pero lo bastante imbécil como para canjear hilo de níquel-torio de calibre diez por un par de botas usadas o que un grupo explorador imbécil fuese lo bastante inteligente como para detectar aquella partícula de polvo cósmico entre una nube de partículas y le recogiese. Calculó que las posibilidades de que ello ocurriera eran una en un millón; como escupir al Empire State con la esperanza de dejar una marca del tamaño de una moneda en uno de sus muros.

Tomó su estilográfica de carga permanente y abrió su diario de viaje, echando una mirada ausente a algunas de sus anotaciones.

«Día dieciocho: La convulsión espacial me ha lanzado más allá de la zona de Rigel. Estoy siendo empujado a regiones que no figuran en las cartas de navegación».

«Día veinticuatro: El brazo de convulsión retrocede ahora siete parsecs. El registrador está ya fuera de uso. El ángulo de lanzamiento cambió hoy siete veces».

«Día veintinueve: Fuera del alcance de la onda de convulsiones. Recuperando el control. Velocidad sobrepasando en mucho la escala del astrómetro. Aplico continuamente los cohetes de freno. Reserva de combustible: mil cuatrocientos metros».

«Día treinta y siete: En dirección a un sistema planetario accesible a la nave».

Frunció el ceño y sus mandíbulas se tensaron. Escribió lenta y legiblemente: «Día treinta y nueve: Aterrizaje en un planeta desconocido. Datos principales: desconocidos. Información básica sobre zona galáctica y de sector: no hay. No se han observado formaciones cósmicas hasta el momento. Ángulos de lanzamiento y velocidad de tránsito no registrados e imposibles de calcular. Condición de la nave: utilizable. Reserva de combustible tres metros y veintidós centímetros».

Cerrando el diario, frunció nuevamente el entrecejo, ajustó la estilográfica en su soporte y murmuró:

–Ahora, a controlar el aire exterior y a ver como está mi chica.

El registrador Radson tenía tres cuadrantes sencillos. El primero indicaba una presión exterior de 0,91. lo cual le causó gran satisfacción. El segundo registraba un alto contenido de oxígeno. El tercero era un cuadrante bicolor, mitad blanco mitad rojo; la aguja se hallaba en la mitad del sector blanco.

–Respirable –gruñó, cerrando la cubierta del registro. Atravesó la pequeña sala de control y recorrió un panel metálico. Dio una mirada al compartimiento acolchado del interior.

–¿Sales, hermosura? –preguntó.

–¿Steve ama a Laura? –inquirió una voz lastimera.

–Claro que sí, mi vida –respondió él con el debido apasionamiento. Introdujo un brazo en el compartimiento y sacó un loro de gran tamaño y de brillante colorido–. ¿Y Laura ama a Steve?

–Hey, hey –cacareó Laura ásperamente. Luego trepó por su brazo hasta agarrarse al hombro. Steve sentía la presión de las poderosas garras. El pájaro lo miró con ojos brillantes como cuentas de vidrio y frotó su cabeza escarlata contra la oreja izquierda del astronauta–. ¡Hey! ¡El tiempo vuela!

–Ya lo creo que vuela –contestó Steve con un tono de reproche–. Ya hay suficientes cosas que me lo recuerdan para que además me lo repitas tú.

Levantó el otro brazo y comenzó a rascarle la cabeza mientras Laura se estiraba y se inclinaba con un deleite absurdo. Sentía cariño por Laura. Era más que un animal doméstico. Era un verdadero miembro de la tripulación, al que se proveía de sus propias raciones y que recibía además su paga. Cada nave exploradora tenía dos tripulantes: un hombre, un loro. Cuando le hablaron de ello por primera vez le pareció una locura, pero las razones que le dieron terminaron por convencerle.

«Los hombres solitarios que exploran las regiones apartadas de las rutas se sienten afectados por extraños desajustes psicológicos. Necesitan de un ancla que los una a la Tierra. Una cacaatúa proporciona la compañía necesaria y a veces llega a ser más que una compañía. Es el pájaro que mejor soporta los viajes espaciales, su peso es mínimo, puede hablar y divertir y también se las arregla por su cuenta cuando es necesario. En tierra firme suele percibir los peligros antes que el ser humano. Cualquier fruto extraño que coma es también

comestible para el hombre. Estos bichos tan salvado muchas vidas. ¡Cuidelo y él le cuidará!».

Sí, en efecto, se cuidaban mutuamente. Ambos eran terrestres. Era casi una simbiosis de las rutas espaciales. Antes de la era de la astronavegación nadie hubiese pensado en una solución semejante, aunque el caso se había dado anteriormente entre los mineros y sus canarios.

Se dirigió a la minúscula compuerta de aire pero no se molestó en accionar la bomba. No era necesario con una diferencia mínima entre la presión exterior e interior. Abrió ambas puertas para dejar salir algo del aire presurizado del interior, se detuvo en el borde de la compuerta y saltó. Laura revoloteó al perder su asidero, pero le siguió con un ruido de alas y hundió sus espolones en la chaqueta de Steve mientras este se enderezaba.

La pareja caminó rodeando la nave examinando en silencio su estado. Toberas frontales de freno: O. K.; cohetes traseros de dirección: O. K.; tubos posteriores de propulsión: O. K. Todos utilizables a pesar de su mal estado. La plancha exterior presentaba también ralladuras pero estaba intacta. En teoría, con alimento para tres meses y una provisión de alambre de quizá mil metros bastarían para regresar a la Tierra. Pero sólo en teoría. Steve no se hacía ilusiones al respecto. Estaba en desventaja aún en el caso de tener los medios para desplazarse. ¿Cómo se navega de no-se-sabe-dónde a no-se-sabe-dónde? Respuesta: frótese una pata de conejo y se llegará probablemente a no-se-sabe-qué-otro-sitio.

–Bien –se dijo a sí mismo en voz alta mientras daba vuelta a la cola del aparato–, por lo menos tengo un sitio donde vivir. Esto nos ahorrará el tener que construir una choza. En la Tierra un bungalow interespacial enteramente metálico cuesta unos quinientos mil machacantes, así que tenemos una suerte tremenda. Haré un jardín aquí y un rinconcito alpino allí y construiré una piscina en la parte de atrás. Tu te pondrás un bonito delantal y te encargarás de la cocina.

–¡Yak! –dijo Laura burlescamente.

Se volvió para echar un vistazo a la vegetación más cercana. Ofrecía una gran variedad de tamaños, formas y matices de verde que en algunos ejemplares adquiría un tono azulado. Había algo raro en todo aquello pero no podía afirmar en qué consistía esa extrañeza. No era que las plantas fuesen especies poco comunes o desconocidas, como era dado esperar cada vez que se llegaba a un mundo nuevo, sino un algo subyacente y generalizado. La vegetación tenía algo sombrío como si en esencia y de forma imposible de precisar tuviese algo fuera de lo normal.

La planta que había a sus pies era una monocotiledónea verde de treinta centímetros de altura. Al mirarla no ofrecía en sí nada de extraño. A su lado había un arbusto de un matiz más oscuro y de un metro de altura, con agujas verdes como las de los abetos en lugar de hojas. Estaba cuajado de bayas cerúleas. Tampoco esta planta tenía nada especial examinada independiente de las demás. Cerca de la misma crecía otro vegetal parecido. Se diferenciaba sólo en que sus agujas eran más largas y sus bayas de un rosa encendido. Más allá destacaba un extraño ejemplar en forma de cactus como surgido del sueño de un borracho y, vecino a éste, una estructura en forma de paraguas había echado raíces,

exhibiendo una pequeñas vainas moradas. Consideradas individualmente estas especies eran aceptables. En conjunto provocaban en una mente inquisitiva el deseo ansioso de buscar no se sabe qué extraño factor.

Aquella desconcertante cualidad dejaba a Steve perplejo. Fuese cual fuese se le escapaba. Había algo más extraño que la mera rareza de las nuevas formas de vida vegetal y eso era todo. Apartó el problema de su mente, alzándose de hombros. Ya habría tiempo de ocuparse de esas cosas una vez resueltos los problemas más urgentes como, por ejemplo, la situación y pureza del abastecimiento de agua más próximo.

A unos dos kilómetros había un lago de una especie de liquido que podría ser agua. Lo había visto brillar a la luz del sol mientras efectuaba el descenso y había intentado aterrizar lo más cerca posible. Si no era agua... bien, mala suerte la suya. Tendría que buscar en otro sitio. En el peor de los casos la pequeña reserva de combustible bastaría para circunnavegar el planeta antes que la nave se inmovilizara para siempre. Era preciso encontrar agua si no quería terminar imitando a la momia de Ramsés II.

Alzando los brazos asió el borde de la compuerta y se izó hábilmente hasta penetrar en la nave. Se movió en su interior por espacio de un minuto para reaparecer con un recipiente-congelador de veinte litros que lanzó al suelo. Luego sacó su arma y un cinturón de granadas explosivas e hizo bajar la escalera plegable desde la compuerta hasta la superficie. Iba a necesitar la escalera. Podía izar su propio peso y deslizarse a través de un agujero a dos metros de altura pero eso era imposible cargado con los veinte kilos del recipiente y el agua.

Finalmente cerró las puertas exterior e interior de la esclusa de aire, se deslizó por la escalerilla y cogió el recipiente. A juzgar por el modo en que había aterrizado, el lago debía hallarse en la dirección de la proa de la nave y en algún punto detrás de los árboles que se divisaban en la distancia. Laura afirmó sus garras en su hombro al tiempo que Steve echaba a andar. El recipiente pendía de su mano izquierda. Su mano derecha se apoyaba cautamente en el arma. Si estaba vertical en aquel mundo y no horizontal en otro, se debía a que en dos ocasiones su mano, se había apresurado en coger el arma y a que era la mano más rápida que poseía.

El avance fue trabajoso. No era debido a la dificultad del terreno sino a que la vegetación entorpecía el avance. Tan pronto salía de un arbusto en que se había metido hasta el tobillo como se enfrentaba a un vegetal vigoroso que pugnaba por convertirse en un árbol. Detrás de una planta encontraba generalmente una enredadera, luego una barricada natural de espinas seguida de un amasijo de musgo y, más allá, un helecho gigante. El abrirse paso consistía en pisar un ejemplar, pasar por debajo del siguiente, rodear el próximo y arrastrarse bajo un cuarto.

Más tarde se le ocurrió pensar que si hubiese situado la nave con la popa dirigida hacia el lago en lugar de la proa, o si hubiese dejado en marcha los cohetes de freno después de aterrizar, se hubiese ahorrado todas esas contorsiones. Aquella materia obstructora, con toda la maligna vida que pudiese ocultar, hubiese

quedado reducida a cenizas, por lo menos en una extensión equivalente a la mitad de la distancia que le separaba del lago.

Este último pensamiento produjo en su cerebro el efecto de una campana de alarma, justo en el momento en que se inclinaba bajo una enredadera. En Venus existían enredaderas que se enroscaban y apretaban al cuerpo rápida y violentamente. Los loros armaban un escándalo infernal si se les acercaba a cincuenta metros de esas plantas. Le consolaba saber que Laura cabalgaba en su hombro imperturbable. Sin embargo, su mano no dejaba el arma.

La extraña peculiaridad de la vegetación de aquel planeta le molestaba cada vez más. A medida que se abría paso por aquella selva le irritaba su propia incapacidad para descubrir y designar aquella innombrable singularidad. Su rostro delgado mostraba una expresión de disgusto cuando, liberándose de un arbusto adherente, se sentó en una roca en un pequeño claro.

Dejando el recipiente a sus pies lo miró con el ceño fruncido, y pronto vislumbró el fulgor de algo que relucía unos pasos más allá. Levantó la vista. Entonces vio al escarabajo.

La criatura era el mayor ejemplar de su especie que vieran jamás ojos humanos. Existían animales de mayor tamaño, por supuesto, pero no de este tipo; los cangrejos, por ejemplo. Pero aquello no era un cangrejo. El escarabajo que caminaba lenta y resueltamente por el claro era lo bastante grande como para dar a cualquier cangrejo un grave complejo de inferioridad. Y sin embargo era un escarabajo de veinticuatro quilates, un ejemplar bellísimo.

Exceptuando la idea de que los bichos pequeños eran dañinos y los grandes una buena compañía, Steve no tenía prejuicios contra los insectos. La amabilidad que atribuía a los insectos grandes era una teoría heredada de los tiempos escolares en que era el amante poseedor de un escarabajo, un ciervo-volante, de casi ocho centímetros, llamado Edgar.

Se arrodilló junto al gigante y colocó a su paso la palma de la mano vuelta hacia arriba. El bicho la estudió con un movimiento ondulante de sus antenas y se detuvo meditativamente. Brillaba con un resplandor azul metálico intenso y pesaba más de un kilo. Lo sopesó para calcular su peso y lo volvió a depositar en el suelo, dejando que continuase su camino. Laura lo vio marcharse con una mirada aguda pero exenta de curiosidad.

–*Scarabeus Anderii* –dijo Steve con satisfacción–. ¡Le he dado mi nombre pero nadie lo sabrá jamás!

–¡No te pongas pesada! –gritó Laura con una voz ronca directamente importada de Aberdeen–. ¡No te pongas pesada! ¡Deja ya de hacer de las tuyas, mujer! ¡Me pones negro! ¡No te...!

–¡Cállate! –Steve movió bruscamente el hombro haciendo que el pájaro perdiera momentáneamente el equilibrio–. ¿Cómo es que has aprendido ese bárbaro dialecto más rápido que cualquier otra cosa? ¿Eh?

–¡McGillicuddy! –chilló Laura con un entusiasmo escandaloso–. ¡McGilli-Gilli-Gillicuddy! ¡Los grandes y negros...! –La palabra final hizo que Steve arqueara las

cejas estupefacto y llegó incluso a sorprender a la misma Laura. Parpadeando de asombro, aumentó la presión de sus garras sobre su hombro, abrió los ojos, emitió un par de roncós cloqueos y repitió gozosamente—: ¡Los grandes y negros...!

No tuvo ocasión de completar la nueva y hermosa palabra. Una violenta sacudida la desalojó del hombro y la envió al suelo en el momento preciso mientras graznaba su protesta. *Scarabeus Anderii* se asomó pesadamente desde detrás de su arbusto, con su armadura azul brillante como acabada de pulir, y dirigió a Laura una mirada de desaprobación. En aquel momento, algo a unos cincuenta metros de distancia dejó escapar un ronquido como la trompeta del juicio final y dio un paso que hizo estremecer el suelo. *Scarabeus Anderii* se refugió bajo una raíz saliente. Laura describió ansiosamente una curva hasta alcanzar el hombro de Steve, al que se agarró desesperadamente. Steve había sacado ya el arma y apuntaba al norte aún antes de que el pájaro hubiese recuperado su sitio. Otro paso. El suelo tembló nuevamente. Hubo un corto silencio. Steve continuaba de pie como una estatua. Luego se escuchó un monstruoso silbido, más potente que el de una locomotora. Algo chato y ancho y de una gran longitud avanzaba a embestidas entre la vegetación que lo ocultaba a medias mientras la tierra se estremecía a su paso.

Su furioso avance le llevó ciegamente a unos veinte metros a la derecha del lugar en que se encontraba Steve, que movía el arma a su paso, pero sin disparar. Steve pudo darle una larga ojeada a un bulto de color gris pizarra con una cresta de borde serrado en el lomo que, a pesar de su rapidez, tardó en pasar ante sus ojos. Parecía tener varias veces la longitud de una escalera de incendios.

Los arbustos eran arrancados de raíz y los árboles pequeños apartados violentamente a medida que el extraño ser avanzaba en línea recta, pasaba cerca de la nave y se perdía en la sombría distancia. Dejó a su paso un surco devastado de la amplitud de una carretera de primera clase. Luego las reverberaciones de su enorme masa se apagaron y desapareció por completo.

Steve había usado su mano izquierda para sacar un pañuelo y enjugarse el sudor de la nuca. Mantenía el arma en la mano derecha. Las granadas explosivas con que estaba provista eran un tanto mortíferas; una de ellas podía pulverizar un montón de carne de ochenta kilos a un rinoceronte. Si hacían blanco en un hombre, podían simplemente desintegrarlo. A juzgar por su aspecto, la bestia galopante de color pizarra necesitaría por lo menos media docena de granadas para sentirse molesta, Un bazooka de setenta y cinco milímetros podría ser más efectivo, pero los chicos de las naves de exploración no suelen llevar consigo esa clase de artillería. Steve terminó de secarse, guardó el pañuelo y volvió a coger el recipiente.

—Quiero a mi mamá —dijo Laura pensativamente.

Steve frunció el entrecejo y sin responder comenzó a caminar hacia el lago. Con sus plumas aún erizadas, Laura montó en su hombro y se sumió en un silencio malhumorado.

El líquido del lago era agua fría, de una leve tonalidad verdosa y algo amarga al paladar. Su sabor podría disimularse con el café, llegando incluso a mejorarlo.

Steve apreciaba el café amargo. Sin embargo habría que analizar el líquido antes de beberlo. Algunos venenos tenían un efecto acumulativo. No tendría ninguna gracia tragar alegremente mientras el organismo acumulaba una dosis mortal de plomo, por ejemplo. Llenando el recipiente, lo acarrió hasta la nave, deteniéndose cada cien metros. El surco le facilitó el camino hasta una corta distancia de la cola del aparato. Sudaba copiosamente cuando llegó por fin al pie de la escalerilla.

Una vez dentro de la nave, volvió a cerrar ambas puertas, abrió las válvulas de aire, puso en marcha el equipo de iluminación interior y conectó la cafetera, utilizando agua de su ya menguada reserva. El tono dorado del cielo se había transformado en un resplandor anaranjado con surcos violáceos que subían por el horizonte. A través de la cúpula de transpex observó que la neblina perpetua ocultaba aún el sol poniente. Una región más luminosa en un lado era lo único que le indicaba su posición. Pronto necesitaría las luces.

Montando la mesilla plegable, colocó la pata de sostén en el sitio correspondiente y encajó en su borde la varilla corta que era el asiento oficial de Laura. Esta reclamó inmediatamente su lugar, observándolo con ojos brillantes mientras le servía la comida compuesta de *agua*, semillas de melón y de girasol, pecanas y oleaginosas con su cáscara. Sus modales no tenían nada de refinados y comenzó a comer glotonamente sin esperar a su compañero.

Steve se sentó a la mesa, se sirvió el café y comenzó a comer mientras sus facciones se contraían en un gesto preocupado. Mantuvo esa expresión mientras encendía un cigarrillo, mirando meditabundo al techo de la cúpula.

Al fin, murmuró:

–He visto al insecto más grande que jamás haya existido. También he visto otros insectos. Había un par de bichos bajo una enredadera. Uno era alargado y de color marrón, como una tijereta, el otro redondo y negro con pequeños puntos rojos en sus alas. He visto una pequeña araña color púrpura y otra aún más pequeña de diferente forma y de color verde. He visto además un bicho parecido a un áfido. Pero ni una sola hormiga.

–Hormiga, hormiga –graznó Laura al tiempo que dejaba caer un trozo de nuez y bajaba a recogerla–. ¡Yak! –añadió desde el suelo.

–Ni una abeja –continuó Steve.

–Abeja –repitió Laura solidariamente–. Abeja, hormiga. Laura ama a Steve.

Con la atención fija en la cúpula, Steve continuó su monólogo:

–Lo incomprensible de la vegetación es también el factor misterioso de los insectos. Quisiera descifrarlo pero no puedo. Tal vez me esté ya volviendo loco.

–A Laura le encantan las nueces.

–Ya lo sé, barriga de colorines –dijo Steve ásperamente.

En ese momento cayó la noche abruptamente. Oro, naranja y violeta desaparecieron en una obscuridad profunda e impenetrable, desnuda de estrellas

y de resplandores errantes. La sala de control era un pozo de tinieblas; sólo se percibía la débil luminosidad verde del tablero de instrumentos. Laura, en el suelo, lanzaba una incesante lluvia de imprecaciones.

Alargando una mano, Steve encendió la iluminación indirecta. Laura volvió a su sitio con el trocito de nuez recuperado y se enfrascó en la tarea de dar cuenta de él dejando a Steve nuevamente sumergido en sus pensamientos.

—El *Scarabeus Anderii*, y un par de insectos más pequeños y dos arañas; todos diferentes. En el otro extremo de la escala se hallaba aquel gigantesaurio. Pero ni una hormiga, ni una sola abeja. O, mejor dicho, ni hormigas, ni abejas. —Ese cambio del singular al plural le erizó extrañamente los pelos de la nuca. Sentía de un modo impreciso que había dado con la clave del misterio—. Ni hormiga... ni hormigas —pensó—. Ni abeja, ni abejas —estaba a punto de encontrarla, pero se le escapaba.

Dejó de pensar en ello durante un momento. Despejó la mesa, y realizó un par de tareas secundarias. Después, sacó una muestra del recipiente y la hizo pasar por el analizador. El sabor amargo se debía a la presencia de sulfato de magnesio en cantidad demasiado pequeña para tomarla en cuenta. Potable... ¡ya era algo! Alimento, bebida y refugio, las tres condiciones básicas para sobrevivir. Tenía suficientes reservas para las primeras seis o siete semanas. El lago y la nave eran sus garantías de vida.

Tomó el diario de viaje y anotó el informe del día de un modo claro y conciso, desprovisto de adornos. Se detuvo en la mitad, sin poder encontrar un nombre adecuado para bautizar al planeta. Si le llamaba Ander, sus despiadados compañeros del Servicio de Exploración se lo harían pagar caro (siempre que la posibilidad de uno en un millón que existía de volver a Terra se hiciera realidad). El nombre estaba bien para un bicho, pero no para un mundo. *Laura* no era tampoco muy adecuado, sobre todo cuando uno conocía a Laura. No quedaría muy bien bautizar un planeta con el nombre de una cotorra gorda. Pensando en el tono dorado del cielo de aquel planeta se le ocurrió el nombre de *Oro*. Oficializó rápidamente el nombre anotándolo en el diario.

Cuando hubo terminado, Laura tenía la cabeza profundamente enterrada bajo un ala. De vez en cuando se balanceaba, enderezándose nuevamente. No dejaba de fascinarle el observar cómo el pájaro lograba mantener el equilibrio durante el sueño. La miró con cariño, recordando aquella inesperada palabra agregada a su vocabulario. Esto desvió el curso de sus pensamientos hasta el recuerdo de un individuo de cabellera de fuego y vocabulario aún más ardiente llamado Menzies, enemigo jurado de otro volcán humano llamado McGillicuddy. Si jamás se le presentaba la oportunidad, decidió que la labor educativa del tal Menzies sería recompensada con una trompada en su morro.

Guardó el diario suspirando, le dio cuerda al cronómetro para cuarenta días, abrió su litera plegable y se tendió. Alargó la mano para apagar las luces. Diez años atrás, un primer aterrizaje habría bastado para mantenerle despierto toda la noche, nervioso y excitado. Ya había superado esa etapa. Había aterrizado tantas veces que aquello le dejaba indiferente. Cerró los ojos, preparándose para un buen sueño y durmió... dos horas.

¿Qué fue lo que le despertó después de tan corto tiempo? No lo sabía, pero de pronto se encontró sentado en el borde de la litera, como si lo hubiese impulsado un resorte, sintiendo los nervios tensos al máximo y ansiosamente atento. Sus piernas temblaban como nunca lo hubieran hecho y todo su cuerpo vibraba con la extraña mezcla de palpitación y sorpresa que se suele sentir cuando se ha escapado por milagro a un desastre.

Nunca había experimentado aquello. Segura y certera en la intensa oscuridad, su mano buscó y encontró su pistola. Acarició la culata contra su palma mientras su mente luchaba por recordar una posible pesadilla, aunque sabía que no era muy dado a los malos sueños.

Laura se movió inquieta en su sitio, entre dormida y despierta, y eso era raro en ella.

Rechazando la teoría de la pesadilla, se irguió en la litera, y miró a través de la cúpula. Sólo vio tinieblas. Las tinieblas más profundas y la oscuridad más impenetrable que era dado concebir. ¡Y el silencio! El mundo exterior dormía en la oscuridad y el silencio como envuelto en una mortaja negra.

Nunca antes se había sentido tan despierto durante lo que normalmente eran sus horas de sueño. Perplejo, se volvió lentamente para completar su observación de lo inobservable y se detuvo en un punto. La oscuridad circundante no era total. En la distancia, más allá de la cola de la nave, se movía algo resplandeciente, de gran altura. La distancia a la que se encontraba era imposible de calcular, pero ante aquella visión su mente se conmocionó y su corazón dio un salto.

No debía permitir que las emociones incontroladas dominasen su disciplinado cerebro. Entrecerrando los ojos, intentó discernir la naturaleza de aquel resplandor mientras su mente pugnaba por comprender el porqué la sola visión del mismo le hacía vibrar como un arpa. Inclínándose, palpó el extremo de la litera hasta encontrar un estuche de piel del que extrajo un par de potentes prismáticos nocturnos. El objeto luminoso continuaba desplazándose con deliberada lentitud, de derecha a izquierda. Apuntó los prismáticos en su dirección, ajustó el enfoque y el fenómeno saltó ampliado a sus ojos.

El objeto era una gran columna de niebla dorada, muy semejante a la del cielo del mediodía, pero con la diferencia de que pequeñas e intensas chispas plateadas relucían en su interior. Era un cilindro de bruma brillante cuajado de luminosas y diminutas estrellas. No se asemejaba a nada conocido o registrado por ninguna forma de vida más baja que los dioses. Pero... ¿era vida?

Se movía, pero su forma de locomoción no podía ser definida. La automotivación es el principal síntoma de vida. Aquello podía ser vida, aunque no era verosímil desde el punto de vista terrestre. Conscientemente prefería pensar que se trataba de un fenómeno exterior, de carácter puramente local, comparable a los espejismos del Sahara. En su subconsciente, sabía que aquella alta y aterradora columna tenía vida.

Mantuvo los prismáticos enfocados mientras el fenómeno retrocedía en la oscuridad, desdibujándose con la distancia hasta desaparecer gradualmente del

campo visual. Hasta el último segundo la imagen observada se movió vacilante, pues no podía controlar el temblor de sus manos. Cuando la neblina resplandeciente hubo desaparecido, dejando en sus lentes sólo un leve brillo, Steve se sentó en su litera estremeciéndose con un extraño frío.

Laura se movía de un lado a otro en su percha, ahora completamente despierta. Sin embargo, Steve no deseaba encender las luces y convertir la nave en un faro en la oscuridad. Extendió su mano en las tinieblas hasta tocarla y el pájaro se agarró fuertemente a su muñeca, pasando de ahí a sus rodillas. Estaba inquieta y manifestaba una patética necesidad de consuelo y compañía. Le rascó la cabeza y la acarició mientras Laura se apretaba contra su pecho emitiendo curiosos y breves arrullos. Durante un tiempo la calmó y, haciéndolo, se quedó dormido. Poco a poco, Steve fue inclinándose hacia atrás en su litera. Laura se instaló en su antebrazo, cloqueó cansadamente, y puso la cabeza bajo un ala.

No volvió a despertarse hasta que la oscuridad exterior se hubo disipado y nuevamente el oro del cielo penetraba a raudales a través de la cúpula. Steve se puso de pie en la litera y echó una cuidadosa mirada al terreno que le rodeaba. Presentaba el mismo aspecto del día anterior. Mientras desayunaba, su mente trabajaba sin descanso; pensaba especialmente en la intranquilidad que había sentido aquella noche. Laura estaba también callada y quieta. Sólo la había visto así una vez, cuando deambulaba por la sección venusiana del Zoo Interplanetario y le había enseñado un águila con cresta. El águila había mirado a Laura con despreciativa dignidad.

A pesar de tener toda su vida de tiempo, sintió ahora una urgente necesidad de darse prisa. Cogiendo la pistola y el recipiente, hizo una docena de viajes hasta el lago, sin perder un minuto ni detenerse a observar la aún enigmática flora y fauna. Era bastante avanzada la tarde cuando terminó de llenar el tanque de 230 litros de la nave, satisfecho de poder contar con una reserva de agua para acompañar su alimento.

No había habido signos de gigantosaurios ni de ningún otro animal. En una ocasión había visto algo volar en la lejanía, semejante a un pájaro o tal vez a un murciélago. Laura le había dedicado una mirada aguda pero no había mostrado excesivo interés. En aquel momento dedicaba su atención a un nuevo fruto. Steve se sentó sobre el borde de la puerta exterior de la esclusa, balanceando las piernas, y la observó trepar a un pequeño árbol a unos treinta metros de distancia. Tenía el arma sobre sus rodillas, lista para disparar sobre cualquier cosa que amenazara a Laura.

El pájaro escogió un fruto, parecido a una nuez de corteza azul. Comió con deleite y cogió otro. Steve se echó hacia atrás, estirándose para tomar una bolsa, y luego saltó al suelo y se dirigió al árbol.

Probó una nuez. Su carne era suave y jugosa y tenía un sabor agrídulce. Llenó la bolsa de frutas y la subió hasta la nave.

Cerca de allí crecía otro árbol, no idéntico a aquel pero sí muy similar. Daba un fruto parecido al anterior pero de mayor tamaño. Cogió uno y lo ofreció a Laura,

que lo escupió con repugnancia después de haberlo probado. Tomó otro, lo partió y lamió su carne con cautela. El sabor le pareció el mismo, pero era evidente que se equivocaba: el diagnóstico de Laura indicaba que los frutos no eran los mismos. La diferencia, demasiado sutil para que él la percibiera, podía bastar para dejarle enroscado como un gusano y mantenerle en esa postura hasta el poco agradable final. Arrojó el fruto lejos, volvió a su asiento en la compuerta y se quedó pensativo.

La irritante y huidiza característica de la vegetación y de los insectos de Oro podría muy bien condensarse en estos dos frutos. De ello estaba seguro. Si pudiese describirse por qué, según la capacidad perceptiva de un loro, un fruto era un fruto y el otro no lo era, habría dado precisamente con la clave del enigma. Mientras más pensaba en esos frutos similares, mayor era su impresión de que había encontrado esa clave pero le faltaba la capacidad para descifrarla.

Era atormentador comprobar que toda su reflexión le había llevado al punto de partida, es decir, a ningún sitio. Exasperado, volvió a los árboles y los examinó detenidamente. Su percepción visual le decía que se trataba de dos ejemplares de la misma especie. El sentido de-lo-que-fuera de Laura insistía en que eran dos especies diferentes. Conclusión: no puedes creer ni en tus propios ojos. Esto ya lo sabía pues era un lugar común de las rutas espaciales, pero ya que no se podía uno fiar de la propia capacidad visual, era legítimo intentar al menos descubrir por qué no se podía tener esa confianza. ¡Y ni siquiera era capaz de averiguar eso!

Tan grande era su mal humor que volvió a la nave, cerró ambas puertas, llamó a Laura para que se instalara en su hombro e inició una exploración en la dirección en que apuntaba la cola del aparato. Las reglas relativas a los primeros aterrizajes eran sencillas y de sentido común. Entrar lentamente, salir con rapidez y tener presente que todo lo que se le pide al astronauta son pruebas de que el lugar es adecuado para la vida humana. Explorar a fondo un pequeño sector en vez de recorrer superficialmente grandes extensiones; los equipos cartográficos se encargarán del resto. Utilizar la nave como base y mantenerla fija en un lugar, sin moverla innecesariamente. Restringir las incursiones a un radio que pueda ser recorrido durante el día. Retirarse y encerrarse en la nave al obscurecer.

¿Ofrecía el planeta Oro condiciones apropiadas para la vida humana? Una ley no escrita aconsejaba no aventurar conclusiones precipitadas. «¡Por supuesto que sí! Estoy vivo ¿verdad?» Cameron, por ejemplo, había rebotado en Mitra con su nave y había creído desde el comienzo que se hallaba en el paraíso, hasta que en el séptimo día descubrió la plaga fungoidea. Se había marchado como alma que huye del diablo y había pasado tres días sudando y echando maldiciones en la Planta Lunar de Purificación antes de poder reincorporarse a la vida normal. Las autoridades habían vaporizado su nave y desde aquel día Mitra se había convertido en un lugar tabú. Tras el cebo de un paisaje de delicias, cada planeta ocultaba una trampa potencial. El trabajo del Servicio de Exploración consistía en penetrar en esas trampas e inutilizar sus resortes. De este modo se ganaba otra porción de bienes raíces para la Tierra... si antes no se rompía uno la crisma.

Tal vez Oro implicaba una lucha desigual. La aparición de la noche anterior, pensó Steve, daba la terrible impresión de una potencia no humana. Lo mismo ocurría con una tromba marina. ¿Se podía librar una lucha victoriosa contra una tromba marina? Si aquella «tromba» de Oro era además inteligente... pues, tanto

peor para los planes humanos. Decidió que tenía que descubrir con quién había de vérselas, aunque para ello tuviese que emprender una persecución por los vacíos caminos de la noche. Mientras se alejaba de la cola del vehículo con paso pesado y regular y el arma en la mano, sus profundas cavilaciones le hicieron perder de vista el hecho de que en cualquier caso no se encontraba efectuando una exploración de lujo y que tal vez nada remotamente humano llegaría a Oro hasta dentro de mil años. Incluso los chicos del espacio son a veces animales de costumbres. Su trabajo era el de buscar la muerte; no era por lo tanto de extrañar que continuasen buscándola aún más allá de lo necesario, sin dar importancia al hecho cierto de que si se busca algo durante largo tiempo se termina por encontrarlo.

El cronómetro de la nave indicaba que quedaban cinco horas antes del anochecer. Dos horas y media de ida e igual tiempo para volver, es decir, quince kilómetros en cada dirección. Había empleado todo su tiempo acarreado agua. A partir del día siguiente, aumentaría el radio a veinte kilómetros y se lo tomaría con más calma.

Sus pensamientos se detuvieron al llegar al final de la zona cubierta de vegetación. Las plantas no desaparecían gradualmente como brotes y raíces en una lucha por aferrarse al suelo rocoso. Terminaban de un modo brusco ante un terreno arcilloso como cortados a machete. Desde aquel punto se extendía una vegetación diferente, de baja altura y consistencia cristalina.

Aceptó el vegetal cristalino sin sorprenderse; sabía que la novedad era el elemento invariable de todo ámbito nuevo. Las cosas eran normales sólo desde el punto de vista terrestre. Fuera de la Tierra, nada estaba más allá o más acá de lo normal excepto en la medida en que dejaba de ajustarse a sus propias y específicas normas. Además, aquellas plantas cristalinas también existían en Marte. Lo único que no llegaba a aceptar era la forma en que terminaba la vegetación anterior y comenzaba la zona de las plantas cristalinas. Volvió al borde y efectuó asombrado otra inspección. Ante la visión de su perfecta rectitud, su cerebro trabajó febrilmente. Parecía un campo. Un campo cultivado. Aquella rectitud sólo podía ser artificial. Sus espaldas se cubrió de gotas de sudor.

Agachándose sobre el talón derecho, contempló los cristales más cercanos y dijo a Laura:

–Preciosa, creo que estos chismes han sido plantados. ¿Pero por quién?

–McGillicuddy –sugirió Laura brillantemente.

Con un dedo agitó el cristal que brotaba cerca de su bota; un ejemplar verde con muchas ramas, de unos tres centímetros de altura.

El cristal vibró y emitió un «¡Zing!» dulce y agudo.

Sacudió la planta vecina y se escuchó un «¡Zang!» en un tono más grave.

Sacudió una tercera de la que no salió ningún sonido y que se rompió en un millar de fragmentos.

Se puso de pie y se rascó la cabeza, obligando a Laura a luchar por encontrar un asidero en el círculo de su brazo. Un sonido agudo, otro grave y la tercera planta hecha polvo. Dos nueces. Sonidos diferentes... frutos. ¡Casi lo tenía! ¡Si pudiese atraparlo de una vez...!

Entonces levantó la mirada entre sorprendida e iracunda y vio algo revolotear errante sobre el campo de cristales. Iba en dirección a la zona de vegetación. Laura se echó a volar con un graznido ronco, batiendo vigorosamente sus alas azules y rojas. Descendió en picada sobre el objeto, haciéndole bajar asustado a tan escasa altura que el objeto hubo de hacer un rodeo para eludir a Steve, pasando a poca distancia de su cabeza. Era una gran mariposa con alas rizadas y de colores casi tan brillantes como los de Laura. Esta revoloteó otra vez, asustando al insecto pero sin amenazarle. La llamó a su lado e inició la travesía hacia la región que se extendía más allá, reduciendo a polvo los cristales bajo el peso de sus grandes botas.

Media hora más tarde subía trabajosamente una empinada cuesta cubierta de cristales. De pronto, sus pensamientos se congelaron y se detuvo tan bruscamente que Laura salió disparada de su hombro, viéndose forzada a tomar el vuelo. Describió un círculo y volvió a su hombro, haciendo amargos comentarios en una lengua desconocida.

—Un ejemplar de esto, un ejemplar de aquello —dijo—. Ni parejas, ni tríos, ni docenas. Nada de lo que he visto se ha repetido. Un solo gigantosaurio, un solo *Scarabeus Anderii* y un solo ejemplar de todas las demás malditas especies. Cada ser es único y original, una creación individual en todo el sentido del término. ¿Qué me sugiere este hecho?

—¡McGillicuddy! —aventuró Laura.

—¡Por todos los demonios! Deja ya en paz a McGillicuddy.

—¡Por todos los demonios! ¡Por todos los demonios! —gritó Laura, encantada con la frase—. Los grandes y negros...

La sacudió en el momento oportuno, haciéndola emprender el vuelo, y continuó hablando consigo mismo:

—Me hace pensar en una mutación constante y omnipresente. Cada especie da origen a una especie un tanto diferente y no existen caracteres dominantes —el obstáculo a la vez obvio e inesperado que tal teoría representaba le hizo fruncir el ceño—. ¿Pero cómo diantre se reproducen estas especies? ¿Quién fertiliza a quién?

—McGilli... —comenzó a decir Laura, pero luego cambió de idea y guardó silencio.

—De todos modos, si nada se reproduce igual, será difícil encontrar alimento. Lo que es comestible en una planta puede ser mortal en su descendiente. El alimento de hoy puede ser el veneno de mañana. ¿Cómo sabe el campesino lo que va a cosechar? ¡Aja! Si no me equivoco, este planeta no podría alimentar una pareja de cerdos.

–No, señor. Nada de cerdos. A Laura le encantan los cerdos.

–¡Cállate! –le espetó Steve–. Si bien no hay alimento suficiente para dos cerdos, por lo visto sí lo hay para el gigantosaurio y demás animales fantásticos que pululan por el lugar. ¡Parece increíble! En Venus o en cualquier planeta que posea fuentes normales de alimentación, un gigantosaurio debería poder desarrollarse perfectamente, pero aquí, según mis cálculos, el monstruo no puede estar vivo. Debería estar muerto.

En ese momento llegó a la cima. Al mirar al otro lado vio al monstruo en cuestión, extendido cuan grande era a lo largo de la ladera opuesta. En efecto, estaba muerto.

El modo en que llegó a determinar su muerte fue convenientemente rápido, simple y efectivo. Su enorme masa yacía extendida a todo lo largo de la ladera y su cabeza de dragón, del tamaño de un bote salvavidas, apuntaba en su dirección. La cabeza tenía dos ojos opacos del tamaño de platos de sopa. Le disparó una granada en el ojo derecho y una buena cantidad de carne se esparció en todas direcciones. El cuerpo no se movió.

Tenía otra granada preparada para el otro ojo en caso de que la criatura volviese súbitamente a la vida con propósitos de venganza, pero la enorme masa permaneció tendida.

Sus botas continuaron despedazando cristales mientras bajaba la ladera, dando un rodeo de cien metros para evitar el cuerpo y subir a la colina más alta. Por el momento el animal muerto no le interesaba demasiado. El tiempo era escaso; podía volver al día siguiente y traer una cámara estereoscópica a todo color. El gigantosaurio no se quedaría sin pasar a la historia como era debido, pero habría de esperar.

Este segundo promontorio era bastante más elevado y difícil de escalar. La cima representaba el límite aproximado de su viaje diario y sintió impaciencia por coronarla antes de volver. El deseo urgente de ver lo que había más allá de la cumbre, típico rasgo humano, seguía siendo tan intenso como el que sintieran los voluntarios antepasados al llegar a la cima de las Montañas Rocosas. Debía ver lo que había más allá. En primer lugar porque la elevación le proporcionaría una visión más amplia. El segundo motivo era aquel merodeador nocturno; según sus deducciones éste había desaparecido detrás de aquella colina. Una columna de niebla desprendida del cielo podía vagar sin rumbo, pero su instinto le decía que aquello no había sido una «simple columna de niebla» y que estaba yendo a un sitio determinado. ¿Cuál?

Sin aliento, llegó pesadamente a la cumbre, bajó la mirada hacia un inmenso valle... y encontró la respuesta.

Nuevamente, los cristales desaparecían en la cima en una línea perfectamente recta. Más allá, la tierra arcillosa, desprovista de rocas, se extendía suavemente hacia el valle y por la ladera opuesta. Ambas vertientes se hallaban salpicadas, de forma poco abundante, por extraños montones de materia gelatinosa que temblaban bajo el resplandor dorado del cielo.

Desde el extremo cerrado del valle se proyectaba una gran construcción reluciente de techo plano y fachada lisa, con un enorme agujero cuadrado abierto en su centro frontal. Tenía el aspecto de un descomunal bloque rectangular de plástico pulido, de un blanco lechoso, casi enterrado en la colina arenosa. Ninguna decoración rompía la tersura de su brillante superficie. Ningún camino conducía al agujero frontal. Daba la impresión de una casa que intenta parecer vacía precisamente porque está llena de... monstruos.

Mientras la examinaba sintió un escalofrío. Una cosa era obvia: Oro poseía vida inteligente. Existía una posibilidad... la columna dorada representaba esa vida. Había otra probabilidad: los terrestres y los nebulosos habitantes de Oro podrían tener dificultades en encontrar una base para la amistad y la cooperación.

Es bien sabido que la enemistad no necesita de bases.

La curiosidad y la prudencia le impulsaban en sentidos contradictorios. Por una parte sentía la urgente necesidad de bajar al valle mientras que, por otra, la precaución le instaba a retroceder mientras aún era tiempo. Consultó su reloj. Le quedaban tres horas para hacer el viaje de vuelta, escribir el diario y preparar la cena. La estructura blanco-lechosa distaba por lo menos unos tres kilómetros, lo que representaba una buena hora de camino para ir y volver. Esperaría hasta el día siguiente y así podría dedicarle más tiempo, además de contar con la ventaja de poder detenerse a pensar.

Triunfó la prudencia. Examinó la masa gelatinosa más cercana. Era una formación chata de un metro de diámetro, de color verde con franjas azuladas y diminutas burbujas ocultas en su semitransparencia. Palpitaba levemente. Le dio un pequeño golpe con la punta de la bota y la masa se contrajo, curvándose en el centro para luego relajarse lentamente. No era una ameba. Era una forma de vida situada muy abajo en la escala pero aún así complicada. A *Laura* no le gustó. Se desprendió nerviosamente del hombro de Steve en el momento en que este se agachaba y desahogó su enojo destrozando unos cuantos cristales.

Aquella masa de gelatina no era como su vecina más próxima ni como ninguna otra. Un ejemplar de cada especie, sólo uno. La misma norma: una mariposa de una clase, un insecto, una planta, un montón de gelatina temblorosa.

Dando una última mirada al distante misterio del fondo del valle, Steve volvió sobre sus pasos. Al avistar la nave corrió como un feliz viajero de vuelta al hogar. Había huellas frescas cerca de la nave, grandes, de tres dedos, profundamente marcadas en el suelo, que indicaban que algo grande y pesado de dos patas había pasado por allí durante su ausencia. Era sin duda un animal, pues ningún ser inteligente habría rondado cerca del aparato sin inspeccionar aquel invasor del espacio. Lo apartó de su mente. Sólo había una cosa capaz de preocuparle y sabía perfectamente cual era.

Una vez en el interior de la nave, cerró nuevamente las puertas, le dio el alimento a *Laura* y se sirvió la cena. Luego sacó el diario, hizo las anotaciones del día y miró a su alrededor desde la cúpula. Una vez más las franjas violeta subían por el cielo. Miró la vegetación con expresión hosca. ¿Qué clase de materia había dado origen en el pasado a todas esas plantas? ¿Qué producirían en el futuro? ¿Cuál era su modo de reproducción?

Una mutación radical y total presuponía la modificación de los genes mediante intensas radiaciones de forma constante y potente. Teóricamente no existía radiación en los planetas de poca densidad, a no ser que proviniese del espacio. En este caso, no provenía del espacio ni de ningún otro sitio. De hecho no la había en absoluto.

Estaba bien seguro de ello porque había tenido un interés especial en el asunto y lo había comprobado. La radiación fuerte denotaba la presencia de elementos radiactivos que, en caso de necesidad, podían servir como combustible. La nave poseía el equipo adecuado para detectar esa materia. Entre los instrumentos contaba con un contador de rayos cósmicos, una «gallina» de radium y un electroscopio de hojas de oro. La «gallina» y el contador no habían emitido ni un cloqueo. De hecho, los únicos cloqueos habían sido de Laura. Había cargado el electroscopio al aterrizar y sus hojas formaban aún una «V» invertida. El aire era seco, la ionización insignificante, y no parecía probable que las hojas se abatieran antes de una semana.

—Algo falla en mi teoría —dijo a Laura con voz quejumbrosa—. Mi materia gris no funciona.

—No funciona —repitió Laura fielmente. Partió una nuez con un ruido áspero que le hizo rechinar los dientes—. Te digo que la nave está embrujada. No pienso navegar. No, ni aunque reces por mí. ¡He dicho que no, no y no! Nada, ni hablar. ¿Quién está borracho? Aquel tío peludo de las tierras bajas, Me...

—¡Laura! —dijo Steve severamente.

—Gillicuddy —concluyó, un tanto desafiante, haciendo crujir nuevamente los dientes.— Los anillos son mayores que los de Saturno. Los he visto con mis propios ojos. ¿Quién está mintiendo? ¡Yak! Ella está en Grayway Bay, en Tethis... ¡Chico, qué tetas!

—Estás chiflada —dijo Steve mirándola duramente.

—¡Claro que sí! ¡Claro que sí, amigo! ¡A Laura le encantan las nueces! ¡Come una, te invito!

—Muy bien —aceptó Steve alargando la mano.

Ladeando la cabeza de variados colores, el pájaro picoteó en su mano, escogió una pecana y se la dio. Mientras la partía, Steve puso en marcha el sistema de iluminación. Era casi como si la noche le estuviese esperando. La oscuridad cayó en el momento en que encendía las luces.

Con las tinieblas apareció una extraña sensación de inquietud. El problema era la cúpula. Brillaba como un faro y no había forma de disimularla como no fuese apagando las luces. Los faros solían atraer cosas, y no tenía el menor deseo de convertirse en centro de atracción en las presentes circunstancias, es decir de noche.

La larga experiencia le había hecho despreciar a los animales alienígenas, por muy grandes que fuesen. Sin embargo, las inteligencias extraterrestres eran harina de otro costal. Tan absorto estaba en la extraña convicción de que el

fenómeno de la noche anterior sabía lo que hacía, que no se le ocurrió preguntarse si una columna reluciente tenía ojos o algo equivalente al sentido de la vista. De habersele ocurrido, no le hubiera servido precisamente de consuelo. Le agradaba menos la idea de que de algún extraño modo extrasensorial le hubiese inspeccionado que el pensar que alguien podría haberle observado mientras dormitaba.

Una terrible mezcla de pensamientos e ideas hervía aún en su mente cuando apagó las luces para tenderse en la litera y quedarse dormido. Nada interrumpió su sueño esta vez, pero al despertar con el dorado amanecer su pecho estaba húmedo de sudor y Laura se había refugiado nuevamente en su brazo.

Al preparar el desayuno, sus pensamientos comenzaron a fluir mientras sus manos trabajaban. Se sirvió un chorro de café caliente y le dijo a Laura:

–Que me aspen si voy a volverme loco intentando mantener yo sólo un sistema permanente de vigilancia que sería lo lógico enfrentado a una potencia desconocida que no soy capaz de vencer. Me gustaría ver cómo reaccionan esos guerreros de despacho frente a situaciones no especificadas en el reglamento.

–Burp –graznó Laura con desprecio.

–«El que lucha y huye, sobrevive para volver a luchar» –citó Steve–. Esa es la Ley de los Exploradores. Una ley maravillosa y sencilla... cuando uno puede huir. Nosotros no podemos.

–¡Burrup! –dijo Laura con demasiada énfasis.

–Para ser mujer, tus modales son francamente asquerosos –dijo Steve–. Pues bien, no voy a pasarme lo poco que me queda de vida mirando asustado hacia atrás. La única manera de deshacerse de los poderes desconocidos es convertirlos en conocidos y comprensibles. Cómo dijo tío Joe a Willie cuando le arrastraba al dentista: «Mientras más tardemos más daño te hará».

–¡No te pongas pesada! –declamó Laura–. ¡Burp-gollop-bop!

Dándole una mirada de profundo desagrado, Steve continuó:

–De modo que vamos a coger al toro por los cuernos. A veces esta técnica desconcierta a los toros –poniéndose de pie tomó a Laura, la empujó al interior de su compartimiento de viaje y la cerró–. Vamos a despegar inmediatamente.

Subiendo al asiento de control, pisó firmemente el pedal del energizador. Los cohetes de cola emitieron varias pequeñas explosiones y comenzaron a rugir apagadamente. Palpando los controles para acostumbrarse a ellos, aceleró hasta que la nave entera tembló y los tubos de Venturi empezaron a brillar con un resplandor rojo intenso. Lentamente, la nave comenzó a desplazar su mole hacia adelante mientras Steve inyectaba el combustible para el despegue. Un resoplido final hizo que la nave se alzara hacia el cielo.

Haciéndola girar en una curva amplia y a baja altura, atravesó como un rayo el límite de la zona de vegetación, los campos de cristales y las colinas, sumergiéndose velozmente en el valle mientras los cohetes de freno llameaban en la proa.

Esta era una maniobra delicada. Tenía que coordinar el impulso de avance, la potencia de retroceso y el empuje de aterrizaje. Pero, como casi todos los de su clase, se enorgullecía de las proezas que se podían realizar con estas pequeñas y bien construidas naves. Le faltaba un público en vilo para que la exhibición fuese perfecta. La nave aterrizó limpiamente en el techo blanco del extraño edificio, se deslizó hacia el lado del acantilado y se detuvo.

—¡Soy un as! —se dijo con un suspiro. Permaneció en el asiento y miró a su alrededor a través de la cúpula, sintiendo que debía añadir—: Pero demasiado joven para morir —echando de vez en cuando una mirada al cronómetro, esperó un tiempo. La nave debía haber golpeado con una violencia capaz de resucitar a un muerto. Si había alguien allí dentro, saldría muy pronto para ver quién o qué producía un escándalo semejante. Nadie apareció. Decidió esperar media hora más, con su rostro de águila tenso y atento. Luego renunció a continuar la espera. «Muy bien», se dijo, saliendo del asiento.

Liberó a Laura, que salió de su compartimiento con dignidad ofendida. Las hembras eran extraños seres, según la lógica de Steve, por lo que ignoró su actitud, cogió su pistola, abrió las puertas y saltó al exterior. Laura le siguió de mala gana y se instaló en su hombro como quien concede un gran favor.

Avanzó más allá de la cola, hacia el borde del tejado, y miró hacia abajo. La inminencia de un salto de ciento cincuenta metros le hizo retroceder. A sus pies, la entrada se erguía ciento veinte metros sobre el suelo; se hallaba sobre el dintel de treinta metros que la remataba. La única manera de bajar era caminar hasta el extremo del tejado, llegar hasta la pendiente de tierra en la que se hallaba empotrada la construcción y buscar allí un camino.

Después de recorrer cuatrocientos metros de tejado llegó hasta la colina, al tiempo que sus ojos inspeccionaban la superficie del mismo sin encontrar una sola hendidura o resquicio en su completa uniformidad. La enorme construcción parecía haber sido hecha de un solo bloque, cosa que no contribuía en absoluto a despejar sus inquietantes presentimientos. Quienquiera que hubiese realizado tal inmensa obra no era precisamente un nativo con taparrabos.

Desde el nivel del suelo la entrada parecía aun más grande. Si hubiese habido una abertura similar en el extremo opuesto y un corredor libre de obstáculos, hubiese podido penetrar con la nave por un lado y salir por el otro con la facilidad con que se enhebra una aguja.

La ausencia de puertas no parecía extraña; era difícil imaginar un tipo de puerta lo bastante gigantesca como para cubrir la abertura y lo suficientemente equilibrada como para que alguien, o algo, pudiese abrirla y cerrarla. Con una última mirada cautelosa a su alrededor, que le confirmó la ausencia de movimiento en el valle, cruzó valientemente la entrada y cerró por un momento los ojos. La oscuridad interior fue cediendo gradualmente mientras de su retención visual desaparecía la última imagen del dorado resplandor exterior.

Dentro había una luminosidad distinta, más pálida, y de un verde fantasmagórico. Se filtraba del suelo, del techo, de las paredes, y su área total de radiación era

suficiente para iluminar claramente el lugar, sin sombras. Husmeó el aire y dejó que su vista se adaptara. Había un extraño olor de ozono mezclado con otros olores no identificables.

A su derecha e izquierda, elevándose a cientos de metros de altura, se hallaban grandes hileras de cajas transparentes. Se dirigió a las de su derecha y las examinó. Eran cubos de casi un metro de lado de un material parecido al transpex. Cada uno contenía unos diez centímetros de tierra arcillosa de la que brotaba un cristal. No había dos cristales iguales. Algunos eran pequeños y llenos de bifurcaciones, otros grandes e indescriptiblemente complejos.

Asombrado, dio la vuelta a la gigantesca estantería y encontró otra a diez metros más atrás. Luego otra y otra... Todas contenían cristales. El número y variedad de estos le dio vértigo. Sólo podía examinar las dos hileras inferiores de cada estantería. Las demás subían una sobre otra hasta llegar a escasa distancia del techo. Su número total era incalculable.

Igual cosa sucedía con el lado izquierdo; miles y miles de cristales. Observando con mayor atención un ejemplar particularmente hermoso, advirtió que la parte frontal de la caja tenía unas señales pequeñas e insignificantes en forma de puntos labrados en la superficie exterior. Al observar otras cajas, descubrió que todas poseían marcas semejantes, diferenciándose solamente en el número y disposición de los puntos. Se trataba sin duda de una especie de código cósmico empleado como sistema de clasificación.

—El Museo de Historia Natural del planeta Oro —aventuró en un susurro.

—¡Eres un mentiroso! —chilló Laura violentamente—. ¡Te digo que está embrujado! —se detuvo muda de asombro al escuchar su propia voz resonar a través del edificio en un rugido de tonos profundos como los de un órgano—: ¡Embrujado...aaadoooooo...!

—¡Por mil demonios! ¿Quieres callarte? —siseó Steve. Intentó vigilar la entrada y el interior simultáneamente. Pero la voz retumbó en la distancia sin que nadie apareciera para protestar ante la intrusión.

Volviéndose, avanzó rápidamente más allá de los primeros bloques de estanterías, hasta llegar a un segundo conjunto de vitrinas. En aquella sección había masas gelatinosas. Su tamaño no sobrepasaba el de su reloj de pulsera y podían contarse por millares. Observó que ninguna de ellas parecía estar viva.

Los sectores tres, cuatro y cinco, representaban según sus cálculos un recorrido de casi dos kilómetros en el interior del edificio. Pasó ante musgos, líquenes y arbustos. Todos estaban muertos pero maravillosamente bien conservados. A esa altura se sentía ya preparado para adivinar el contenido de la sección seis... plantas. Pero se equivocó. La sexta exhibición contenía insectos incluyendo mariposas, polillas y unos extraños animales que semejaban colibríes quitinosos. No había ningún ejemplar de *Scarabeus Anderii*, a menos que estuviese unos cuantos cientos de metros más arriba. O a menos que hubiese una caja vacía esperándole cuando llegase su hora.

¿Quién fabricaba aquellas cajas? ¿Habría una preparada para él y tal vez también una para Laura? Se imaginó a sí mismo, petrificado para siempre, en el

interior de la vitrina número diecisiete en la hilera número veinticinco del estante número diez en la sección X, con su panel frontal marcado con los puntos apropiados. Al imaginar aquel desagradable cuadro su frente se llenó de arrugas.

Sin poder llegar a definir lo que buscaba, continuó avanzando resueltamente, internándose cada vez más en el edificio. Ni un alma, ni un sonido, ni una huella. Sólo aquel olor penetrante y el resplandor constante. Tenía la impresión de que el lugar era visitado con frecuencia pero nunca ocupado durante un tiempo demasiado largo. Sin detenerse a mirar, pasó ante una enorme caja que contenía un animal que se parecía a un rinoceronte con cabeza de bisonte y luego ante otras cosas aún mayores, en las que se exhibían piezas también más grandes, todas ellas cuidadosamente clasificadas con el sistema de puntos.

Finalmente, dio la vuelta a una caja tan enorme que ocupaba el ancho total de la sala. Contenía el antepasado de todos los árboles y el antepasado de todas las serpientes. Detrás de aquella vitrina se alineaban, por esta vez, unas estanterías de ciento cincuenta metros de altura, en las que había armarios metálicos, cada uno con un botón en la pulida puerta y con su correspondiente grupo de puntos misteriosamente ordenados.

Intrépidamente, oprimió el botón del armario más cercano, cuya puerta se abrió con un fluido clic. El resultado fue decepcionante. El armario estaba lleno de montones de pequeñas hojas de vidrio cubiertas de puntos.

—Un supersistema de archivo —gruñó Steve cerrando la puerta—. El viejo profesor Heggarty daría su vida por estar aquí...

—Heggarty —dijo Laura con voz desfallecida—. ¡Por todos los diablos!

Le echo una mirada penetrante. Tenía las plumas erizadas y estaba inquieta, dando muestras de una agitación cada vez mayor.

—¿Qué ocurre, gallinita?

Laura lo miró brevemente y se volvió con ansiedad hacia el lugar por donde habían venido, caminando de lado por su hombro. Las plumas de su cuello comenzaron a erizarse. Un cloqueo nervioso se escapó de su pico al tiempo que se encogía atemorizada.

—¡Maldición! —murmuró Steve girando sobre un talón. Caminó rápidamente por entre los sucesivos bloques de archivos hasta llegar al espacio de diez metros entre el último bloque y la pared.

Había sacado la pistola y vigilaba la parte anterior de los bloques mientras con la mano libre intentaba calmar a Laura. Esta se acurrucó más cerca, frotando su cabeza contra su cuello y tratando de esconderse bajo su mandíbula.

—¡Quieta, bonita! —susurró—. ¡Tranquila! Quédate aquí con Steve y no te pasará nada.

Se mantuvo quieta, aunque había comenzado a temblar. El corazón de Steve aceleró sus latidos simpatizando con Laura, pero no veía ni escuchaba nada que explicara la reacción del pájaro.

De pronto, mientras observaba y esperaba, siempre en absoluto silencio, la brillantez interior disminuyó y la tonalidad verdosa perdió intensidad, volviéndose más dorada. En aquel momento supo lo que era. Sabía lo que se aproximaba.

Cayó sobre una rodilla para hacerse lo más pequeño e insignificante posible. Su corazón latía violentamente, sin que los esfuerzos de su mente pudieran serenar su ritmo. El silencio, el terrible silencio en el que se aproximaba era lo más insoportable. Hubiese preferido escuchar el sonido de una pisada poderosa. Los colosos no tenían derecho a deslizarse como si fuesen fantasmas.

El resplandor dorado aumentó, ahogando la radiación verdosa del suelo y del techo, haciendo brillar intensamente la multitud de superficies de las vitrinas. La potencia de su brillo aumentó hasta igualar y sobrepasar la del cielo. Lo llenaba todo de un modo insoportable, sin dejar un átomo de oscuridad donde ocultarse, ni un refugio para los seres pequeños.

Llameaba como el sol naciente o más bien como algo surgido del corazón de un sol, y la gloriosa fuerza de su resplandor produjo un tumulto vertiginoso en el cerebro del aterrado espectador. Luchó ferozmente para controlar su cerebro, disciplinarlo, doblegarlo a su debilitada voluntad... pero fue inútil.

Con el rostro tenso y sudoroso, Steve llegó a vislumbrar un fragmento del borde de la columna apareciendo entre los estantes del pasillo central. Vio una cegadora franja de oro bruñido en la que relucía una estrella blanca de increíble pureza, luego una violenta efervescencia pareció producirse en el interior de su cerebro y cayó hacia adelante sumergido en una nube de pequeñas burbujas.

Bajó, bajó, hundiéndose en millones de burbujas y remolinos y chorros de niebla y espuma iridiscentes que brillaban cambiando constantemente a todos los colores concebibles. Y durante todo el tiempo su mente luchó frenéticamente por subir a la superficie y devolver su alma al mundo.

Se sintió transportado a los más remotos confines mientras las burbujas se arremolinaban en miles de tonalidades cambiantes. Luego el ritmo disminuyó. Lentamente la niebla y la espuma cesaron de girar con movimiento ascendente y detuvieron su espiral comenzando a girar en el sentido opuesto mientras se iban hundiendo. ¡Estaba subiendo! Subió interminablemente, flotando etéreo como en un sueño.

Las últimas burbujas se desvanecieron misteriosamente, dejándole en un breve paréntesis de no-existencia. Luego se encontró tendido en el suelo cuan largo era, con Laura aferrada aturdida a su brazo. Parpadeó lentamente varias veces. Sus ojos estaban cansados e irritados. Su corazón palpitaba aún acelerando y sentía las piernas débiles. Tenía una extraña sensación en el estómago, como si un recuerdo muy antiguo le hubiese sacudido haciéndole sentir enfermo.

No se levantó enseguida. Su cuerpo estaba demasiado conmocionado y su mente demasiado confusa. Mientras recobraba la conciencia y la normalidad, observó que el dorado y penetrante brillo había desaparecido y que nuevamente la iluminación interior tenía aquel matiz verde opaco y sin sombras. Sus ojos se fijaron en su reloj y se incorporó alarmado. ¡Habían transcurrido dos horas!

Aquello lo hizo ponerse de pie temblorosamente. Dando una mirada al final de la hilera de cajas-archivo, pudo comprobar que nada había cambiado. El instinto le decía que el dorado visitante se había marchado y que nuevamente estaba solo en aquel lugar. ¿Se habría percatado de su presencia? ¿Había sido él quien le privara del conocimiento o, si no, cómo lo había perdido? ¿Estaría aún su nave intacta en el techo del edificio?

Recogiendo su fútil arma, la hizo girar por el protector del gatillo y la miró con desprecio. Luego la enfundó, y ayudó a Laura a trepar hasta su hombro, en el que se instaló como atontada. Caminó rodeando los estantes por su parte trasera y continuó avanzando hacia el interior del edificio.

—Creo que estamos bien, cariño —le dijo a Laura—. Me parece que somos demasiado pequeños para que nos vean. Somos como ratas. ¿Quién va a ocuparse en cazar ratas teniendo cosas mucho más importantes en qué pensar? —hizo una mueca de desagrado ante la comparación. No era muy halagadora para él ni para su especie. Pero en aquel instante no se le ocurría nada mejor—. Y como ratas pequeñas que somos, vamos a buscar queso. No pienso darme por vencido sólo porque un montón de materia misteriosa ha pasado ante nosotros y nos ha asustado. No vamos a huir muertos de miedo, ¿verdad, preciosa?

—No —dijo Laura sin entusiasmo. Su voz aún era débil y sus ojos observaban cautelosamente en todas direcciones—. No temas. Te digo que no pienso navegar. ¡Sopla! ¡A Laura le encantan las nueces! ¡Majareta!

—Oye, no me llames majareta.

—¡Nueces! No dejéis los cultivos, os darán más huevos. ¡McGillicuddy, los gran...!

—¡Eh! —advirtió Steve.

El pájaro se interrumpió bruscamente. Steve apretó el paso, negándose a admitir que algo le hubiese preocupado o que sintiera un cierto desequilibrio en su organismo debido a la tensión nerviosa. De lo que sí estaba seguro era de no querer acercarse nuevamente a aquel gigante resplandeciente. Una vez había sido suficiente, más que suficiente. No era que le temiese. Era algo más, algo imposible de definir.

Al pasar ante el último grupo de archivos se encontró frente a una máquina. Era complicada y extraña... y estaba fabricando una planta de cristales. Cerca, otra máquina distinta elaboraba un pequeño lagarto con cuernos. No había ninguna duda sobre el proceso de fabricación porque ambos objetos estaban a medio terminar.

Se formaban lentamente incluso mientras los observaba. Tal vez dentro de un par de horas, o quizá menos, estarían concluidos, y lo único que les faltaría sería...

Los pelos de su nuca se erizaron y comenzó a correr. Un sinfín de máquinas, todas diferentes, fabricaban cada una algo distinto: plantas, insectos, pájaros y hongos. El proceso de fabricación era electropónico: un átomo se añadía a otro como un ladrillo sobre otro en la construcción de una casa. No era una síntesis puesto que eso sólo implicaba una unión, mientras que esto era una unión más

crecimiento obedeciendo unas leyes desconocidas. Sabía que en cada una de aquellas máquinas había un código, clave o cifra, algún extraño súper-control de inimaginable complejidad, que determinaba los modelos a construir... y los modelos eran de una variedad infinita.

De vez en cuando encontraba una máquina inmóvil, inactiva, con su trabajo ya terminado. Algunas máquinas monstruosamente grandes se hallaban en reparación o en vías de ser transformadas, mostrando sus piezas desmontadas. Se detuvo ante una de las que había completado su trabajo. Había elaborado una mariposa de delicados matices que se erguía inmóvil, como una estatua de joyas, en el interior de su frasco de fabricación. Le pareció una creación perfecta, y lo único que le faltaba era... era...

De su frente brotaron gotas de sudor. ¡Lo único que le faltaba a aquella mariposa era un hálito de vida!

Se esforzó por desechar de su mente un cúmulo de pensamientos. Era la única forma de conservar el control de sí mismo. ¡Desvía tu atención, dirígela hacia otro objeto! Firmemente concentró su atención en una enorme máquina parcialmente desmontada que se hallaba cerca de allí: sus entrañas estaban a la vista, mostrando grandes rollos de alambre de un gris opaco. Esparcidos por el suelo se veían trozos de un alambre similar.

Recogiendo un pequeño trozo, comprobó que era extraordinariamente pesado. Se quitó el reloj de pulsera y, abriéndolo, acercó el alambre a su mecanismo. El resorte de jargón venusiano se volvió de inmediato fluorescente. Los jargones de Venus resplandecían invariablemente en presencia de una fuente radiactiva cercana. Aquel metal desconocido podía servir de combustible. Ante la sola posibilidad, su corazón dio un vuelco.

¿Y si arrastraba hasta la nave uno de aquellos enormes rollos? Eran muy pesado y necesitaría bastantes metros... siempre que pudiese utilizarlo como combustible. La desaparición del rollo podría provocar la colocación de trampas antes de que volviese en busca de otro material.

El detenerse a pensar cuando hay tiempo para ello suele reportar sus beneficios. Este era un principio fundamental de la filosofía del Servicio de Exploración. Se puso en el bolsillo un cabo del alambre y buscó más entre las piezas de las otras máquinas. La búsqueda le hizo internarse aún más en el edificio mientras se esforzaba por mantener su atención fija en lo que hacía. No era fácil. Aquel perro, por ejemplo, que parecía esperar algo, inmóvil como una estatua. Si por lo menos hubiese sido un perro decididamente terrestre. Era imposible el evitar verlo. Iba a ser igualmente imposible el evitar mirar otras formas más familiares... si las había.

Había recogido siete muestras de diferentes alambres radiactivos cuando decidió suspender la búsqueda. Una cacatúa puso fin a su peregrinación. El pájaro se erguía inmóvil, en su frasco, con su brillante plumaje azul y terso, la cresta escarlata levantada y la mirada brillante y fija. No daba la impresión de estar muerta pero tampoco parecía tener vida. Laura se puso a chillarle histéricamente y la inmensa sala repitió el chillido con largos ecos rugientes y atronadores que reverberaron en las oscuras distancias. La reacción de Laura fue la gota que

colmó el vaso; no tenía el más mínimo deseo de encontrarse ante algo capaz de provocar también en él una reacción similar.

Avanzó velozmente por el edificio dando grandes zancadas, pasando ante la sección de archivo y el impresionante conjunto de vitrinas sin prestarles atención. Trepó por las laderas arcillosas casi tan rápidamente como había bajado y penetró en la nave ya casi sin aliento.

Lo primero que hizo fue inspeccionar la nave. No había habido ninguna intrusión. Acto seguido, revisó los instrumentos. Las hojas del electroscopio estaban caídas. Al cargarlas, observó cómo se abrían para volver a juntarse. El contador indicaba bastante radiación. La «gallina» cloqueaba enérgicamente. Había cometido un error. Debería haber revisado estos instrumentos inmediatamente después de aterrizar en el tejado. De todos modos, aquello no tenía demasiada importancia. Sabía ahora lo que había allí dentro; los instrumentos se lo habrían advertido antes pero la información no hubiese sido tan completa.

Mientras Laura tomaba su alimento, Steve se sirvió una comida ligera. Después, sacó las muestras de alambre. No había dos calibres iguales. Uno de ellos era en todo caso muy grueso para la entrada de combustible de los Kingston-Kane. Le llevó media hora limarlo hasta conseguir un diámetro apropiado. Probó primero con el trozo de alambre gris opaco.

Lo introdujo y puso los controles a la mínima intensidad. Pisó el energizador. No pasó nada.

Hizo un gesto de contrariedad. Algún día existirían motores mejores que los macizos pero remilgados Kingston-Kane, motores capaces de tragar todo lo tragable. La densidad y la radiactividad no eran suficientes; aquellos motores necesitaban un tipo muy determinado de combustible.

Volviendo al Kingston-Kane, sacó el alambre y comprobó que el extremo se había fundido. Un fracaso rotundo. Insertó la segunda muestra, otro alambre gris no tan opaco como el anterior y volvió a los controles para presionar el energizador. Los cohetes de cola emitieron prontamente una serie de explosiones con un ruido grave y quejumbroso; la esfera indicadora del impulso marcaba un sesenta por ciento de la potencia normal.

Otro individuo se hubiese vuelto loco llegado a este punto. Steve, en cambio, buscó en su bolsillo otra muestra con una expresión extrañamente tensa en su rostro aguileño. Probó un tercer alambre. El resultado fue nulo. El cuarto intento proporcionó un nuevo fracaso. El quinto cabo de alambre produjo una rítmica serie de curiosas explosiones que hicieron estremecer la nave de un extremo a otro, haciendo oscilar la aguja del cuadrante indicador de impulso desde cero a ciento veinte por ciento. Mientras extraía el alambre e introducía una sexta muestra, imaginó a las patrullas de Exploración impulsadas al espacio como motores fuera borda. Esta vez el alambre hizo rugir gozosamente el motor. El indicador marcaba un ciento setenta por ciento de potencia. La séptima muestra fue un nuevo fracaso.

Descartó todos los tipos de alambre salvo el resto de la sexta muestra. Aquel hilo tenía un calibre doce y se ajustaba casi por completo a sus propósitos. Parecía

cobre de un rojo intenso, pero era menos dúctil y pesado que el cobre. Era duro, flexible y liviano como cable telefónico. Si por lo menos pudiese encontrar unos mil metros de aquel alambre allí abajo, si conseguía arrastrarlo hasta la nave, y si la columna dorada no aparecía para echarlo todo a perder, podría despegar libremente. Iría entonces a un lugar civilizado... si lograba encontrarlo. El futuro dependía de una aterradora lista de probabilidades.

El modo más fácil y obvio de apoderarse del ansiado tesoro era practicar un agujero en el techo, bajar por él un cable y subir el alambre con ayuda del pequeño torno de la nave. Problema: ¿cómo hacer un agujero sin explosivos? Respuesta: taládrase el techo, insértese munición de su pistola, récese una plegaria y hágase estallar eléctricamente. Lo intentó, usando un taladro manual. El extremo del taladro pronto desapareció, como si hubiese intentado agujerear un diamante. Sacó su pistola y disparó contra el tejado; El proyectil estalló con un ruido seco y agudo y los fragmentos se dispersaron estridentemente hacia lo alto. El punto en que había hecho blanco presentaba una mancha y un par de leves rasguños.

No quedaba otro remedio que bajar y acarrear sobre sus hombros todo el alambre que pudiera llevar. Y hacerlo pronto. La obscuridad no tardaría en llegar y no deseaba encontrarse con aquella cosa dorada en las tinieblas. Ya era bastante malo topársela a la luz del día o en el extraño resplandor verdoso del interior del edificio, pero que además se deslizase suavemente detrás suyo mientras avanzaba en las tinieblas con su botín, era algo en lo que prefería no pensar.

Cerró la nave dejando a Laura en su interior y volvió al edificio. Una vez allí avanzó por entre los miles de vitrinas y de archivos hasta llegar a la sección de máquinas de la parte trasera. No le interesaba examinar nada. Sólo tenía un objetivo: el alambre. Además, le era fácil concentrarse en este pensamiento simple.

Sin embargo, su mente bullía mientras caminaba. La mitad de su cerebro estaba sumamente alerta, temerosa de la súbita aparición de la columna dorada; la otra mitad hervía de entusiasmo ante la posibilidad de partir. Nada de todo ello se traslucía, no obstante, en su apariencia. Externamente se mostraba calmado, seguro, metódico.

Tardó diez minutos en encontrar un gran rollo de aquel metal cobrizo, un enorme ovoide, sumamente enredado, que se hallaba cerca de una máquina desmontada. Intentó moverlo y no logró desplazarlo ni un solo centímetro. Era demasiado grande y pesado. Para subirlo hasta el techo tendría que cortarlo y serían necesarios unos cuatro viajes para acarrearlo. Además, algunas de sus secciones internas estaban ya fundidas. ¡Tan lejos y tan cerca! La libertad dependía de su habilidad para mover un montón de metal y subirlo unos trescientos metros. Murmuró entre dientes algunas de las palabras de Laura.

A pesar de tener el cortador de alambre en sus manos, se detuvo a pensar un instante, y luego se decidió a buscar más allá antes de emprender aquella tarea. Fue una decisión acertada que resultó provechosa pues, a cien metros de allí, encontró otro rollo en forma de rueda en bastante buenas condiciones y fácil de

deshacer. Su peso era también excesivo para transportarlo pero, con un tremendo esfuerzo que hizo crujir sus músculos, logró enderezarlo sobre su borde y comenzó a empujarlo como si se tratara de un gigantesco neumático.

Hubo de detenerse varias veces y apoyar el rollo contra la vitrina más próxima para descansar un instante. La última de ellas tembló con el impacto del pesado rollo y su brillante y arácneo ocupante se movió en un momentáneo simulacro de vida. Aquel movimiento revivió en Steve la poca atracción que le inspiraban las arañas. Acortó la pausa y continuó su camino empujando el rollo.

Las vetas de color violeta subían nuevamente por el horizonte cuando, después de hacer rodar su botín a través de la enorme abertura, llegaba por fin al pie del terraplén. Allí se detuvo, cortó el alambre, tomó el extremo libre y subió con él por la ladera. El hilo se desenrolló sin dificultad. Una vez en el interior de la nave sujetó el extremo al torno y maniobró hasta enrollarlo por completo, para pasarlo de allí al carrete de alimentación.

La noche cayó envolvente y amenazadora. Sus manos temblaban ligeramente pero en su rostro de halcón había firmeza y flema mientras introducía el extremo del alambre en el inyector automático y luego en la entrada de combustible del Kingston-Kane. Cuando hubo terminado, recorrió el panel del compartimiento de Laura y le dio un poco de la fruta que habían cogido en el árbol de Oro. Laura la aceptó blandamente con una actitud ensimismada, poco dispuesta a la conversación.

—Quédate dentro, cariño —le dijo tranquilizadamente—. Saldremos de esta y nos marcharemos a casa.

Volvió a cerrar el panel y subió al asiento de control. Encendió el reflector delantero y observó como su haz luminoso rompía las tinieblas, iluminando el acantilado de enfrente. Pisó con fuerza el energizador y calentó las toberas. Su violento bufido le tranquilizó. Con un setenta por ciento más de potencia, habría de ser mucho más prudente en sus maniobras: no tendría nada de divertido fundir la cola del aparato cuando estaba a punto de alcanzar su objetivo. De todos modos sentía una extraña impaciencia. Cada minuto parecía contar, más aún, cada segundo.

Se contuvo. Calentó los tubos de Venturi, dio un discreto impulso a su cohete de dirección de estribor y observó como el acantilado se deslizaba a su lado a medida que el vehículo espacial giraba sobre su vientre. Otro impulso y luego otro y había orientado el aparato en dirección al borde frontal del tejado. Un débil resplandor dorado *parecía* surgir de la obscuridad y Steve enfocó hacia él su reflector delantero para examinarlo mejor.

La neblina amarillenta brillaba por encima del borde de la ladera de enfrente. Steve tembló al divisarla. El resplandor se hizo más intenso y se elevó. Su vista se esforzaba por escudriñar el exterior mientras observaba fascinado con las manos paralizadas sobre los controles. Tenía la espalda empapada. Allí atrás, en su compartimiento de viaje, Laura guardaba un completo silencio sin moverse como era su costumbre. «Estará aterrada», pensó.

Con un titánico esfuerzo de voluntad que le hizo tensarse como nunca antes, logró mover el mando de control un par de muescas y alargar la frecuencia de las ráfagas traseras. La nave avanzó estremeciéndose hasta su última partícula. Reuniendo las fuerzas que le quedaban, Steve obligó a sus manos a dar el impulso de despegue. Con un estruendo ensordecedor que resonó en los acantilados, la pequeña nave saltó hacia el cielo describiendo una curva de fuego. Mirando a través del transpex, Steve alcanzó a vislumbrar una empequeñecida porción de columna dorada que avanzaba majestuosamente sobre la cima para desaparecer un instante después detrás de la cola de la nave mientras la proa apuntaba a las estrellas.

Una inmensa sensación de alivio inundó su espíritu. No sabía aún a qué atribuir su anterior temor, pero el alivio que experimentaba era tan intenso que le tenía sin cuidado el rumbo que había tomado ni cuanto tiempo tardaría aquel viaje. De algún modo tenía la certeza que si seguía una curva amplia acabaría por captar una señal del Centro de Exploración. Una vez captada aquella señal, cualquiera que fuese su procedencia, podría salir de aquel laberinto del espacio.

La suerte no le abandonó y su racha de optimismo resultó justificada pues, al vigésimo séptimo día de viaje, hallándose aún en constelaciones totalmente extrañas, alcanzó a percibir las débiles pulsaciones provenientes de Hydra III. Las pulsaciones serían un faro cósmico que le guiarían a casa.

Dejó escapar un alarido de alegría y pensó que sólo Laura le había oído... pero alguien más había escuchado su grito.

Allá abajo en Oro, en lo más profundo del gigantesco taller, el coloso dorado se había detenido como atento a algo. Luego, deslizándose silenciosamente por los inmensos pasillos, llegó hasta la sección de archivo. Se abrió un compartimiento, del que salieron dos placas brillantes.

Por un momento, las placas hicieron contacto con la extraña y luminosa substancia y quedaron grabadas con una multitud de pequeños puntos. Fueron devueltas a su sitio y la puerta se cerró. El haz de oro con sus estrellas prisioneras volvió silenciosamente a la sección de máquinas.

Algo cercano a los dioses había hecho una inscripción en las placas. Nada situado un peldaño más abajo en la escala de la vida podría traducir o captar siquiera su sentido aproximado.

El significado más simple de una de las inscripciones podría haber sido: «Homo intelligens, bípedo, erecto, de color rosado, tipo P. 739, implantado en sol III, Brazo de condensación BDB. Resultado: éxito moderado».

De un modo similar, la inscripción de la otra placa podría haber sido: «Periquito de Macao, de gran tamaño, de colores vivos, aleteador, de pico curvo. Implantado en Sol III, Brazo de Condensación BDB. Resultado: éxito moderado».

Pero ya el resplandeciente coleccionista había olvidado aquellas anotaciones. En aquel momento infundía esencia con su aliento a una mariposa de brillantes colores.

Los zoólogos

Fred Hoyle

Zoomen, © 1967 by Mercury Press Inc.. Traducido por Giralt-Roger en *Ciencia Ficción Selección-7*, Libro Amigo 235, Editorial Bruguera S.A., primera edición en Mayo de 1973.

En los relatos de ciencia ficción escritos por científicos se observa a menudo cierto esquematismo en la caracterización de los personajes y en los análisis psicológicos. Afortunadamente, este no es, en absoluto, el caso de Fred Hoyle, astrofísico de renombre internacional, tan conocido por sus actividades científicas como por sus brillantes narraciones, de las que Zoomen es un buen ejemplo.

El tema de la captura de especímenes humanos por una raza extraterrestre no es ninguna novedad en la ciencia ficción; pero pocas veces ha sido tratado con tanta sencillez y sensibilidad como en el presente relato.

En la segunda quincena de julio logré marcharme de vacaciones por un par de semanas; quería «seguir los pasos de Munro» en la región montañosa de Escocia. Como en verano es difícil encontrar alojamiento en un hotel de los Highlands, y en especial para una persona sola, alquilé un coche provisto de *roulotte*. El primer día llegué a la frontera escocesa, al sur de Jedburgh. Era un atardecer espléndido y pensé que no me convenía pasar todo el día siguiente en la carretera si el tiempo continuaba siendo tan bueno. Lo mejor era ponerse en marcha en cuanto amaneciera. A las diez podría cruzar los Lowlands; ello me permitiría alcanzar uno de los picos meridionales de la cordillera Ben Lawers por la tarde.

Puse en práctica este plan y llegué a Killin poco después de las diez; encontré un camping; en el pueblo compré carne y otras provisiones, y salí en dirección a Glenlyon, con el fin de escalar el Meall Ghaordie. La tarde era hermosa y despejada. Dejé el coche lo más cerca posible de la montaña que había decidido escalar y emprendí el camino por la pantanosa ladera, después inicié el ascenso con lentitud, en parte porque era mi primer día en las montañas y también porque el sol calentaba mucho. Recuerdo la cantidad de flores multicolores que hollaban mis pies. Tardé unas dos horas en llegar a la cumbre, pero una vez allí, me senté y saboreé con fruición un par de manzanas. Después me tendí sobre la hierba del suelo y usé mi mochila como almohada. El madrugón y el calor me infundieron un sueño invencible y creo que no tardé ni un minuto en quedarme dormido.

Lo había hecho ya en la cumbre de una montaña en numerosas ocasiones. Al despertar, se sufre invariablemente un ligero sobresalto, motivado sin duda por la costumbre cotidiana de levantarse entre cuatro paredes. Siempre transcurren unos momentos durante los cuales uno se pregunta dónde está. También fue así en aquella ocasión, pero el sobresalto tuvo mayores proporciones. En el primer momento me imaginé que estaba en un dormitorio normal, después recordé que en realidad me encontraba en la cumbre de una montaña, pero una vez tomé

conciencia de mi emplazamiento, comprendí que no era en absoluto el lugar donde debía estar; aquello no era la cumbre del Meall Ghaordie.

Me hallaba en el interior de una gran caja rectangular. Me puse en pie y empecé a inspeccionarla, aunque tal vez resulte absurdo decir que una habitación parecida a una caja requiera una inspección, sobre todo teniendo en cuenta que estaba totalmente vacía. Pero tenía dos características muy extrañas. La luz era artificial, porque la caja estaba cerrada y era completamente opaca; sólo había una abertura en una de las paredes que conducía a un pasillo. La distribución de la luz también era extraña; se me hacía imposible determinar de dónde procedía, ya que no había bombillas ni lámparas, por lo que tuve la impresión de que la luz irradiaba de las mismas paredes, las cuales estaban compuestas de un material que a mis ojos inexpertos se antojó una especie de plástico. Pero, si realmente era así, ¿cómo podía despedir luz un material de esta clase?

La caja no era tan grande Como había pensado al principio. De hecho, sus dimensiones debían ser aproximadamente de nueve metros de anchura por quince de longitud y unos seis de altura; era la iluminación lo que daba a la estancia el aspecto de una catedral, un efecto que yo ya había observado en algunas cuevas.

La segunda peculiaridad era mi sentido del equilibrio. No es que me fuera difícil mantenerme en pie o algo por el estilo. Cuando se escala una montaña, las piernas adquieren pronto una gran sensibilidad para el equilibrio, y es probable que yo no hubiese notado ninguna diferencia de no haber practicado el alpinismo. Pero dicha diferencia existía, aunque de una forma casi imperceptible.

Mis exploraciones me condujeron hacia el pasillo, que continuaba durante un trecho muy corto, bifurcándose después. Me detuve para recordar la dirección de donde venía, pero encontré otras muchas curvas, hasta el punto que tuve la firme impresión de hallarme en un laberinto. Esto me produjo la normal sensación de pánico que uno tiene al saberse perdido. Entonces me dije a mí mismo que no podía «perderme», y, acto seguido, recobré la calma y seguí caminando al azar. El pasillo terminó por conducirme a la misma habitación en forma de caja, en el centro de la cual estaba mi mochila, sobre la que apoyé mi cabeza en la cumbre del Meall Ghaordie. Intenté salir repetidas veces, pero siempre acababa volviendo a la misma habitación. Aunque los pasillos parecían tener multitud de bifurcaciones, resultó que también esto era una ilusión, pues sólo había ocho caminos para recorrer todo el laberinto. Logré cronometrar el tiempo requerido para recorrer uno solo de los pasillos, y conté noventa segundos. Esto me demostró que, si bien no era un espacio reducido, tampoco era de gran tamaño; pero lo habían diseñado para que pareciese grande.

Quise inspeccionarlo todo una vez más; en esta ocasión me alarmó oír unos pasos apresurados que corrían delante de mí. El corazón empezó a latirme con fuerza, el miedo no me abandonaba. Me acerqué a una esquina y por ella salió corriendo una joven de unos dieciocho años, vestida con una bata. Al verme allí, bloqueando su camino, prorrumpió en un grito ensordecedor, pero de pronto se echó violentamente en mis brazos.

—¿Dónde estamos? —sollozó—. ¿Dónde estamos?

Siguió repitiendo la pregunta mientras se cogía a mí con toda su fuerza. Yo, sin abusar en absoluto de que estuviera indefensa, la apreté contra mí; era lo natural, dadas las circunstancias. De pronto sentí un fuerte acceso de náusea, parecida al mareo que acomete en el mar. Algo hizo que nos separásemos el uno del otro: debió ser que la chica sintió el mismo mareo y fue víctima de un repentino ataque de vómito.

Nos miramos ambos, jadeantes. Yo me apoyé en la pared del pasillo porque las rodillas se me doblaban.

—¿Puedo saber quién es usted?

—Giselda Horne —contestó ella. Su acento era americano.

—Será mejor que se quite eso —dije, señalando su bata, que el vómito había ensuciado.

—Sí, es verdad. Cuando volví en mí estaba en una habitación que da a este pasillo.

La chica me condujo hasta una caja que, efectivamente, daba a aquel mismo pasillo y que me pareció cuadrada. Yo tenía la seguridad de haber pasado muchas veces por aquel sitio, pero en ninguna de ellas había visto una abertura. Giselda Horne entró en la estancia tambaleándose y emitiendo débiles gemidos. Yo la seguí, pero pronto me detuve, porque, tan pronto como entré me acometió un nuevo acceso de náusea. Retrocedí hasta el pasillo; entonces vi que un tabique se deslizaba, cerrando la caja. El mareo me dejó exhausto, pero grité, no obstante, llamando a la chica, y golpeé la pared con los nudillos. Ignoro si me contestó; en cualquier caso yo no podía oír nada.

Traté de vencer el mareo recorriendo el sistema de pasillos, pero no lo logré. Seguía sintiéndome muy enfermo. Al cabo de un buen rato, porque debí recorrer el laberinto muchas veces antes de encontrarla, llegué a una caja cuadrada, exactamente igual a la de Giselda Horne, y entré en ella con una sensación de temor. Entonces sucedió que un tabique se cerró a mis espaldas, al tiempo que desaparecía el mareo.

Esta caja era un cubo de unos tres metros y medio en el que sólo se distinguía una pesada puerta de metal en una de las paredes. La puerta se abrió lentamente bajo una presión moderada. Dentro había un hueco del tamaño de un horno, que contenía una bandeja llena de una sustancia tal vez comestible. Antes de que pudiera examinarla, la náusea volvió a acometerme, y esta vez me pareció que yo también vomitaría. El tabique se abrió oportunamente y salí tambaleándome al pasillo, pensando, con incoherencia, que tenía que encontrar el lavabo antes de vomitar. Pero una vez fuera de la caja, la náusea desapareció casi por completo y a los pocos minutos me encontraba perfectamente. Después la sentí de nuevo; el tabique se abrió, como invitándome a entrar en la habitación y, una vez en su interior, el mareo volvió a desaparecer. Este proceso se repitió tres veces más, dentro y fuera de la caja. Mucho antes de que terminase la lección, ya conocía exactamente su significado: mis entradas y salidas eran dictadas por ciertas órdenes. ¿De dónde provenían? No tenía la menor idea, pero la lección me sirvió de algo: mis temores se habían desvanecido. Era evidente que me hallaba bajo

vigilancia, una vigilancia cuya finalidad me era imposible adivinar. Entonces, en lugar de asustarme, me tranquilicé y desde aquel momento no sólo aparenté serenidad, sino que recobré mi propio dominio.

Cuando pasó el mareo, me sentí muy hambriento. Si se exceptúa el frugal almuerzo en la ladera del Mean Ghaordie, no había comido desde las cinco de la madrugada en la frontera escocesa. Probé la substancia de la bandeja. Era parecida a un puré de verduras. Como no podía determinar su valor nutritivo, comí hasta haber saciado mi hambre.

Recobradas las fuerzas, observé que el pavimento era más blando en el lugar donde me encontraba en aquellos momentos que en el pasillo o en la gran caja rectangular y que no debía ser muy incómodo para dormir. Era más duro que una cama normal, pero después de dos o tres días resultaría bastante aceptable. ¿Y el retrete? En la caja no había nada que pudiera hacer sus veces. ¿Qué haría si el tabique estaba cerrado en un momento de necesidad acuciante? Decidí poner la cuestión a prueba y adopté una posición que indicase mi propósito de utilizar el suelo para mis fines. No tuve que esperar mucho. Volvió la náusea, el tabique se abrió y, un minuto después, apareció la entrada de otra caja en el pasillo. Al penetrar en ella descubrí dos compartimentos, uno grande y otro pequeño; éste era evidentemente el retrete, pues tenía en el suelo un agujero de unos treinta centímetros de diámetro. Lo utilicé como pude, preguntándome dónde encontraría algún sustituto del papel higiénico. Mis dudas sobre tan embarazosa cuestión se vieron interrumpidas por un verdadero diluvio que descendió del techo sobre mi cabeza. De un salto me trasladé al compartimento grande. Allí el chaparrón era menos intenso, pero así y todo, a los pocos segundos me encontraba totalmente empapado. La ducha se cerró, y entonces empecé a despojarme de la ropa. Cuando ya estaba casi desnudo, el agua volvió a caer. Por lo visto se ponía en marcha a intervalos regulares, como en los urinarios. El chaparrón sobre la piel desnuda me resultó muy agradable, porque había sudado copiosamente durante el ascenso a la cumbre de la montaña. El líquido que descendía sobre mi cabeza era agua, pero contenía algún elemento jabonoso. Disfruté de seis duchas consecutivas, que aproveché para lavarme la ropa lo mejor que pude. Después volví a mi caja con mi chorreante indumentaria. Como tardaría varias horas en secarse, especialmente las prendas gruesas, como los pantalones, intenté echar un sueñecito. Mientras me adormecía, pensé en las cosas que podrían hacerme falta en esta situación tan singular. Carecía de máquina de afeitar, pero no tenía inconveniente en dejarme crecer la barba. Por suerte, en mi mochila llevaba siempre unas tijeras pequeñas. Por lo menos, podría comer, atender a mi limpieza personal y cortarme las uñas.

Dormí mucho más de lo normal, casi diez horas. Al despertarme, observé que la puerta de la caja, o de la celda, si lo prefieren, estaba abierta. Antes de volver a recorrer los pasillos o de beneficiarme del retrete y sus notables propiedades de humectación, abrí la puerta del horno. Encontré otra bandeja, repleta del mismo puré de verduras.

Mi ropa estaba completamente seca, lo cual denotaba que el porcentaje de humedad era muy bajo, como ya había supuesto. Me dirigí a las duchas con sólo los calzoncillos, que se secarían en seguida en el caso de que se repitiera el proceso anterior. Afortunadamente, el tabique estaba abierto y así se mantuvo

desde entonces, como tuve ocasión de comprobar. Esperé a que cayera el chaparrón y después me alejé de un salto, antes de que volviera a dispararse. Mi ropa de alpinista era muy resistente, pero tras aquel continuo lavado y secado, su aspecto era lamentable. Consideré innecesario ponerme las botas y me quedé descalzo, como un marinero después de un naufragio.

Enfilé el pasillo, sabiendo que más pronto o más tarde llegaría a la «catedral», calificativo que ya daba a la gran caja rectangular. Vi otra caja abierta, muy diferente de la mía y acaso también de la de Giselda Horne. Estaba a punto de entrar en ella cuando oí que una voz a mis espaldas decía con acento extranjero:

–¡Hola!

Di media vuelta y vi a un hindú que me pareció de mediana edad. Me miró con extraña fijeza durante unos treinta segundos. Después se apoyó en la pared. Sorprendido, le oí proseguir:

–No se trata del mareo. Me he asombrado al verle, señor, porque el año pasado asistí a una conferencia que dio en Bombay. Es usted el profesor Wycombe, ¿verdad?

–Es cierto que pronuncié una conferencia, en Bombay. ¿Estaba usted entre el auditorio?

–Sí, pero no puede acordarse de mí; había mucha gente. Me llamo Daghri, señor.

Nos estrechamos las manos.

–¿Ha estado ya en la sala grande, señor?

–Sí, muchas veces.

–¿Recientemente, señor?

–Ayer. Es decir, antes de quedarme dormido. Hará unas diez horas.

–Entonces advertirá usted un cambio.

Daghri y yo recorrimos apresuradamente los pasillos hasta que dimos con la catedral. Ahora centelleaban en las paredes innumerables puntos de luz, evidentemente estrellas. Su proyección sobre las superficies planas presentaba las naturales distorsiones, pero, en realidad, nos hallábamos ante una representación completa de la bóveda celeste.

–¿Qué significa esto, señor? –murmuró el hindú.

De momento, no intenté siquiera responder a tan crítica pregunta. Interrogué a Daghri sobre las circunstancias de su llegada a aquel lugar. Me dijo que recordaba estar dando un paseo vespertino por el campo, en la India, su país natal, cuando de repente, con la rapidez del relámpago, se había encontrado en la habitación con aspecto de catedral. Fue como si hubiera llegado a una curva del camino y, unos pasos más allá, el campo hubiese desaparecido. Se encontró en el centro de esta habitación, más o menos en el punto exacto donde yo me había despertado.

Partiendo de la base de que tanto Daghri como yo estábamos cuerdos, sólo podía haber una explicación.

–Daghri, creo que nos hallamos en una enorme nave espacial. Esto que vemos en las paredes es la vista que se disfruta desde la nave. Podemos contemplar el espacio tal como lo ve el piloto.

–Mi única dificultad en aceptar este hecho, señor, es que no puedo encontrar el sol.

Yo señalé el rayo luminoso que entraba desde el pasillo.

–Creo que eso es lo que busca.

–¿Existe algún medio de cerciorarse de ello, señor?

–Es muy fácil. No tenemos más que sentarnos y esperar. El movimiento de la nave, si realmente estamos en una, producirá cambios en los objetos. Lo único que hemos de hacer es fijarnos en las cosas más brillantes.

Al cabo de media hora ya estábamos orientados; mirando en la dirección apropiada, era fácil distinguir la coordenada Tierra-Luna y el aparente movimiento de la primera. Una hora después reconocimos Venus y Marte.

Ya iba comprendiendo la dirección que llevábamos en nuestro viaje: nos dirigíamos hacia la constelación de Escorpión. También pudimos calcular la velocidad de la nave, que sobrepasaba las dos mil millas por hora.

Suponiendo que la nave aceleraba gradualmente, y guiándome por mi reloj, pude calcular incluso la aceleración.

Era casi la gravedad normal, sólo algo mayor, lo cual podía explicar la diferencia que yo había notado en las piernas desde el principio.

Mientras contemplábamos el espectáculo proyectado en las paredes de la catedral, los demás fueron llegando paulatinamente, uno tras otro, en un intervalo de unas cinco horas. El primero en aparecer fue un hombre de cabellos rubios y hombros estrechos. Se presentó como Bill Bailey, un carnicero de Rotherham, Yorkshire; quería saber dónde diablos estaba, si le darían huevos con tocino y quién era la chica medio desnuda que había visto en aquellas malditas duchas; no es que tuviera nada que objetar contra esto último: cuanto más desnuda fuera, mejor para él. Fue un discurso bastante coherente para un hombre que estaba tan asustado. Pese a que nunca simpaticé mucho con Bill Bailey, su interminable y procaz cháchara sirvió en los meses que siguieron para distraernos de la gravedad de nuestra situación, por lo menos en lo que a mi concierne.

Entraron otros dos hombres y cuatro mujeres, nueve prisioneros en total. De entre los nueve, solamente dos se habían conocido antes, Giselda Horne y Ernst Schmidt, un industrial alemán. Este y el padre de la chica se dedicaban al mismo negocio, las conservas de carne.

Schmidt había visitado en ciertas ocasiones a la familia Horne en Chicago. El y Giselda se estaban bañando en la piscina de la casa cuando se produjo el «secuestro», como yo me complacía en llamarlo. Schmidt se encontró de repente

en el centro de la catedral, con el traje de baño como única vestimenta. Giselda se sorprendió a sí misma en una de las cajas, envuelta en su bata.

A él le fastidiaba mucho encontrarse en traje de baño, pues era evidente que en aquel lugar no tendría oportunidad de conseguir una ropa adecuada. Puesto que no se nos permitía el mutuo contacto y que la temperatura de la nave era de veintiún grados, no existía, en realidad, un motivo lógico para usar vestidos. Sin embargo, yo comprendía el punto de vista de Schmidt. Le di el «anorak» de mi mochila, y, aunque la prenda junto con el traje de baño resultaba ridícula, se la puso muy satisfecho.

Jim McClay era un australiano alto y fornido, de unos treinta y cinco años, que se dedicaba a la cría de ovejas. Su secuestro tuvo lugar cuando recorría su granja al volante de un «Land Rover». También él se encontró de repente en el centro de la catedral. Como era de esperar, aquella experiencia le restó algo de su ecuanimidad habitual. Pero ya recobraría pronto la confianza en sí mismo; lo comprendí en cuanto observé su modo de mirar a Giselda Horne. La chica era una pareja ideal para el australiano: también ella era alta y de contextura fuerte.

Bill Bailey saludó a las cuatro mujeres, haciendo gala de su campechana verbosidad y se dirigió a Giselda Horne, que ya se había lavado la bata, sin rodeos:

–Quítatela, cariño, y ven aquí a refrescarte.

No hizo muchos progresos con Hattie Foulds, la esposa de un granjero del norte de Lancashire, a la que saludó diciendo:

–Entra, cariño, entra y siéntate a mi lado; verás qué bien te arrullo.

–¿Quién es este repugnante globo hinchado? –replicó al momento ella.

Sin embargo, desde el principio tuvimos la certeza de que Hattie Foulds y Bill Bailey estaban hechos el uno para el otro. Durante los días y semanas siguientes hicieron todos los esfuerzos imaginables para entrar en contacto físico, y pronto se convirtió en parte de nuestra existencia cotidiana el sonido de vómitos violentos procedentes de alguna de sus cajas. Las otras mujeres simulaban sentir repugnancia, pero yo sospecho que sus vidas hubieran sido muy aburridas allí sin estos incidentes sexo–gastronómicos. Bailey no cesaba de mencionar el tema.

–No puedes abrazarte sin que te entre el mareo –decía–, pero no hay más remedio que seguir intentándolo. Roma no se construyó en un día.

Las otras dos mujeres eran mucho más interesantes para mí. Una era inglesa, y yo recordaba haber visto su cara. Cuando le pregunté cómo se llamaba, contestó únicamente con su nombre de pila, Leonora Mary, pero dijo que la llamáramos como quisiéramos. El primer día apareció luciendo un abrigo de visón que le llegaba hasta los pies. Era más bien alta, esbelta, morena y, tenía la nariz y los labios muy hermosos. Bailey le dedicó un largo silbido y una frase:

–¿Te ha probado la ducha, muñeca?

Es decir, que era ella a quien Bailey había visto.

Seguramente la ducha la sorprendió del mismo modo que a mí. A falta de ropa seca, se cubría con el abrigo de visón.

La otra mujer era china. Llevaba un sencillo traje. Nos miró en silencio a todos, con expresión impasible. Su mirada imperiosa provocó a Bailey, que la interpeló así:

—¡Eh, mirad quién ha entrado! ¿Te han hecho ya el amor, preciosa?

Querían saber cosas de las estrellas, de los cálculos que habíamos hecho Daghri y yo sobre nuestro posible destino y muchos detalles más. A medida que pasaban los días, los planetas desfilaban lentamente por las paredes. Vimos desdibujarse los interiores, mientras Júpiter apenas se movía. Pero, después de tres semanas, incluso Júpiter se fue desvaneciendo. La nave estaba abandonando el sistema solar.

Todos sabían algo de estas cosas. Resultaba curioso el gran interés que se despertó en aquellas personas, aparentemente ignorantes, en cuanto comprendieron hasta qué punto su destino dependía de estas cuestiones astronómicas. Durante toda su vida, los planetas habían sido algo remoto e incomprensible. Ahora, de improviso, eran más reales para todos que un saco de patatas y eso que no esperábamos volver a ver una patata, aunque en esto nos equivocábamos.

Pero no tenían idea de la relatividad del tiempo demostrada por Einstein. Eran incapaces de comprender que en pocos años podíamos llegar a las estrellas más distantes. Así pues, tuve que limitarme a decirles que lo aceptaran como un hecho; pero todos querían saber hacia dónde nos dirigíamos. ¡Como si yo pudiera contestar a esta pregunta! Lo único que podía decir era que habíamos sido raptados por una expedición de caza, similar a las que organizábamos nosotros para proveer de animales a los zoológicos. Todo parecía concordar con esta suposición: las cajas para dormir, el alimento a un horario fijo, los obstáculos para el apareamiento, los pasmos y la catedral para ejercitar los músculos...

Mis conversaciones más largas eran con Daghri y con la aristocrática Mary. Ella y yo descubrimos que, si nos manteníamos a un metro de distancia el uno del otro, podíamos ir juntos a cualquier parte y a cualquier hora sin sufrir las molestias que afligían constantemente a Bill Bailey y Hattie Foulds. Desde el principio, a Mary le preocupó el hecho de que estuviéramos encerrados tan herméticamente. Decía que los animales de un zoológico podían por lo menos «ver» a quienes les habían capturado, respirar el mismo aire y mirarse los unos a los otros a través de los barrotes de la jaula. Yo contesté que no era éste el caso de las serpientes o de los peces del acuario. Nosotros los podíamos ver, pero no era probable que ellos nos vieran a nosotros. Solamente los pájaros y los mamíferos podían ver el mundo exterior como éste los veía a ellos.

—Pero las serpientes son peligrosas.

—Puede que nosotros también lo seamos. No a causa de un veneno precisamente, si no por los microbios. Este lugar puede significar un verdadero infierno para quienes nos han traído hasta aquí.

Me preocupaba mucho Ling, la joven china, porque además del problema que para todos representaba aquella situación, a ella se le añadía el del lenguaje. Pero la verdad es que no parecía muy interesada en cooperar. Pedí a Mary que hiciera lo posible por romper el hielo, y ella me contestó que Ling podía leer el inglés, pero que aún no lo hablaba. A medida que pasaron los días, logramos suavizar un poco a la muchacha. La dificultad estribaba en que Ling había sido un personaje político en su país, alguien verdaderamente importante, no por su nacimiento, sino gracias a su voluntad y sus cualidades. Daba órdenes y exigía obediencia de cuantos la rodeaban. Su glacial actitud hacia nosotros era su modo de expresar el desprecio que sentía por el degenerado Occidente.

Nuestras ropas, aunque limpias por las duchas, se iban deformando y deteriorando cada vez más. Nos vestíamos con la máxima exigüidad permitida por la modestia, una virtud de la cual cada uno de nosotros tenía un concepto particular. Un día, Bill Bailey entró en calzoncillos en la catedral, se tiró al suelo y exclamó:

–¡Vaya una puta! Es una puta hecha y derecha. Organizaba peleas de gallos en su granja, ilegalmente, claro, y se entregaba a media docena de hombres después de cada pelea. Dice que esto la entonaba, la mantenía en forma. Esto es lo que necesitamos aquí profesor, una maldita y verdadera pelea de gallos.

Ling, que se hallaba cerca de nosotros, miró a Bailey.

–Este hombre debería ser azotado, concienzuda y prolongadamente. En mi ciudad le azotarían en público como un ejemplo para el pueblo.

El tono de la chica era imperioso, aunque habló en voz baja. Debido a esto y también a su acento exótico y a su elección de las palabras (que no he tratado de imitar), los otros, y en especial Bailey, no entendieron lo que había dicho. En mi opinión, la actitud de la joven requería una reprimenda. La tomé firmemente del brazo y la conduje por los pasillos hasta que llegamos a la primera celda abierta. Por extrañamiento que parezca, este acto no provocó el mareo en ninguno de los dos.

–Escucha, Ling, ahora ya no estás en China, sino en un lugar en el que todos somos «prisioneros». Si no hay acuerdo entre nosotros, estamos perdidos. Nuestra única fuerza reside en ayudarnos mutuamente, y si esto significa soportar a un hombre como Bailey, no hay más remedio que hacerlo.

Incluso a mis oídos, estas palabras sonaron huecas y poco convincentes, como sucede siempre con la moderación y la lógica; nada resultará tan persuasivo como las arengas de un fanático. Ling no pareció inmutarse. Me miró con frialdad, de arriba abajo, y dijo:

–Llegará un momento en que será una lástima que usted no sea diez años más joven.

Yo consideré aquellas palabras como un cumplido hasta que Ling añadió:

–Elegiré al australiano.

–Creo que encontrarás un obstáculo en la chica americana.

Ling se rió; por lo menos, yo lo tomé por risa. Observé que sus ojos eran de un verde intenso y los dientes de un blanco deslumbrante. Seguramente debía enjuagarse con el agua jabonosa de las duchas, que aunque sabía muy mal, limpiaba los dientes de los restos del puré, que continuaba siendo nuestro único medio de subsistencia.

Me di por vencido. Había algo positivo en la actitud de Ling, y era que su ideología representaba un último punto de contacto con la Tierra. Tal vez fuera su sistema para mantenerse cuerda, pero yo me sentía incapaz de comprenderlo. Había una cosa que me impresionaba mucho: su aspecto invariablemente pulcro, pese a llevar siempre el mismo vestido.

Nuestro alimento era insuficiente, pues, a menos que nos sintiéramos muy hambrientos, no nos apetecía comer el insulso puré de verduras, que era gelatinoso y bastante líquido. Pero me sorprendió que no tuviéramos necesidad de beber, lo cual hubiera sido un inconveniente, ya que el único líquido de que disponíamos era el agua de la ducha. Supuse que nuestro organismo ya producía una suficiente cantidad de agua debido a la oxidación de la substancia de verduras. De vez en cuando experimentábamos el deseo intenso de masticar algo duro. Yo solía morder la cuerda de mi mochila durante una hora entera.

El efecto natural de la escasa alimentación fue que casi todos perdimos peso. Yo me libré de los cinco kilos que me sobraban, algo que nunca conseguí en la Tierra.

Ernst Schmidt perdió muchos más, tantos que acabó prescindiendo de mi «anorak». Ahora se paseaba con el traje de baño, cuya cintura anudaba fuertemente. Mantenerse en forma se convirtió en una manía del alemán. Corría por los pasillos según un plan sistemático: partiendo de la catedral para volver a ella diez veces consecutivas, y repetía el recorrido hasta quedar exhausto. Yo le acompañaba algunas veces, para ejercitar mis músculos; pero nunca conseguía ser tan constante como él. Un día, me hizo un comentario al respecto.

—Una curiosa diferencia de temperamento, profesor. Hacemos a menudo estas pequeñas carreras juntos, pero usted es incapaz de continuar. Comprendo que no las necesita tanto como yo, pero, aunque así fuera, no podría mantener el ritmo, estoy casi seguro de ello.

—¿Temperamento personal?

—Es una pregunta interesante. Creo que es a la vez personal y nacional. Algo que desorienta mucho en política y también en los negocios; es la palabra con que se dibuja a su pueblo. Anglosajones, ¿verdad? ¿Qué es un anglosajón, profesor? ¿Una especie de alemán, tal vez?

—Siempre hemos sido considerados como primos hermanos. Tenemos, por ejemplo, la similitud de lenguaje.

—Esto es accidental, la imposición de un puñado de conquistadores. Fíjese en mí. Hablo inglés, pero con acento americano. ¿Soy por eso americano? Naturalmente que no. Hablo así porque los americanos han conquistado mi mundo particular, el mundo de los negocios.

–Continúe.

–Es una lástima que no tengamos espejos en este lugar. Si los tuviéramos, permítame que le diga cómo se vería usted: un hombre alto, de piel blanca, una gran barba rojiza y ojos azules. Vería a un celta, no a un alemán. Sus compatriotas son celtas, profesor, no alemanes, y ésta es la verdadera diferencia que existe entre nuestros dos temperamentos, el suyo y el mío.

–¿De manera que usted cree que la cosa se remonta a mucho tiempo atrás?

–A más de tres mil años, a los tiempos en que los alemanes les echamos a ustedes, los celtas, de Europa. Sí, nos comprendemos muy bien ambos pueblos, pero porque hemos luchado entre nosotros durante mucho tiempo, no por el hecho de que seamos iguales.

Schmidt debió leer en mi rostro la sorpresa causada por el giro de la conversación.

–¡Ah! ¿Se extraña usted de que le diga estas cosas? Es porque me interesan realmente, más que las conservas de carne. ¿A quién pueden interesarle las conservas?

–¿Y qué deduce usted de todo esto?

–Nosotros, los alemanes, podemos perseguir un objetivo inexorablemente, hasta alcanzarlo. Ustedes, los celtas, son incapaces de hacerlo. Adolecen de lo que se califica como carácter inconsistente, lo que en realidad fue causa de que los romanos les admirasen mucho en la antigüedad. Pero también a este punto débil se debe que perdieran ustedes casi toda Europa, amigo mío.

–Este carácter puede significar reserva; ya sabe, reserva de energías para los momentos de verdadera crisis.

–¡Ah! Usted se refiere a ganar la última batalla. Tal ha sido el resultado de las guerras del siglo actual, ¿verdad? Ustedes ganaron las últimas batallas, ganaron las guerras. Sin embargo, cada victoria les ha dejado más débiles que la anterior. Nosotros, los alemanes, hemos salido cada vez más fuertes, incluso de la derrota.

–¿A causa de su tenacidad?

–Correcto, profesor.

–¿Qué quiere usted insinuar, herr Schmidt? ¿Qué suceda lo que suceda, ustedes siempre saldrán ganando?

–Del grupo que ahora formamos aquí aparecerá un caudillo. Será un hombre inteligente. Esto significa que habrá de ser uno de nosotros dos. Los demás..., uno es un bufón y el otro un ignorante campesino. Todavía no estoy seguro de quién será, si usted o yo.

–No sea usted necio, herr Schmidt. Se está contradiciendo a sí mismo.

Schmidt se rió. Después recobró la seriedad.

–En una situación normal, un alemán saldrá siempre vencedor, por la sencilla razón de que empleará todas sus energías para un propósito determinado. Pero en una situación anormal, ya no estoy tan seguro.

Menciono estos sucesos con algún detalle porque en ellos hay tres puntos que coinciden. Hattie Foulds y sus peleas de gallos, Ling y los azotes que le hubiera gustado administrar a Bill Bailey y, ahora, la referencia que Schmidt hacía sobre sí mismo como un fabricante de conservas de carne. Todo el conjunto tenía una cierta coherencia, exceptuando una nota discordante: Daghri. Mantuve una larga y seria conversación con el hindú. Rechazó todas mis sugerencias con tanto equilibrio y dignidad, que me vi obligado a creer en sus protestas de inocencia. Mi teoría tenía que estar equivocada. Esto me deprimió tanto, que Mary se dio cuenta y quiso saber de qué se trataba. Resolví contarle todo lo que bullía en mi mente.

–Cada uno de nosotros está simulando una actitud u ocultando algún problema – le dije.

–¿Cómo lo sabe? ¿Qué sabe de mí, por ejemplo?

–Usted está considerando el problema moral de si puede permitirse tener hijos durante su cautiverio.

Mary me miró fijamente y asintió.

–Desde el principio –proseguí–, mi problema ha sido comprender algo de la psicología de los seres que pilotan esta nave. Suelo imaginármelos como zoólogos. ¿Qué diablos están haciendo y con qué fin? Evidentemente, se dedican a capturar ejemplares de seres vivos tal vez de todos los puntos de la galaxia.

–¿Quiere decir con esto que puede haber animales de otros planetas en esta nave?

–Me parece lo más probable. Tras las paredes de esta catedral, tras las paredes de los pasillos, puede haber otras «viviendas», más celdas y pasillos habitados por otros ejemplares.

–¡Un zoológico! En toda la extensión de la palabra.

–Sí. Sin embargo, mi curiosidad por esas otras celdas y su contenido es menor que la que siento por el contenido humano de nuestra vivienda. Somos nueve personas, de las cuales, cuatro procedemos de las islas Británicas; una chica americana, otra china, un hombre hindú, otro alemán y otro australiano. ¿Qué clase de distribución es ésta? De los nueve, siete somos blancos. ¿Puede usted creer que los zoólogos interestelares tengan prejuicios raciales?

–Tal vez no fuera sencillo raptar a la gente y se contentaron con los primeros que encontraron.

–No, no es eso, pues nos recogieron de lugares tan distantes como Gran Bretaña, Estados Unidos, India, Australia y China. Sorprendieron a McClay, Daghri y a mí mismo en el campo; a usted en pleno tráfico de Londres, a Ling en una ciudad populosa, a Schmidt y a Giselda Borne en los suburbios de Chicago. No parece que la cuestión del rapto les haya ofrecido la menor dificultad.

–¿Tiene usted alguna idea de cómo lo hicieron?

–En absoluto, ninguna. Me lo imagino como recoger motas de polvo con un aspirador. Se limitaron a absorbernos con un tubo y borrarlos del mapa.

–Y aparecimos aquí.

–Algo por el estilo. Pero estábamos hablando del color de nuestra piel. Las diferencias raciales deben carecer de importancia para los zoólogos. Nosotros distinguimos los rasgos diferenciales que existen entre usted y Ling, porque gran parte del cerebro humano se dedica al análisis de unas distinciones extremadamente sutiles.

Es posible que los zoólogos no las observen, y si lo hacen, no las deben considerar dignas de atención.

–Entonces, el método de selección debió de ser otro.

–Seguramente. Si eligieron a los humanos al azar, la mitad de nosotros seríamos amarillos O negros. Sólo puede conseguirse un grupo como el nuestro sirviéndose de algún sistema, pero sin tener en cuenta el color.

–Parece una contradicción.

–No necesariamente. Desde el principio se me ocurrió que el criterio podía ser la justicia.

–¿La justicia?

–Escuche, si usted decidiera condenar a cadena perpetua a unos cuantos seres humanos, tal vez se le ocurriera elegir a las personas que hubiesen demostrado menos piedad hacia el cautiverio o las vidas de otros animales.

–¡Mi abrigo!

–Sí, su abrigo de visón debió hacerla resaltar de entre la gente que paseaba por la calle. Los zoólogos la localizaron y en un abrir y cerrar de ojos la metieron en el aspirador .

Mary se estremeció, luego sonrió débilmente.

–Siempre me había parecido un abrigo bonito, caliente y lujoso. ¿Cree en realidad que fue el abrigo? Ahora sólo me sirve de almohada.

–Hay muchas cosas que corroboran esta tesis. Schmidt fabricaba conservas de carne. El padre de Giselda Horne se dedica al mismo negocio: llenar latas con carne de animales.

Mary estaba muy interesada y olvidó su propia desgracia al ir entreviendo la solución del rompecabezas.

–McClay criaba animales y Bailey, que era carnicero, los degollaba con sus propias manos.

–Y Hattie Foulds hacía pelear a los gallos.

–Pero, ¿qué hay de usted, de Ling y de Daghri?

–Olvídese de mí, puedo actuar de fiscal de mí mismo. Ling y Daghri son los que no concuerdan en esta teoría. Entre las poblaciones asiáticas no se come mucha carne, en realidad porque no tienen las cabezas de ganado suficientes para destinarlas al matadero. Por lo menos me pareció que el motivo de que sólo hayan escogido a dos asiáticos es éste, y quizá los hayan elegido por otras razones.

–¿Por qué a Ling?

–Verá, para ella, las personas no son mucho más que animales. No me cabe la menor duda de que Ling ha hecho azotar a mucha gente, quizá incluso por placer.

–¿Y Daghri?

–Daghri es la contradicción, el que desmiente toda esta teoría. Daghri es un hindú. El hinduismo es una religión complicada, pero una parte importante de ella es la prohibición de comer carne de animales.

–Tal vez Daghri no respete este aspecto de su religión.

–Es exactamente lo que yo he pensado. Le acusé de ello directamente, diciéndole que debía haber torturado de algún modo a animales o a personas, pero lo negó con la máxima dignidad.

–Es posible que mintiera.

–¿Por qué había de hacerlo?

–Quizá porque estaba avergonzado. Daghri se diferencia de nosotros en otro aspecto. ¿Le parece a usted normal que, entre nueve personas elegidas al azar, ninguna tenga una fe religiosa profunda?

–Tal vez no.

–Sin embargo, así es, salvo en el caso de Daghri.

Comprendí con exactitud lo que Mary sugería. Posiblemente la religión no era más que una farsa para él. Quizá el hindú era un embustero consumado.

Poco después; de esta conversación, Daghri desapareció. Al principio creí que se había retirado a su celda, quizá arrepentido. En una de mis carreras con Schmidt vi que todas las cajas estaban abiertas. Daghri no se hallaba en ninguna. Buscamos por todas partes, pero no le encontramos, aunque decir «por todas partes» es un tanto relativo, porque era imposible hallar un escondite en nuestro aséptico alojamiento. Sería mejor decir que le buscamos repetidamente en cada una de las celdas.

Daghri había desaparecido. La conclusión general fue que el pobre muchacho estaba en manos de los zoólogos, sufriendo algún «experimento». Al principio, compartí esta opinión, pero de pronto vislumbré el verdadero motivo. Corrí hacia la catedral; los demás me siguieron; ahora éramos sólo ocho. Estudié el mapa de

estrellas de la pared. Últimamente nos habíamos fijado en ellas, considerándolas un cuadro decorativo en vez de una fuente de información.

¡Qué estúpido había sido! Tenía que haber notado el ligero cambio de las estrellas respecto a sus formas originales. Debido al movimiento de la nave, las constelaciones se habían desplazado ligeramente, pero ahora volvían a estar en su sitio. Aparecieron de nuevo los planetas, los planetas de nuestro propio sistema solar. Vimos la imagen doble de la Tierra y la Luna. Ahora la luz del Sol reemplazaba a la luz artificial situada en la entrada de los pasillos; la diferencia era muy sutil.

—Nos devuelven a la Tierra —oí decir a alguien.

Yo sabía que no era cierto. Sólo habían devuelto a Daghri, suprimiendo la contradicción que representaba. Mi instinto no me había fallado; Daghri me había dicho la verdad. Daghri no había maltratado a ningún animal; él estaba salvado, pero no así el resto de nosotros. Los planetas volvieron a moverse sobre la pared, igual que antes. Nos alejábamos otra vez.

Los otros no podían creerlo al principio, después se negaron a admitirlo, pero finalmente, a medida que iban pasando las horas, no tuvieron más remedio que convencerse. La desmoralización cundió rápidamente. Giselda Horne se desesperó. Parecía fuerte y animosa, pero en realidad era una niña con aspecto de mujer. Pensé que quizá le convenía estar sola, y la acompañé a su celda. Ella se dejó llevar; Ling, que nos había seguido sigilosamente, se deslizó detrás de Giselda Horne. Grité a Ling que saliera y dejara sola a la chica. Ling se volvió con una expresión de altiva indiferencia y en aquel momento, el tabique se cerró. Durante una fracción de segundo, vi cómo, en el rostro de Ling, la indiferencia se trocaba en expresión de triunfo.

Los demás se congregaron frente a la celda. No podíamos oír absolutamente nada, porque el tabique era de un material a prueba de ruido. La joven, china había juzgado la situación con toda exactitud. Giselda Horne estaba al borde de la demencia. Con palabras cortantes y sádicas y con la fuerza de su potente personalidad, Ling la obligaría a traspasar aquel límite.

El tabique se abrió. Horrorizado, miré hacia el interior de la celda y el horror se convirtió en hilaridad. La sangre corría por los arañazos del rostro de Giselda Horne. Por lo visto, Ling había luchado como una gata, tal como yo había temido. Giselda Horne lo había hecho de otro modo, propinando un buen puñetazo a Ling en la boca, que estaba hinchada y sangraba. Otro puñetazo había dejado amoratado el ojo izquierdo de Ling, que salió tambaleándose, mientras Giselda Horne nos miraba con una triunfante sonrisa.

—¡Qué bien! Ha sido magnífico —dijo la chica americana.

No volví a ver a Ling hasta dos días después. Conservaba todavía su aspecto reservado y altivo, pese a seguir con el ojo a la funerala más morado que yo viera en mi vida, y a haberse quedado casi sin vestido.

—La chica americana y yo compartiremos al australiano —me dijo Ling—. Es una lástima que usted no sea cinco años más joven —añadió.

Mary se tomó el asunto con gran calma.

–Ya me había adaptado a la situación; me refiero al cautiverio. Esto demuestra que los zoólogos tienen un cierto sentido de la justicia; han vuelto para devolver a Daghri a su hogar.

Ignoro por qué no pude decirle la verdad a Mary. Yo sabía que los zoólogos no se habían equivocado con Daghri. Había sido un experimento, llevado a cabo con toda lucidez, para ver cómo reaccionábamos. Era imposible que los zoólogos me hubiesen comprendido tan perfectamente a mí, y a la vez cometido tan craso error con Daghri. Sin él, ahora éramos ocho, cuatro parejas; como los animales en el Arca. Había otra cosa: éramos pocos. Una criatura tan irracional como el hombre hubiera podido elegir, por ejemplo, siete. Una criatura verdaderamente racional siempre elegiría un número par, el ocho.

Mary me tocó suavemente un brazo.

–Aún no me has dicho lo que hiciste tú.

–Mi pecado es el peor de todos. He sido un consumidor. Yo me comía los pobres animales que McClay criaba en su granja, que Bailey descuartizaba y que Schmidt metía en sus latas de conserva.

–¡Pero esto lo hacen millones de personas! Yo también, todo el mundo!

–Cierto, pero no saben lo que hacen. Yo sí lo sabía. Durante veinte años he sido consciente de ello, y sin embargo, he elegido el camino fácil. De vez en cuando hacía pequeñas concesiones, como comer más pescado y menos carne, pero nunca me enfrenté con el verdadero problema. Yo sabía lo que hacía.

Pasaron las semanas y los meses. Hacía ya algún tiempo que Mary y yo compartíamos la misma celda para dormir. No nos acometió la náusea, ni siquiera cuando ambos usábamos mi mochila como almohada. El mismo favor no fue concedido inmediatamente a los demás. Tal vez a mi sí porque había guardado estrictamente el secreto de lo poco que sabía sobre los zoólogos.

No obstante, llegó un día en que también a los otros les fue permitido el contacto físico. Supimos la fecha con exactitud, porque Bill Bailey hizo su aparición en la catedral luciendo sus calzoncillos rotos y hablando a gritos:

–Es un milagro increíble. Anoche lo conseguimos, bien y a gusto.

Entonces salió a grandes zancadas, con las rodillas sin doblar, como un boxeador que ejercita sus músculos.

Volvió a la catedral y empezó a dar vueltas, tarareando:

–Huevos crudos, huevos crudos, madre mía. ¡Oh, qué daría yo por una fuente llena de huevos crudos!

Giselda Horne estaba presente.

–¿Qué significa esto? –preguntó con algo de timidez.

–Significa, querida niña, que sólo nos faltan nueve meses para llegar a nuestro destino –contesté yo.

Este relato fue hallado, en singulares circunstancias, muchísimos años después de que fuera escrito; de hecho, mucho tiempo después de que fuera imposible identificar el Meall Ghaordie, la montaña mencionada por el autor.

Habiendo aterrizado en un remoto sistema planetario, la tripulación de la V Misión Interestelar descubrió, con la consiguiente sorpresa, a unos seres que parecían una especie de humanoides. El lenguaje que hablaban era, completamente ininteligible en sus detalles, pero en un sentido general, su sonido se asemejaba notablemente a un arcaico lenguaje humano.

Aquellos seres llevaban una salvaje existencia nómada. Sin embargo, estaban imbuidos de un sentido profundamente religioso, y su religión parecía basada en un «testamento», custodiado día y noche en una remota fortaleza. Allí, en un lejano valle entre montañas, aquellos seres se congregaban para sus más solemnes ceremonias religiosas. Gracias a un subterfugio de avanzada tecnología, se logró finalmente el acceso al «testamento». Este resultó ser la historia del «profesor», que hemos reproducido más arriba sin rectificaciones ni omisiones.

Fue escrita en un libro pequeño, de formato igual al de un diario de la antigüedad. Esto era lo que guardaban aquellas criaturas con tan celosa ferocidad, pese a que no comprendían una sola palabra de su contenido.

Es indudable que el manuscrito ha creado muchos más problemas de los que ha resuelto. ¿Qué significado puede atribuirse a las fantásticas referencias anatómicas? ¿Qué quiere decir «seguir los pasos de Munro»? Estas cuestiones siguen siendo el tema de apasionantes debates entre los sabios. ¿Quiénes eran los siniestros zoólogos? ¿Tal vez el profesor y sus compañeros resultaran demasiado difíciles de manejar, en un sentido biológico, naturalmente, y los zoólogos se vieron obligados a abandonarlos en el primer planeta deshabitado? Es lamentable que el «profesor» no continuase su historia. Sus materiales de escritura debieron agotarse pronto, porque el relato que antecede llena casi todas las páginas de su diario.

El aspecto de aquellos seres fue lo que desorientó a los miembros de la expedición, haciéndoles creer que eran humanoides y no humanos. Presentaban una combinación única de cabellos violentamente rojos y ojos mongoloides, de un verde intenso. ¿Sucedió acaso que estas características fueron las dominantes entre la mezcla de genes del grupo del profesor, o tal vez la verdadera explicación fue más directa y elemental?

Cazar un dinosaurio

L. Sprague de Camp

To hunt a dinosaur, © 1956. Traducción M. Blanco y F. Castro en *El tiempo no es tan simple*, antología temática de ciencia-ficción, Infinitum, Producciones Editoriales.

En 1937, el autor norteamericano P. Schuyler Miller iniciaba la corriente de los «relatos prehistóricos» (sin contar, por supuesto, a Ridder Haggard y su legendario Mundo perdido) con su famoso relato Las arenas del Tiempo. Desde entonces, los cuentos en los que el tiempo sirve de soporte para ofrecernos una personal visión del apasionante mundo prehistórico forman legión. De entre todos ellos, sin embargo, Cazar un dinosaurio es uno de los que ha conseguido un mayor impacto, tanto por el rigor documental con que está escrito y lo apasionante de su trama como por la personalidad de su autor, L. Sprague de Camp, uno de los máximos exponentes de la vertiente «científica» de la sf, que encabezan Campbell y su revista Astounding.

—No, señor Seligman. No pienso llevarle a cazar dinosaurios a finales de la era mesozoica.

—¿Por qué no?

—Veamos... ¿cuánto pesa usted? ¿Sesenta kilos? No, no... el límite más bajo es setenta kilos. Pero no se preocupe. Lo llevaré a cualquier período que quiera de la era cenozoica. Si lo desea, le conseguiré un *entelodonte*, un *titanoterio* o un *uintaterio*. Todos ellos poseen hermosas cabezas. O podemos acercarnos un poco más e ir al pleistoceno, para que pruebe su suerte con los *mamuts* y los *mastodontes*. Si lo desea, lo llevaré mucho más lejos: al triásico, donde podrá matar cualquier pequeño antecesor del dinosaurio que se le antoje. Pero de ningún modo lo llevaré al jurásico o al cretáceo. Es usted demasiado pequeño corporalmente. Y no lo digo con ánimos de ofenderle, por supuesto. ¿Que qué tiene que ver su peso con todo esto? Dígame una cosa: ¿con qué cree usted que va a matar a los dinosaurios? ¿Con una escopeta de perdigones? No había pensado en ello, ¿eh? Bien, siéntese un momento...

Mire, este es el rifle que yo empleo para ese trabajo: un Continental calibre 600. Parece una escopeta, ¿no? Pero es un rifle, como podrá comprobar si mira el interior de los cañones. Dispara un par de proyectiles explosivos, de nitro, calibre 600, tan grandes como plátanos. Pesa siete kilos, y su fuerza inicial de empuje es de mil kilogramos. Su precio es mil cuatrocientos dólares. Un tanto cara para un rifle, ¿no? Tengo algunos más, que alquilo a los *sahibs*. Están diseñados para derribar elefantes: no para herirlos, sino para derribarlos fulminados. Por eso no se hacen rifles así en los Estados Unidos, aunque imagino que terminarán fabricándolos si continúa la moda de las cacerías a través del tiempo gracias a la máquina de Prochaska.

Hace veinte años que soy guía de caza. He guiado expediciones de caza por toda África hasta que la caza se agotó y ya no quedan fieras más que en los cotos. Así exterminamos la caza de nuestro planeta.

Pero lo que quería decirle es que nunca he visto a un hombre de su complejión que fuera capaz de manejar un fusil calibre 600. El disparo los derriba de espaldas. Y, aunque consiguen mantenerse en pie, se asustan de tal modo de la maldita arma que la dejan tras unos disparos. No son capaces de matar a un elefante a corta distancia. Y encuentran el arma demasiado pesada para trajinarla por un terreno tan abrupto como el mesozoico. Los agota a los pocos momentos... y las caminatas por el mesozoico son largas.

Lo cierto es que mucha gente ha matado elefantes con armas más ligeras: rifle del 500, del 475 o del 465 doble, por ejemplo, e incluso rifle de repetición del 375. La diferencia estriba en que, con un 375, hay que acertarle al animal en una parte vital, preferiblemente el corazón, si uno no quiere correr riegos.

Un elefante pesa, veamos... de cuatro a seis toneladas. Usted pretende matar reptiles que pesan dos o tres veces más que un elefante, y poseen una vitalidad mucho mayor. Por eso, el sindicato ha decidido no aceptar más gente para que la caza del dinosaurio, a menos que demuestren que se las entienden bien con un 600. Nos lo ha enseñado la dura experiencia. Ha habido algunos incidentes desgraciados.

Voy a decirle una cosa, señor Seligman. Son ya más de las siete, y hay que cerrar la oficina. ¿Por qué no vamos a algún bar, y le cuento allí toda la historia?

Es la historia de mi quinta expedición... mía y del Rajá. ¿El Rajá? ¡Oh!, es el Aiyar de *Rivers & Aiyar*, pero yo le llamo el Rajá porque es el monarca hereditario de Janpur. Claro que hoy eso no significa nada. Le conocí en la India, y volví a encontrarlo en New York, al frente de una agencia hindú de turismo. Es ese tipo moreno que ha visto en la foto que hay en mi escritorio, el que tiene un pie encima de la cabeza del caimán.

Bueno, el caso es que el Rajá estaba harto de entregar folletos referentes al Mumtaz-i-Mahall de Agra, que es el famoso mausoleo de la favorita del sha Jahan, y quería volver a viajar. Yo por mi parte, me había quedado sin trabajo, y por aquel entonces ambos supimos de la máquina del tiempo que el profesor Prochaska tenía en la universidad de Washington.

¿Que dónde está ahora el Rajá? ¡Oh!, en una expedición a los comienzos del oligoceno, cazando *titanoterios*, mientras yo me encargo de la oficina. Ahora nos turnamos, pero en las primeras épocas íbamos juntos.

El caso es que, apenas supimos la noticia, tomamos el primer avión que salía hacia Saint Louis.

Con gran disgusto vimos que no habíamos sido los primeros. ¡Oh, no ni mucho menos! Había otros guías de caza aguardando turno, y un sin fin de científicos, cada uno de ellos con su idea particular acerca del uso que podía darse a la máquina del tiempo.

Desde el primer momento descartamos a los arqueólogos y a los historiadores: por lo visto, la condenada máquina no puede trabajar en períodos más recientes que 100.000 años hacia atrás. Claro que, desde esta cifra, puede llegar a los mil millones de años, aproximadamente.

¿Por qué tan atrás? Bueno, yo no soy ningún genio científico ni mucho menos, pero, según lo que entiendo, si la gente pudiera trasladarse a épocas más recientes, sus acciones afectarían a toda nuestra historia, lo cual daría origen a fastidiosas paradojas. Y eso no puede ocurrir en un universo bien ordenado. Pero, partiendo del año 100.000 antes de Cristo y yendo hacia atrás, los actos de las expediciones se diluyen en la corriente del tiempo que precedió al comienzo de la historia humana. Además, cuando se usa cierta porción de tiempo (y al decir *usar* me refiero a emplearlo, a ir a él), no se puede volver a usar la misma fecha para enviar otra expedición, a causa de las paradojas y más paradojas.

Pero el profesor no se preocupa por esas minucias: con mil millones de años por explorar, no corre el peligro de quedarse sin eras que recorrer.

Por obvias razones técnicas, Prochaska tuvo que construir la cámara de transición de un tamaño que sólo permite el transporte de cuatro personas con su equipaje, además del operador de la cámara. Las expediciones más grandes tienen que ser enviadas por etapas. Eso, como comprenderá, significa que no pueden llevarse *jeeps*, botes, aviones ni cualquier otra clase de vehículos.

Por otra parte, puesto que uno se traslada a una época donde no hay seres humanos, no se puede formar un grupo de porteadores indígenas para que nos acompañen llevando nuestro equipaje. Generalmente llevamos algunas mulas. En la mayoría de las épocas se encuentra el forraje necesario para alimentarse y que nos lleven hasta donde queremos ir.

Como le iba diciendo, todo el mundo tenía su idea personal acerca de cómo debía ser usada la máquina. Los científicos nos miraban despectivamente a los cazadores, murmurando que sería un crimen derrochar el tiempo de la máquina dedicándolo a nuestras sádicas diversiones.

Nosotros planteamos el asunto desde otro punto de vista. La máquina costó unos treinta millones. Según tengo entendido, la mayor parte de ellos procedían de la Fundación Rockefeller y otras por el estilo, pero esa cantidad sirvió tan sólo para cubrir el costo original y no el de mantenimiento. La máquina consume increíbles cantidades de energía. La mayor parte de los proyectos que representaban los científicos, por muy dignos de encomio que fueran, resultaban desde su aspecto económico francamente poco lucrativos.

Ahora bien, los clientes que contratan expediciones de caza suelen ser personas ricas, las cuales, por lo visto, abundan excesivamente en América... y no se ofenda, muchacho. La mayoría de ellos pueden pagar substanciosas cantidades a cambio del elitista placer de viajar en la máquina del tiempo. De ese modo, nosotros, los cazadores, podríamos financiar los viajes de la máquina para fines científicos con tal de que se nos conceda una justa parte de su tiempo.

No entraré en detalles, pero sí le diré que, finalmente, los guías formamos un sindicato de ocho miembros, uno de los cuales era la firma *Rivers & Aiyar*, que se repartió proporcionalmente el tiempo de la máquina.

Los negocios fueron bien desde el principio. Nuestras esposas (la del Rajá y la mía) pusieron el grito en el cielo, por supuesto. Confiaban en que, como la caza mayor se había agotado, ya no tendrían que volver a compartirnos con los leones y otros animales por el estilo. No acaban de darse cuenta de que la caza no es realmente peligrosa si uno no pierde la cabeza y toma sus precauciones.

Pero vayamos al asunto. En la quinta expedición llevamos a dos *sahibs*. Los dos eran americanos, rozando la treintena, ambos físicamente sanos... y solventes. Aparte estos detalles, te juro que en mi vida he visto a dos personas más distintas.

Courtney James era el prototipo del hombre de sociedad: un joven rico de Nueva York que siempre había hecho lo que le había dado la realísima gana, y no conseguía imaginar por qué razón no podría continuar indefinidamente gozando de una tan placentera situación. Era un hombretón casi tan corpulento como yo, bien formado, aunque empezaba a engordar demasiado. Andaba ya por su cuarta esposa, y cuando apareció en nuestra oficina luciendo una rubia que llevaba escrita en toda su persona la palabra *modelo*, imaginé que aquella espléndida carrocería ocultaba en su interior a la cuarta señora de James, y como a tal la saludé.

—Señorita Bartram —me corrigió ella con una risita que hubiera podido pasar por histérica.

—No es mi esposa —aclaró James—. Mi mujer está en Méjico, creo que tramitando su divorcio. Pero Bunny me acompañara.

—Lo siento, señor James —repliqué—, pero no llevamos mujeres. Por lo menos, no a la era mesozoica.

Aquello era estrictamente cierto: mi opinión personal era que ya corríamos suficientes riesgos persiguiendo a una fauna poco conocida como para tener que meternos además en los líos domésticos de otras personas. No tengo nada contra el sexo, entiéndame bien: es una institución maravillosa y todo lo que usted quiera, pero no cuando se inmiscuye en mi modo de vivir. En mis cacerías en África ya había tenido bastantes sorpresas desagradables.

—¡Oh, no diga disparates! —respondió James—. Si ella quiere venir, vendrá. Esquíá, vuela en mi avión... así que no veo por qué no...

—Va contra la política de nuestra firma.

—Puede mantenerse alejada cuando nos tropecemos con algún animal peligroso.

—No. Lo siento, pero...

—¡Diablos! —protestó, enrojeciendo—. Voy a pagarle una buena cantidad de dinero, y creo que tengo derecho a hacer lo que me dé la gana.

–En absoluto. Nunca podrá contratarme usted para que me haga algo que va contra mi más elemental sentido de la prudencia –dije–. Si eso es lo que desea, le sugiero que contrate a otro guía.

–Por supuesto, esto es lo que voy a hacer. Y le diré a todos mis amigos que usted es un cochino...

Bueno no repetiré todas las cosas que me dijo. No se calló hasta que le insinué que se fuera por su propio pie de mi oficina antes de que lo echara yo a patadas.

Y estaba yo sentado en mi escritorio, pensando con nostalgia en la linda suma que me hubiera pagado James si no hubiera sido tan testarudo, cuando entró el otro corderito: Augusto Holtzinger. Era un hombrecillo bajo y delgado, pálido, con gafas, cortés y formal, completamente opuesto al otro, cuya familiaridad resultaba a veces incluso ofensiva.

Holtzinger se sentó en el borde de la silla y me dijo:

–Bueno... Señor Rivers, no quiero que pueda llegar a creer usted que he intentado engañarle. Realmente, no soy un gran deportista, y creo que me moriré de miedo cuando vea un verdadero dinosaurio. Pero estoy decidido a colgar una cabeza de dinosaurio sobre mi chimenea, o a perecer en el empeño.

–La mayoría de nosotros nos asustamos al principio –dije para tranquilizarle... y poco a poco le fui sonsacando su historia.

Es esta: James había sido siempre millonario, pero Augusto Holtzinger era un pobre hombre que había heredado una verdadera fortuna hacía muy poco tiempo. Tenía un pequeño negocio aquí, en Saint Louis, que le daba solo lo suficiente para vivir, cuando se murió de repente un tío suyo y, contra pronóstico, le dejó a Holtzinger todo lo que poseía, que era mucho.

No se había casado nunca, pero tenía una eterna prometida. Estaba construyendo una casa enorme y, cuando estuviera terminada, pensaba casarse *de verdad* e irse a vivir a ella. Y uno de los adornos que anhelaba era la cabeza de un *triceratops* para su chimenea. Esos animales son los que tienen grandes cabezas con dos cuernos junto a los ojos, otro sobre el hocico, un pico córneo como el de un loro y una especie de cresta transversal en el cuello. Hay que pensárselo mucho antes de decidirse uno a cazarlos, porque si pone usted la cabeza de un *triceratops*, que mide más de dos metros, en una sala pequeña, lo más probable es que no le quede sitio para meter nada más.

Estábamos hablando de todo esto cuando entro una muchachita menuda, de unos veinte años y aspecto vulgar.

–¡Augusto! –lloriqueó–. ¡No puedes hacer esto! ¡No debes hacerlo! ¡Te matarán! –lo cogió por un brazo le hizo dar media vuelta y luego me miró a mí–. ¡Señor Rivers, no debe aceptar usted el llevarlo! ¡Es lo único que tengo! ¡No podrá soportar tantas penalidades!

–Señorita –le dije calmadamente–, no me gustaría causarle ningún disgusto, pero creo que quien debe decidir si desea o no contratar mis servicios es el señor Holtzinger.

–Es inútil, Clara –dijo Holtzinger con voz firme–. Voy a ir, aunque probablemente no voy a gozar de la caza ni un sólo segundo.

–¿Y cómo es eso, muchacho? –pregunté–. Si no le gusta, ¿por qué desea ir? ¿Se trata de una apuesta o algo así?

–No –dijo Holtzinger–. Se trata de... Bueno, se lo explicaré: siempre he sido un tipo completamente vulgar y poco notable. No soy brillante, ni corpulento, ni fuerte, ni atractivo. Soy simplemente un pequeño negociante del Medio Oeste. En las comidas de rotarios que efectuamos periódicamente, ni siquiera se nota mi presencia, encajo demasiado bien en el ambiente general. Pero eso no quiere decir que esté satisfecho de todo ello. Siempre soñé con ir a lugares lejanos, realizar grandes hazañas... Me gustaría ser aventurero y audaz: como usted, señor Rivers.

–No, no. Usted entiende bien lo que quiero decir... Y ahora, de repente, recibo esta herencia. Puedo pasar el resto de mi vida jugando al golf y al *bridge* y aparentando que eso me divierte. Pero antes quiero hacer algo grande, aunque sea por una sola vez. Como ya no hay verdadera caza mayor, mataré a un dinosaurio y colgare su cabeza en mi chimenea. Si no lo hago así, no volveré a ser feliz en mi vida.

Bueno, Holtzinger y su novia, que se apellidaba Roche, discutieron largamente. Pero él no cedió. Ella me hizo jurar que cuidaría de su Agustito como si fuera mi propia madre, y luego se fue lloriqueando.

Acababa de irse también Holtzinger cuando... ¿a que no adivina quien apareció de nuevo por mi despacho? Exactamente: mi buen amigo Courtney James. Se disculpó por haberme insultado, aunque no puedo decir que lo hiciera con mucha convicción.

–En realidad no tengo mal carácter –explicó–, excepto cuando la gente no quiere cooperar conmigo. Entonces suelo enfurecerme. Pero mientras cooperan conmigo, soy enormemente fácil de tratar.

Comprendí que para él *cooperar* significaba hacer todo lo que a él se le antojara, pero no insistí acerca del tema.

–¿Y qué piensa hacer con la señorita Bartram? –pregunté.

–Oh, nos hemos peleado –dijo–. He terminado con las mujeres. Así que olvidemos lo pasado, y sigamos adelante como si no hubiera ocurrido nada.

–Perfectamente –acepté.

Al fin y al cabo, el negocio es el negocio.

El Rajá y yo elegimos un período de hace ochenta y cinco millones de años: el comienzo del cretáceo superior (o cretáceo medio, como lo llaman algunos geólogos americanos). Es el mejor período para los dinosaurios en el Missouri. A finales del cretáceo superior se encuentran algunas especies un poco más grandes, pero en el comienzo del período, allá donde nosotros íbamos, hay un mayor número de variedades.

Como armamento, sin embargo, solamente disponíamos el Rajá y yo de un Continental 600 como el que le mostré antes para cada uno, y unas cuantas armas más pequeñas; por aquel entonces aún no habíamos reunido el capital suficiente para comprar otros 600 para alquilar.

Augusto Holtzinger me había dicho que alquilaría un rifle en lugar de comprarlo, porque esperaba que aquella fuera la única vez que iba a ir de caza, y era una tontería gastar más de mil dólares en un arma con que no haría más que unos cuantos disparos. Pero como no teníamos más 600, no le quedaba otra alternativa que comprar por su cuenta uno de aquellos o alquilarnos un arma menor.

Fuimos al campo para ensayar con el 600. Preparamos un blanco. Holtzinger levantó el rifle como si pesara una tonelada y disparó. Falló completamente el blanco, y el retroceso del arma lo tumbó de espaldas con las piernas en alto. Se levantó, más pálido que nunca, y me devolvió el rifle.

–Esto... Creo que será mejor que pruebe con algo más pequeño –comentó.

Cuando el hombro dejó de dolerle, le hice probar otros rifles de menor calibre. Se encaprichó de mi Winchester 70, con cámara para proyectiles magnum del 375, un arma excelente en todos sus aspectos.

¿Que cómo es? Es un rifle vulgar, tipo máuser, perfeccionado. Es excelente para los grandes felinos y para los osos, pero algo débil para los elefantes, y desde luego debilísimo para los dinosaurios. Yo no debería haber accedido a ello, pero el tiempo me apremiaba, y hasta varios meses después no podría conseguir otro 600. Los hacen por encargo, ¿sabe? Y James comenzaba a impacientarse. El poseía ya un rifle Holland & Holland del 500, que con sus 750 kilogramos de energía inicial es un arma casi de la misma clase que el 600.

Los dos *sahibs* habían practicado un poco el tiro, así que no me preocupó su puntería. El matar dinosaurios no es asunto de gran puntería, sino de claro juicio y de buena coordinación, para no enganchar alguna ramita en el mecanismo del rifle, o caer en algún hoyo, o treparse a cualquier árbol bajo que el dinosaurio pueda arrancar de raíz, o volarle la cabeza al guía con un disparo precipitado.

La gente acostumbrada a cazar mamíferos trata a veces de herir al dinosaurio en el cerebro. Esto es lo más estúpido que se pueda hacer, ya que el dinosaurio no tiene cerebro, o mejor dicho tiene un indicio de tejido cerebral, del tamaño de una pelota de tenis, en el extremo anterior del espinazo. ¿Y cómo se puede hacer blanco en una masa tan pequeña encerrada en un cráneo de dos metros que no deja de moverse ni un segundo?

La única regla segura para matar dinosaurios es apuntar siempre al corazón. Tienen un corazón muy grande, de casi cincuenta kilos de peso en las especies de mayor tamaño, y un par de balas del 600, si o atraviesan, pueden matar al monstruo igual que a cualquier otro animal más pequeño. El problema es conseguir que las balas atraviesen el auténtico blindaje de su piel y la montaña de músculos que rodean el corazón.

En fin, una lluviosa mañana nos presentamos en el laboratorio de Prochaska: James, Holtzinger, el Rajá y yo. Con nosotros venía también nuestro ayudante Beaugard Black, tres mozos, un cocinero y doce mulas.

La cámara de transición es un pequeño cubículo del tamaño de un montacargas. Mi costumbre es que los hombres con rifles vayan primero, por si un *terópodo* hambriento se halla frente a la máquina a su llegada. Por lo tanto, los dos *sahibs*, el Rajá y yo nos metimos en la cámara, con nuestros rifles y nuestras mochilas.

El operador entró con nosotros, cerró la puerta, empezó a manejar los diales y los sincronizó al veinticuatro de abril del año ochenta y cinco millones antes de Jesucristo. Luego apretó el botón rojo que ponía en marcha la máquina.

Las luces se apagaron, dejando la cámara iluminada solamente con una pequeña lámpara de batería. James y Holtzinger tenían un aspecto más bien verdoso, aunque quizá fuera por efecto de la luz. El Rajá y yo habíamos pasado ya otras veces por aquello, así que la vibración y el vértigo no nos alteraron en lo más mínimo.

Permanecí con la vista fija en las manecillas de los diales: algunas se movían lentamente, mientras otras avanzaban con tal rapidez que casi no podía distinguirlas. Luego, fueron disminuyendo su velocidad y finalmente se detuvieron. El operador consultó su medidor de nivel, giró un volante que alzaba la cámara para que ésta no se materializara hundida en el suelo, apretó un botón, pasaron unos breves segundos y la puerta se abrió.

Por muy a menudo que lo haga, siempre siento una gran emoción al entrar en una era remota. El operador había levantado la cámara a treinta centímetros sobre el nivel del suelo; salte a fuera, con el rifle preparado. Los demás me siguieron. Volvimos la mirada hacia la cámara, un gran cubo brillante suspendido en el aire a treinta centímetros del suelo, con su pequeña puerta en la parte delantera.

—En marcha —dije al operador de la cámara.

El operador cerró la puerta, y la cámara desapareció.

Miramos a nuestro alrededor. El escenario no había cambiado desde mi última expedición a aquella era, una expedición que había terminado en el periodo cretáceo, cinco días antes de que empezara ésta. No se veía por allí ningún dinosaurio, tan solo algunos pocos lagartos.

En aquel período, la cámara se materializaba en la cima rocosa de una meseta, desde donde se puede ver en todas direcciones tan lejos como lo permitía la bruma.

Hacia el Oeste, puede verse uno de los brazos del mar de Kansas, que atraviesa Missouri, y el gran pantano que rodea la bahía donde viven los *saurópodos*. Hasta hace poco se creía que los *saurópodos* se extinguieron antes del cretáceo, pero no fue así. Su campo de acción se redujo, porque los pantanos y lagunas no cubrían ya tanta superficie como antes, pero aún había muchos si uno sabía dónde buscarlos.

Hacia el norte hay una cadena montañosa, que el Rajá ha bautizado con el nombre de colinas de Janpur, que es el nombre del pequeño reino hindú donde reinaron sus antepasados. Hacia el oeste, la tierra asciende en forma de meseta, un lugar excelente para los *ceratopsidos*, mientras que hacia el sur el terreno es llano, con más pantanos llenos de *saurópodos* y muchos *ornitópodos*, *iguanodontes* y *monotremas*.

Una de las cosas que debe decirse acerca del paisaje de ese período es que combina una gran cantidad de lluvias con un tipo abierto de vegetación, es decir, que las hierbas aún no habían evolucionado lo suficiente como para formar sólidas alfombras sobre todo el campo abierto, de modo que la tierra muestra macizos de laureles, sasafrás y otros arbustos, y entre ellos hay trozos de tierra desnuda. Hay también bosquecillos de palmitos y de helechos. Los árboles que rodeaban la colina eran en su mayor parte cicadáceas, solos o formando grupos. La mayor parte de la gente los llama palmeras, pero mis amigos científicos aseguran que en realidad no son auténticas palmeras.

Más abajo, hacia el mar de Kansas, había más cicadáceas y sauces, y las tierras altas estaban cubiertas de coníferas y gimnospermas.

Yo no soy ningún poeta (es el Rajá quien escribe los folletos de propaganda), pero sé apreciar un paisaje hermoso. Uno de los ayudantes había llegado ya en máquina, con los mulos, y los estaba preparando. Yo miraba a través de la bruma y olfateaba con delectación el aire, cuando un rifle disparó tras de mí... ¡bang, bang!

Me giré, para encontrarme con Courtney James y su 500, y un *ornitomimo* que huía a todo correr a unos cincuenta metros de distancia. Los *ornitomimos* son *terópodos*, dinosaurios de mediano tamaño, unos animales esbeltos con cuello y patas largas, una mezcla de avestruz y lagarto. Aquel tendría unos dos metros de altura, y pesaría tanto como un hombre. El animal había salido de uno de los bosquecillos cercanos. James le había disparado los dos cañones de su arma, sin acertarle.

Aquello no me gustó en absoluto, porque los *sahibs* amigos de darle gusto al dedo son una amenaza tan grande como los que se asustan, se quedan inmóviles o huyen.

—¡Maldito sea, idiota! —grité—. Confiaba en que no iba a disparar hasta que yo le diera la voz de fuego.

—¿Y quién diablos es usted para decirme cuando debo disparar mi propia arma? —respondió.

Tuvimos un altercado, hasta que el Rajá y Holtzinger consiguieron calmarnos.

—Mire, señor James —intenté explicarle—. Tengo buenas razones. Si gasta usted las municiones antes de que haya finalizado la expedición, su rifle no le servirá de nada en un momento de apuro, y es el único de su calibre que tenemos. Además, si descarga los dos cañones sobre un blanco poco importante, ¿qué ocurrirá si un gran *terópodo* se le echa encima antes de que usted haya tenido tiempo de volver a cargar su arma? Y por último, no es deportivo disparar contra todo lo que se ponga al alcance de uno. Se debe disparar para conseguir alimento, para ganar

trofeos o para defenderse, pero no simplemente para oír los estampidos. Si mucha gente hubiera tenido un poco más de moderación para matar, todavía habría caza muy apreciable en nuestra propia era, ¿comprende?

–Sí, creo que tiene razón –aceptó, con su característica vehemencia.

En aquel momento volvió a aparecer la máquina del tiempo, trayendo al resto de los hombres. Asentamos nuestro campamento a una prudente distancia del lugar de la materialización. Nuestra primera tarea era conseguirnos carne fresca. Para una expedición de veintiún días como era aquella, calculamos nuestras necesidades de alimentos con bastante exactitud, de modo que, en caso necesario, podemos recurrir a conservas y extractos concentrados, pero siempre contamos con matar al menos una pieza que nos suministre carne. Cuando nos hemos provisto de ella realizamos nuestro recorrido, acampando en cuatro o cinco lugares, para cazar, y finalmente volvemos a la base unos cuantos días antes de que se materialice la cámara.

Holtzinger, como le decía, quería una cabeza de *ceratopsio*, fuera de la clase que fuera. James insistía en una cabeza determinada: una de *tiranosaurio*, puesto que así todo el mundo pensaría que había matado al animal más peligroso de todos.

Lo cierto es que se exageraba con respecto a la ferocidad del *tiranosaurio*. Es más devorador de cadáveres que de presas vivas, aunque puede engullir a cualquiera si se le presenta la oportunidad. Pero es menos peligroso que muchos otros *terópodos* carnívoros, como por los grandes *saurófagos* del jurásico, o incluso los *gorgosaurios* más pequeños del período en que nos encontrábamos. Pero todo el mundo ha leído muchas cosas acerca de todos los *terópodos*.

El que vivía en nuestro período no era el *rex*, que corresponde a una época posterior, y es poco más grande y más especializado. Es el *triónico* con las patas delanteras más grandes y no reducidas a un pequeño vestigio, aunque de todos modos aún demasiado pequeñas y solo le sirven para limpiarse los dientes después de las comidas.

Cuando finalmente acampamos, todavía nos quedaba toda la tarde por delante, así que el Rajá y yo llevamos a nuestros *sahibs* a su primera partida de caza. En nuestros anteriores viajes habíamos levantado ya un mapa de la región, de modo que sabíamos por donde ir.

El Rajá y yo tenemos un sistema para la caza del dinosaurio. Nos separamos en dos grupos de dos hombres y avanzamos paralelamente con una separación de unos veinte a cuarenta metros. En cada uno de los grupos, el *sahib* va delante y el guía detrás, para decirle lo que tiene que hacer.

A los *sahibs* les explicamos que los situamos delante para que puedan disparar los primeros, lo cual es cierto, pero la razón fundamental es que suelen tropezar y caerse con los rifles sin asegurar, y si el guía fuera delante no duraría mucho vivo.

La razón de los dos grupos es que, si el dinosaurio ataca a uno de ellos, el otro puede dispararle muy bien al corazón desde un costado.

Mientras avanzábamos, los lagartos corrían como siempre por todas partes huyendo de nosotros. Unos eran pequeños, rápidos como el rayo y con más

colores que todas las joyas de Tiffany's juntas. Otros eran grandes lagartos grises que se alejaban lentamente, resoplando. Había también tortugas, y algunas pequeñas serpientes, y pájaros con los picos llenos de dientes que se alejaban volando y chillando. Por todas partes se respiraba el maravilloso y suave aire del cretáceo, un aire que le daba a uno ganas de quitarse la ropa y bailar con hojas de parra en la cabeza... ya comprende usted lo que quiero decir. Desde luego, yo no haría una cosa así, pero realmente se sienten deseos de hacerlo.

Nuestros *sahibs* descubrieron muy pronto que el terreno mesozoico está torturado, cortado y rajado por miles de zanjas, quebradas, barrancos y hondonadas. Caminar por él resulta extremadamente penoso, ya que hay que estar deslizándose y trepando sin cesar.

Llevábamos una hora de fatigoso avance. Nuestros dos *sahibs* iban delante, empapados de sudor y con la lengua fuera, cuando el Rajá lanzó un silbido. Había descubierto un grupo de *osteocéfalos* que estaban comiendo brotes de cicadáceas.

Los *osteocéfalos* son *trodontes*, pequeños *ornitópodos* del tamaño de un hombre, con un bulto en la parte alta de la cabeza que les confiere un aspecto bastante inteligente pero que no significa nada, pues el bulto en cuestión es de hueso macizo y el cerebro es tan minúsculo como el de los otros dinosaurios, y de ahí el nombre que se les aplica. Los machos chocan unos contra otros con esos bultos óseos cuando luchan por la posesión de sus hembras. Se tiran al suelo, mordisquean cualquier brote tierno, y luego se levantan y miran a su alrededor. Son más asustadizos que la mayoría de los dinosaurios, porque son el alimento favorito de los grandes *terópodos*.

La gente supone a veces que, siendo tan estúpidos, los dinosaurios no tienen muy aguzados los sentidos. No es así. Algunos, como los *saurópodos*, tienen los sentidos bastante embotados, pero la mayoría de ellos poseen buen olfato, aguda vista y un oído bastante sensible. Su debilidad consiste en que, como carecen de inteligencia, no tienen memoria. Por eso, apenas dejan de ver un objeto, lo olvidan. Cuando un gran *terópodo* nos persigue dispuesto a devorarnos, la mejor defensa es ocultarse en un barranco o tras unos arbustos, y si no nos ve ni nos huele se olvidará inmediatamente de nosotros y seguirá tranquilamente su camino.

Nos ocultamos tras un grupo de palmeras enanas, protegidos del viento para que los *osteocéfalos* no pudieran olerlos. Le dije a James en voz baja:

—Hoy ya ha disparado usted una vez. No haga fuego ahora hasta que haya disparado Holtzinger, y luego dispare tan solo si él falla el tiro o si el animal se aleja herido.

—Ajá — respondió James, y nos separamos: él con el Rajá, y yo con Holtzinger.

Aquello llegó a convertirse en una costumbre a lo largo de toda la expedición. James y yo nos irritábamos mutuamente; en cambio, el Rajá, cuando uno olvidaba sus humos de potentado oriental es un tipo amable y sentimental que se lleva bien con todo el mundo.

Así que no nos separamos y, arrastrándonos, salimos del grupo de palmeras enanas por extremo opuestos. Holtzinger se levantó para disparar. Echado uno no puede disparar un rifle de gran calibre: no hay libertad de movimientos, y el retroceso puede romper el hombro.

Holtzinger apuntó entre las últimas ramas de las palmeras enanas. Vi que su cañón vacilaba y temblaba entre las ramas, y entonces el rifle de James volvió a soltar la carga de sus dos cañones. El mayor de los *osteocéfalos* cayó al suelo, retorciéndose, y los demás echaron a correr dando grandes saltos con sus patas posteriores, agitando la cabeza y golpeando furiosamente el suelo con sus colas.

–¡Ponga el seguro a su rifle!– le grité a Holtzinger, que había avanzado unos pasos, y eché a correr.

Cuando llegamos al lugar donde se encontraba el *osteocéfalo*, James ya se había subido a él, abierto su rifle y soplado los dos cañones. Parecía tan contento como si hubiera ganado de pronto un millón, y le estaba pidiendo al Rajá que le tomara una foto montado en su pieza. Su primer disparo había sido excelente, y le había atravesado el corazón. El segundo había fallado, porque el animal ya había caído al suelo, pero James no había podido contenerse y lo había efectuado aunque no existiera ninguna razón para ello.

–Creí que iba a dejar que Holtzinger disparara primero –dije.

–Diablos, esperé demasiado –respondió–. Tardó tanto tiempo. Si nos quedamos más tiempo aguardando nos hubieran olido.

Había cierta razón en lo que decía, pero su modo de decirlo me enojó. Contesté:

–Si vuelve a ocurrir algo parecido, le dejaré en el campamento la próxima vez que salgamos de cacería.

–Vamos, vamos, por favor –intervino el Rajá–. Tenga en cuenta, amigo Rivers, que ellos no son cazadores experimentados.

–¿Y qué hacemos ahora? –preguntó Holtzinger–. ¿Llevamos el animal nosotros mismos, o llamamos a nuestros hombres?

–Creo que podemos llevarlo con una pértiga –contesté–. No pesa ni cien kilos.

La pértiga era de duraluminio, acoplable por secciones, con yugos en los dos extremos y unos soportes de espuma de goma. Siempre la llevaba conmigo en mi mochila, porque en aquellas eras no puede contarse con encontrar ramas lo bastante fuertes como para servir de pértigas.

El Rajá y yo limpiamos y destripamos al *osteocéfalo*, para hacerlo más liviano, y lo atamos a la pértiga. Las moscas comenzaron a llegar a miles a sus entrañas. Los científicos dicen que no son verdaderas moscas, en el sentido actual de la palabra, pero se parecen a ellas y tienen sus mismos hábitos. Hay una clase muy notable de moscas carroñeras: un insecto grande con dos pares de alas, que produce un zumbido profundo y muy característico cuando vuela.

El resto de la tarde anduvimos sudando bajo la pértiga. Nos turnábamos: dos de nosotros llevaban el animal, mientras los otros dos cargaban con los fusiles. Los

lagartos huían ante nuestro paso, y las moscas zumbaban en torno al cuerpo del animal muerto.

Cuando llegamos al campamento empezaba a hacerse de noche. Nos veíamos capaces de comernos todo el *osteocéfalo* en una sola comida, tal era el hambre que sentíamos. Los muchachos habían dispuesto ya el campamento. Nos sentamos a tomar un trago de whisky, sintiéndonos como dioses de la creación, mientras el cocinero asaba unos buenos filetes del animal.

–Si consigo matar a un *ceratosaurio*... –dijo Holtzinger de pronto–, ¿cómo podré llevarme su cabeza?

–Si el terreno lo permite –le expliqué–, la ataremos a un armazón fuerte de duraluminio, con ruedas, y la arrastraremos.

–¿Cuánto pesa una cabeza de esas? –preguntó.

–Depende de la edad y la especie. Las mayores pesan más de una tonelada, pero generalmente suelen pesar entre los trescientos y los quinientos kilos.

–¿Todo el terreno es tan quebrado como el de hoy?

–En su mayor parte sí. Como habrá visto, se combinan una vegetación dispersa y fuertes lluvias. La erosión es muy rápida.

–¿Y quién arrastrará la carretilla con la cabeza?

–Todos echaremos una mano. Una cabeza grande necesita toda clase la fuerza muscular del grupo. Y aun así, tal vez no podamos arrastrarla. En una tarea de esta índole no hay lugar para los espectadores.

–¡Oh! –dijo Holtzinger.

Y comprendí que se estaba preguntando si la cabeza del *ceratosaurio* merecía o no un tal esfuerzo.

Los dos días siguientes los empleamos recorriendo la región. No encontramos nada digno de cazar; sólo vimos una manada de unos cincuenta y tantos *omitomimos*, que huyeron como si fueran otras tantas bailarinas de ballet. Aparte esto, podíamos divisar los lagartos de siempre, los *terosaurios*, los pájaros y los insectos. Hay una gran mosca, con alas como de encaje, que muerde a los dinosaurios, y ya puede imaginar usted el efecto de su mordedura en la carne humana. Una de ellas le hizo saltar y gritar a Holtzinger durante una buena media hora cuando le mordió a través de la camisa. James se burló sangrientamente de él, comentando:

–Dios mío, ¿tanto escándalo por la picadura de un simple insecto?

La segunda noche, mientras el Rajá estaba de vigilancia, James lanzó un alarido que nos hizo salir a todos de nuestras tiendas con los rifles en la mano. Lo único que ocurría era que una garrapata de dinosaurio se le había metido entre la camisa y el cuerpo y había comenzado a taladrarle una axila. El insecto es del tamaño de un pulgar, aun sin haber comido: imagine el efecto que le hizo.

Afortunadamente, pudimos arrancárselo antes de que le chupara el medio litro de sangre que era capaz de absorber. Holtzinger, devolviéndole la pelota, se burló:

–Bueno, bueno, ¿tanto escándalo por la picadura de un simple insecto, amigo?

James aplastó el insecto con el pie y lanzó un gruñido. No le gustaba que se burlaran de él, aunque fuera con sus propias palabras.

Preparamos lo necesario, e iniciamos nuestro circuito. Pensábamos llevarlos primero a las orillas del pantano de los *saurópodos*, más bien para que vieran la vida animal que para cazar nada.

Desde el lugar donde se materializa la cámara de transición hasta el pantano de los *saurópodos* parece haber unas dos horas de camino, pero en realidad hay que caminar todo un día, subiendo y bajando. La primera parte es fácil porque es cuesta abajo y la maleza no es muy espesa, pero a medida que uno se acerca al pantano las cicadáceas y las salicíneas abundan tanto que hay que abrirse penosamente paso entre ellas.

En la orilla del pantano había un borde alto y arenoso donde conduje a los cazadores, porque está bastante limpio de vegetación y desde allí se goza de un hermoso panorama. Cuando llegamos al borde, el Sol estaba a punto de desaparecer por el horizonte. Un par de cocodrilos se echaron al agua. Los *sahibs* estaban tan agotados por su falta de entrenamiento que se dejaron caer como muertos en la arena.

La bruma que rodea al pantano es muy densa, y por ello el Sol poniente tenía un profundo tono rojo y aparecía deformado por las capas atmosféricas. Había una capa de nubes altas que tenían reflejos dorados y rojos, de modo que el conjunto era digno de inspirar al Rajá uno de sus poemas. Sólo los poetas modernos prefieren escribir acerca de los días de lluvia y los basureros. Unos cuantos pequeños *pterodáctilos*, del orden de los *pterosaurios*, comenzaron a volar como murciélagos sobre nuestras cabezas, aunque no agitaban sus alas como lo hacen los murciélagos. Bajaban y subían por el aire, espiando la salida de los grandes insectos voladores nocturnos.

Beauregard Black reunió unas cuantas ramas y encendió el fuego. Empezamos a asar nuestros *bistecs*. El Sol en forma de pagoda terminó de hundirse en el horizonte. Entre los árboles, algo hacía un ruido como de gozne sin engrasar, cuando uno de los *saurópodos* asomó la cabeza a la superficie del agua y respiró. Si la Madre Tierra suspirara alguna vez por las desgracias de sus hijos, su suspiro sonaría de un modo parecido.

Los *sahibs* se levantaron de un salto, agitando los brazos y gritando:

–¿Dónde está? ¿Dónde?

–Esa mancha negra que hay en el agua, a la izquierda de aquella punta – contesté.

Siguieron gritando mientras el *saurópodo* llenaba sus pulmones y desaparecía.

–¿Eso es todo? –preguntó James–. ¿No vamos a verlo más?

–He leído que no salen nunca del agua porque son demasiado pesados –dijo Holtzinger.

–No –expliqué–. Pueden andar perfectamente, y lo hacen a menudo, para poner sus huevos o ir de un pantano a otro. Pero la mayoría del tiempo lo pasan en el agua, como los hipopótamos. Comen cuatrocientos kilos de plantas blandas del pantano al día, a pesar de tener la cabeza tan pequeña. Y vagan por los fondos de los lagos y pantanos, mordisqueando, y sólo sacan la cabeza para respirar cada cuarto de hora o así. Como ahora está obscureciendo, el animal saldrá dentro de poco y se tumbará en la orilla para dormir.

–¿No podemos matar uno? – preguntó James.

–Yo no lo haría.

–¿Por qué no?

–Porque no tiene razón de ser, y no es deportivo –expliqué–. En primer lugar, acertarles en el cerebro de un tiro es más difícil que con los demás dinosaurios, porque mueven constantemente la cabeza de un lado para otro y tienen el cuello más largo; y su corazón está demasiado hundido tras los tejidos para poder alcanzarlo, a menos que se tenga una suerte extraordinaria. En segundo lugar, si se le mata en el agua, se hunde y no puede ser sacado; y si se le mata en tierra firme, el único trofeo que uno se puede llevar es su pequeña cabeza. Uno no se puede llevar el animal entero, porque pesa treinta toneladas o más... y no necesitamos tampoco treinta toneladas de carne.

–El museo de Nueva York tiene uno – dijo Holtzinger.

–Sí –convine–. El Museo Americano de Historia Natural envió a un grupo de cuarenta y ocho miembros al cretáceo primitivo, con una ametralladora calibre cincuenta. Montaron la ametralladora en el borde de un pantano, mataron a un *saurópodo*... Y se pasaron dos meses completos quitándole el cuero y dividiendo el cadáver en partes que iban enviando en la máquina del tiempo. Conozco al individuo que dirigió la operación, y todavía tiene pesadillas en las que huele la carne del dinosaurio en descomposición. También tuvieron que matar a una docena de grandes *terópodos* que, atraídos por el hedor, no se marchaban de allí. Así pues, tuvieron a todos esos cadáveres a su alrededor, *descomponiéndose también*, no sin que antes algunos *terópodos* se comieran a tres miembros de la expedición, pese a la ametralladora.

A la mañana siguiente, estábamos terminando de desayunar cuando uno de los mozos me gritó:

–Mire, señor Rivers! ¡Allá! –y me señaló hacia la orilla del pantano.

Había seis grandes *monotremas* comiendo al borde del pantano. Pertenecían a la clase llamada *parasaurótofos*, que tienen una cresta formada por un largo espigón óseo que asoma por la parte posterior de la cabeza, como un cuerno de ónix, y una bolsa de piel que la une con la parte posterior del cuello.

–No levanten la voz –murmuré.

Los *monotremas*, como todos los *ornitópodos*, son animales desconfiados, ya que no tienen coraza ni armas para luchar contra los *terópodos*. Se alimentan en los márgenes de los lagos y pantanos, y cuando un *gorgosaurio* aparece entre los árboles, se arrojan a las aguas profundas y se alejan nadando. Luego, si un *fobosuco* o supercocodrilo los persigue en el agua, huyen a tierra firme. Una vida bastante agitada, ¿no cree?

—Rivers —dijo en aquel momento Holtzinger—, he estado pensando en lo que dijo usted acerca de la cabeza del *ceratosaurio*. Si pudiera conseguir una de ellas me daría por satisfecho. ¿No cree que en mi casa resultará ya bastante grande?

—Estoy seguro de ello, muchacho —asentí—. Mire, podría llevarlo a usted hasta aquella orilla de allá dando un rodeo, pero tendríamos que abrirnos paso a través de un kilómetro de fango y maleza, con el agua hasta las rodillas, y nos oírían acercarnos. También podemos intentar una aproximación por el extremo norte de aquella punta de arena, que se encuentra a cuatrocientos o quinientos metros de distancia de ellos... un blanco algo alejado, pero no imposible. ¿Cree poder acertarles desde allí?

—Con mi mira telescópica y sentado... Bueno, puedo intentarlo.

—Usted quédese aquí —le dije a James—. Es el turno de Augusto, y no quiero discusiones acerca de quién dispara primero.

James se quedó gruñendo, mientras Holtzinger acoplaba la mira telescópica a su rifle. Ascendimos sigilosamente por la punta, manteniendo la arenosa loma entre nosotros y los *monotremas*. Cuando llegamos al final, donde ya no había escondite posible, avanzamos lentamente apoyándonos en codos y rodillas. Si uno se acerca o se aleja con lentitud, frente a un dinosaurio, es probable que éste no se dé cuenta.

Los *monotremas* seguían comiendo, levantando de tanto en tanto sus cabezas para observar en torno suyo. Holtzinger se sentó cómodamente, eligió su pieza, apuntó cuidadosamente con la mira telescópica y...

¡Bang, bang! Allá en el campamento sonó el doble disparo de un potente rifle.

Holtzinger pegó un salto. Los *monotremas* alzaron sus cabezas y corrieron aguas adentro, chapoteando como locos. Holtzinger hizo un disparo y falló el tiro. Yo disparé contra el último de ellos antes de que desaparecieran y también fallé: un rifle calibre 600 no sirve para disparos a larga distancia.

Holtzinger y yo emprendimos rápidamente el regreso al campamento, pensando que tal vez nuestros compañeros hubieran tenido algún tropiezo con los *terópodos* y necesitaran ayuda.

Lo que había ocurrido era que un gran *saurópodo*, probablemente el que oyéramos la noche anterior, había pasado cerca del campamento, por debajo del agua, mientras iba comiendo por el camino. Ahora bien, el agua bajaba de nivel a unos cien metros de nuestra punta arenosa, a la mitad del borde del pantano, por el otro lado. El *saurópodo* había ido subiendo hasta que su cuerpo quedó casi por completo fuera del agua, moviendo la cabeza de un lado para otro en busca de algo verde que devorar. Esa especie se parece un poco al *brontosaurio*, aunque

es algo mayor. Los científicos discuten acerca de si debería o no ser incluido en el género de los *camarasaurios* o separarlos en otro género... con un nombre aún más largo.

Cuando llegamos a la vista del campamento el *saurópodo* estaba dándose la vuelta para regresar por donde había venido, lanzando unos gruñidos horribles. Desapareció en las profundidades, es decir, se sumergió enteramente menos la cabeza y cuatro o cinco metros de cuello, que agitó durante un tiempo antes de desaparecer en la bruma.

Cuando llegamos al campamento, James estaba discutiendo con el Rajá. Holtzinger estalló:

–¡Cerdo cochino! ¡Es la segunda vez que echa a perder mi puntería! –aquellos términos eran bastante fuertes en la boca del pobre Augusto, y revelaban una irritación sin límites.

–No sea estúpido –dijo James–. No iba a permitir que el *saurópodo* entrara en el campamento y lo aplastara todo bajo sus patas.

–No había el menor peligro de ello –objetó cortésmente el Rajá–. Como verá, el agua es muy profunda junto a la orilla. Lo que ocurre es que a nuestro buen señor James le gusta mover el dedo, y ver un animal sin dispararle le resulta algo intolerable.

–Si el *saurópodo* se hubiera acercado realmente –dije yo con irritación–, lo único que hubiera tenido que hacer era tirarle un palo. Son absolutamente inofensivos.

Sin embargo, en el fondo de mí mismo debía reconocer que no era completamente sincero. Cuando el conde de Lautrec corrió tras uno de ellos para dispararle desde cerca, el *saurópodo* miró hacia atrás, agitó su cola, y le cercenó con ella la cabeza al conde tan limpiamente como si lo hubieran decapitado con un hacha en la Torre de Londres.

–¿Cómo iba a saber yo esto? –gritó James, enrojeciendo– Todos ustedes están contra mí ¿Para qué diablos hemos emprendido este viaje si no es para matar animales? ¡Ustedes se llamarán cazadores, pero yo soy el único que ha matado realmente algo!

Me indigné al oír aquello, y le dije que no era más que un estúpido excitable, con más dinero que inteligencia, al que no debíamos haber llevado con nosotros.

–Si eso es lo que opinan –respondió–, denme un mulo y un poco de comida, y regresaré a la base. ¡No quiero contaminar el aire con mi perniciosa presencia.

–No sea usted tan mulo como el propio mulo –repliqué secamente–. Eso es imposible.

–¡Entonces me iré sin el mulo! –agarró su mochila, metió en ella un par de latas de conserva y un abrelatas, colgó su rifle al hombro, dio media vuelta y se fue irritadamente del campamento.

–Señor Rivers, no podemos dejarlo irse así, solo –intervino entonces Beauregard Black–. Se extraviará, se morirá de hambre o será comido por cualquier *terópodo*.

–Yo iré a buscarlo –dijo el Rajá, y se fue tras él.

Alcanzó a James cuando éste desaparecía entre unas cicadáceas. Los vimos discutir y agitar las manos, pero no podíamos comprender lo que decían. Al cabo de un rato emprendieron el regreso, cogidos por el hombro como si fueran antiguos compañeros de colegio. Sinceramente, no puedo explicarme cómo consigue el Rajá tales éxitos.

Esto demuestra lo malos que pueden ser los errores una vez se inicia algo así. Cuando vamos al pasado tenemos que tratar que todo salga del mejor modo posible. No nos queda otro remedio... o todo termina en desastre, como verá.

No quería darle la impresión de que Courtney James era tan sólo una molestia y un inconveniente para nosotros. Tenía también sus puntos buenos. Olvidaba fácilmente nuestras peleas, y al día siguiente estaba tan alegre como de costumbre. Resultaba muy útil en los trabajos generales del campamento... al menos cuando tenía ganas de trabajar. Cantaba bien, y tenía una inagotable colección de chistes picantes que nos divertían enormemente.

Nos quedamos dos días más en aquel campamento. Vimos cocodrilos, aunque de especies pequeñas, y muchos *saurópodos*, a veces incluso cinco de ellos juntos. Pero no volvimos a ver más *monotremas*, ni ninguno de aquellos supercocodrilos que miden más de quince metros.

El primero de mayo levantamos el campamento y nos dirigimos al norte, hacia las colinas de Janpur. Mis queridos *sahibs*, ya más entrenados, empezaban a impacientarse. Llevábamos una semana en el cetáceo y todavía no había conseguido ningún trofeo.

No entraré en detalles sobre el viaje. No vimos nada que pudiera servir como trofeo, excepto un *gorgosaurio* que estaba excesivamente lejos de nuestro alcance, y varias huellas que indicaban que un enorme iguanodonte de unos dieciséis o dieciocho metros de altura había pasado por allí.

Habíamos dado ya buena cuenta de nuestro *osteocéfalo*, así que teníamos que salir en busca de más carne... pensando también en los trofeos, desde luego. Así pues, la mañana del día tres dispusimos la salida.

–Mire, amigo –le dije a James–, no quiero más problemas, ¿entiende? El Rajá le dirá cuándo tiene que disparar. Absténgase de hacerlo a menos que se lo indiquen.

–De acuerdo, comprendido –respondió mansamente.

Pero era imposible predecir lo que iba a hacer aquel tipo.

Nos dirigimos hacia las colinas de Janpur y empezamos a ascender por sus laderas. Íbamos buscando *osteocéfalos*, pero nos habríamos contentado con un *ornitomimo*. Además, también había bastantes posibilidades de que Holtzinger encontrara su *triceratops*. Habíamos visto a un par de ellos al subir hacia las colinas, pero no eran más que el equivalente a unos ternerrillos, sin cuernos decentes.

Hacía mucho calor y una pegajosa humedad, y al poco rato jadeábamos y sudábamos como caballos. Pasamos toda la mañana subiendo y trepando, sin ver otra cosa que lagartos, cuando de repente percibí el olor a carroña. Hice que los demás se detuvieran y olfateé el aire. Estábamos en un calvero, cortado aquí y allá por pequeñas zanjas y arroyos secos, que corrían a perderse en un par de hondonadas más profundas que atravesaban una ligera depresión, cubierta con una vegetación más espesa de cicadáceas y chaparros. Escuchando con mayor atención, oí el zumbido de las moscas carroñeras.

–Por aquí tiene que haber algún animal muerto –dije–. ¡Oh, ahí está!

Y allí estaba, en efecto.

Los restos de un enorme *ceratosaurio* yacían en una pequeña hondonada, al borde de un bosquecillo. En vida debió de pesar seis o siete toneladas, y era de la variedad de tres cuernos, quizá el penúltimo de la especie de los *tricerátops*. Costaba trabajo reconocerlo, porque casi todo el cuello de la parte superior de su cuerpo había sido arrancado, y muchos huesos sacados de su lugar y esparcidos por el suelo.

–¡Oh, diablos! –exclamó Holzinger–. ¿Por qué no lo encontraríamos antes de que muriera? Hubiera sido una cabeza realmente hermosa para mi chimenea.

La asociación con tipos duros como nosotros parecía haberle dado al pobre Augusto una nueva energía al hablar.

–En marcha, muchachos –dije yo por toda respuesta–. Un *terópodo* ha estado comiendo aquí, y probablemente aún ande cerca.

–¿Cómo lo sabe? – me desafió James, con su redonda cara llena de sudor.

Hablaba en tono más bajo que el suyo habitual, porque un *terópodo* cerca es algo que impone temor hasta a los más atrevidos.

Volví a olfatear el aire, y me pareció distinguir claramente el acre olor de un *terópodo*. Pero no podía afirmarlo con toda seguridad, porque el hedor del animal muerto era demasiado fuerte. Mis *sahibs* empezaban a ponerse verdes ante el espectáculo y el olor del cadáver.

–Es muy raro que ni siquiera el mayor de los *terópodos* ataque a un *ceratops* adulto –le dije a James–. Esos cuernos son demasiado para ellos. Pero les encanta comerse a un *ceratops* muerto o moribundo. Se quedan rondando las cercanías del cadáver durante semanas enteras, atracándose, y luego durmiendo entre comida y comida, a veces días enteros. De todos modos, suelen protegerse siempre del calor del día, porque no pueden soportar mucho tiempo la luz directa del sol. Los podrá encontrar en bosquecillos como éste, o en hondonadas donde haya sombra.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó Holtzinger.

–Exploraremos primero este bosquecillo, separados en dos parejas, como siempre. Pero, hagan lo que hagan, no actúen de un modo impulsivo ni se dejen llevar por el pánico –dije, mirando directamente a Courtney James.

El se limitó a devolverme la mirada y a examinar luego su rifle.

–¿Debo llevarlo colgado aún? –preguntó.

–No: en guardia. Pero no suelte el seguro hasta el momento mismo de disparar – advertí–. Es un riesgo grande llevar un arma de doble cañón en guardia, especialmente entre los arbustos, pero cuando un *terópodo* anda cerca sería un riesgo aún mayor llevarla colgada y exponerse a que se enganche en ella una ramita en el momento en que intentemos echárnosla a la cara.

–Nos separaremos menos que de costumbre –dije–, para no perdernos de vista ni un solo momento. Empiece desde aquel ángulo, Rajá. Avancen lentamente, y párense a escuchar a cada paso.

Avanzamos por el extremo del bosque, dejando el cadáver, pero no su hedor, detrás de nosotros. Durante unos cuantos pasos no pudimos ver nada. El panorama se ensanchó cuando llegamos bajo los árboles. El sol penetraba a través de ellos. No se oía nada más que el zumbido de los insectos, el rumor de los lagartos que huían y los gritos de los dentados pájaros posados en las copas de los árboles. Creía estar seguro de haber oído un *terópodo*, pero tal vez fueran imaginaciones mías. Un *terópodo* puede ser de muy distintas especies, grande o pequeño, y el animal podía hallarse en cualquier parte dentro de un radio de casi un kilómetro.

–Siga avanzando –le dije en voz muy baja a Holtzinger, porque oía al Rajá y a James avanzando a mi derecha, y veía las hojas de las palmeras y los helechos agitarse a su paso a medida que las iban apartando. Imagino que se esforzaban por avanzar sin hacer ningún ruido, pero para mí aquello me sonaba como un terremoto en el seno de una cacharrería.

–Un poco más cerca –les advertí, y al poco rato les vi aparecer acercándose diagonalmente hacia nosotros.

Bajamos a una hondonada llena de helechos, y escalamos penosamente el otro lado. Allí nos encontramos ante un denso grupo de palmitos que nos cerraba el paso.

–Nosotros daremos la vuelta por este lado, ustedes por el otro –dije, e iniciamos la marcha. deteniéndonos cada tres pasos para escuchar y olfatear el aire.

Nuestras posiciones eran exactamente las mismas que el primer día, cuando James mató al *osteocéfalo*.

Calculo que habríamos dado la vuelta en sus dos terceras partes al bosquecillo cuando oímos un ruido ante nosotros, a nuestra izquierda. Holtzinger lo oyó y quitó el seguro de su rifle. Yo apoyé el pulgar sobre el mío y me eché a un lado, para disponer de más terreno.

El ruido iba en aumento. Levanté el arma para apuntar a la altura donde debería estar el corazón del gran *terópodo*, dada la distancia que nos separaba de él cuando apareciera entre la maleza. Hubo un movimiento entre el follaje... y un *osteocéfalo* de dos metros de altura apareció ante nuestra vista, cruzó con paso

solemne ante nosotros, de izquierda a derecha, moviendo la cabeza a cada paso como una gigantesca paloma, y desapareció al otro lado.

Holtzinger, que había contenido el aliento, respiró con inusitada fuerza. Yo tuve que contenerme para no echarme a reír. Holtzinger exclamó un breve:

–¡Uf!

–Silencio –murmuré–. El *terópodo* puede estar aún...

Eso fue todo lo que pude decir antes de que el condenado rifle de James disparara: *¡Bang, bang!* Entonces vi que el *osteocéfalo* caía de costado entre la maleza, agitando la cola y las patas traseras.

–¡Lo maté! –gritó James, y le oí correr hacia adelante.

–¡Oh, Dios, ha vuelto a repetir su hazaña! –gemí.

Y en aquel mismo instante se oyó un fuerte ruido sibilante, que no procedía del *osteocéfalo* moribundo, y que fue seguido por un terrible grito de James. Algo asomó entre los arbustos, y pude ver la cabeza del más grande de los devoradores de carne de aquella región: el *tiranosaurio trionico* en persona.

Los científicos insisten en que el *rex* es más grande que el *trionico*, pero le juro que aquel *tiranosaurio* era más grande que cualquiera de los *rex*. Debía de tener unos ocho metros de altura, por quince de longitud. Podían verse sus brillantes ojos, sus dientes de dieciséis centímetros de largo, y la gran papada que le colgaba desde la barbilla hasta el pecho.

La segunda de las hondonadas que atravesaba el bosquecillo pasaba por nuestro camino, al otro extremo de un grupo de palmeras. Tendría tal vez unos dos metros de profundidad, y allí había estado descansando el *tiranosaurio*, haciendo la digestión de su última comida. En los lugares en que su lomo sobresalía del nivel del suelo, los helechos lo ocultaban. James había disparado los dos cañones de su arma por encima de la cabeza del *terópodo*, despertándolo. Luego, James, para acabar de arreglar las cosas, había echado a correr hacia adelante sin volver a cargar antes su rifle. Otros diez pasos más, y hubiera pisado al *tiranosaurio* en el lomo.

Como es natural, James se detuvo en seco al ver al animal surgiendo ante él. Recordó que su rifle estaba descargado, y que el Rajá se hallaba demasiado atrás para poder disparar bien.

James no perdió la serenidad al primer momento. Abrió su rifle, sacó dos nuevas cargas de su cinturón, y las metió en las recámaras. Pero en su prisa por cerrar el arma se pilló la mano derecha con la junta de los dos cañones... la parte más carnosa, entre la palma y el pulgar. Fue un pellizco tan doloroso, y sobresaltó de tal modo al alterado James, que su primera reacción fue soltar el arma. Y todo aquello lo afectó de tal manera que su inmediata reacción fue echar a correr.

No podría haber elegido peor momento. El Rajá se acercaba corriendo, con el rifle en guardia, dispuesto a echárselo a la cara en cuanto pudiera ver bien al tiranosaurio. Al ver que James venía corriendo desesperadamente hacia él, vaciló un instante, pues no quería herir a James. Este siguió corriendo y, antes de que el

Rajá pudiera echarse a un lado, tropezó con él, y ambos cayeron pateando entre los helechos. El *tiranosaurio* reunió la poca inteligencia de que disponía y se lanzó tras ellos con la loable intención de devorarlos.

¿Y qué hacíamos mientras tanto Holtzinger y yo, al otro lado del grupo de palmeras? Bueno, en cuanto James gritó y la cabeza del tiranosaurio apareció entre la maleza, Holtzinger echó a correr hacia adelante como un conejo. Yo por mi parte había levantado el rifle para disparar contra la cabeza del tiranosaurio, con la esperanza de acertarle por lo menos en un ojo, pero antes de que pudiera apuntar la cabeza ya había desaparecido entre las palmeras. Quizá debiera haber disparado hacia el lugar donde imaginaba que se encontraba en aquellos momentos, pero toda mi experiencia me ha prevenido siempre contra los disparos efectuados al azar.

Cuando volví a mirar hacia adelante, Holtzinger había ya desaparecido tras la curva del grupo de palmeras. Yo, aunque soy muy corpulento como puede usted ver, eché a correr tras él a toda la velocidad que me fue posible, y entonces oí su rifle, y el chasquido del cerrojo entre ambos disparos: ¡Bang!... tras, tras... ¡bang!... tras, tras... Así, tal como suena.

Holtzinger se había acercado al *tiranosaurio* por los cuartos traseros en el mismo instante en que el animal se disponía a salir de la hondonada tras James y el Rajá. Con el cañón a diez pasos de distancia del cuerpo del *tiranosaurio*, empecé a descargar sus balas del 375 en el cuerpo del animal. Había hecho ya tres disparos cuando el *tiranosaurio* lanzó un tremendo y espantoso rugido y se giró para ver qué era aquello que lo pinchaba. Las mandíbulas se abrieron, y la cabeza giró hacia arriba y descendió de nuevo.

Holtzinger disparó aún otra vez, y luego trató de retroceder saltando hacia un lado. Se encontraba en un lugar estrecho, entre el grupo de palmeras y la hondonada. Así que cayó en esta última. El *tiranosaurio* siguió bajando su cabeza y lo apresó, no sé si mientras caía o cuando estaba ya abajo. Cerró ruidosamente las mandíbulas, y volvió a levantar la cabeza, con el pobre Holtzinger dentro de su boca, con los pies colgando por un lado y gritando como alma en pena.

En aquel momento pude acercarme y apuntar a la cabeza de la bestia. Entonces me di cuenta de que mi amigo estaba entre sus mandíbulas, y que no podía disparar contra él. Cuando levantó la cabeza, como el extremo de una enorme pala mecánica, le disparé un tiro al corazón. Pero el *tiranosaurio* había empezado ya a dar la vuelta, y me temo que no hice más que rozarle las costillas.

El animal había dado un par de pasos hacia un lado cuando descargué el otro cañón contra su lomo. Se tambaleó un poco, pero siguió adelante. Dio otro paso, y ya casi había desaparecido entre los árboles cuando el Rajá disparó dos veces. Había conseguido desembarazarse de James, levantarse, tomar el rifle y disparar contra el *tiranosaurio*.

El doble ataque derribó al animal con un estrépito enorme. Cayó sobre un magnolio enano. Vi cómo una de sus patas posteriores se agitaba espasmódicamente en el aire, en medio de una lluvia de pétalos blancos y rosados absurdamente hermosos.

¿Imagina usted la pata de un ave de presa, aumentada y ensanchada hasta ser tan grande y redonda como la de un elefante? Esto podrá darle una idea del espectáculo que se ofreció ante mis ojos.

Pero el *tiranosaurio* se levantó de nuevo y se alejó vacilante, sin soltar ni por un minuto a su víctima. La última vez que lo vi, las piernas de Holtzinger colgaban inertes por uno de los lados de su mandíbula, y el desgraciado había dejado de gritar. La enorme cola de la bestia golpeaba como un ariete contra los troncos de los árboles al moverse furiosamente de uno a otro lado.

El Rajá y yo volvimos a cargar nuestros rifles y corrimos tras la fiera con todas nuestras fuerzas. Yo tropecé y caí en una ocasión, pero volví a levantarme de un salto y, hasta mucho más tarde, no me di cuenta de que me había desollado un codo casi hasta el hueso. Pero cuando salimos del bosquecillo el *tiranosaurio* estaba ya al otro extremo del calvero. Disparé rápidamente y con toda probabilidad fallé el tiro, y el animal desapareció de nuestra vista antes de que pudiera disparar de nuevo.

Corrimos, siguiendo las huellas y las manchas de sangre, hasta que el agotamiento nos obligó a detenernos. Los movimientos de un *tiranosaurio* podrán parecer torpes y lentos, pero con sus tremendas patas tales fieras no tienen que moverse muy aprisa para conseguir una velocidad considerable.

Cuando terminamos de jadedear y enjugamos la frente tratamos de continuar siguiéndole la pista, pensando que tal vez estaría moribundo y podríamos dar con él. Pero sus huellas se perdieron, y nos encontramos sin saber qué hacer. Dimos vueltas con la esperanza de volverlas a encontrar, pero no tuvimos suerte.

Una hora más tarde desistimos de nuestro empeño y regresamos a la llanura, terriblemente abatidos.

Courtney James estaba sentado con la espalda apoyada contra un árbol, sujetando en sus manos su rifle y el de Holtzinger. Su mano derecha estaba hinchada, y tenía un tinte azulado en el lugar donde se dio el doloroso pellizco, pero aún podía servirse de ella. Sus primeras palabras fueron:

—¿Dónde diablos han estado ustedes? No tenían que haberse ido dejándome así, indefenso: podía haberse presentado otro de esos espantosos animales. ¿No les parece que ya es bastante desgracia perder a un cazador por la ineptitud de ustedes, para arriesgarse a perder también a otro?

En nuestro camino de regreso había preparado una buena retahíla de insultos y maldiciones para lanzárselos a James apenas me tropezara con él, pero su repentino ataque me dejó tan asombrado que sólo pude responder débilmente:

—¿Que *nosotros* perdimos?

—Exacto —dijo duramente—. Usted nos obliga a ir delante de ustedes para que, si uno de esos monstruos devora a alguien, sea a nosotros. Envía a un hombre contra esos animales aun sabiendo que no lleva un rifle lo suficientemente potente como para...

—¡Cerdo repugnante! — estallé, y avancé hacia él.

Más tarde me enteré de que James se había pasado todo aquel tiempo de espera elaborando una complicada teoría según la cual la culpa de aquel desastre la teníamos enteramente todos nosotros: Holtzinger, el Rajá y yo. No pensó ni por un momento en que él había disparado a destiempo y luego se había asustado, ni que Holtzinger le había salvado su estúpida e inútil vida. ¡Oh, no, ni siquiera pasó por su cabeza! Simplemente, el Rajá tenía la culpa por no haberse quitado a tiempo de su camino, yo tenía la culpa por...

Bueno, he llevado una vida bastante dura, y supe expresarle lo que pensaba de él del modo más adecuado.

El Rajá quiso estar a mi altura, pero le faltaba dominio del inglés y al final se limitó a maldecir a James, en hindú. Ignoro lo que le diría, pero por la expresión de su rostro no debía ser nada agradable.

Por el tono violáceo que empezó a tomar el rostro de James comprendí que mis palabras iban haciendo su efecto. Y esto fue un fallo por mi parte. Si me hubiera parado a pensar, me hubiera dado cuenta de que no era en absoluto prudente insultar a un hombre que tiene un rifle cargado en las manos. James soltó de pronto el rifle de Holtzinger y alzó el suyo, exclamando:

—¡Nadie me escape tales insultos y queda vivo para contarlo! No me costará nada decir que el tiranosaurio los devoró también a ustedes dos.

El Rajá y yo estábamos frente a él, con los rifles desmontados bajo el brazo, así que necesitábamos casi un segundo para montarlos y levantarlos para disparar, por muy rápidos que hubiéramos ido. Más aún: uno no debe disparar un 600 sin haberlo asegurado antes concienzudamente contra su hombro, si sabe lo que le conviene. Un instante más tarde, James apoyaba la culata de su 500 contra su hombro, apuntando directamente los dos cañones entre mis ojos. Parecían tan enormes como un par de túneles.

El Rajá se dio cuenta de la situación antes que yo. Mientras el condenado levantaba el rifle para disparar, avanzó y le pegó una tremenda patada en las ingles. Jugaba al fútbol de muchacho, ¿sabe usted?, y además pegó con ganas. De modo que James soltó un bufido como el de un odre al reventarse, el 500 se desvió hacia un lado, la bala pasó rozando mi mejilla y la explosión estuvo a punto de romperme el tímpano.

La culata saltó arrancada del hombro de James al producirse el disparo, saltó hacia arriba y, mientras el hombre se encogió por efectos del golpe, cayó de nuevo sobre él y causó el mismo efecto que una coza de caballo... que la patada del Rajá, pero sobre su cabeza. James acabó de derrumbarse, con el fusil aún sujeto entre sus manos en una forma casi increíble.

El Rajá dejó caer su propio rifle, agarró los dos cañones del de James y, retorciéndolo, tiró de él para arrancárselo de las manos, casi rompiéndole el dedo que aún mantenía en el gatillo. Quería golpearle en la cara con la culata del rifle, pero yo me adelanté y me eché sobre él, con una única idea en mi cabeza: que golpearle con mis manos desnudas será más reconfortante y placentero para mí. Y, sin darme cuenta de si aún estaba consciente o había perdido el sentido, me

dediqué a la tarea con una fruición que no recuerdo haber sentido nunca en mi vida.

Cuando el rostro de James estaba ya lo suficientemente tumefacto y yo me sentí relajado, lo dejé. Le dimos la vuelta, tomé una correa de su mochila y le atamos las manos con ella. Convinimos en que no gozaríamos de un momento de seguridad a menos que lo vigiláramos constantemente hasta el momento de traerlo de vuelta a nuestra época. Cuando un hombre ha intentado matarnos no debe dársele otra oportunidad. Claro que tal vez no volviera a intentarlo, pero ¿para qué correr el riesgo?

Llevamos a James al campamento. Les contamos a los hombres lo que ocurría. James nos maldijo a todos, desafiándonos a que lo matásemos si nos atrevíamos.

—Será mejor que lo hagáis, hijos de perra, o seré yo quien os mataré algún día —amenazo—. ¿Por qué no lo hacéis? ¡Porque sabéis que alguien os delataría! ¡Ja, ja!

El resto de la expedición fue lúgubre. Pasamos tres días recorriendo la región en busca del *tiranosaurio*. No tuvimos suerte. Podía estar oculto en alguna zanja, muerto o moribundo, o tal vez tan sólo recuperándose de sus heridas, y nosotros pasar cien veces cerca de él sin verlo, a no ser que tropezáramos con él por casualidad. Pero pensábamos que nuestro deber era intentar recuperar los restos de Holtzinger... si es que aún quedaba alguno.

A nuestra vuelta al campamento principal empezó a llover. Cuando dejaba de llover reuníamos pequeños reptiles y otras curiosidades para nuestros amigos científicos. Cuando se materializó la cámara de transición, nos atropellamos por entrar en ella.

El Rajá y yo habíamos discutido si debíamos iniciar un proceso contra Courtney James por imprudencia temeraria. Llegamos a la conclusión de que no había ningún precedente para castigar los crímenes cometidos hacía ochenta y cinco millones de años, y que probablemente estarían fuera de las manos de la ley, según el estatuto de prescripciones y limitaciones. Por lo tanto, cuando ya se habían ido todos los demás excepto nosotros, lo soltamos y lo metimos a empellones en la cámara.

Cuando llegamos al presente, le entregamos su rifle descargado y sus demás efectos. Como esperábamos, se fue sin decirnos ni una palabra, con las manos llenas de bultos. En aquel momento entró la novia de Holtzinger, Clara Roche, gritando:

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi Augusto?

No le daré detalles de la escena que siguió: fue muy dolorosa, pese a la habilidad del Rajá.

Llevamos a nuestros hombres y bestias al antiguo edificio de los laboratorios que la universidad de Washington ha habilitado como sede para las expediciones al pasado, les pagamos a todos, y vimos que nos habíamos quedado casi sin dinero. Lo cobrado a Holtzinger y James como anticipo no bastaba ni siquiera

para cubrir nuestros gastos, y no había muchas posibilidades de cobrarle el resto a James ni a los herederos de Holtzinger.

Y hablando de James, ¿sabe usted lo que hizo entonces el muy canalla? Se fue a su casa, tomó más municiones, volvió a la universidad, buscó al profesor Prochaska y le dijo:

–Profesor, quiero que me envíe al cretáceo, para un viaje de pocas horas. Si no me puede incluir en sus viajes ya programados, dígame el precio que pide por llevarme. Le ofrezco cinco mil dólares como anticipo. Quiero ir al veintitrés de abril del año ochenta millones antes de Cristo.

–¿Y por qué desea volver tan pronto y le interesa de tal manera? –preguntó Prochaska.

–Perdí mi cartera en el cretáceo –dijo James–. Pienso que si vuelvo y llego el día anterior al que llegué en mi último viaje, me verá llegar en él y podré seguirme a mí mismo hasta que vea dónde perdí la cartera.

–Cinco mil dólares es mucho dinero por una simple cartera...

–Tengo en ella algunos documentos irremplazables. Deje que sea yo quien me preocupe acerca de si vale o no los cinco mil dólares que le ofrezco.

–Bueno –contestó Prochaska, pensativo–. Los del grupo que tenía que salir esta mañana me han telefoneado diciendo que se retrasarían un poco, así que tal vez pueda enviarle a usted antes que a ellos. Siempre me he preguntado qué ocurrirá si un mismo hombre emplea dos veces el mismo tiempo.

James le dio un cheque a Prochaska, y éste llevó a James a la cámara y lo envió al pasado. Por lo visto, la idea de James era sentarse tras un arbusto, a unos cuantos metros del lugar donde se materializaba la cámara de transición, esperar a que llegáramos, y disparar a placer contra el Rajá y contra mí apenas apareciéramos y saliéramos de ella.

Horas más tarde, liquidadas ya todas las formalidades, nos vestimos con nuestras ropas de calle y telefoneamos a nuestras esposas diciendo que vinieran a buscarnos. Estábamos esperándolas en el bulevar Forsythe cuando oímos un fuerte y seco estampido, como el de una explosión o un trueno cercano, y vimos una especie de rayo a menos de veinte metros de distancia. La onda de choque nos hizo tambalear, y el ruido rompió los cristales de gran número de ventanas.

Corrimos hacia el lugar, y llegamos a él en el preciso instante en que se acercaba un policía y varios transeúntes. En el bulevar, en medio de la calzada, había un cuerpo humano. Al menos, eso había sido en su tiempo, aunque ahora parecía como si le hubieran pulverizado todos los huesos y reventado todos los vasos sanguíneos. La ropa que llevaba estaba hecha jirones, pero pude reconocer un rifle de repetición de dos cañones, calibre 500, «Holland & Hollaud». La madera estaba abrasada y el metal como carcomido y lleno de agujeros, pero no cabía la menor duda de que se trataba del rifle de Courtney James.

Pasando por alto las investigaciones y todo lo demás, lo ocurrido había sido lo siguiente: nadie había disparado contra nosotros cuando salimos de la máquina

del tiempo y , naturalmente, eso era algo que no podía cambiarse. Por esa razón, en el mismo instante en que James quiso hacer algo capaz de producir un cambio tangible en el mundo tanto actual como de hace ochenta y cinco millones de años antes de Cristo, las fuerzas del espaciotiempo entraron en colisión, arrebátándolo y llevándolo al presente como una forma de evitar una imposible paradoja.

Ahora que todo esto ha sido comprendido y analizado, el profesor no quiere enviar a nadie a un periodo que no preceda como mínimo en quinientos años a las épocas exploradas ya por otros viajeros, pues sería demasiado fácil hacer algo, como derribar un árbol o arruinar alguna cosa duradera que afectara al mundo posterior. En los períodos largos, razona el profesor, esos cambios son menores y se diluyen en la corriente del tiempo.

Tras aquello pasamos una época muy mala debido a la perniciosa publicidad y sus consecuencias, aunque finalmente cobramos nuestro dinero a los herederos de James. El fracaso de la expedición no puede imputarse enteramente a James. Yo no debía haber aceptado que viniera, sabiendo que era un hombre inestable y de mal carácter. Y si Holtzinger hubiera empleado un rifle de mayor calibre, probablemente hubiera derribado al *tiranosaurio*, aunque no lo hubiera matado, dándonos a los demás la oportunidad de acabar con él.

Por todo ello es por lo que no quiero llevarlo a usted, señor Seligman, a cazar en aquel período. Hay muchas otras eras, y si usted reflexiona bien, seguramente recordará alguna que...

¡Dios santo, qué hora es ya! Tengo que marcharme corriendo: si no lo hago, mi esposa va a desollarme vivo. ¡Buenas noches, señor Seligman! ¡Reflexione!

El chico que hablaba con los animales

Roald Dahl

Traducción de Jordi Beltrán en *Historias extraordinarias*, relatos de Roald Dahl, Editorial anagrama, 1990.

No hace mucho tiempo decidí pasar unas breves vacaciones en las Indias Occidentales. Los amigos me habían dicho que era un lugar maravilloso, que podría pasarme el día entero holgazaneando, tomando el sol en las playas de arenas plateadas y nadando en las aguas cálidas y verdes del mar.

Escogí Jamaica y volé directamente de Londres a Kingston. Tardé dos horas de coche en ir del aeropuerto de Kingston a mi hotel, situado en la costa norte. La isla estaba llena de montañas y éstas aparecían totalmente cubiertas de selvas oscuras y espesas. El jamaicano corpulento que conducía el taxi me dijo que en aquellas selvas vivían comunidades enteras de gentes diabólicas que seguían practicando el vudú, la brujería y otros ritos mágicos.

–No suba usted jamás a esas selvas de la montaña –me dijo, poniendo los ojos en blanco–. ¡Allí arriba suceden cosas que harían que el pelo se le volviese blanco en un minuto!

–¿Qué clase de cosas? –pregunté.

–Es mejor que no me lo pregunte –explicó–. No es prudente hablar de ello siquiera.

Y no quiso decirme nada más del asunto.

Mi hotel se alzaba al borde de una playa perlina y el paisaje era aún más bello de lo que me había imaginado. Pero en el instante en que crucé la gran puerta principal, empecé a sentirme inquieto. No había motivo alguno para ello. No vi nada extraño, pero la sensación era muy viva y no conseguí librarme de ella. Había algo sobrenatural y siniestro en el lugar. A pesar de la belleza y el lujo, un presagio de peligro flotaba en el aire como si fuera gas tóxico.

Y no tenía la seguridad de que se tratase solamente del hotel. Toda la isla, las montañas y las selvas, las rocas negras que jalonaban la costa y los árboles que parecían cascadas de flores escarlata, todas estas cosas y muchas otras hacían que me sintiese incómodo dentro de mi pellejo. Algo maligno se agazapaba debajo de la superficie de la isla. Lo presentía en mis huesos.

Mi habitación en el hotel tenía un pequeño balcón desde el cual podía bajar directamente a la playa. Crecían cocoteros por doquier y de vez en cuando un coco verde y enorme, del tamaño de un balón de fútbol, caía del cielo y producía un golpe sordo al chocar contra la arena. Se consideraba una estupidez tenderse debajo de un cocotero, ya que, si alguna de aquellas cosas te caía en la cabeza, podía destrozarte el cráneo.

La chica jamaicana que entró a arreglarme la habitación me dijo que un americano rico llamado Wasserman había encontrado la muerte precisamente de aquella manera hacía tan sólo dos meses.

—Lo dice en broma —le dije.

—¡Nada de broma! —exclamó la chica—. ¡No, señor! ¡Lo vi con mis propios ojos! ¡Sí, señor!

—¿Y no se organizó un escándalo a causa de lo ocurrido? —pregunté.

—Echaron tierra al asunto —contestó sombríamente—. La gente del hotel echó tierra y lo mismo hizo la gente de los periódicos, porque las cosas así son muy malas para el negocio turístico.

—¿Y dice usted que lo vio con sus propios ojos?

—Sí, señor —dijo—. Mister Wasserman estaba debajo de aquel árbol que hay allí en la playa. Entonces sacó su cámara y enfocó el crepúsculo. Esa noche el crepúsculo era rojo y muy bonito. De pronto un coco verde y grande se desprende y aterriza en su calva. ¡Bum! Y ése —añadió con cierto entusiasmo— fue el último crepúsculo que mister Wasserman vio en su vida.

—¿Quiere decir que murió en el acto?

—No sé si murió en el acto —dijo—. Recuerdo que lo siguiente que ocurrió es que la cámara se le cayó de las manos y fue a parar a la arena. Luego los brazos cayeron sobre sus costados y se le quedaron colgando allí. Entonces empezó a tambalearse. Se tambaleó varias veces hacia atrás y hacia adelante, muy suavemente, y yo estaba de pie mirándole y yo me dije: el pobre hombre está mareado y puede que vaya a desmayarse de un momento a otro. Entonces muy, muy despacio, se inclinó hacia adelante y se desplomó.

—¿Estaba muerto?

—Más muerto que mi abuela —dijo la chica.

—¡Cielo santo!

—Así es —dijo—. Nunca hay que colocarse debajo de un cocotero cuando hay brisa.

—Gracias —le dije—. No lo olvidaré.

Al atardecer de mi segundo día en el hotel me encontraba sentado en mi pequeño balcón con un libro sobre el regazo y un vaso de ponche en la mano. No estaba leyendo el libro, sino que contemplaba un pequeño lagarto verde que acechaba a otro pequeño lagarto verde en el suelo del balcón, a unos dos metros de mí. El primer lagarto se acercaba al otro por detrás, avanzando con gran lentitud y cautela, y cuando llegó cerca de él sacó su larga lengua y tocó la cola del otro. Este dio un salto y se volvió, quedando los dos cara a cara y sin moverse, pegados al suelo, agazapados, mirándose fijamente y muy tensos. De pronto iniciaron una extraña danza los dos. Saltaban al aire. Saltaban hacia atrás. Saltaban hacia adelante. Saltaban de lado. Daban vueltas el uno alrededor del otro, como dos boxeadores, sin dejar un solo momento de saltar, hacer cabriolas

y danzar. El espectáculo resultaba muy raro y me dije que seguramente se trataba de algún ritual amoroso. Me quedé muy quieto, esperando ver lo que iba a pasar a continuación.

Pero nunca vi lo que pasó a continuación porque en aquel momento me di cuenta de que se producía una gran conmoción en la playa. Miré hacia allí y vi que un gran número de personas se arracimaba en torno a algo al borde del agua. Cerca de allí, varada en la arena, había una barca de pescador tipo canoa y lo único que se me ocurrió fue que el pescador acababa de llegar con un montón de peces y la gente los estaba mirando.

Una redada de peces es algo que siempre me ha fascinado. Dejé el libro y me levanté. Más gente bajaba de la veranda del hotel y se dirigía presurosamente a reunirse con la multitud que se agolpaba al borde del agua. Los hombres llevaban esos horribles pantalones cortos que llamaban «bermudas» y que llegan hasta las rodillas y sus camisas resultaban biliosas de tanto rosa, naranja y otros colores discordantes como había en ellas. Las mujeres tenían mejor gusto y en su mayoría llevaban bonitos vestidos de algodón. Casi todo el mundo sostenía una copa en la mano.

Recogí mi propia copa y bajé del balcón a la playa. Di un pequeño rodeo para evitar el cocotero debajo del cual se suponía que mister Wasserman había hallado la muerte y crucé la hermosa arena plateada para reunirme con la multitud.

Pero no era una redada de peces lo que la gente estaba contemplando. Era una tortuga tumbada panza arriba sobre la arena. ¡Pero qué tortuga! Era gigantesca, un verdadero mamut. Nunca había creído posible que una tortuga pudiese ser tan enorme. ¿Cómo puedo describir su tamaño? Creo que, de no haber estado panza arriba, un hombre alto habría podido sentarse sobre su caparazón sin que sus pies tocaran el suelo. Tendría quizás un metro cincuenta de largo y un metro veinte de ancho, con un caparazón alto y abovedado de gran belleza.

El pescador que la capturara la había tumbado de panza arriba para que no pudiera escapar. Había también una gruesa soga atada alrededor del caparazón y un pescador orgulloso, delgado, negro y sin más vestimenta que un pequeño taparrabo se encontraba a poca distancia del animal, sujetando el extremo de la soga con ambas manos.

De panza arriba yacía aquella magnífica criatura, con sus cuatro gruesas patas agitándose frenéticamente en el aire y su cuello largo y arrugado sobresaliendo considerablemente del caparazón. En el extremo de las patas tenía unas garras grandes y afiladas.

—¡Apártense, por favor, damas y caballeros! —exclamó el pescador—. ¡Apártense! ¡Las garras son peligrosas! ¡Pueden arrancarles un brazo!

La multitud de huéspedes del hotel se mostraba excitada y a la vez encantada ante aquel espectáculo. Una docena de cámaras enfocaba el animal disparando sin cesar. Muchas mujeres soltaban gritos de placer y se aferraban al brazo de sus hombres, mientras que éstos demostraban su ausencia de temor y su masculinidad haciendo comentarios estúpidos en voz alta.

–Bonito par de gafas con montura de concha te harías con ese caparazón, ¿eh, Al?

–¡La muy condenada debe de pesar más de una tonelada!

–¿Pretendes decirme que realmente puede flotar?

–Claro que flota. Y es una estupenda nadadora, además. Capaz de tirar fácilmente de una barca.

–Es mordedora, ¿verdad?

–Esa no es de las que muerden. Las tortugas mordedoras no son tan grandes como ésta. Pero de una cosa puedes estar seguro: te arrancará la mano de un mordisco si te acercas demasiado.

–¿De veras haría eso? –preguntó una de las mujeres al pescador–. ¿Le arrancaría la mano a una persona?

–Ahora mismo –dijo el pescador, sonriendo con sus dientes blanquísimos–. No le hará ningún daño cuando esté en el océano, pero si la captura, la arrastra a la playa y la coloca panza arriba, ¡entonces hay que andarse con cuidado! ¡Morderá cualquier cosa que se ponga a su alcance!

–Supongo que a mí también me entrarán ganas de dar mordiscos –dijo la mujer– si me encontrase en esta situación.

Un idiota acababa de encontrar un tablón que el agua había arrojado a la playa y se acercaba con él a la tortuga. Era un tablón bastante grande, de alrededor de un metro cincuenta de largo y quizá dos centímetros y medio de grueso. Con la punta del mismo empezó a tascar la cabeza de la tortuga.

–Yo no haría eso –dijo el pescador–. Sólo conseguirá enfurecerla más.

Cuando el extremo del tablón tocó el cuello de la tortuga, ésta volvió rápidamente su cabezota, abrió la boca y, ¡zas!, cogió el tablón y lo atravesó con sus dientes como si fuera un pedazo de queso.

–¡Atiza! –gritaron los espectadores–. ¿Habéis visto? ¡Me alegro de que no fuera mi brazo!

–Déjenla en paz –dijo el pescador–. No es conveniente excitarla.

Un hombre barrigudo, de muslos gruesos y piernas muy cortas se acercó al pescador y dijo:

–Escuche, buen hombre. Quiero ese caparazón. Se lo compro –y dirigiéndose a su regordeta esposa, añadió–: ¿Sabes qué voy a hacer, Mildred? Me llevaré ese caparazón a casa y haré que un experto le saque brillo. ¡Luego lo instalaré en el centro mismo de nuestra salita de estar! ¿Verdad que quedará bonito?

–Fantástico –dijo la esposa regordeta–. Adelante, cómpralo, querido.

–No te preocupes –dijo él–. Ya es mío –y volviéndose al pescador, dijo–: ¿Cuánto pide por el caparazón?

–Ya la he vendido –dijo el pescador–. La he vendido con caparazón y todo.

–No tan aprisa, buen hombre –dijo el hombre barrigudo–. Yo le pagaré más. Vamos. ¿Cuánto le han ofrecido?

–No hay nada que hacer –contestó el pescador–. Ya la he vendido.

–¿A quién? –preguntó el hombre barrigudo.

–Al director.

–¿Qué director?

–El director del hotel.

–¿Lo han oído? –gritó otro hombre–. ¡La ha vendido al director de nuestro hotel! ¿Y saben qué significa eso? ¡Significa sopa de tortuga! ¡Eso es lo que significa!

–¡Tiene mucha razón! ¡Y bistec de tortuga! ¿Alguna vez has comido filete de tortuga, Bill?

–Nunca, Jack. Pero ardo en deseos de probarlo.

–Un filete de tortuga es mejor que uno de buey si lo cocinas como es debido. Es más tierno y tiene mucho más sabor.

–Oiga –dijo el hombre barrigudo, dirigiéndose al pescador–. No trato de comprar la carne. El director puede quedársela. Puede quedarse con todo lo que haya dentro incluyendo los dientes y las uñas. Lo único que quiero es el caparazón.

–Y si te conozco bien, querido –dijo su esposa, sonriéndole de oreja a oreja–, tuyo será el caparazón.

Permanecí allí de pie, escuchando la conversación de aquellos seres humanos. Hablaban de la destrucción, el consumo y el sabor de una criatura que, incluso estando panza arriba, parecía extraordinariamente digna. Una cosa era segura. Era de mayor edad que ellos. Probablemente se había pasado ciento cincuenta años surcando las verdes aguas de las Indias Occidentales. En ellas estaba ya cuando George Washington era presidente de los Estados Unidos y Napoleón recibía una buena paliza en Waterloo. Por aquel entonces debía de ser una tortuga pequeña, pero no había la menor duda de que ya estaba allí.

Y ahora estaba aquí, tumbada de espaldas sobre la arena, esperando el momento de ser sacrificada y convertida en sopa y filetes. Era evidente que la alarmaban el ruido y los gritos que se oían a su alrededor. Alargaba el cuello viejo y arrugado y su cabezota se volvía a un lado y a otro como si buscara a alguien capaz de explicarle el motivo de tantos malos tratos.

–¿Cómo la llevará hasta el hotel? –preguntó el hombre barrigudo.

–Arrastrándola por la playa con la soga –repuso el pescador–. El personal del hotel vendrá pronto a llevársela. Harán falta diez hombres y que todos tiren a la vez.

–¡Escuchen! –exclamó un joven musculoso–. ¿Por qué no la arrastramos nosotros? –el joven musculoso llevaba unos «bermudas» color magenta y verde guisante e iba sin camisa. Su pecho era excepcionalmente peludo y saltaba a la vista que la ausencia de camisa era un detalle premeditado–. ¿Qué les parece si trabajamos un poco para ganarnos la cena? –dijo, moviendo los músculos–. ¡Vamos, amigos! ¿Quién quiere hacer un poco de ejercicio?

–¡Magnífica idea! –gritaron los demás–. ¡Un plan espléndido!

Los hombres entregaron sus copas a las mujeres y corrieron a coger la soga. Se colocaron al lado de ella como si se dispusieran a practicar el juego de la cuerda, y el joven del pecho peludo se nombró a sí mismo capitán del equipo.

–¡Vamos, muchachos! –gritó–. Cuando diga «¡ahora!» todos a tirar a la vez, ¿entendido?

Aquello no pareció hacerle mucha gracia al pescador.

–Es mejor que ese trabajo lo dejen para los del hotel –dijo.

–¡Tonterías! –gritó el del pecho peludo–. ¡Ahora, muchachos, ahora!

Tiraron todos. La gigantesca tortuga se tambaleó sobre su espalda y estuvo a punto de volcar.

–¡Que no vuelque! –chilló el pescador–. ¡Harán que vuelque si tiran así! Y si vuelve a quedar patas abajo, pueden estar seguros de que se escapará.

–Cálmese, buen hombre –dijo el del pecho peludo con aire de protección–. ¿Cómo quiere que se escape? La tenemos atada con una soga, ¿no es así?

–Si le dan la oportunidad, ¡los arrastrará a todos! –exclamó el pescador–. ¡Los arrastrará hasta el océano! ¡A todos!

–¡Ahora! –gritó el del pecho peludo, haciendo caso omiso del pescador–. ¡Ahora, muchachos, ahora!

Y la gigantesca tortuga empezó a deslizarse muy lentamente playa arriba, hacia el hotel, hacia la cocina, hacia el lugar donde se guardaban los cuchillos grandes. Las mujeres y los hombres más viejos, más gordos y menos atléticos siguieron a la comitiva jaleando a los que tiraban de la soga.

–¡Ahora! –gritó el peludo capitán del equipo–. ¡Ánimo, muchachos! ¡Más fuerte todavía!

De repente oí gritos. Todo el mundo los oyó. Eran unos gritos tan agudos, tan estridentes y tan apremiantes que se impusieron a los demás ruidos.

–¡No-o-o-o-o! –decían los gritos–. ¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

La multitud se quedó helada. Los hombres que tiraban de la soga dejaron de tirar y los mirones dejaron de gritar mientras todos los presentes se volvían hacia el lugar de donde venían los gritos.

Medio caminando, medio corriendo, bajaban por la playa, procedentes del hotel, tres personas: un hombre, una mujer y un chico. Medio corrían porque el chico tiraba del hombre. El hombre tenía al chico cogido por la muñeca y trataba de hacerle aflojar el paso, pero el pequeño seguía tirando. Al mismo tiempo daba botes, se retorció y trataba de librarse de la mano del padre. Era el chico quien gritaba.

–¡No! –gritó–. ¡No lo hagan! ¡Déjenla ir! ¡Déjenla ir, por favor!

La mujer, que era la madre del muchacho, trataba de sujetarle por el otro brazo y de esta manera ayudar al padre, pero el chico pegaba tantos botes que no lo consiguió,

–¡Suéltela! –gritó el pequeño–. ¡Lo que hacen es horrible! ¡Déjenla, por favor!

–¡Basta ya, David! –dijo la madre, tratando aún de cogerle el otro brazo–. ¡No seas tan infantil! Te estás poniendo en ridículo.

–¡Papá! –gritó el chico–. ¡Papá! ¡Diles que la suelten!

–No puedo, David –contestó el padre–. No es asunto nuestro.

Los que arrastraban a la tortuga permanecieron inmóviles, aunque sin soltar la soga en cuyo extremo se hallaba atado el gigantesco animal. Todo el mundo estaba callado y sorprendido, mirando fijamente al chico. Parecían todos algo turbados. Todos presentaban la expresión ligeramente avergonzada de la gente a la que han pillado haciendo algo que no es del todo honorable.

–Vamos, David –dijo el padre, tirando del niño–. Volvamos al hotel y dejemos a esta gente en paz.

–¡No quiero volver! –gritó el chico–. ¡No quiero! ¡Quiero que la suelten!

–¡Vamos, David! –dijo la madre.

–Largo de aquí, mocoso –dijo el del pecho peludo.

–¡Es usted horrible y cruel! –gritó el muchacho–. ¡Todos ustedes son horribles y crueles! –pronunció las palabras muy claramente, lanzándolas contra los cuarenta o cincuenta adultos que se encontraban en la playa, y nadie, ni siquiera el joven del pecho peludo, le contestó esta vez–. ¿Por qué no la devuelven al mar? –gritó el chico–. ¡Ella no les ha hecho nada! ¡Suéltela!

El padre se sentía azorado ante el comportamiento de su hijo, pero en modo alguno avergonzado.

–Está loco por los animales –explicó, dirigiéndose a la multitud–. En casa tiene animales de todas las especies que existen bajo el sol. Habla con ellos.

–Los quiere mucho –dijo la madre.

Varias personas empezaron a moverse nerviosamente. Aquí y allá se advertía cierto cambio de actitud entre los espectadores, una sensación de incomodidad, incluso un leve toque de vergüenza. El chico, que no tendría más de ocho o

nueve años, ya había dejado de forcejear con su padre. Este seguía sujetándole la muñeca, pero sin demasiada fuerza.

–¡Vamos! –gritó el pequeño–. ¡Déjenla ir! ¡Desátenle la soga y dejen que se vaya!

Se encaró a la multitud, pequeño y erguido, con los ojos brillándole como dos estrellas y el pelo agitado por el viento. Estaba magnífico.

–No hay nada que podamos hacer, David –dijo el padre con tono bondadoso–. Volvamos al hotel.

–¡No! –exclamó el niño.

Y en aquel momento dio un tirón repentino y se soltó al mismo tiempo que echaba a correr por la arena hacia la gigantesca tortuga tumbada panza arriba.

–¡David! –chilló el padre, echando a correr tras él–. ¡Detente! ¡Vuelve aquí!

El muchacho atravesó la multitud como un jugador de rugby corriendo con la pelota y la única persona que se adelantó para interceptarle fue el pescador.

–¡No te acerques a esa tortuga, muchacho! –gritó mientras trataba de echársele encima para detenerle; pero el chico le esquivó y siguió corriendo–. ¡Te despedazará a mordiscos! –chilló el pescador–. ¡Detente, muchacho, detente!

Pero ya era demasiado tarde para detenerle y, al llegar corriendo hasta la tortuga, el animal le vio y su enorme cabezota se volvió para mirarle de frente.

La voz de la madre del chico, el gemido aterrado y atormentado de la madre, se alzó en el cielo crepuscular.

–¡David! ¡Oh, David!

Y segundos después el muchacho se postraba de rodillas en la arena, rodeaba con sus brazos el cuello viejo y arrugado del animal y apretaba a éste contra su pecho. La mejilla del chico se apretaba contra la cabezota de la tortuga mientras sus labios se movían, susurrando palabras dulces que nadie más podía oír. La tortuga se quedó absolutamente quieta. Incluso sus gigantes patas dejaron de azotar el aire.

Un gran suspiro, un largo suspiro de alivio, surgió de la multitud. Muchas personas dieron uno o dos pasos hacia atrás, como si trataran de alejarse un poco más de algo que escapaba a su comprensión. Pero el padre y la madre se adelantaron juntos y se detuvieron a unos tres metros del hijo.

–¡Papá! –exclamó el chico, sin dejar de acariciar la cabeza parda–. ¡Haz algo, por favor, papá! ¡Haz que la suelten, por favor!

–¿Puedo ayudarles en algo? –dijo un hombre vestido con un traje blanco que acababa de bajar del hotel. El hombre, como sabía todo el mundo, era mister Edwards, el director. Era un inglés alto y narigudo de cara larga y sonrosada–. ¡Qué cosa más extraordinaria! –dijo, mirando al chico y a la tortuga–. Tiene suerte de que no le haya arrancado la cabeza de una dentellada –y dirigiéndose al chico, añadió–: Será mejor que te apartes de ella, muchacho. Ese bicho es peligroso.

–¡Quiero que la suelten! –exclamó el pequeño, que seguía acunando la cabezota del animal entre sus brazos–. ¡Dígales que la suelten!

–Se dará usted cuenta de que el animal podría matarle en cualquier instante –dijo el director al padre del chico.

–Déjele en paz –contestó el padre.

–Ni pensarlo –dijo el director–. Haga el favor de apartarle de ahí. Pero dese prisa. Y tenga cuidado.

–No –dijo el padre.

–¿Cómo que no? –dijo el director–. ¡Estas cosas son letales! ¿Es que no lo comprende?

–Sí –dijo el padre,

–Entonces, por el amor de Dios, hombre, ¡sáquelo de ahí! –exclamó el director–. Si no lo hace, se producirá un accidente muy desagradable.

–¿De quién es? –preguntó el padre–. ¿Quién es el propietario de la tortuga?

–Nosotros –repuso el director–. El hotel la ha comprado.

–En tal caso, hágame un favor –dijo el padre–. Permítame que se la compre.

El director miró al padre, pero no dijo nada.

–No conoce usted a mi hijo –explicó el padre, hablando con voz tranquila–. Se volverá loco si se llevan la tortuga al hotel y la matan. Se pondrá histérico.

–Limítese a apartarle de su lado –dijo el director–. Y dese prisa.

–Ama a los animales –insistió el padre–. Los ama de veras. Se comunica con ellos.

La multitud guardaba silencio, tratando de oír lo que decían los dos hombres. Nadie se alejó de allí. Parecían hipnotizados.

–Si la soltamos –dijo el director–, sólo servirá para que vuelvan a capturarla.

–Quizás sea así –dijo el padre–. Pero esos bichos saben nadar.

–Ya sé que saben nadar –contestó el director–. Pero la capturarán de todos modos. Se trata de un ejemplar valioso. Métselo en la cabeza. El caparazón solo ya vale un montón de dinero.

–El coste no me importa –dijo el padre–. No se preocupe por eso. Quiero comprarla.

El niño seguía arrodillado en la arena al lado de la tortuga, acariciándole la cabeza.

El director se sacó un pañuelo del bolsillo del pecho y empezó a secarse los dedos. No tenía ganas de soltar a la tortuga. Probablemente ya tenía pensado el

menú de la cena. Por otro lado, no quería que se produjese otro accidente horrible en su playa privada aquella temporada. Se dijo que mister Wasserman y su coco ya eran suficientes por un año.

–Lo consideraría un gran favor personal, mister Edwards –dijo el padre–, si me permitiera comprarla. Y le prometo que no lo lamentará. Ya me aseguraré de que así sea.

El director levantó ligeramente las cejas. Había captado la insinuación. Le estaban ofreciendo un soborno. Eso era distinto. Durante unos segundos siguió secándose las manos con el pañuelo. Luego se encogió de hombros y dijo:

–Bueno, supongo que si su chico va a sentirse mejor...

–Gracias –dijo el padre.

–¡Muchas gracias! –exclamó la madre–. ¡Muchísimas gracias!

–Willy –dijo mister Edwards, haciendo una seña al pescador.

Willy se adelantó. Se le veía totalmente perplejo.

–Nunca he visto nada parecido en toda mi vida –dijo–. ¡Esta tortuga vieja era la más feroz de cuantas he capturado! ¡Luchó como un diablo cuando la izamos a bordo! ¡Los seis nos las vimos y deseamos para desembarcarla! ¡Ese chico está loco!

–Sí, ya lo sé –dijo el director–. Pero ahora quiero que la sueltes.

–¡Soltarla! –exclamó el pescador, horrorizado–. ¡No debe soltarla, mister Edwards! ¡Ha batido el récord! ¡Es la tortuga más grande que jamás se haya capturado en esta isla! ¡Con mucho la más grande! ¿Y qué me dice de nuestro dinero?

–Recibiréis vuestro dinero.

–Tengo que pagar a los otros cinco también –dijo el pescador, señalando a los cinco hombres semidesnudos y de piel negra que esperaban en la orilla, junto a una segunda barca–. Los seis estamos en el negocio, a partes iguales –prosiguió el pescador–. No puedo soltarla hasta que recibamos el dinero.

–Te garantizo que lo recibiréis –dijo el director–. ¿No te basta con que te lo garantice?

–Yo avalaré la garantía –dijo el padre del chico, dando un paso hacia adelante– Y habrá una propina para los seis pescadores, siempre y cuando la suelten en seguida. Quiero decir inmediatamente, en este mismo instante.

El pescador miró al padre, luego miró al director.

–De acuerdo –dijo–. Si eso es lo que quiere.

–Hay una condición –dijo el padre–. Antes de recibir su dinero, tiene que prometer que no saldrá a la mar inmediatamente para volver a capturarla. Al menos no esta noche. ¿Entendido?

–Desde luego –dijo el pescador–. Trato hecho.

Giró en redondo y echó a correr playa abajo, llamando a los otros cinco pescadores. Les gritó algo que no pudimos oír y al cabo de uno o dos minutos los seis volvieron juntos. Cinco de ellos llevaban unos palos de madera largos y gruesos.

El chico seguía arrodillado junto al animal.

–David –le dijo el padre con voz dulce–. Ya está todo arreglado, David. Van a soltarla.

El pequeño miró a su alrededor, pero no separó los brazos del cuello de la tortuga ni se levantó.

–¿Cuándo? –preguntó.

–Ahora –dijo el padre–. Ahora mismo. De modo que será mejor que te apartes.

–¿Lo prometes? –dijo el chico.

–Sí, David, te lo prometo.

El niño apartó los brazos, se levantó y retrocedió varios pasos.

–¡Que retrocedan todos! –gritó el pescador llamado Willy–. ¡Por favor, échense atrás!

La multitud retrocedió unos cuantos metros. Los hombres que habían arrastrado la tortuga soltaron la soga y retrocedieron con el resto de la gente.

Willy se puso a gatas y con mucha cautela se acercó a la tortuga. Después empezó a deshacer el nudo de la soga, procurando mantenerse fuera del alcance de las enormes patas del animal.

Una vez deshecho el nudo, Willy retrocedió a gatas. Entonces los otros cinco pescadores se adelantaron con sus palos, que medían algo más de dos metros y eran inmensamente gruesos. Metieron los palos debajo del caparazón de la tortuga y se pusieron a balancearla de un lado a otro. El caparazón formaba una cúpula muy alta que se prestaba a que la balancearan.

–¡Arriba y abajo! –cantaban los pescadores mientras balanceaban al animal–. ¡Arriba y abajo! ¡Arriba y abajo! ¡Arriba y abajo!

La vieja tortuga se enfadó muchísimo. ¿Y quién podría culparla por ello? Las enormes patas se agitaban frenéticamente en el aire y la cabeza no cesaba de entrar y salir del caparazón.

–¡Démosle la vuelta! –cantaban los pescadores–. ¡Démosle la vuelta! ¡Otro empujón y ya está!

La tortuga se inclinó sobre un costado y luego cayó de cuatro patas sobre la arena.

Pero no se puso a andar inmediatamente. Asomó su cabezota parda y miró cautelosamente a su alrededor.

–¡Vete, tortuga, vete! –exclamó el chico–. ¡Vuelve al mar!

Los dos ojos negros de la tortuga se alzaron hacia el chico. Los ojos eran brillantes y animados, llenos de la sabiduría que da la vejez. El chico le devolvió la mirada a la tortuga y esta vez le habló con voz suave e íntima.

–Adiós, viejo –dijo–. Esta vez vete muy lejos de aquí.

Los ojos negros siguieron posados en el chico unos cuantos segundos más. Nadie se movió. Luego, con gran dignidad, la inmensa bestia se volvió y comenzó a andar torpemente hacia el borde del océano. No se dio ninguna prisa. Avanzaba calmadamente por la arena de la playa y su enorme caparazón se balanceaba ligeramente.

La multitud miraba en silencio.

El animal entró en el agua.

Siguió avanzando.

Pronto empezó a nadar. Ahora se encontraba en su elemento. Nadaba con mucha gracia y rapidez, con la cabeza bien alta. El mar estaba calmado y la tortuga producía pequeñas olas que se extendían en abanico a ambos lados de ella, como las que hace una embarcación. Pasaron varios minutos antes de que la perdiéramos de vista, y para entonces ya estaba a medio camino del horizonte.

Los huéspedes iniciaron el regreso al hotel. Se les veía curiosamente callados. Ya no se oían bromas, risas ni burlas. Algo había sucedido. Algo extraño había cruzado aleteando la playa.

Volví a mi pequeño balcón y me senté a fumar un cigarrillo. Me sentía inquieto y tenía la impresión de que el asunto aún no había terminado.

A las ocho del día siguiente la muchacha jamaicana, la que me había contado lo de mister Wasserman y el coco, me trajo un vaso de zumo de naranja a la habitación.

–¡La que se ha armado en el hotel esta mañana! –dijo mientras dejaba el vaso sobre la mesita y corría las cortinas–. Todo el mundo vuela de un lado a otro. Parecen locos.

–¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

–El muchachito de la número doce... ha desaparecido. Desapareció durante la noche.

–¿Se refiere al chico de la tortuga?

–Ese mismo –dijo–. Sus padres han puesto el grito en el cielo y el director se está volviendo loco.

–¿Cuándo notaron su desaparición?

–Hará unas dos horas su padre encontró la cama vacía. Aunque el chico puede haberse marchado en cualquier momento de la noche.

–Sí –dije–. Es posible.

–Le están buscando por todas partes –continuó la chica–. Y acaba de llegar un coche de la policía.

–Puede que se levantara temprano y fuera a escalar las rocas –insinué.

Sus ojos grandes, negros y obsesionados se posaron un momento en mi rostro, luego se desviaron hacia otro sitio.

–No lo creo –dijo y salió.

Me vestí a toda prisa y bajé corriendo a la playa. Dos policías nativos con uniforme caqui se encontraban allí con mister Edwards, el director. Era mister Edwards quien llevaba la voz cantante. Los dos policías le escuchaban pacientemente. A lo lejos, en ambos extremos de la playa, pude ver pequeños grupos de gente, sirvientes del hotel además de huéspedes, que se extendían en abanico y se encaminaban hacia las rocas. Hacía una hermosa mañana. El cielo era azul como el humo, con un leve toque amarillo. El sol estaba en lo alto y dibujaba diamantes sobre toda la superficie del mar tranquilo. Y mister Edwards hablaba en voz alta con los dos policías nativos y agitaba los brazos.

Yo quería ayudar. ¿Qué debía hacer? ¿Hacia dónde debía dirigirme? No hubiese servido de nada limitarme a seguir a los demás. De modo que continué caminando hacia mister Edwards. Fue más o menos entonces cuando divisé la barca de pesca. La larga canoa de madera con un solo mástil y una vela marrón agitada por la brisa se encontraba aún bastante lejos de la playa, pero hacia ella se dirigía. Los dos nativos que iban a bordo, uno en cada extremo, remaban con fuerza. Remaban con gran energía. Los remos se alzaban y caían con tan tremenda velocidad que se hubiera dicho que se trataba de una regata. Me detuve para contemplarlos. ¿Por qué tendrían tanta prisa por alcanzar la playa? Era obvio que tenían algo que contar. Mantuve los ojos sobre la canoa. A mi izquierda pude oír que mister Edwards les decía a los dos policías:

–Es perfectamente ridículo. No puedo tolerar que la gente desaparezca por las buenas del hotel. Será mejor que se den prisa en encontrarle, ¿entendido? Una de dos: o ha salido a dar una vuelta y se ha perdido, o le han secuestrado. En uno u otro caso, es responsabilidad de la policía...

La barca de pesca pasó rozando el mar y aterrizó sobre la arena al borde del agua. Los dos nativos dejaron caer los remos y saltaron a tierra. Luego echaron a correr playa arriba. Reconocí al que iba delante: era Willy. Cuando divisó al director y a los dos policías, se dirigió rápidamente hacia ellos.

–¡Eh, mister Edwards! –gritó Willy–. ¡Acabamos de ver una cosa rarísima!

El director se puso rígido y volvió la cabeza. Los dos policías permanecieron impasibles. Estaban acostumbrados a las personas excitables. Se las encontraban cada día.

Willy se detuvo enfrente del grupo, con el pecho subiéndole y bajándole y la respiración entrecortada. El otro pescador le seguía de cerca. Ambos iban desnudos salvo por un diminuto taparrabo, y su piel negra relucía a causa del sudor.

–Hemos remado a toda velocidad durante un largo trecho –dijo Willy, excusándose por tener la respiración entrecortada–. Creímos que debíamos regresar lo más aprisa posible y dar parte.

–¿Dar parte de qué? –preguntó el director–. ¿Qué habéis visto?

–¡Algo raro! ¡Rarísimo!

–Desembucha de una vez, Willy. ¡Por el amor de Dios!

–No me creerá –dijo Willy–. Nadie nos creerá. ¿No es así, Tom?

–Así es –dijo el otro pescador, moviendo la cabeza vigorosamente–. Si Willy no hubiese estado conmigo para confirmarlo, ¡ni yo mismo me lo hubiese creído!

–¿Qué es lo que no te hubieses creído? –preguntó mister Edwards–. Vamos, decidnos qué habéis visto.

–Salimos a primera hora –dijo Willy–, sobre las cuatro de la madrugada y estaríamos a unas dos millas mar adentro cuando hubo luz suficiente para distinguir las cosas con claridad. De repente, al emerger el sol, vemos ante nosotros, a no más de cincuenta metros, vemos algo que no podíamos creer ni siquiera con nuestros ojos...

–¿Qué? –dijo secamente mister Edwards–. ¡Sigue, por lo que más quieras!

–Vemos aquella tortuga monstruosa nadando en el mar, la misma que ayer arrastramos a la playa, y vemos al chico sentado en lo alto del caparazón de la tortuga ¡cabalgando por el mar como si fuera a caballo!

–¡Tienen que creernos! –exclamó el otro pescador–. ¡Yo también lo vi! ¡Tienen que creernos!

Mister Edwards miró a los dos policías. Los dos policías miraron a los pescadores.

–No nos estaréis tomando el pelo, ¿eh? –dijo uno de los policías.

–¡Lo juro! –exclamó Willy–. ¡Es la pura verdad! ¡El muchachito cabalgaba a lomos de la vieja tortuga y sus pies ni siquiera tocaban el agua! ¡Estaba seco como un hueco y sentada tan cómodamente como podía estar! Así que fuimos tras él. Desde luego que fuimos tras él. Al principio tratamos de acercarnos a ellos silenciosamente, como hacemos siempre que perseguimos una tortuga, pero el chico nos vio. En aquel momento ya no estábamos muy lejos de ellos, ¿entienden? No más lejos que de aquí a la orilla. Y cuando nos vio, el chico se inclinó hacia adelante como si le dijera algo a la vieja tortuga y el animal levantó la cabeza y se puso a nadar como si la persiguiera el diablo. ¡Cómo corría la tortuga! Tom y yo podemos remar muy aprisa cuando queremos, ¡pero no teníamos ninguna probabilidad de alcanzar a aquel monstruo! ¡Ninguna! ¡Por lo menos corría el doble que nosotros! ¿Qué opinas tú, Tom?

–Diría que por lo menos corría tres veces más –contestó Tom–. Y les diré por qué. Al cabo de diez o quince minutos nos llevaban una milla de ventaja.

–¿Por qué diablo no llamasteis al pequeño? –preguntó el director–. ¿Por qué no le hablasteis antes, cuando estabais más cerca?

–¡Pero si no paramos de llamarle! –exclamó Willy–. En cuanto el chico nos vio y dejamos de acercarnos sigilosamente a él, entonces nos pusimos a chillar. Chillamos y le llamamos de todo para conseguir que subiese a bordo. «¡Eh, chico!», le grité. «¡Vuelve con nosotros! ¡Te llevaremos a casa! ¡Eso que haces no está nada bien, chico! ¡Salta de ahí y nada mientras puedas y nosotros te recogeremos! ¡Vamos, muchacho, salta! Tu mamá te estará esperando en casa, pequeño, así que, ¿por qué no vienes con nosotros?» Y otra vez le grité: «¡Escúchame, chico! ¡Vamos a prometerte algo! ¡Te prometemos no capturar esa tortuga si te vienes con nosotros!»

–¿El os contestó? –preguntó el director.

–¡Ni siquiera se volvió para mirarnos! –dijo Willy–. ¡Siguió sentado allí arriba, balanceando el cuerpo hacia adelante y hacia atrás como si azuzase a la vieja tortuga para que corriera más! ¡Perderá usted a ese muchachito, mister Edwards, a menos que alguien vaya a buscarlo en seguida y se lo traiga para acá!

El rostro sonrosado del director se había vuelto blanco como el papel.

–¿En qué dirección iban? –preguntó secamente.

–Hacia el norte –contestó Willy–. Casi directamente hacia el norte.

–¡Muy bien! –exclamó el director–. ¡Cogeremos la lancha rápida! Quiero que vengas con nosotros, Willy. Y tú también, Tom.

El director, los dos policías y los dos pescadores echaron a correr hacia la lancha que se utilizaba para el esquí náutico, que se encontraba varada en la arena. La empujaron hacia el mar, e incluso el director les echó un mano, metiéndose en el mar hasta que el agua llegó hasta las rodillas de sus pantalones blancos y bien planchados. Luego subieron todos a bordo.

Vi cómo se alejaban velozmente.

Dos horas después les vi regresar. No habían visto nada.

Durante todo el día lanchas rápidas y yates de los demás hoteles de la costa barrieron el océano. Por la tarde el padre del chico alquiló un helicóptero. El mismo subió al aparato, que estuvo en el aire durante tres horas. No encontraron ni rastro de la tortuga y del chico.

La búsqueda se prolongó durante toda la semana, pero sin resultado alguno.

Y ahora ha transcurrido casi un año desde aquel día. Durante este tiempo sólo se ha recibido una noticia significativa. Un grupo de norteamericanos zarpó de Nassau, en las Bahamas, para pescar en alta mar, a la altura de una isla llamada Eleuthera. En aquella zona hay literalmente millares de arrecifes de coral e islotes deshabitados, y en uno de éstos el capitán del yate divisó a través de sus

prismáticos la figura de una persona de baja estatura. En el islote había una playa de arena y la persona estaba paseando por ella. Los prismáticos circularon de mano en mano y todos los que miraron a través de ellos coincidieron en afirmar que se trataba de algún niño. Huelga decir que se armó un gran alboroto a bordo del yate y que rápidamente recogieron los sedales. El capitán puso proa hacia el islote. Cuando se encontraban a media milla pudieron ver claramente, gracias a los prismáticos, que la figura que se paseaba por la playa era un chico y que éste, pese a estar tostado por el sol, era de raza blanca y no un nativo. En aquel momento los que iban en el yate divisaron también algo que parecía una tortuga gigantesca y que se encontraba en la arena, cerca del muchacho. Lo que ocurrió a continuación sucedió muy rápidamente. El pequeño, que probablemente había visto el yate que se acercaba, saltó sobre la tortuga y el inmenso animal, tras meterse en el agua, empezó a nadar velozmente, dio la vuelta al islote, y se perdió de vista. El yate estuvo buscándoles durante un par de horas, pero no volvieron a ver ni al chico ni a la tortuga.

No hay razón para no creer en esta noticia. Había cinco personas a bordo del yate. Cuatro de ellas eran americanas y el capitán era de Nassau. Todas ellas vieron sucesivamente al muchacho a través de los prismáticos.

Para llegar por mar a la isla de Eleuthera desde Jamaica, primero hay que navegar doscientas cincuenta millas en dirección nordeste y cruzar el Paso de los Vientos entre Cuba y Haití. Luego hay que navegar otras trescientas millas como mínimo en dirección noroeste. Esto significa una distancia total de quinientas cincuenta millas, lo cual representa una travesía muy larga para un niño pequeño montado a lomos de una tortuga gigante.

¿Quién sabe cómo interpretar todo esto?

Puede que algún día el chico regrese, aunque personalmente dudo que lo haga. Tengo la impresión de que se siente muy feliz allí donde se encuentra.

El zángano

Abraham Merritt

Traducción de Elvio E. Gandolfo en *Cuentos de ciencia ficción Tomo 2: Fundadores*, Biblioteca Básica Universal 159, Centro Editor de América Latina, 1981.

Abraham Merritt (1884-1943) es un ejemplo típico de la narrativa publicada en las décadas del 20 y del 30 en las revistas estadounidenses de gran tiraje. Llegó a rivalizar en fama con el campeón en popularidad de esa época: Edgar Rice Burroughs. Su estilo es más romántico, más denso en el aspecto poético, aunque comparte muchos de los brillos y oropeles estilísticos chirriantes que caracterizan a los relatos fantásticos y de ciencia ficción de esos años. En casi todas sus novelas y cuentos aparecen muchos paralelos, puertas a universos extraños, paisajes oníricos, y sobre todo fuertes presencias femeninas, con la intensidad esquemática y abrumadora de arquetipos. Brian Aldiss ha dicho de él: "El estilo ardiente de Merritt está exactamente a la altura de sus tramas, hundidas hasta el cuello en serpientes, plumas, pieles, grandes sementales negros, fenómenos de feria, mujeres desnudas, sacerdotes malignos, pigmeos dorados, talismanes, monstruos, sacerdotisas encantadoras, fuerzas siniestras, y anhelos indefinidos. Merritt creía en las hadas. "Como índice cuantitativo de su éxito puede mencionarse que hasta 1959 se hablan vendido 4 millones de ejemplares de sus libros. Entre ellos pueden mencionarse: El monstruo metálico, El rostro del abismo, La nave de Ishtar, Arde, bruja, arde y Los habitantes del espejo. Todos ellos han sido reeditados recientemente en libro de bolsillo, con un éxito comparable al que tuvieron en su aparición original.

"El zángano" es un ejemplo del modo en que Merritt intentaba racionalizar mínimamente los temas clásicos de la literatura fantástica, aunque el paso a la ciencia ficción propiamente dicha nunca fuera completo.

Cuatro hombres estaban sentados ante una mesa del Club de Exploradores: Hewitt, que acababa de regresar después de dos años de investigación botánica en Abisinia; Caranac, el etnólogo; MacLeod, poeta ante todo, y además erudito curador del Museo Asiático; Winston, el arqueólogo, quien, junto con el ruso Kosloff, había trabajado en las ruinas de Kara Kora, la Ciudad de las Piedras Negras al norte del desierto de Gobi, en otros tiempos capital del Imperio de Gengis Khan.

La charla había derivado hacia los lobizones, los vampiros, las mujeres zorras y supersticiones similares. Había tornado esa dirección debido a una noticia telegráfica acerca de medidas que iban a tomarse contra la Sociedad de Hombres Leopardo, los asesinos fanáticos que se ponían pieles de leopardo, se agazapaban como ellos en las ramas de los árboles, y luego caían sobre sus víctimas desgarrándoles la garganta con zarpas de acero. Eso, y otra noticia acerca de un "asesinato de hechicera", en Pensilvania, donde una mujer había sido golpeada hasta morir porque se creía que podía adoptar la forma de un gato

y lanzar hechizos malignos sobre los que vivían en las casas donde entraba como gato.

–Es una creencia de hondas raíces –dijo Caranac–, una creencia de increíble antigüedad, la de que un hombre o una mujer puedan adoptar la forma de un animal, una serpiente, un ave, incluso la de un insecto. Antiguamente se creía en todas partes, y en todas partes hay aún algunos que lo creen: hombres zorro y mujeres zorra en China y Japón, lobizones, los tejones y aves humanos de nuestros indios. Siempre ha existido la idea de que hay una zona fronteriza entre los mundos de la conciencia del hombre y del animal: una frontera donde las formas pueden cambiar y el hombre fundirse con el animal o el animal con el hombre.

–Los egipcios –dijo MacLeod–, tenían buenos motivos para equipar a sus deidades con cabezas de aves y animales e insectos. ¿Por qué retrataron a Kefer, el Dios Más Antiguo, con la cabeza de un escarabajo? ¿Por qué darle a Anubis, el Psicopompo, el Guía de los Muertos, la cabeza de un chacal? ¿O a Thot, el Dios de la Sabiduría, la cabeza de un ibis; y a Horus, el hijo Divino de Isis y Osiris, la cabeza de un halcón? ¿A Set, Dios del Mal, la de un cocodrilo, y a la Diosa Bast la de un gato? Había un motivo para todo eso. Pero sólo podemos hacer conjeturas sobre él.

–Creo que hay algo de cierto en esa idea de la línea fronteriza, o límite –dijo Caranac–. En todos nosotros existe, en mayor o menor medida, algo de animal, de reptil, de ave, o de insecto. He conocido hombres que parecían ratas y tenían almas de rata. He conocido mujeres que pertenecían a la familia equina, y lo mostraban en el rostro y en la voz. Es evidente que hay personas como aves: con caras de halcón, de águila, depredatorias. Las personas búho parecen ser en su mayor parte hombres y las personas abadejo en su mayor parte mujeres. Hay tipos igualmente nítidos de lobos y serpientes. ¿Y si algunos de ellos tuviesen el elemento animal tan desarrollado que podrían cruzar la línea fronteriza... convertirse a veces en el animal? Allí tienen la explicación del lobizón, de la mujer serpiente, y de todos los demás. ¿Puede haber algo más simple?

–Pero no hablas en serio, ¿verdad, Caranac? –preguntó Winston.

Caranac rió.

–Al menos hablo en serio a medias. Hace tiempo tuve un amigo que poseía una percepción sobrenaturalmente aguda de estas cualidades animales en el ser humano. Veía a la gente menos en términos de humanidad que en términos de animal o ave. Era la conciencia animal que o comparte el trono de la conciencia humana o se sienta por encima o por debajo de ella en diversos grados. Era un don incómodo. Mi amigo era como un médico que tiene la facultad de diagnóstico visual tan altamente desarrollada que ve sin cesar a los hombres, las mujeres y los niños no como son sino como enfermedades. Por lo común podía controlar la facultad. Pero a veces, según él lo describía, cuando se encontraba en el subterráneo, o en un ómnibus, o en el teatro, o incluso sentado frente a frente con una mujer hermosa, había una especie de neblina veloz y cuando se despejaba él se encontraba entre ratas y zorros, lobos y serpientes, gatos y tigres y pájaros, todos vestidos con prendas humanas pero sin el menor rastro de humanidad. la

nítida imagen duraba sólo un instante... pero era un instante de lo más desconcertante.

–¿Pretendes insinuar –dijo Winston, incrédulo–, que en un instante la musculatura y el esqueleto de un hombre puede convertirse en la musculatura y el esqueleto de un lobo? ¿Que a la piel le crece pelo? ¿O en el caso de tus personas ave, plumas? ¿Que en un instante les crecen alas y los músculos especializados para usarlas? les brotan colmillos... las narices se convierten en hocicos...

Caranac sonrió.

–No, no pretendo nada de eso. Lo que insinúo es que bajo ciertas condiciones la parte animal de la naturaleza dual del hombre puede sumergir a la parte humana hasta tal punto que un observador sensible creerá que ve la criatura propiamente dicha que es su tipo. Como en el caso del amigo cuya sensibilidad especial he descrito.

Winston alzó las manos con burlona admiración.

–¡Ah, al fin la ciencia moderna explica la leyenda de Circe! Circe la hechicera, que les daba a los hombres una bebida que los transformaba en animales. Su poción intensificaba el alma animal o lo que fuere que estaba dentro de ellos de tal modo que la forma humana ya no quedaba registrada en los ojos y los cerebros de quienes los miraban. Estoy de acuerdo contigo, Caranac: ¿qué podría ser más simple? Pero no empleo la palabra simple en el mismo sentido que tú.

–¿Por qué no, sin embargo? –contestó Caranac, divertido–. Pociones de uno u otro tipo, ritos de uno u otro tipo, acompañan por lo común a tales transformaciones en los cuentos. He visto bebidas y drogas que tenían casi el mismo efecto y sin que hubiera en ellas nada de magia o hechicería... casi hasta el extremo de la ilusión visual.

–Pero... –empezó Winston con ardor.

Hewitt los interrumpió:

–Que la parte contraria tenga la bondad de callarse y escuchar un testimonio experto. Caranac, te estoy agradecido. Me has alentado a contar algo que jamás habría contado de no ser por lo que acabas de decir. No sé si tienes razón o no, pero hombre: ¡me has sacado un peso de encima que me ha estado abrumando durante meses!

"Ocurrió unos cuatro meses antes de que yo abandonara Abisinia. Regresaba a Addis Abeba. Me encontraba en las selvas occidentales con mis portadores. Llegamos a una aldea y acampamos. Esa noche el jefe de los portadores vino a verme. Estaba muy nervioso. Me rogó que partiéramos de allí al amanecer. Yo quería descansar uno o dos días, y le pregunté por qué. Dijo que la aldea tenía un sacerdote que era un gran brujo. En las noches de luna llena el sacerdote se transformaba en una hiena y salía a cazar. En busca de carne humana, susurró el jefe. Los aldeanos estaban a salvo, porque él los protegía. Pero los demás no. Y la noche siguiente era la primera de luna llena. Los hombres estaban asustados. ¿Partiríamos al amanecer?

"No me reí de él. Ridiculizar las creencias de la selva no lleva a ninguna parte. Escuché con seriedad, y después le aseguré que mi magia era más grande que la del brujo. No quedó satisfecho, pero se calló. Al día siguiente fue a buscar al sacerdote. Cuando lo encontré creía saber por qué había logrado que circulara aquella linda historia y que los nativos siguieran creyéndola. Era el hombre más parecido a una hiena que he visto. Además llevaba sobre los hombros la piel de uno de los ejemplares más grandes de ese tipo de animales, con la cabeza sonriéndole a uno por encima de su cabeza. Era difícil distinguir los dientes de la piel de los dientes del hombre. Sospeché que él había afilado los suyos para que concordaran. y hedía como una hiena. incluso ahora me revuelve el estómago. Era el disfraz, desde luego... o eso pensé entonces.

"Bueno, me agaché ante él y nos miramos durante un buen rato. El no dijo nada, y cuanto más lo miraba menos se parecía a un hombre y más se parecía al animal que le rodeaba los hombros. Aquello no me gustaba... digo francamente que no me gustaba. Era algo que se me metía bajo la piel Fui el primero en aflojar. Me incorporé y palmeé mi rifle. Dije: 'las hienas no me gustan. Usted me entiende'. Y palmeé otra vez el rifle. Si él pensaba emplear alguna treta similar para asustar aún más a mis hombres, quería cortarla de raíz. No contestó, sólo siguió mirándome. Me alejé.

"Los hombres estuvieron bastante inquietos todo el día, y empeoraron cuando empezó a caer la noche. Noté que no se oía el bullicio alegre común que caracteriza a una aldea nativa. La gente se metía temprano en las chozas. Media hora después de caer el sol, era como si todo estuviera desierto. Mi campamento estaba en un claro, justo dentro de la empalizada. Mis portadores se apretaron alrededor del fuego. Yo me senté sobre un montón de cajas desde donde podía vigilar todo el claro. Tenía un rifle sobre las rodillas y otro junto a mí. Si fue el miedo que se filtraba desde los hombres que rodeaban el fuego Como una exhalación, o la curiosa sugestión de cambio de forma de lo humano a lo animal que se había presentado mientras me encontraba agachado ante el sacerdote, no lo sé: pero lo cierto es que me sentía muy inquieto. El jefe se agachó junto a mí, con un largo cuchillo en la mano.

"Un momento después se alzó la Luna detrás de los árboles y bañó el claro con su luz. Después, bruscamente, en su borde, a menos de treinta metros de distancia, vi al sacerdote. Había algo desconcertante en la brusquedad con que había aparecido. En un instante no había nada, después... allí estaba él. La Luna refulgía sobre los dientes de la cabeza de hiena y sobre los suyos. Excepto la piel estaba desnudo por completo y los dientes le brillaban como aceitados. Sentí que el jefe de los portadores tiritaba contra mí como un perro asustado y oí que le castañeteaban los dientes.

"Y entonces hubo una rápida neblina: eso fue lo que me impactó con tanta fuerza en lo que contaste sobre tu amigo sensible, Caranac. Se despejó con la misma rapidez y ya no había ningún sacerdote. No. Pero había una hiena enorme erguida donde él había estado: erguida sobre las patas traseras como un hombre y mirándome. Pude ver su cuerpo peludo. Tenía las patas delanteras sobre el pecho velludo, como cruzadas. y me llegó su hedor: denso. No traté de tomar mi arma: ni pensé en eso, mi mente estaba atrapada por .una fascinación increíble.

"La bestia abrió las mandíbulas. Me *sonrió*. Después caminó... caminó es la palabra exacta: seis pasos, se dejó caer, en cuatro patas, y se perdió entre los arbustos trotando sin apuro.

"Logré sacudirme de encima el hechizo que me retenía, tomé mi linterna y mi rifle y me dirigí hacia donde había visto al animal. El suelo estaba blando y húmedo. Había huellas de pies y manos humanas. Como si el hombre se hubiese arrastrado desde los arbustos en cuatro patas. Se veían huellas de dos pies muy juntos, como si él hubiese estado erguido. y después... se veían las huellas de las garras de una hiena.

"Eran seis, separadas parejamente, como si el animal hubiese caminado seis pasos sobre las patas traseras. y después de eso sólo el rastro de la hiena trotando con su inconfundible paso de costado, con sus cuatro patas. No había más huellas de pies humanos: ni tampoco marcas de pies humanos que retrocedieron desde donde había estado el sacerdote.

Hewitt se detuvo. Winston preguntó:

—¿Y eso es todo?

—Ahora bien, Caranac —dijo Hewitt, como si no lo hubiese oído—, ¿dirías que el alma animal de ese hechicero era una hiena? ¿Y qué yo había visto esa alma animal? ¿O que cuando había estado sentado con él esa tarde él había implantado en mi mente la sugestión de que en semejante sitio yo lo vería como una hiena? ¿Y que eso fue lo que hice?

—Cualquiera de esas suposiciones sirve como explicación.

Yo me atengo a la primera.

—¿Entonces cómo explicas el cambio de las huellas de pie humano a las de un animal?

—¿Aparte de ti alguien vio las huellas? —preguntó Winston.

—No —dijo Hewitt—. Por razones obvias no se las mostré al jefe de los portadores.

—Entonces adhiero a la hipótesis del hipnotismo. Las huellas de pies formaban parte de la misma ilusión.

—Me preguntaste si eso era todo —dijo Hewitt—. Bueno, no lo era. Cuando llegó el alba y contamos a los hombres, faltaba uno. Lo encontramos, lo que quedaba de él, a un cuarto de milla, entre los arbustos. Algún animal se había colado en el campamento, le había triturado limpiamente la garganta y lo había arrastrado sin despertar a nadie. Sin que ni siquiera yo me enterase: y yo no había dormido. Alrededor del cuerpo se veían las huellas de una hiena anormalmente grande. Sin duda era eso lo que lo había matado y comido en parte.

—Coincidencia —murmuró Winston.

—Seguimos las huellas del animal —siguió Hewitt—. Encontramos un charco donde había bebido. Seguimos el rastro hasta el borde del charco. Pero...

Vaciló. Winston preguntó con impaciencia:

—¿Pero?

—Pero no encontramos que retrocedieran. Estaban las huellas de un pie humano desnudo que retrocedían. Pero no había señales de pies humanos señalando hacia el charco.

Además, las huellas de pies humanos eran exactamente las mismas que habían terminado en el rastro de la hiena al borde del claro. Lo sé porque les faltaba el dedo mayor izquierdo.

—¿Y qué hicieron entonces? —preguntó Caranac.

—Nada. Tomamos nuestros bultos y escapamos. El jefe y los demás habían visto las huellas. No había forma de retenerlos después de eso. Así que tu idea del hipnotismo no se aplica demasiado aquí, Winston. Dudo que más de seis hayan visto al sacerdote. Pero todos vieron las huellas.

—Alucinación en masa. Observación defectuosa. Hay una docena de explicaciones racionales. —dijo Winston.

Habló Macl.eod, la precisa dicción del curador distinguido sumergida bajo los modismos y las erres arrastradas gaélicas que surgían a la superficie siempre que estaba muy conmovido:

—¿Y eso es lo que pasó, Martin Hewitt? Bueno, ahora yo te contare una historia. Algo que vi con mis propios ojos. Estoy de acuerdo contigo, Alan Caranac, pero voy más allá. Dices que la conciencia del hombre puede compartir el cerebro con otra conciencia: animal, de ave o lo que sea. Afirmo que quizás toda la vida sea una. Una fuerza única, pero una fuerza pensante y conciente de la que los árboles, los animales, las flores, los gérmenes y el hombre y todo lo que vive son partes, así como los miles de millones de células vivientes de un hombre son partes de él. Y que bajo ciertas condiciones las partes pueden ser intercambiables. Y que esto puede ser la fuente de los antiguos cuentos sobre las dríadas y las ninfas, las harpías y los lobizones y todos los de su clase.

"Ahora, presten atención. Mi familia provenía de las Hébridias, donde sobre ciertas cosas saben más que lo que los libros pueden enseñar. Cuando cumplí los dieciocho años entré en un pequeño colegio del Medio Oeste. Mi compañero de cuarto era un chico llamado... bueno, lo llamaré Ferguson. Había un profesor con ideas que uno no esperaba encontrar allí.

"Cuéntenme lo que siente un zorro que es perseguido por los sabuesos" decía. 'O el conejo acechado por el zorro. O describan un panorama del jardín visto con los ojos de un gusano. Salgan fuera de ustedes mismos. La imaginación es el mayor don de los dioses' decía, 'y también su mayor maldición. Pero es buena tenerla, sea maldita o bendita'. Extiendan su conciencia y escríbanme lo que ven y lo que sienten.

"Ferguson se abalanzaba sobre esa tarea como una mosca sobre el azúcar. Lo que escribía no era de un hombre hablando sobre un zorro o una liebre o un halcón: eran el zorro, la liebre y el halcón hablando a través de la mano de un

hombre. No describía sólo las emociones de las criaturas. Describía lo que veían y oían y olfateaban y cómo lo veían y oían y olfateaban. Y lo que ellos... pensaban.

"La clase se reía, o se quedaba fascinada. Pero el profesor no reía. No. Después de un tiempo se lo empezó a ver, preocupado y mantenía largas conversaciones en privado con Ferguson. Y yo le decía: 'Por todos los santos, ¿cómo lo haces, Ferg? Logras que todo parezca tan condenadamente real.'

"Es real, me dijo. 'Persigo con los sabuesos y corro con la liebre. Concentro mi mente en un animal y un momento después me fundo con él. Estoy dentro de él. Literalmente. Como si me hubiese escurrido fuera de mí mismo. y cuando vuelvo a mí ser... recuerdo'.

"¡No me digas que te conviertes en uno de esos animales!' dije. Vaciló. 'Mi cuerpo no', contestó al fin. 'Pero sé que mi mente... mi alma... mi espíritu... como quieras llamarlo... debe hacerlo.'

"No quería discutir sobre el asunto. Y sé que no me contaba todo lo que sabía. Y de pronto el profesor dejó de dar esas tareas peculiares: sin explicación. Pocas semanas después me fui del colegio.

."Eso ocurrió hace más de treinta años. Hace alrededor de diez años, estaba sentado en mi oficina cuando mi secretaria me dijo que un hombre llamado Ferguson que afirmaba ser antiguo condiscípulo mío quería verme. Lo recordé de inmediato y lo hice entrar. Cuando lo hizo parpadear. El Ferguson que yo había conocido había sido un muchacho delgado, tenso, moreno, de mandíbula cuadrada y rostro despejado. Este hombre no se le parecía en absoluto. Su cabello era de un curioso color dorado, con mandíbula retraída. Llevaba enormes anteojos oscuros que sugerían un par de ojos de mosca vistos bajo el microscopio. O más bien, pensé de pronto, de abeja. Pero experimenté una verdadera conmoción cuando le estreché la mano. Parecía al tacto menos la mano de un hombre que la pata de un insecto, y cuando bajé los ojos vi que también estaba cubierta por la fina pelusa amarilla.

"'Hola, MacLeod' dijo. 'Temía que no me recordaras.'

"Era la voz de Ferguson tal como yo la recordaba, y sin embargo no lo era. Había un murmullo, un zumbido extraño que la recorría.

"Pero era Ferguson, sin duda. Pronto lo demostró. Habló más que yo, porque la curiosa cualidad inhumana de la voz me inquietaba por algún motivo, y no podía apartar los ojos de las manos con la pelusa amarilla, ni de los ojos con gafas y el fino cabello amarillo. Al parecer había comprado una granja en New Jersey. No para tareas agrícolas sino como lugar donde emplazar su apiario. Se había dedicado a la cría de abejas. Dijo: 'He probado con toda clase de animales. En realidad he probado con algo más que animales. Sabes Mac: ser humano no significa nada. Nada más que pena. Y los animales no son tan felices. Así que me concentré en la abeja. Un zángano, Mac. Una vida breve pero extremadamente gozosa.'

—"¿De qué demonios estás hablando? pregunté.

"Se rió, con una risa zumbante, ronroneante. 'Lo sabes muy bien. Siempre te interesaron mis pequeñas excursiones, Mac. Te interesaron con inteligencia. Nunca te conté ni la menor parte de ellas. Pero ven a verme el miércoles próximo y tal vez tu curiosidad se vea satisfecha. Creo que encontrarás que vale la pena'.

"Bueno, hablamos un poco más y se fue. Me había dado instrucciones precisas acerca de cómo llegar a su casa. Mientras se dirigía hacia la puerta tuve la idea del todo increíble de que lo rodeaba un zumbido y un murmullo sordo, como los de una enorme cornamusa con sordina.

"Mi curiosidad, o algo más profundo, se vio terriblemente excitada. Ese miércoles me dirigí en auto a donde él vivía. Un sitio encantador: repleto de flores y árboles cargados de capullos. Había unos doscientos cajones de abejas instalados en un amplio huerto. Ferguson salió a mi encuentro. Parecía más amarillo y cubierto de pelusa que antes. Además el murmullo y el zumbido de su voz parecía más intenso. Me hizo entrar a su casa. Era un lugar bastante extraño. Una sola habitación alta, y todas las ventanas con los postigos cerrados: todas menos una. Por ella entraba una tenue luz blanco-dorada. Tampoco la puerta era una puerta común.

Era baja y ancha. De pronto se me ocurrió que era como el interior de una colmena. La ventana sin cerrar daba sobre las colmenas. Tenía tejido metálico.

"Me trajo algo de beber y algo de comer: miel e hidromiel, panqueques con miel, y fruta. Dijo: 'No como carne.'

"Empezó a hablar. Sobre la vida de la abeja. Sobre la felicidad absoluta del zángano, volando a través del sol, sorbiendo todas las flores que quería, alimentado por sus hermanas, bebiendo en las copas de miel de la colmena... libre y despreocupado y con sus noches y días transformados en una fluida sucesión de segundos extasiados...

'¿Qué importa que al fin te maten?' dijo. 'Has vivido: cada fracción de segundo de tiempo. y después está el arrobamiento del vuelo nupcial'.

'¡La vida derramándose en ti cada vez más intensa con cada golpe de ala! Y al fin... el éxtasis llameante... el éxtasis llameante del ígneo núcleo de la vida... engañando a la muerte. Es cierto, la muerte te golpea cuando estás en la cúspide de la llama... pero golpea demasiado tarde. Mueres: ¿pero con eso qué? Has engañado a la muerte. No sabes si es la muerte la que golpea. Mueres en el corazón del éxtasis...'

"Se detuvo. Desde afuera llegaba un tenue ronroneo sostenido que crecía sin cesar. El batir de miles y miles de alas de abeja... el ronroneo de ciento de miles de pequeños aeroplanos...

"Ferguson saltó a la ventana.

'¡Los enjambres! ¡Los enjambres!' exclamó. Lo recorrió un escalofrío, otro, y otro: cada vez con mayor rapidez... se convirtió en un ritmo que latía cada vez más veloz. Sus brazos, extendidos, temblaron... empezó a subirlos y bajarlos, cada vez más rápido hasta que fueron como la mancha difusa de las alas de un picaflor... como la mancha difusa de las alas de una abeja. Su voz me llegó...

zumbando, ronroneando... 'Y mañana las vírgenes vuelan... el vuelo nupcial... Tengo que estar allí... tengo... mzzz... mzzz... bzzzzz... zzzmmm...'

"Por un instante no hubo un hombre sobre la ventana. No. Hubo sólo un enorme zángano zumbando y ronroneando... esforzándose por atravesar el tejido metálico... por verse libre...

"Y entonces Ferguson se tambaleó hacia atrás. Cayó. Los gruesos lentes se apartaron de sus ojos. Dos inmensos ojos negros, no ojos humanos sino los ojos múltiples de una abeja, se alzaron hacia mí.

"Me incliné, cada vez más cerca, le ausculté el corazón. No latía. Ferguson estaba muerto.

"Entonces lenta, lentamente la boca muerta se abrió. A través de los labios apareció la cabeza inquisitiva de un zángano... con las antenas agitándose... los ojos mirándome. Salió arrastrándose por entre sus labios. Un hermoso zángano... un zángano fuerte. Descansó un instante sobre los labios, después sus alas empezaron a vibrar... rápida, cada vez más rápidamente.

"Voló de los labios de Ferguson y pasó alrededor de mi cabeza una, dos, tres veces. Se abalanzó a la ventana y se adhirió al tejido, zumbando, arrastrándose, golpeando las alas contra él...

"Había un cuchillo sobre la mesa. Lo tomé y desgarré el tejido. El zángano salió como una flecha... y desapareció.

"Me di vuelta y miré a Ferguson. Sus ojos estaban alzados hacia mí. Ojos muertos. Pero ya no negros... azules como los había conocido en otros tiempos. Y humanos. Su cabello ya no era la una pelusa dorada de la abeja: era negro como había sido cuando lo conocí por primera vez. y sus manos eran blancas y vigorosas y... sin pelos.

Equipo de recolección

Robert Silverberg

Collecting team, © 1957 by Headline Publications Inc.. Traducido por Augusto Martínez Torres en *Bestiario de ciencia ficción*, selección de Robert Silverberg, Ciencia Ficción 44, B 114, Ultramar Editores S. A., 1986.

Una de las formas de escribir un cuento de ciencia-ficción es tomar un tema familiar, completamente normal, y darle la vuelta. Por ejemplo, aquí tenemos una historia sobre los terráqueos que se aventuran a explorar mundos distantes para atrapar especímenes zoológicos, como en Bring'-em back alive, de Frank Buck, en el pasado. Esa historia se ha contado muchas veces. Pero, ¿qué pasaría si las cosas fueran un poco... ?

Robert Silverberg

Vista desde setenta y cinco kilómetros de altura, la cosa parecía prometedora. Era un planeta de tamaño mediano, de color marrón y verde, de aspecto acogedor, sin signos de ciudades ni de otro tipo de complicaciones. Un lugar agradable, tal como se necesitaba para curar la depresión causada por una expedición sin resultados positivos.

Me volví hacia Clyde Holdreth, que se hallaba contemplando pensativo la termocupla.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

—Me parece muy adecuado. La temperatura es agradable, el tiempo es bueno, hay mucho aire. Creo que vale la pena probar.

Lee Davison salió del compartimiento de los animales, oliendo a ellos, tal como era habitual. Tenía a uno de los monitos azules que habíamos encontrado en Alferaz. La bestezuela se subía por su brazo.

—¿Creéis que hemos encontrado algo?

—Un planeta —le dije—. ¿Todavía tenemos sitio en los depósitos?

—Por eso ni os preocupéis. En realidad tenemos sitio para un zoológico más, antes de que se llenen las jaulas. No ha rendido mucho este viaje.

—Realmente no —asentí—. Bien, ¿bajamos a ver qué es lo que encontramos?

—Más vale —replicó Holdreth—. No podemos volver a la Tierra con un par de monitos azules y unos comedores de hormigas.

—Voto por un aterrizaje de exploración —dijo Davison—. ¿Y tú?

Asentí con la cabeza.

–Prepararé todo. Asegúrate de que tus animales estén cómodos cuando desaceleremos.

Davison desapareció dentro del compartimiento, mientras Holdreth escribía furiosamente en el cuaderno de bitácora, asentando las coordenadas del planeta, su descripción general, y los otros detalles necesarios. Aparte de ser un equipo de recolección que trabajaba para el Departamento de Zoología del Instituto de Estudios Interestelares, también éramos un grupo de exploración, y el planeta que estaba cerca figuraba como *inexplorado* en las cartas de navegación espacial.

Eché un vistazo a la enorme bola verde y marrón, que giraba debajo de nosotros, y sentí el aguijónazo de melancolía que siempre acompañaba el descenso en un mundo nuevo y extraño. Reprimiéndolo, comencé a trazar una órbita para el descenso. Sentí, detrás de mí, la algarabía furibunda de los monitos azules, mientras Davison los acomodaba en las camitas de desaceleración, y haciéndole un ronco acompañamiento, los gruñidos graves y poco musicales de los devoradores de hormigas rogelianos, que nos hacían saber sus molestias.

Indudablemente, el planeta estaba deshabitado, pues en cuanto la nave se asentó, no transcurrió más de un minuto antes de que la fauna local comenzara a reunirse. Nos quedamos parados frente a las ventanillas, mirando asombrados.

–Esto es algo con lo que no creo que nos hayamos atrevido ni siquiera a soñar. ¡Mirad! –dijo, acariciándose nerviosamente la barba–. ¡Debe de haber mil especies diferentes!

–Nunca vi nada igual – dijo Holdreth.

Me apresuré a determinar cuánto espacio teníamos en la nave, y cuántas de las criaturas que se hallaban curiosas fuera, íbamos a ser capaces de llevarnos con nosotros.

–¿Cómo vamos a decidir cuáles vamos a llevarnos, y cuáles deberemos dejar atrás?

–¿Qué importa? –dijo Holdreth, alegremente–. Esto es lo que podríamos denominar una superabundancia de bienes. Creo que debemos de tratar de atrapar una docena de los especímenes más raros y salir corriendo, dejando el resto para otro viaje. ¡Qué pena que perdimos aquel precioso tiempo dando vueltas por Rigel!

–Bueno, después de todo, nos llevamos los devoradores de hormigas –señaló Davison. El los había encontrado, y estaba orgulloso. Sonreí con cierta amargura.

–Sí, atrapamos los devoradores de hormigas –en ese momento, estos animales comenzaron a gruñir con claros ronquidos–. Pero creo que estaríamos mejor sin esas bestias.

–¡Qué mala actitud! –dijo Holdreth– ¡Muy poco profesional!

–Después de todo, no soy un zoólogo. Simplemente soy un piloto de nave espacial, recordad. Y si no me gusta la forma en que esos bichos huelen y gruñen, pues...

–¡Mirad! ¡Mirad eso! –dijo súbitamente Davison.

Miré por las ventanillas y vi una nueva bestia que emergía de la espesa vegetación. Creo haber visto criaturas extrañas desde que estoy en el Departamento de Zoología, pero nunca nada como esa.

Era del tamaño de una jirafa, y se movía sobre unas patas largas y temblorosas. En el extremo de un inimaginable cuello tenía una pequeña cabeza. También tenía seis patas, y una serie de apéndices en forma de serpientes, que se enroscaban y desenroscaban. Sus ojos eran dos grandes globos violetas, situados en el extremo de dos gruesas antenas. Debería medir unos seis metros y medio de altura. Se movió con extremada gracia entre las otras bestias que rodeaban nuestra nave, abriéndose suavemente camino hasta llegar a ella. Al ver las ventanillas, se asomó para espiar. Uno de sus ojos me miró directamente, el otro a Davison. Era extraño, pero me parecía que estaba queriendo decirnos algo.

–Es grande, ¿verdad? –dijo, finalmente, Davison.

–Apuesto a que te quieres llevar una.

–Tal vez sea posible hacer sitio para un ejemplar joven –dijo Davison–. Siempre que podamos hallarlo, por supuesto.

–¿Cómo va el análisis del aire? Reviento de ganas de salir de aquí y ponerme a capturar estos bichos. ¡Dios mío! ¡Esto es realmente extraño!

El animal aparentemente había concluido su examen, puesto que dio la vuelta a la cabeza, y con un trotito corto, se desplazó alrededor de la nave. Una criatura pequeña, de aspecto similar al de un perro, con espinas a lo largo del dorso, comenzó a ladrarle al raro animal, pero no se dio por aludido. Los otros animales, de todas formas y tamaños, continuaron reunidos alrededor de la nave, aparentemente muy curiosos acerca de los recién llegados. Podía ver los ojos de Davison sedientos de deseo de atrapar ese gran montón y llevárselo a la Tierra. Sabía lo que pasaba por su mente: soñaba con la gran cantidad de especies extraterrestres que por aquí rondaban, viéndolas a cada una de ellas con un cartelito que decía: *tal y tal davisoni*.

–El aire puede respirarse –anunció Holdreth abruptamente–. Buscad vuestras redes de cazar mariposas y preparaos para la captura.

Había algo que no me gustaba de ese lugar. Era todo demasiado perfecto, y sabía que en realidad nada sucedía así. Siempre, en alguna parte, hay una trampa.

Pero el lugar parecía ser verdad. El planeta era el sueño de un zoólogo convertido en realidad, y Davison y Holdreth estaban entusiasmadísimos estudiando las distintas especies.

–Nunca vi nada como esto –dijo Davison por quincuagésima vez, por lo menos, mientras examinaba un animalito pequeño, parecido a una ardilla, de color púrpura. La *ardilla* se quedó mirándole, como si también examinara a Davison.

–Llévemonos algunas de éstas –dijo Davison–. Son muy bonitas.

–Bueno, hazlo –le dije, encogiéndome de hombros. No me importaba qué animales transportaba, sino que llenaran de una vez las bodegas y me permitieran partir de acuerdo a los planes. Vi cómo Davison levantaba a dos de las ardillas, llevándolas hacia la nave.

Holdreth se acercó hacia donde yo estaba. Sujetaba una especie de perro con ojos a facetas como los de un insecto, que brillaban, y una piel pelada y brillante.

–¿Qué te parece, Gus?

–Magnífico –le contesté–. Verdaderamente asombroso.

Puso al animal en el suelo, pero no trató de escaparse, sino que se quedó tranquilo, mirándonos. Holdreth, pasándose una mano por la cabeza, que comenzaba a quedarse calva, me dijo:

–Gus, has estado triste todo el día. ¿Qué te pasa?

–Estoy preocupado.

–¿Por qué? ¿Prejuicios?

–Es demasiado *fácil*, Clyde. Demasiado fácil. Estos animales se acercan como si esperaran ser capturados.

Holdreth apenas reprimió una risa.

–Y tú estás acostumbrado a la lucha, ¿verdad? Te molesta que lo estemos pasando tan bien aquí.

–Cuando pienso en el lío que hicimos para conseguir un par de misérrimos y malolientes devoradores de hormigas.

–No te preocupes, Gus. Trataremos de llevarnos algunos ejemplares, y luego saldremos corriendo. ¡Pero este lugar es una mina de oro zoológica!

Sacudí la cabeza negativamente.

–No me gusta, Clyde. No me gusta.

Holdreth rió y levantó del suelo su *perro* con ojos a facetas.

–Dime, ¿sabes dónde puedo encontrar otro?

–Aquí –le dije, señalando–. Está bien cerca, con la lengua fuera, esperando que lo cojas y te lo lleves.

Holdreth miró, sonriendo.

–¿Y tú que sabes de eso?

Cogió su espécimen y lo llevó dentro.

Me alejé un poco para inspeccionar el lugar. Aquel planeta me parecía demasiado increíble para aceptarlo sin un examen minucioso, a pesar de la forma desaprensiva con que mis dos compañeros recogían sus especímenes.

Punto número uno: los animales no andan por ahí como lo hacían aquí, en grandes cantidades y contentos de estar unos junto a otros. Noté que no había más de unos pocos de cada especie, y por lo menos debía haber quinientas diferentes unas de otras. Y cada una compitiendo en rareza. La naturaleza no obra así.

Punto número dos: parecían ser amigos entre sí, si bien aceptaban el liderazgo de la criatura parecida a una jirafa. La naturaleza tampoco obra de esa forma. No había visto que surgiera una pelea entre ellos. Eso hacía pensar que tal vez eran herbívoros, cosa que ecológicamente era un despropósito.

Me encogí de hombros y seguí hacia delante.

Media hora más tarde sabía algo más acerca de la geografía de nuestra tierra de promisión. Nos hallábamos en una inmensa isla o en una península, puesto que podía ver una gran extensión de agua que bañaba las tierras, a unos quince kilómetros más o menos.

No muy lejos de la nave había una extensa franja de vegetación selvática, que llegaba hasta el agua hacia un lado y terminaba abruptamente hacia el otro. Nuestra nave había descendido en el borde del claro. Aparentemente, la mayoría de los animales que veíamos vivían en la selva.

Al otro lado había una pradera baja y también extensa que a lo lejos parecía perderse poco a poco en un desierto. A lo lejos podía distinguir algo así como una gran franja de arena que contrastaba vivamente con la fértil jungla de la izquierda. Hacia uno de los lados había un pequeño lago.

Era un lugar realmente muy adecuado para que se juntara tal rara cantidad de animales, puesto que parecía haber un hábitat indicado para cada especie, más o menos.

¡Y la fauna! Si bien soy un zoólogo de segunda mano, que pesca aquí y allá sus conocimientos por ósmosis, de Davison y Holdreth, no podía dejar de maravillarme frente a la extraordinaria riqueza de animales extraños. Los había de distintas formas y tamaños, colores y olores, y su única característica similar era su extraordinaria mansedumbre. Durante el curso de mi caminata, unos cien animales debían de haberse acercado a mí, apartándose después de haberme examinado cuidadosamente. Esto incluyó a una media docena que no había visto antes, más una de las *jirafas* de aspecto inteligente y uno de los *perros* sin pelo. Una vez más tuve la impresión de que la *jirafa* podía estar tratando de comunicarse conmigo.

La cosa me gustaba cada vez menos. En realidad, no me gustaba nada.

Volví al campamento y vi a Holdreth y a Davison frenéticamente ocupados en tratar de acomodar dentro de la nave los animales que podían.

–¿Cómo va la cosa? –les pregunté.

–Las bodegas están llenas. Estamos ocupados tratando de elegir un poco.

Vi cómo cogía los dos *perros* sin pelo de Holdreth y llevaba dentro un par de animalitos de ocho patas, con cierto remoto parecido con los pingüinos, que no protestaban al ser llevados al interior de la nave. Holdreth fruncía el ceño.

–¿Para qué quieres éstos, Lee? Los que parecen *perros* tienen el aspecto de ser más interesantes, ¿no lo crees?

–No –dijo Davison–, prefiero llevar esos otros dos. Son muy curiosos. ¿Te has fijado la forma en que la red muscular conecta...?

–Un momento, muchachos –les dije; me quedé mirando al animal que estaba en brazos de Davison–. Este es realmente curioso, ¿verdad? Tiene ocho patas.

–¿Te estás transformando en un zoólogo? –preguntó Holdreth muy divertido.

–No, pero... cada vez estoy más intrigado: ¿por qué éste tiene ocho patas, otros seis y otros sólo cuatro?

Me miraron interrogativamente, con cierto desprecio profesional pintado en el rostro.

–Quiero decir que debería de haber cierto esquema habitual, ¿no es así? En la Tierra, nuestra vida animal tiene cuatro patas; en Venus, seis. Pero ¿alguna vez visteis una mezcla tan extraña como la de aquí?

–Hay cosas todavía más raras –dijo Holdreth–. Los de vida simbiótica de Sirio Tres, los constructores de madrigueras de Mizar... Pero tienes razón, Gus. Esto es realmente una extraña dispersión evolutiva. Creo que debemos de quedarnos e inspeccionar las cosas a fondo.

Inmediatamente me di cuenta, por la expresión alegre de la cara de Davison, que había estropeado las cosas, y que estábamos peor que antes. Traté de buscar una nueva táctica.

–No estoy de acuerdo –dije–. Creo que debemos partir inmediatamente y regresar más tarde, con una expedición mayor.

Davison rió entre dientes.

–¡Vamos, Gus! No seas tonto. Esta es la oportunidad de nuestras vidas. ¿Por qué vamos a compartirla con el Departamento de Zoología?

No le quise decir que tenía miedo de quedarme más tiempo. Me crucé de brazos.

–Lee, soy el piloto de esta nave, y ahora me vas a tener que escuchar. Los planes son de parar aquí brevemente, para después seguir hacia adelante. ¡No me digas que me estoy comportando como un tonto!

–¡Pero sí que lo estás! Interfieres en nuestras investigaciones científicas...

–Escúchame, Lee. Nuestras raciones están calculadas con márgenes muy estrechos, para permitirnos un mayor espacio para los especímenes. Estrictamente éste es un equipo para recolección. No se han arbitrado medios para una estancia prolongada. A menos que queráis terminar el viaje comiéndoos vuestros animalitos, os sugiero que vayamos partiendo.

Se mantuvieron en silencio durante un rato. Finalmente Holdreth dijo.

–No podemos discutir esas razones, Lee. Hagamos lo que dice Gus, y regresemos inmediatamente. Habrá tiempo de investigar este planeta en detalle, cuando podamos hacerlo.

–Pero... ¡Oh, está bien! –dijo Davison, con pocas ganas. Volvió a coger uno de los *pingüinos* de ocho patas–. Dejarme acomodar estos animales y nos iremos –me miró con una extraña expresión, como si hubiera hecho algo criminal.

Cuando comenzó a acercarse a la nave, lo llamé.

–¿Qué pasa, Gus?

–Mira, no es que quiera arrancarte de aquí –le dije, tratando de ocultar mis sospechas–. Es simplemente un problema de aprovisionamiento.

–Ya veo, Gus –se dio la vuelta y entró en la nave.

Me quedé un rato inmóvil, sin poder pensar en nada especial, y luego entré y comencé a calcular la órbita de despegue.

Había llegado al cálculo de los gastos de combustible, cuando observé que del tablero de control colgaban, en forma desordenada, una gran cantidad de cables sueltos. Alguien había estropeado nuestro mecanismo de conducción. Estropeado completamente.

Durante un largo rato no pude hacer otra cosa que observar el desastre. Luego me di la vuelta y me dirigí hacia el compartimiento de los animales.

–¡Davison!

–¿Qué pasa, Gus?

–Ven un momento, ¿quieres?

Esperé durante unos minutos, y apareció, con aspecto impaciente.

–¿Qué te pasa, Gus? Estoy muy ocupado y... –abrió la boca con asombro–. ¡Mira eso!

–Mejor que lo mires tú –le grité–. Me siento enfermo. Ve a buscar a Holdreth, corriendo.

Mientras Davison hacía el encargo, me puse a tratar de estimar los daños. Una vez que hube retirado el panel de control para mirar al interior, me sentí un poco mejor. Las cosas no habían sido dañadas más allá de toda posibilidad de

reparación, si bien era indudable que los daños eran grandes. Tres o cuatro días de trabajo intenso con un destornillador y un soldador podían hacer que la nave estuviera en condiciones de volar otra vez.

Pero eso no hacía que me sintiera menos enfadado. Oí entrar a Davison con Holdreth, y giré para enfrentarme a ellos.

–Muy bien, idiotas. ¿Quién hizo eso?

Abrieron la boca y dejaron escapar una serie de alaridos de protesta, los dos al unísono. Les dejé hablar un rato, y luego les grité:

–¡Uno por uno!

–Si estás tratando de decir que uno de nosotros sabotó la nave para que no pudiéramos irnos, quiero decirte... –comenzó Holdreth.

–No estoy tratando de decir nada, pero lo que me parece es que durante mucho tiempo estuvisteis procurando convencerme de que me quedara unos días más. Tal vez hayáis decidido que la mejor forma de lograrlo era hacer esto –les miré, con una mirada ardiente de rabia–. Pues bien, tengo malas noticias. Puedo arreglar esto, y lo puedo hacer en un par de días. Así que seguid con vuestros asuntos. Seguid zoologizando, mientras tengáis tiempo...

Suavemente, Davison puso una mano sobre mi brazo.

–Gus –dijo–, nosotros no lo hicimos. Te lo aseguramos.

Súbitamente se me pasó la rabia, y sólo pude sentir la aguda mordedura del miedo. Pude darme cuenta de que Davison decía la verdad.

–Si tú no lo hiciste, si Holdreth no lo hizo, y yo no lo hice, entonces ¿quién lo hizo?

Davison hizo un gesto de ignorancia.

–Tal vez es uno de nosotros, pero no se da cuenta de lo que está haciendo –sugerí–. Tal vez... –me interrumpí–. ¡Oh!, mejor dejo de pensar tonterías. Por favor, alcanzarme el cajón de las herramientas.

Fueron a atender a los animales, y comencé el trabajo de reparación, sin pensar en otra cosa, tratando de que la mente no rondara alrededor de las sospechas, concentrándome solamente en unir el cable A con el que le correspondía, y el transistor F con el potenciómetro K, tal como estaba indicado. Era un trabajo lento, enervante, y para la hora de la comida sólo había llegado a cumplir con los preliminares. Mis dedos temblaban por el esfuerzo de trabajar con cosas tan pequeñas, y finalmente decidí abandonarlo hasta el día siguiente.

Dormí mal, acosado por pesadillas acentuadas por los quejidos de los devoradores de hormigas, y por los ocasionales grititos, ronquidos, silbidos y gruñidos de los otros animales de la bodega. Sólo a eso de las cuatro de la madrugada pude verdaderamente conciliar el sueño, y entonces lo restante de la noche pasó rápidamente. Me desperté por las sacudidas de un par de manos, para encontrarme con las caras pálidas y tensas de Holdreth y Davison.

Traté de despabilarme mientras preguntaba.

–¿Qué pasa?

Holdreth se inclinó y me sacudió con fuerza.

–¡Despierta, Gus! –me puse trabajosamente de pie.

–¡Caramba! Qué idea más malvada. Despertarlo a uno en mitad de la noche.

Me hallé empujado inmisericordemente por el corredor hacia el cuarto de control. Me fijé en el sitio donde Holdreth señalaba, y allí fue cuando me desperté de repente.

Los cables habían sido arrancados nuevamente. Alguien –o *algo*– había deshecho completamente el trabajo de reparación de la noche anterior.

Todos los reproches insubstanciales que solíamos dirigirnos se interrumpieron. La cosa no era una broma; no nos podíamos reír más. Comenzamos a trabajar duro, todos juntos, como un verdadero equipo muy de acuerdo. Tratábamos desesperadamente de hacer algo antes de que fuera demasiado tarde.

–Pasemos revista a la situación –dijo Holdreth, recorriendo nerviosamente la cabina de control de arriba a abajo. La nave ha sido sabotada dos veces. No sabemos quién lo ha hecho, y, a nivel consciente, estamos convencidos de que no fuimos nosotros.

Hizo una pausa.

–Esto abre dos posibilidades. O bien, como dijo Gus, uno de nosotros lo hace sin darse cuenta, o hay alguien que lo hace cuando no estamos mirando. Ninguna de las dos posibilidades es demasiado alegre.

–Podemos montar guardia –dije–. Propongo que uno de nosotros esté permanentemente despierto, que durmamos por turnos vigilando estrechamente hasta que pueda arreglar la nave. Además deberemos dejar escapar los animales que hemos traído a bordo.

–¿Qué?

–Tiene razón –dijo Davison–. No sabemos cómo actúan. No parecen ser inteligentes, pero no podemos asegurarlo. Esa jirafa de ojos púrpura, por ejemplo. Supongamos que nos hipnotiza y hace que nosotros mismos estropeemos la nave. ¿Cómo podemos decir que no?

–Pero... –Holdreth quiso comenzar a protestar, pero se interrumpió.

–Creo que deberemos de considerar la posibilidad –admitió, obviamente molesto por tener que soltar a sus cautivos–. Vaciamos las bodegas y tú tratarás de arreglar la nave. Luego, si todo marcha bien, tal vez podamos pensar en recuperarlos.

Estuvimos de acuerdo, y Holdreth y Davison soltaron los animales, mientras me ponía a arreglar el mecanismo. Hacia la caída del Sol había podido lograr un estado similar al de la noche anterior.

Me senté para montar la primera guardia. La nave se hallaba sumida en una extraña calma. Comencé a andar por la cabina, tratando de vencer la tentación de adormilarme. Pude mantenerme despierto hasta que Holdreth me vino a reemplazar.

Pero cuando llegó, boqueó con desesperación mientras me señalaba el panel. Una vez más había sido arrancado.

Ahora no teníamos excusas ni explicación. La expedición se había convertido en una verdadera pesadilla.

Solamente pude asegurar que en ningún momento me había dormido, y que nada ni nadie se había acercado al panel. Pero, claro, aquello no explicaba nada. O bien entonces era yo el saboteador, o algún poder externo era el que sabotaba la nave. Ninguna de las dos hipótesis parecía tener sentido, por lo menos para mí.

Llevábamos cuatro días en el planeta, y la provisión de alimentos comenzó a convertirse en un problema. Mis órdenes, cuidadosamente preparadas, consideraban que ya debería de hacer dos días que estábamos en el viaje de vuelta a la Tierra. Pero no estábamos más cerca de la partida que cuatro días atrás.

Los animales continuaron vagando por los alrededores de la nave, tocándola inquisitivamente con sus hocicos, examinándola, mientras las *jirafas* nos miraban con sus grandes y expresivos ojos. Los pobres eran tan mansos como siempre, y nada sabían de las tensiones que se acumulaban dentro del casco de la nave. Los tres andábamos como zombies, con los ojos brillantes y los labios cerrados. Estábamos muy asustados.

Algo nos impedía arreglar la nave.

Algo no quería que abandonáramos este planeta.

Miré la cara dulce de la *jirafa* de ojos púrpura, que espiaba por las ventanillas, y me devolvió la mirada. A su alrededor se agrupaba la mescolanza increíble de géneros y especies.

Aquella noche los tres hicimos guardia en la cabina de control. A pesar de todo, el panel fue destrozado nuevamente. Los alambres estaban tan soldados, y vueltos a soldar, que comencé a pensar que unas pocas maniobras más y todo estaría en un estado completamente imposible de reparar. Si no lo estaba ya.

Por la noche no dejé el trabajo. Continué soldando después de la cena; por más que ésta fue una comida insuficiente, debido a la escasez de raciones. Seguí trabajando hasta altas horas de la noche.

A la mañana siguiente, estaba otra vez estropeado.

–Me doy por vencido –dije, revisando los daños–. No veo ninguna razón para seguir tratando de arreglar algo que no va a mantenerse soldado.

Holdreth asintió. Estaba terriblemente pálido.

–Tendremos que pensar en alguna otra cosa.

Abrí el armario de las raciones y examiné nuestras reservas. Aun contando la comida sintética que le hubiéramos dado a los animales en el viaje de vuelta, estábamos muy escasos de víveres. Habíamos pasado el límite de seguridad. El viaje de vuelta estaría amenazado por el hambre. Si lográbamos volver, claro está.

Salí de la nave y me senté en una gran roca, situada cerca. Uno de los *perros* sin pelo se acercó y me rozó la camisa con su hocico. Davison se asomó a la portezuela y me llamó:

–¿Qué estás haciendo, Gus?

–Tomando un poco de aire fresco. Estoy cansado de estar ahí dentro –acaricié el perro detrás de las orejas, y eché una mirada alrededor.

Los animales ya no sentían tanta curiosidad por nosotros, y por tanto no se congregaban como antes. Se hallaban desparramados en la pradera, comiendo unos depósitos formados por una sustancia blanca y pastosa. Se precipitaba todas las noches. Lo llamábamos *maná*. Todos los animales parecían alimentarse con ella.

Me recosté hacia atrás.

Al octavo día comenzamos a estar muy delgados. Ya no trataba de reparar la nave; el hambre comenzaba a torturarme.

Vi a Davison con el soldador en la mano.

–¿Qué estás haciendo?

–Voy a reparar la nave –me contestó. Tú no quieres hacerlo, pero no podemos quedarnos de brazos cruzados–. Tenía la nariz hundida en el manual de reparaciones, y estaba manipulando el disparador del soldador.

Me encogí de hombros.

–Haz lo que quieras –no me importaba. Lo que sabía era que mi estómago estaba dolorosamente vacío, y que tal vez tendría que enfrentarme al hecho de que estábamos atrapados para siempre.

–¿Gus?

–¿Sí?

–Creo que es hora de que te lo diga. Hace cuatro días que como maná. Es bueno, y nutritivo.

–¿Has estado comiendo *maná*? ¿Una cosa que encuentras en un mundo extraño? ¿Te has vuelto loco?

–¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Morir de hambre?

Sonreí débilmente, admitiendo que tenía razón. De la nave llegaban los ruidos que hacía Holdreth al moverse de un lado para otro. Era el que peor estaba de los tres. Tenía una familia en la Tierra, y comenzaba a darse cuenta de que tal vez nunca la volvería a ver.

–¿Por qué no vas a buscar a Holdreth? –sugirió Davison–. Id y llenaos de *maná*. Tenéis que comer algo.

–Sí. ¿Qué podemos perder? –moviéndome como un robot me dirigí hacia la cabina de Holdreth. Saldríamos juntos, comeríamos *maná* y dejaríamos de sentir hambre. De una u otra forma.

–¡Clyde! –llamé– ¡Clyde!

Entré en la cabina. Estaba sentado al escritorio, temblando convulsivamente y observando los dos chorros de sangre que brotaban de sus recién seccionadas venas de la muñeca.

–¡Clyde!

No protestó cuando lo llevé a la enfermería; le hice dos torniquetes para parar la hemorragia y lo curé. Se estaba quieto, sollozando.

Le abofeteé, y volvió en sí. Miró a su alrededor, como si no supiera dónde estaba.

–Yo... yo...

–Tranquilízate, Clyde. Todo va a ir bien.

–No está bien –dijo, con voz hueca–. Todavía estoy vivo. ¿Por qué no me dejaste morir? ¿Por qué...?

Davison entró en la cabina.

–¿Qué pasa, Gus?

–Es Clyde. La tensión le está afectando. Trató de matarse, pero pienso que ahora estará mejor. Tráele algo para comer, ¿quieres?

Logramos que Holdreth se sintiera mejor cuando llegó la noche. Davison juntó todo el *maná* que pudo, y nos dimos un festín.

–Ojalá tuviera el coraje de matar algún animal de la fauna local –dijo Davison–. Entonces sí que tendríamos un banquete. ¡Carne asada!

–Las bacterias –dijo Holdreth suavemente–. No debemos hacerlo.

–Ya lo sé. Simplemente soñaba en voz alta.

–¡Nada de soñar! –dije, bruscamente–. Mañana temprano otra vez comenzamos a trabajar en el panel. Tal vez, con algo de comida en el estómago, podamos mantenernos despiertos para saber qué es lo que pasa aquí.

Holdreth sonrió.

–¡Buena idea! No puedo más. ¡Quisiera salir de esta nave y comenzar a vivir una existencia normal! ¡Dios mío! No puedo más.

–Tratemos de dormir –le dije–. Mañana volveremos a probar. Veréis cómo podremos volver a casa –traté de transmitirles una confianza que no sentía.

A la mañana siguiente me levanté temprano, tomé mi caja de herramientas, y contento de sentirme capaz de pensar con claridad, me dirigí hacia la cabina de control.

Y me detuve súbitamente.

Y miré por la cabina de observación.

Volví sobre mis pasos y desperté a Holdreth y a Davison.

–Mirad por las ventanillas –les dije con voz ronca.

Miraron. Sus ojos se desorbitaron por el asombro.

–Parece mi casa –dijo Holdreth–. Mi casa en la Tierra.

–Con todas las comodidades de un hogar –me adelanté con inquietud y bajé de la nave–. Vamos a verla.

Nos aproximamos, mientras los animales retozaban alrededor nuestro. La *jirafa* más grande se acercó y movió la cabeza con aire solemne. La casa se hallaba en medio del claro, pequeña pero pesada, oliendo a pintura fresca.

Comprendí lo que había pasado. Durante la noche, manos invisibles la habían puesto allí. Habían copiado una casa igual a las de la Tierra, colocándola cerca de nuestra nave, para que la habitáramos.

–Igual que mi casa –repitió Holdreth, asombrado.

–No me extraña –le dije–. Extrajeron la idea de tu mente tan pronto como se dieron cuenta de que no podríamos vivir en la nave indefinidamente.

Inmediatamente, Holdreth y Davison me preguntaron:

–¿Qué quieres decir?

–Pero ¿cómo? ¿Aún no os habéis dado cuenta de dónde estamos? –me pasé la lengua por los labios resecos, tratando de acostumbrarme al hecho de que íbamos a pasar el resto de nuestra vida aquí–. ¿No entendéis para qué fue construida esta casa?

Movieron la cabeza negativamente, dando muestras de completa incertidumbre. Miré alrededor, desde la casa hasta la inútil nave, desde la selva hasta la pradera y el lago. Ahora comprendía.

–Quieren mantenernos felices –les dije–. Saben que no marchábamos bien a bordo de la nave, así que... nos construyeron algo un poco más parecido a lo que teníamos en casa.

–¿Quiénes? ¿Las *jirafas*?

–Olvidaos de las *jirafas*. Trataron de avisarnos, pero es demasiado tarde. Son seres inteligentes, pero están prisioneros como nosotros. No, me refiero a los que rigen sobre este lugar. Los super-extraterrestres que nos hicieron sabotear nuestra nave sin que nos diéramos cuenta de lo que estábamos haciendo, que se hallan en alguna parte y nos observan. Los que juntaron esta enorme cantidad de animales, provenientes de todas las partes de la galaxia. Ahora nosotros también hemos corrido la misma suerte. Este sitio no es más que un zoológico. Un zoológico para los distintos seres vivos, que tal vez cumple el propósito de educar a criaturas tan extrañas a nosotros que ni siquiera podríamos soñar conocerlas.

Miré hacia arriba, hacia el brillante cielo azul, en donde invisibles barrotes nos mantenían presos. No tenía sentido tratar de luchar contra ellos.

Me parecía poder ver la placa explicatoria:

TERRESTRES - Hábitat Sol III

La jaula

A. Bertram Chandler

The cage, © 1957 by Mercury Press Inc. (*The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, Junio de 1957). Traducido por Murciano-Claramunda-Moreno-Díaz-de los Ríos-Baca-Benavides, en *Los mejores relatos de ciencia ficción*, presentados por Narciso Ibáñez Serrador, selección de Groff Conklin, Libro Amigo 43, Editorial Bruguera S.A., primera edición en Septiembre de 1967.

El encarcelamiento es siempre una experiencia humillante, sea cual fuere el espíritu filosófico del prisionero. El encarcelamiento que nos inflige alguien de nuestra propia especie es muy desagradable, pero se puede hablar a los que nos han capturado, cabe conseguir que lo comprendan a uno al exponer sus necesidades, en ciertas ocasiones incluso apelar a ellos de hombre a hombre.

Pero el encarcelamiento constituye una humillación doble cuando los captores nos tratan como a un animal de especie inferior.

La partida del cohete patrulla podría, quizás, ser disculpada por no haber reconocido como seres racionales a los supervivientes de la nave de línea interestelar *Lode Star*. Habían transcurrido doscientos días por lo menos, desde su aterrizaje en el planeta innominado, un aterrizaje forzoso que se produjo cuando los generadores Ehrenhaft de la *Lode Star*, obligados a trabajar con gran exceso sobre su capacidad normal por una avería del regulador electrónico, la hicieron volar lejos de las rutas regulares hasta una región inexplorada del espacio. La *Lode Star* había aterrizado con bastante facilidad, pero poco después (las desgracias nunca vienen solas), su pila atómica se hizo incontrolable y el capitán ordenó al primer oficial que evacuase a los pasajeros –los cuales no tenían por qué soportar la emergencia–, llevándolos tan lejos como fuese posible.

Hawkins y el personal a su cargo se hallaban ya bastante lejos cuando se produjo un fogonazo de energía liberada y una explosión no muy violenta. Los supervivientes deseaban volver para presenciarlo, pero Hawkins los hizo seguir adelante con maldiciones y, a veces, golpes. Afortunadamente estaban a sotavento de la nave y así escaparon a los efectos de la explosión.

Cuando los fuegos artificiales parecieron terminar, Hawkins, acompañado por el doctor Boyle, el cirujano de la nave, regresó al lugar del desastre. Los dos hombres, temerosos de la radiactividad, fueron precavidos y se mantuvieron a una prudente distancia del cráter poco profundo y humeante aún, que indicaba dónde estuvo la nave. Era evidente que el capitán, sus oficiales y técnicos constituían ahora una parte infinitesimal de la nube incandescente en forma de hongo.

Después de esto, los cincuenta y tantos hombres y mujeres, supervivientes de la *Lode Star*, habían ido degenerando. No fue un proceso rápido, ya que Hawkins y Boyle, ayudados por un comité de los pasajeros más responsables, habían combatido en una obstinada acción de retaguardia. Pero la suya era una lucha sin

esperanza. El clima estaba en su contra, para empezar. Hacía calor, siempre en las cercanías de los treinta grados. Y había humedad, cayendo incesantemente una fina y cálida llovizna. El aire parecía rico en esporas de hongos que, por fortuna, no atacaban a la piel viva, pero medraban en la materia orgánica muerta y sobre las ropas. Se desarrollaban en un grado ligeramente menor en los metales y sobre los tejidos sintéticos que usaban muchos de los náufragos.

El peligro, un peligro exterior, hubiese contribuido a mantener la moral. Pero allí no existían animales peligrosos. Sólo existían pequeñas cosas de piel suave, no muy diferentes de las ranas, que avanzaban a saltitos a través de la maleza húmeda, y criaturas semejantes a peces en los numerosos ríos, que variaban en tamaño desde el tiburón al renacuajo y que poseían toda la belicosidad del primero.

El alimento no significó un problema, pasadas las primeras horas de hambre. Algunos voluntarios habían probado un hongo grande y succulento que crecía en los huecos de unos corpulentos árboles semejantes a helechos. Decidieron que tenía buen sabor. Tras un lapso de cinco horas, no habían muerto ni se quejaban de dolores abdominales. Aquel hongo constituiría la dieta habitual de los náufragos. En las semanas que siguieron, se encontraron otros hongos, bayas y raíces, todos ellos comestibles. Proporcionaban una ración gratamente recibida.

Pese al calor penetrante, el fuego era lo que más echaban de menos. Con él podrían haber completado su alimentación, cocinando los pequeños seres parecidos a ranas del bosque lluvioso y los peces de los riachuelos. Quienes mostraban un espíritu más esforzado, comían estos animales crudos, pero la mayor parte de los demás miembros de la comunidad los miraban con asco. El fuego les hubiese ayudado también a retrasar la obscuridad de las largas noches y, gracias a su calor y a su luz, desvanecer la ilusión de frialdad producida por el incesante rocío de todas las hojas y frondas.

Al huir de la nave, la mayoría de los supervivientes poseían encendedores de bolsillo, pero se perdieron con la desintegración de sus ropas. En todo caso, cualquier intento de encender una fogata en los primeros días, hubiese fallado al no existir, según aseguró Hawkins, un solo sitio seco en todo aquel maldito planeta. Hacer fuego ahora resultaba completamente imposible; aun cuando se hubiese contado entre ellos un experto en frotar dos ramitas secas, no hubiera encontrado material con que trabajar.

Se establecieron de modo permanente en la cima de una colina de escasa altura. Allí no existía, en lo que podía distinguir la vista, ninguna montaña. El bosque era allí menos espeso que en las llanuras circundantes, y el terreno menos pantanoso. Trenzando frondas de los helechos árboles, consiguieron construir unos refugios primitivos, más por motivos de aislamiento que por las comodidades que con ello pudieran obtener. Recurrieron con cierta desesperación a las formas gubernamentales de los mundos que habían abandonado para elegir un consejo. Boyle, el cirujano de la nave, fue su jefe. Hawkins fue rechazado sólo por dos votos, debido al resentimiento de muchos pasajeros, que atribuían al personal ejecutivo de la nave la responsabilidad por haberlos arrastrado a la presente situación.

La primera reunión del consejo tuvo lugar en una choza –si así pudiese llamarse–, construida especialmente para tal propósito. Los miembros del consejo se acurrucaron en cuclillas formando un círculo. Boyle, el presidente, se puso de pie con lentitud. Hawkins sonrió con despecho al comparar la desnudez del cirujano con la pomposidad que parecía haber asumido en su rango electivo, confrontando la dignidad del hombre con la desaliñada apariencia que ofrecía su cabello gris, sin cortar ni peinar, y su desordenada y grisácea barba.

–Señoras y caballeros –comenzó Boyle.

Hawkins miró en torno suyo los cuerpos desnudos y pálidos, los cabellos fibrosos y sin brillo, las largas uñas sucias de los hombres y los labios sin pintar de las mujeres. Pensaba que su aspecto tampoco era el de un oficial y un caballero.

–Señoras y caballeros –continuó Boyle–. Hemos sido elegidos para representar a la comunidad humana sobre este planeta. Sugiero que en esta primera reunión discutamos nuestras probabilidades de supervivencia, no como individuos sino como raza...

–Quisiera preguntar al señor Hawkins cuáles son nuestras probabilidades de ser rescatados –preguntó una de las dos mujeres que componían el consejo, una criatura seca, con aspecto de solterona, de costillas y vértebras prominentes.

–Insignificantes –respondió Hawkins–, como ya sabe, no es posible ninguna comunicación con otras naves espaciales ni con estaciones planetarias cuando se está operando en el Sendero Interestelar. Cuando salimos del Sendero y vinimos a parar aquí en nuestro desgraciado aterrizaje, lanzamos una llamada de auxilio, pero no pudimos explicar nuestro paradero. Además, no sabemos si la llamada fue recibida o no...

–Señorita Taylor –cortó Boyle malhumorado–. Señor Hawkins. Quisiera recordarles que soy el presidente electo de este consejo. Ya tendremos tiempo después para una discusión general.

»Como la mayor parte de ustedes habrá supuesto ya, la edad de este planeta, biológicamente hablando, corresponde a la de la Tierra durante el período Carbonífero. Sabemos que todavía no existen especies que nos disputen nuestra supremacía. Con el tiempo tales especies surgirán (análogas a los lagartos gigantes fósiles de la Era Triásica), pero entonces estaremos sólidamente establecidos...

–¡Estaremos muertos! –exclamó uno de los hombres.

–Estaremos muertos –convino el doctor–, pero nuestros descendientes sí estarán vivos. Tenemos que pensar en facilitarles el mejor punto de partida posible. El lenguaje que les legaremos...

–No me interesa el lenguaje, doctor –chilló el otro miembro femenino. Era una rubia pequeña, delgada, de expresión dura–. Es a mí a quien concierne la cuestión de los descendientes. Represento a las mujeres en edad de procrear..., somos quince aquí. Hasta ahora las muchachas han sido extremadamente cuidadosas. Tenemos razones para ello. ¿Puede garantizar, como médico, no

disponiendo de drogas ni instrumentos, alumbramientos sin peligro? ¿Puede garantizar que nuestros hijos tendrán una buena probabilidad de supervivencia?

Boyle se desprendió de su pomposidad como de una prenda de vestir muy usada.

—Seré franco —dijo—. No dispongo, tal como usted apuntó, señorita Hart, de drogas ni de instrumentos. Pero puedo asegurarle que sus probabilidades de alumbramiento sin peligro son mucho mejores que las usuales en la Tierra durante, digamos, el siglo dieciocho. Le explicaré el motivo. En este planeta, que nosotros sepamos (y ya llevamos aquí lo suficiente para saberlo), no existen microorganismos nocivos al hombre. En el caso contrario, los que hemos sobrevivido seríamos ahora simples masas de supuración. La mayoría de nosotros, desde luego, hubiésemos muerto de septicemia hace tiempo. Creo que esto contesta las preguntas de ustedes dos.

—No he terminado aún —insistió ella—. Existe otro punto a considerar. Somos aquí cincuenta y tres, entre hombres y mujeres. Hemos contado diez matrimonios. Esto significa treinta y tres individuos solteros, de los cuales veinte son hombres. Veinte hombres para trece mujeres. Todas nosotros somos jóvenes, pero también somos mujeres. ¿Qué clase de fórmula estableceremos— ¿Monogamia— ¿Poliandria—

—Monogamia, naturalmente —exclamó un hombre alto y delgado. Era el único entre los presentes que iba vestido, si así podía considerarse un sarmiento de vid arrollado a la cintura.

—De acuerdo, entonces —observó la muchacha—. Monogamia. La prefiero, desde luego. Pero le advierto que si vamos a seguir esta línea, surgirá un conflicto. En cualquier asesinato cuyos móviles sean la pasión y los celos, la mujer resulta tan posible víctima como el hombre, y no quiero verme complicada en eso.

—¿Qué propone entonces, señorita Hart? —preguntó Boyle.

—Sólo esto, doctor. Cuando llegue el momento, dejaremos a un lado el amor. Si dos hombres desean casarse con la misma mujer, que peleen por ella y el mejor la conseguirá y la conservará.

—Selección natural... —murmuró el cirujano—. Estoy a favor, pero debemos ponerlo a votación.

En la cima de la loma había una depresión poco profunda, un cuadrilátero natural. Alrededor de sus bordes se sentaron los náufragos, todos menos cuatro. Uno de ellos era el doctor Boyle, consciente que sus deberes presidenciales incluían los de árbitro. Se decidió que sería la persona más competente para declarar vencido a uno de los competidores. Otro miembro de este grupo era la joven Mary Hart. Había encontrado una varita dentada para peinar sus largos cabellos y tejido una guirnalda de flores amarillas, con la que pensaba coronar al vencedor. Hawkins se preguntó, al tomar asiento entre los otros miembros del consejo, si aquello significaba el deseo de imitar una ceremonia matrimonial terrestre, o bien pretendía resucitar algo más perverso.

–Fue una lástima que las cenizas de la explosión cayeran sobre nuestros relojes – dijo el hombre grueso sentado a la derecha de Hawkins–. Si tuviéramos algún sistema para medir el tiempo, podríamos establecer asaltos, y hacer de esto un combate de boxeo reglamentario.

Hawkins inclinó la cabeza. Miraba al curioso grupo en el centro del cuadrilátero: una petulante mujer bárbara, un pomposo anciano y dos jóvenes de obscura barba con cuerpos blancos y relucientes. Los conocía a ambos. Fennet había sido tripulante de la desdichada *Lode Star*. Clemens, por lo menos siete años mayor que él, era un pasajero y había sido prospector de minas en los mundos de la frontera.

–Si tuviéramos algo para apostar –apuntó el hombre gordo–, lo haría por Clemens. Ese cadete suyo no tiene nada que hacer. Ha sido educado para jugar limpio, Clemens está acostumbrado precisamente a lo contrario.

–Fennet se encuentra en mejores condiciones –repuso Hawkins–. Ha estado haciendo ejercicio, mientras que Clemens no hizo sino dormir y comer. ¡Fíjese que panza tiene!

–No poseen nada de malo la carne sana y los músculos fuertes –afirmó el hombre gordo, dándose palmadas en el vientre.

–¡Prohibido morderse y sacarse los ojos! –intervino el doctor–. ¡Que gane el mejor!

Se separó vivamente de los contrincantes, quedando de pie junto a Mary Hart.

Ambos luchadores parecían preocupados, con los puños en tensión. Los dos tenían aire de deplorar que las cosas hubiesen llegado a tal extremo.

–¡Adelante! –chilló al fin Mary Hart–. ¿No me deseáis? Vais a vivir aquí mucho tiempo y os sentiréis muy solos sin una mujer.

–Siempre podrían esperar hasta que tus hijas crecieran, Mary –bromeó uno de sus amigos.

–¿Y si no tengo hijas– –arguyó ella–. ¡A este paso, desde luego que no!

–¡Adelante! –chilló la multitud–. ¡Adelante!

Fennet inició el ataque. Avanzó desconfiado, golpeando débilmente con su puño derecho la cara mal protegida de Clemens. No fue un golpe duro, pero debió resultar doloroso. Clemens se llevó la mano a la nariz, la retiró y quedó mirando la sangre brillante que la manchaba. Profirió un gruñido, se adelantó pesadamente con los brazos abiertos para hacer presa en su enemigo. El joven saltó hacia atrás, golpeando dos veces más con la derecha.

–¿Por qué no lo *golpea de verdad*? –preguntó el hombre grueso.

–¿Para romperse todos los huesos del puño? No llevan guantes, amigo –repuso Hawkins.

Fennet decidió intentar una finta. Se mantuvo firme, con los pies ligeramente separados, y puso en juego su derecha una vez más. Esta vez su blanco no fue el rostro de su contrincante, sino el vientre. Hawkins se sorprendió al ver que el prospector soportaba los golpes con aparente ecuanimidad. Debía ser, pensó, mucho más resistente de lo que aparentaba en realidad.

El cadete saltó a un lado vivamente... y resbaló en la hierba húmeda. Clemens cayó pesadamente sobre él. Hawkins pudo oír el silbido del aire saliendo forzado de los pulmones del muchacho. Los gruesos brazos del prospector rodearon el cuerpo de Fennet, cuando la rodilla de éste se lanzó rencorosamente contra la ingle de su adversario. Clemens emitió un gemido, pero continuó apretando fieramente. Una de sus manos rodeaba ahora la garganta de Fennet; la otra, con los dedos malignamente engarfiados, intentó clavarse en los ojos del cadete.

—¡Prohibido sacarse los ojos! —gritó Boyle—. ¡Prohibido sacarse los ojos!

Se arrodilló para asir con ambas manos la gruesa muñeca de Clemens.

Algo hizo que Hawkins levantara la vista. Debía ser un sonido, aunque era difícil: los espectadores estaban gritando como hinchas del boxeo en un combate profesional. Apenas podía culpárseles, pues aquella era la primera ocasión para divertirse que habían tenido desde la pérdida de la nave. Debió ser en realidad el sexto sentido que poseen todos los buenos navegantes del espacio. Lo que vio le hizo lanzar un grito.

Un helicóptero se cernía sobre el cuadrilátero. Su diseño, sutilmente extraño, indicó a Hawkins que no se trataba de un aparato terrestre. Repentinamente, de su parte inferior cayó una red, al parecer de metal. Envolvió a los luchadores, atrapando también al doctor y a Mary Hart.

Hawkins volvió a gritar un chillido inarticulado. Incorporándose, se lanzó en auxilio de sus enredados compañeros. La red parecía como si estuviese viva. Retorcía alrededor de sus muñecas, ataba sus tobillos. Algunos otros náufragos corrieron a ayudar a Hawkins.

—¡No os acerquéis! —advirtió—. ¡Dispersaos!

El débil zumbido de los rotores del helicóptero aumentó en intensidad. La máquina se elevó en el aire. En un tiempo extraordinariamente breve, el cuadrilátero se redujo ante la vista del primer oficial a un pequeño círculo verde pálido, en el cual unas hormigas se escurrían sin dirección de un lado a otro. La máquina voladora se movía ya entre las nubes bajas envuelta en un blanco vacío.

Cuando, al fin, efectuó el descenso, Hawkins no se sorprendió al ver entre los árboles la torre plateada de una gran nave espacial inmóvil en una meseta llana.

El mundo al que fueron trasladados habría constituido una señalada mejora sobre el que acababan de dejar, de no ser por la equivocada bondad de sus captores. La jaula donde los tres fueron alojados reproducía, con notable fidelidad, las condiciones climáticas del planeta sobre el que se perdió la *Lode Star*. Estaba acristalada y desde unos rociadores situados en el techo caía una constante llovizna de agua templada. Un par de helechos aburridos proporcionaba cierto refugio contra el deprimente y continuo aguacero. Dos veces diarias en la parte

trasera de la jaula, hecha al parecer de hormigón, se abría una compuerta y por ellas les arrojaban tabletas de un hongo decididamente similar al que había constituido su alimento. En el suelo de la jaula existía un hoyo; los prisioneros supusieron acertadamente que tenía un propósito sanitario.

A ambos lados había otra jaula. En una de ellas estaba Mary Hart, sola. Podía hacerles gestos y ademanes de saludo, con la mano, y eso era todo. La otra encerraba a una bestia cuyas líneas generales hacían pensar en una langosta o un bogavante, pero con fuertes rasgos de calamar. Al otro lado de la ancha calle se levantaban otras jaulas, pero no podían ver su contenido.

Hawkins, Boyle y Fennet, sentados en el húmedo suelo, miraban a través de los gruesos cristales y los barrotes a los seres que los contemplaban desde el exterior.

–Aunque sólo fueran humanoides –suspiraba el doctor–. Si su forma fuera sólo un poco parecida a la nuestra, podríamos intentar convencerles que nosotros también somos seres inteligentes.

–Pero no tienen la misma forma –repuso Hawkins–. Y en la situación contraria, nos costaría trabajo admitir que tres barriles de cerveza con seis patas eran hombres y nuestros hermanos... Prueba otra vez el teorema de Pitágoras –indicó al joven.

Sin gran entusiasmo, Fennet arrancó frondas del helecho arborescente más cercano. Las rompió en pedazos más pequeños; después, las colocó en el suelo musgoso, formando la figura de un triángulo rectángulo, con los cuadrados contruidos sobre los tres lados. Los nativos –uno grande, otro ligeramente menor y otro pequeño– lo miraban curiosamente con sus ojos planos y opacos. El mayor metió la punta de un tentáculo en un bolsillo –las cosas aquellas llevaban ropa– y sacó un paquete de brillantes colores, que entregó al pequeño. Éste desgarró la envoltura y comenzó a introducir pedazos de una materia azul brillante en la ranura de la parte superior, que obviamente le servía de boca.

–Me gustaría que les estuviera permitido dar comida a los animales –suspiró Hawkins–. Estoy harto de esos malditos hongos.

–Recapitulemos –dijo el doctor–. Después de todo, no nos queda más que hacer. Fuimos arrebatados, seis en total, de nuestro campamento por el helicóptero. Nos condujeron a la nave de observación, que no parece muy perfeccionada en relación a nuestros vehículos interestelares. Según usted, Hawkins, esa nave emplea un propulsor Ehrenhaft, o algo tan parecido como un hermano gemelo...

–Exacto –aseveró Hawkins.

–Ya dentro de la nave fuimos encerrados en jaulas separadas. No nos dan maltrato, porque nos proporcionan alimento y agua a frecuentes intervalos. Hemos desembarcado en este extraño planeta, pero no hay posibilidad de ver algo más. Estamos encerrados a la fuerza en jaulas como animales. Sabemos que nos conducen hacia *alguna parte*, pero eso es todo. Cuando llegamos, la puerta se abre y esos barriles de cerveza ambulantes nos apresan con pértigas provistas de redes. Cogieron a Clemens y a la señorita Taylor y se los llevaron. No volvimos a

verlos. El resto de nosotros pasa la noche y las veinticuatro horas siguientes en jaulas individuales. Un día después nos traen a este... zoo.

–¿Cree que los sometieron a vivisección– preguntó Fennet–. Nunca me ha gustado Clemens, pero...

–Mucho me temo que sí –admitió Boyle–. Nuestros amos conocerán ahora la diferencia entre los sexos. Desgraciadamente, la vivisección no permite descubrir inteligencia.

–¡Brutos inmundos! –barbotó el joven.

–Calma, hijo –aconsejó Hawkins–. No se les puede culpar. Hemos practicado la vivisección en animales mucho más semejantes a nosotros de lo que lo somos a esas cosas.

–El problema –prosiguió el doctor– es convencer a esas cosas (como usted las llama, Hawkins), que somos seres racionales como ellos. ¿Cómo definiríamos nosotros a un ser racional?

–Como alguien que conoce el teorema de Pitágoras –repuso Fennet, enfurruñado.

–Leí en alguna parte –observó Hawkins–, que la historia del Hombre es la historia del animal que descubrió el fuego y el uso de herramientas...

–Hagamos fuego, entonces –sugirió el doctor–. Construyamos algunas herramientas y usémoslas.

–No diga tonterías. No disponemos absolutamente de nada. Ni siquiera de un diente postizo... Hizo una pausa. Recuerdo ahora que cuando era joven, se pusieron de moda entre los cadetes de las naves interestelares los antiguos trabajos de artesanía. Nos considerábamos descendientes en línea directa de los tripulantes de los barcos a vela y aprendíamos a empalmar cuerdas y cables, a trenzar sogas, nudos de fantasía y todas esas cosas. Entonces, uno de nosotros tuvo la idea de hacer cestas. Prestábamos servicio en una nave de turismo y acostumbrábamos fabricar nuestras cestas a escondidas, las adornábamos después con colores vivos y las vendíamos a los pasajeros como auténticos *souvenirs* del Planeta Perdido del Rey Arturo VI. Ya se pueden imaginar lo que ocurrió cuando el capitán y el primer oficial lo descubrieron...

–¿Adónde quiere ir a parar? –preguntó el doctor.

–A eso precisamente. Demostraremos nuestra destreza manual, tejiendo cestas. Yo les enseñaré el procedimiento.

–Podría resultar... –concedió Boyle lentamente–. Podría servir, sí... Por otra parte, no olvidemos que ciertos pájaros y animales poseen esta habilidad. En la Tierra existe el castor, que construye presas muy ingeniosas; el pájaro tejedor, que fabrica un nido cubierto para su compañera como parte del ritual de enamoramiento...

Los guardianes del exterior debían conocer criaturas de hábitos amorosos semejantes a los del pájaro tejedor de la Tierra. Después de tres días de febril confección de cestas, que consumió todos los helechos arborescentes, Mary Hart fue sacada de su jaula y metida en la de los tres hombres. Una vez desahogada su histérica necesidad de hablar con alguien, se mostró bastante indignada.

Era una suerte, pensó Hawkins algo amodorrado, tener de nuevo con ellos a Mary. Unos días más de confinamiento solitario y la muchacha se hubiese vuelto loca, probablemente. Pero su presencia en la misma jaula creó algunos problemas. Hubo que vigilar a Fennet, incluso al viejo chivo de Boyle...

Mary chilló.

Hawkins despertó bruscamente. Vio la pálida silueta de Mary –en aquel mundo nunca había noche de perfecta oscuridad– y, al otro lado de la jaula, las sombras de Fennet y Boyle. Se puso apresuradamente en pie, y se dejó caer junto a la muchacha.

–¿Qué sucede? –preguntó.

–No lo sé... Una cosa pequeña, con uñas afiladas... Me corría por encima.

–Oh –suspiró Hawkins–, sólo fue «Joe».

–¿Joe? –repitió sorprendida.

–No sabemos exactamente si es varón o hembra.

–Creo que es, decididamente, varón –intervino el doctor.

–¿Qué es «Joe»– –insistió ella de nuevo.

–Debe ser el equivalente local de un ratón –explicó el doctor–, aunque no se parezca mucho. Anda por todas partes, buscando sobras de comida. Estamos tratando de domesticarlo...

–¿Se han vuelto locos– –chilló ella–. Hagan algo con él, ¡en seguida! Tienen que envenenarlo, o atraparlo. ¡Ahora!

–Mañana –dijo Hawkins.

–¡Ahora! –exigió Mary con un chillido.

–Mañana –repitió Hawkins con firmeza.

La captura de «Joe» resultó fácil. Dos cestas planas, engoznadas como las valvas de una concha, sirvieron de trampa. Escondía un cebo en el interior, un pedazo grande de hongo. Dispusieron ingeniosamente un palito vertical para que cayera al menor tirón que moviera el cebo. Hawkins, insomne en su húmedo lecho, escuchó el leve y sordo chasquido, que le avisó del funcionamiento de la trampa. Escuchó los indignados gruñidos de «Joe» y las menudas uñitas que arañaban el robusto material de la cesta.

Mary Hart estaba dormida y Hawkins la sacudió.

–Lo hemos atrapado –dijo.

–Entonces hay que matarlo –contestó ella, soñolienta.

Pero no lo hicieron. Los tres hombres le habían tomado cariño. Al comenzar el día, lo trasladaron a una jaula que Hawkins había confeccionado para él. Hasta la joven se aplacó cuando vio aquella bola inofensiva de piel multicolor, que saltaba indignada, arriba y abajo, dentro de su prisión. Mary insistió en alimentar al animalito, y gritaba con alegre vehemencia cuando los finos tentáculos se alargaban para coger de sus dedos el fragmento de hongo.

Durante tres días se entretuvieron mucho con su mascota. Al cuarto, sus guardianes entraron en la jaula con sus redes, inmovilizaron a sus ocupantes y se llevaron a «Joe» y a Hawkins.

–Me temo que no hay remedio –murmuró Boyle–. Habrá corrido la misma suerte...

–Estará disecado y expuesto en algún museo –comentó Fennet sombríamente.

–No, no es posible –sollozó la muchacha–. ¡No es posible!

–Sí lo es –dijo el doctor.

Se abrió abruptamente la compuerta de la jaula. Antes que los tres humanos pudieran buscar refugio en un rincón, se oyó una voz:

–Todo está arreglado, pueden salir.

Hawkins entró en la jaula. Estaba afeitado y su aspecto parecía saludable. Iba ataviado con unos pantalones cortos hechos de un material rojo y brillante.

–Salgamos –dijo otra vez–. Nuestros huéspedes nos han presentado sus más sinceras disculpas y han dispuesto un alojamiento más adecuado para nosotros. Tan pronto como tengan una nave disponible, iremos a recoger a los demás supervivientes.

–No tan aprisa –exigió Boyle–. Aclaremos esto. ¿Qué los hizo comprender que éramos seres racionales?

El rostro de Hawkins se obscureció.

–Únicamente los seres racionales encierran a otros seres en jaulas –dijo.

Un mal día para las bestias dañinas

Keith Laumer

A bad day for vermin, © 1963 by Galaxy Publishing Corporation. Traducido por ? en *nueva dimensión* 51, ediciones Dronite, Noviembre de 1973.

Keith Laumer es uno de esos autores de segunda fila que constituyen los rangos más sólidos de la SF norteamericana, pues si bien no tienen unas obras tan destacadas como las luminarias del género, siempre cabe esperar de ellos una calidad media muy aceptable.

El juez Carter Gates del Juzgado número tres terminó sus ensalada de pollo con cereal integral, arrugó pensativamente la bolsa de papel encerado y se volvió para dejarla caer en la papelería situada tras su estrado... Quedándose helado.

A través de su oficina del segundo piso vio algo de unos doce metros de altura, color turquesa pálido y con forma de pétalo de flor que estaba descendiendo suavemente sobre los bien cuidados parterres de petunias del jardín del juzgado. En la parte superior del navío se abrió un panel rosa translúcido, y una delgada y grácil forma no muy diferente a una gran oruga violeta apareció ondulando.

El Juez Gates se volvió hacia el teléfono. Media hora más tarde, explicaba a los ejecutivos reunidos con él, en un apretado grupo, en el jardín:

—Chicos, esa cosa es inteligente; hasta el más tonto puede verlo. Está montando algo que, según mi hijo, es algún tipo de máquina traductora, así que en cualquier momento va a empezar a comunicarse. Ya hace veinte minutos que notifiqué a Washington sobre esto. No pasará mucho antes de que alguien de allí decida que es esto es alto secreto, y monte un sistema de seguridad que haga que el Proyecto Manhattan parezca una campana de publicidad. Bien, creo que esto es lo más grande que jamás haya sucedido en el condado de Plum, pero si no queremos que nos quiten de en medio, será mejor que nos movamos de prisa.

—¿Qué es lo que ha pensado, Juez?

—Precisamente que celebremos una audiencia pública aquí mismo en la corte, en el mismo momento en que esa cosa ponga en marcha sus aparatos. Lo radiaremos: Tom Clemens, de la emisora, ya está conectando sus cables. Es una pena que no tengamos equipo de TV, pero Jody Hurd tiene una filmadora. Vamos a hacer que Willow Grove aparezca más grande en el mapa de lo que jamás apareció Cabo Cañaveral.

—¡Estamos contigo en este asunto, Carter!

Diez minutos después la melodiosa voz del aparato traductor de Fianna había solicitado que lo escoltasen ante el jefe del poblado, y el visitante estaba contemplando la repleta sala de la corte con una expresión que recordaba a la de un cachorro de San Bernardo con ganas de jugar. El ruido de pasos y el carraspeo de gargantas terminó, y el extraterrestre comenzó:

—*Gente del Planeta Verde, es muy feliz este ciclo que...*

Las cabezas se volvieron ante el ruido de pasos que se aproximaban por el pasillo lateral; un hombre de ancho torso y mediana edad, calvo, que llevaba una camisa y pantalones caquis y gafas sin aro, con una pistolera de cuero negro que golpeaba su cadera a cada paso, llegó frente a la primera fila de asientos, se puso en jarras, sacó un pesado revólver niquelado calibre 44 de la pistolera, apuntó, y disparó cinco balazos al cuerpo de Fianna, a una distancia de tres metros.

El ser violeta se estremeció convulsivamente, cayó del estrado al suelo con un sonido similar al de una manguera mojada que cae, lanzó un jadeante gorjeo, y se quedó quieto. El hombre de la pistola se volvió, dejó caer su arma, alzó los brazos, y dijo:

–Sheriff Hoskins, me pongo bajo su custodia protectora.

Hubo un momento de asombrado silencio; una carrera de espectadores hacia el extraterrestre. La masa de 120 kg del sheriff se abrió paso a barrigazos a través de la chillona multitud hasta llegar junto al hombre vestido de caqui.

–Siempre pensé que eras un malvado Cecil Stump –dijo, sacando sus esposas–, desde que te vi preparando trampas con vidrios para el perro de Joe Potter; pero nunca pensé verte convertido en un asesino a sangre fría –hizo un gesto a los mirones–: Abran paso, voy a llevar a mi prisionero a la cárcel.

–Un momentito sheriff –el rostro de Stump estaba pálido, sus gafas habían desaparecido, y una hombrera de su camisa caqui colgaba... Pero lo que era casi una sonrisa deformaba una de sus carnosas mejillas. Ocultó sus manos tras la espalda, ocultándolas de las esposas–. No me gusta nada eso de "prisionero". Lo que le estoy pidiendo es protección. Y vaya con cuidado con eso de hablar de "asesinato". No he asesinado a nadie.

El sheriff parpadeó y se volvió para rugir:

–¿Cómo está la víctima, doctor?

Una pequeña cabeza canosa se alzó tras haber permanecido inclinada sobre la inmóvil forma de Fianna.

–Está más muerto que mi abuela, sheriff.

–Está bien. Vamos, Cecil.

–¿De qué se me acusa?

–Asesinato en primer grado.

–Yo no he asesinado a nadie, sheriff.

–¿Cómo? ¡Pero si has matado a eso... a ese extranjero!

–Eso no es un extranjero. Eso es una bestia dañina. El asesinato es cuando uno mata a un ser humano, según tengo entendido. ¿Va a decirme que esa cosa es humana?

Diez personas gritaron a coro:

–¡Tan humana como yo!

–¡Un ser inteligente!

–¡No se puede ir matando...!

–¡Seguro que hay alguna ley que...!

El sheriff alzó sus manos con sus mejillas distorsionadas por una mueca.

–¿Qué opina usted, juez Gates? ¿Hay alguna ley que le prohíba a Cecil Stump matar a... esto...?

El juez adelantó su labio inferior.

–Bueno, veamos –comenzó–. Hablando en términos legales...

–¡Buen Dios! –exclamó alguien–. ¿Quiere decir que las leyes sobre asesinatos no definen lo que constituye... es decir, lo que...?

–¿Lo que es un ser humano? –resopló Stump. Digan lo que digan, seguro que no incluyen a las orugas violeta. Eso es una bestia dañina, pura y simplemente. No hay diferencia alguna en matarla, que en matar a cualquier otra.

–¡Entonces, por Dios, acúsenlo de alteración de la paz pública –gritó un hombre–, o de cazar sin licencia... fuera de la temporada!

–¡Y de llevar armas ocultas!

Stump buscó en su bolsillo trasero, sacó una gruesa y deformada billetera, extrajo un rectángulo de ajado papel, y lo ofreció.

–Tengo licencia de exterminador de bestias dañinas. Además poseo permiso para llevar armas. No he violado ninguna ley –luego sonrió abiertamente–. Estaba simplemente cumpliendo con mi tarea, sheriff. Y sin que al condado le cueste ni un céntimo.

Un hombrecillo de erizado cabello rojo resopló frente a Stump.

–¡So idiota sanguinario! –agitó un puño–. ¡Seremos la vergüenza nacional... peores que Little Rock! ¡El lincharte sería demasiado bueno para ti!

–Cállate ya, Weinstein –le interrumpió el sheriff–. No quiero ni oír hablar de linchamientos.

–¡Cómo están las cosas! –aulló Cecil Stump, con su rostro repentinamente enrojecido–. ¡Pero si he hecho un favor a todos los presentes! ¡Ahora, escúchenme! ¿Qué es esa cosa de ahí? –señaló con su gordo pulgar el estrado del juez–. Es algún tipo de ser de Marte o cualquier otro sitio... ¡Eso lo saben todos tan bien como yo! ¿Y para qué ha venido aquí? Puedo asegurarles que no es a hacernos ningún favor. Es cuestión de sobrevivir ellos o nosotros. ¡Y esta vez, por Dios, hemos dado el primer golpe!

–¡Es usted... un... un racista!

–¡Hey, un momentito! Soy tan liberal como cualquiera. Infiernos, si hasta me gustan algunos negros... ¡y apenas puedo distinguir a un judío de un hombre blanco! Pero cuando se trata de decir que una maldita oruga púrpura es un ser humano... eso es algo que ya no me trago.

El sheriff Hoskins se colocó entre Stump y la primera fila de la muchedumbre que avanzaba amenazadora.

–¡Quédense quietos! Quiero que se dispersen pacíficamente y dejen que la ley se ocupe de esto.

–Creo que lo mejor será que yo me vaya, sheriff –Stump se subió el pantalón–. Ya me imaginé que tendría que calmarlos al principio, pero ahora que ya han tenido una oportunidad de pensarse las cosas, y han visto que no he violado ninguna ley, ninguno de estos ciudadanos honorables hará algo ilegal... como intentar maltratar a un exterminador con licencia, que simplemente ha cumplido con su misión.

Se inclinó y recogió su arma.

–Deme eso –le dijo el sheriff Hoskins–. Puedes considerar anulada tu licencia para llevar armas, y también tu permiso de exterminador.

Stump sonrió de nuevo, entregándole el revólver.

–Seguro. Quiero cooperar, sheriff. Lo que usted diga. Envíelo a mi casa cuando ya no lo necesite –se abrió paso a empujones entre la multitud hasta llegar a la puerta de salida.

–¡El resto de ustedes, quédense aquí! –un hombre de buen aspecto con una gran mata de pelo cano se abrió camino hasta el estrado–. ¡Ahora mismo queda convocada una reunión de emergencia de todos los ciudadanos!

Golpeó con el mazo la gastada parte superior de la mesa, miró el cadáver del extraterrestre muerto, ahora cubierto por una bandera, y dijo:

–Caballeros, tenemos que actuar rápidamente. Si los servicios informativos se enteran de esto antes de que hayamos hecho algo, Willow Grove se convertirá en un punto negro del mapa.

–Escúcheme, Willard –dijo el juez Gates levantándose–. Esta... muchedumbre no tiene competencia para llevar a cabo una acción legal.

–Ahora no importa lo que es legal, juez. Seguro, esto necesitaría una legislación federal, quizá incluso una enmienda a la Constitución; pero, mientras tanto, vamos a volver a definir lo que constituye una persona dentro de los límites territoriales de Willow Grove.

–Eso es lo menos que podemos hacer –exclamó una mujer de rostro delgado, mirando hostilmente al juez Gates–. ¿O se cree que vamos a quedarnos quietos y convertirnos en cómplices de esta salvajada?

–¡No diga tonterías! –gritó Gates–. Me gusta tan poco lo que ha pasado como a cualquiera de ustedes... pero una persona... bueno, una persona tiene dos brazos y dos piernas... y...

–La forma no tiene nada que ver en el asunto –interrumpió el alcalde–. Los osos caminan sobre sus patas; Dave Zawocky perdió sus piernas en la guerra. Los monos tienen manos.

–Cualquier criatura inteligente... –comenzó a decir la mujer.

–No, eso tampoco sirve: el hijo de mi pobre sobrino Melvin nació imbécil, el muy desgraciado. Vamos, amigos, no tenemos tiempo que perder. Nos va a resultar muy difícil formular una definición satisfactoria basándola en consideraciones como ésta. Sin embargo, creo que podemos resolver la cuestión en términos que sirvan de base para una futura legislación sobre el tema. Va a hacer que algunas cosas cambien mucho. A los cazadores no les va a gustar... y la industria de la carne se verá afectada. Pero como parece que vamos a entrar en una era de contactos con... esto... seres de otros mundos, tenemos primero que poner en orden las cosas en nuestra propia casa.

–¡Así se habla, senador! –animó alguien.

–¡Será mejor que sea el Congreso quien se encargue de esto! –insistió otra voz.

–Tenemos que hacer algo...

El senador alzó las manos.

–¡Cállense todos! Los periodistas van a llegar en cuestión de minutos. Quizá nuestra ordenanza municipal no sea aceptada. Pero al menos servirá para que la gente se ponga a pensar... y dará mucha mejor publicidad a Willow Grove que la noticia del asesinato.

–¿Qué es lo que usted tiene en mente, senador?

–Simplemente esto –dijo solemnemente el senador–: Una persona es cualquier criatura inofensiva.

Se oyeron movimientos nerviosos. Alguien tosió.

–Entonces, ¿qué es un hombre que comete un acto violento? –preguntó el juez Gates–. ¿Qué es ese hombre?

–Eso resulta obvio, caballero –respondió sin pestañear el senador–. Es una bestia dañina.

En la escalinata del Palacio de Justicia estaba Cecil Stump, con las manos en los bolsillos traseros del pantalón, hablando con un periodista del gran diario de la ciudad de Mattoon, y rodeado por una nube de recién llegados que se habían

perdido lo que había pasado dentro. Stump describió la precisión de sus cinco disparos, el sonido que habían hecho las balas al golpear al gran gusano azul, y el repugnante espectáculo de la agonía mortal de éste. Le hizo un guiño a un tiparrón vestido con un mono que se estaba hurgando la nariz en primera fila de la multitud.

–Me imagino que pasará algún tiempo antes de que vengan más de esos malditos reptiles, que se creen que esta es su casa –concluyó.

Las puertas del Palacio de Justicia se abrieron de golpe; de él surgieron ciudadanos excitados, que se cuidaban muy bien de no acercarse a Cecil Stump. La multitud de su alrededor fue disminuyendo, desvaneciéndose a medida que sus componentes se acercaban a los que salían con las últimas noticias. El periodista buscó un informador.

–¿Podría usted darme algunos detalles de lo que ha decidido ese... bueno... ese Comité Especial?

El senador Custis ahuecó los labios.

–Se convocó una reunión especial de los ciudadanos –dijo–. En ella hemos definido lo que es una persona en este lugar...

Stump, que se hallaba a tres metros de distancia, resopló:

–No me podrán atrapar con una ley hecha tras lo sucedido.

–Y también lo que puede ser clasificado como bestia dañina –prosiguió Custis.

Stump cerró la boca con fuerza.

–¿Quieren echarme las culpas con eso, Custis? Por Dios que cuando lleguen las elecciones...

Por encima, se abrió la puerta de nuevo. Un hombre alto con una chaqueta de cuero salió y se quedó mirando hacia abajo. La multitud se echó hacia atrás. El senador Custis y el periodista se apartaron. El recién salido bajó lentamente los escalones. Llevaba la pistola niquelada calibre 44 de Cecil Stump en la mano.

Éste, ahora solo, lo miraba.

–Oiga –dijo; en su voz había aparecido una tonalidad tensa–. ¿Quién es usted?

El hombre llegó al pie de la escalinata, alzó el revólver, y lo amartilló con el pulgar.

–Soy el nuevo exterminador de bestias dañinas –dijo, y le disparó en la cabeza.

Un solo disparo fue suficiente.

El maestro de Altamira

Stephen Barr

The master of Altamira, © 1964 by Mercury Press Inc.. Traducción de García Borrón-Segur Giralt-D. Navarro en *Ciencia Ficción Selección-12*, Libro Amigo 280, Editorial Bruguera S. A., primera edición en Septiembre de 1974.

Los arqueólogos han dado diversas interpretaciones a las sorprendentes pinturas de Altamira y al arte rupestre en general, y casi todos coincidían en atribuirles un carácter mágico-evocador: al reproducir las imágenes de los animales en la pared de la cueva, se los conjuraba para propiciar su captura. El relato que sigue se basa en esta hipótesis.

Recientemente, sin embargo, los especialistas se inclinan más por una interpretación didáctica y artística, que, precisamente por ser la más obvia, hasta ahora no se había tomado en consideración: los cavernícolas pintaban animales para que los cazadores neófitos aprendieran a conocerlos... o por la sencilla y muy buena razón de que les gustaba pintar.

En el interior hacía aún mucho fresco, casi frío, y estaba empezando a llenarse de humo a causa de la lámpara de grasa. Alcanzaban a oler la primavera que entraba del exterior como una templada brisa.

—¿Por qué sigues haciendo eso? —preguntó un hombre viejo.

—Así hace animales —contestó el hijo más fuerte.

El que estaba pintando no prestaba atención. Una ligera ráfaga de aire que olía a tierra mojada hizo oscilar la pálida llama de la lámpara de piedra, y la puso a su lado izquierdo para ampararla. Una de las mujeres se levantó buscando mejor sitio para ver.

—Él hace los animales y entonces nosotros, los cazadores, salimos de la cueva, y los animales están ahí —dijo el más fuerte de los hijos.

Otro de los jóvenes gruñó:

—Él no sale a cazar.

El pintor no escuchaba. Dejó en el suelo el húmedo terrón de ocre que tenía en la mano y recogió un trozo de cinabrio que metió en la grasa contenida en el hueco de un pedrusco caliente.

—Pero, ¿por qué sigues haciendo eso? —repitió el viejo.

—Cuando los pastos de la primavera estén altos —dijo el hombre joven—, los animales se irán de este sitio. Los que él está haciendo y los que hay fuera. Entonces él tendrá que venir con nosotros.

–En mis tiempos... –dijo el viejo.

Una mujer exclamó:

–¡Shush! Tus dientes cayeron, abuelo.

–Cállate tú –gritó el más fuerte de los hijos–. ¡Bruja! ¡Cizaña! –dio un salto y la abofeteó.

Ella se rió y fue hacia él. Era su medio hermana y pronto sería su compañera.

El pintor dejó el pedazo de cinabrio en el borde de la piedra caliente y se limpió en el muslo la mano derecha. Luego tomó la lámpara y la levantó sobre su cabeza, permaneciendo de espaldas. Los grandes omóplatos del bisonte tenían un ardiente rojo de cinabrio. Los pies delanteros de la res, los pequeños cascos, estaban en recíproco equilibrio. Arriba, hacia el final de la cueva, había un espacio en blanco en la pared. Se dirigió hacia allí y se puso a observarlo. Luego volvió con sus colores y grasa caliente.

Un hombre joven comentó:

–Esto no parece un bisonte: sólo tiene tres patas. ¿Dónde está la otra?

El hijo más fuerte dijo:

–Éste es un bisonte con tres patas; podremos atraparlo fácilmente –miró por encima del hombro, a los demás–. Miren: él los hace así para que podamos cazarlos.

–A veces están de una forma que tienen tres patas –expuso el pintor–. Como pasa con éste.

–Es una gran magia –dijo una mujer vieja.

–Hace animales –comentó el hijo más fuerte–. Esto no es magia. Los animales están ahí cuando salimos.

–Me gusta hacer esto –puntualizó el pintor.

Un hombre que estaba sentado en la boca de la cueva y tenía un martillo de granito sobre las rodillas, dijo, sin volver la cabeza:

–Vienen dos hombres.

Acto seguido, se levantó del montón de helechos secos. El hijo más fuerte dio un silbido y todos se quedaron inmóviles. Luego fue hacia el hombre que estaba vigilando y se puso a escuchar con él. En la cueva, las mujeres que tenían hijos los llevaron hacia dentro. El pintor añadió con la mano algo de grasa derretida. La lámpara chisporroteó y llameó con más fuerza.

–¿Quiénes son? –preguntó con calma el hijo más fuerte al observador–. ¿Alcanzas a olerlos?

Se volvió a mirar al hombre joven e hizo el gesto de disparar con un brazo. Sin apartar los ojos de la boca de la cueva, recogieron sus proyectiles y fueron todos hacia él.

El observador dijo:

—Quizá sean los dos hermanos, los que expulsaste. Llevan carne de oso..., es demasiado fuerte. No puedo saberlo aún...

—¿Qué pasa? —preguntó el viejo.

—¡Shush! —dijo una de las mujeres al tiempo que le golpeaba en la cara.

Se oía desde el fondo de la cueva el gotear del agua calcárea y los sibilantes susurros que las madres hacían para aquietar a sus hijos. Ninguno de ellos hacía, sin embargo, ningún ruido comprometedor.

El pintor había puesto su lámpara sobre un saliente y ahora miraba hacia la abertura con las manos colgando a los lados del cuerpo. Una vez miró de reojo hacia su trabajo.

Fuera, los hombres jóvenes estaban en pie, olfateando el aire con las narices distendidas, mientras su cabeza se movía ligeramente de un lado a otro para captar el rumbo de los que se aproximaban. El observador dijo:

—Ahora sí los huelo; son los hermanos.

Los hombres salieron en silencio y se adentraron en la oscuridad; era imposible ver dónde estaban. Eventualmente, algunos de ellos se hallaban a medio camino hacia los árboles cercanos, otros arriba, frente a la roca, al cuidado de la gruta. El pintor había vuelto a su trabajo. Estaba dibujando pequeños uros en el trozo de pared que aún quedaba libre.

—¡Carne de oso! —exclamó—. ¡Ah!

Los dos hombres que llevaban el oso no se escondían, sino que andaban con naturalidad, sin preocuparles el ser vistos. Al llegar al límite del círculo de luz que rodeaba la cueva, se detuvieron. Uno de ellos dejó salir ruidosamente su aliento al dejar caer el cadáver.

—¡Un regalo! —gritó.

Se hizo el silencio.

—¿Por qué? —dijo el más fuerte de los hijos.

Y hubo otra pausa. Los recién llegados hablaron entre sí en voz baja durante un momento.

—No llevamos piedras. ¿Podemos ir a la cueva?

—¡No! Dejen el regalo y vuelvan mañana con la luz del sol.

En la cueva, el hombre viejo preguntó:

–¿De qué están hablando?

–¡Te dije que callaras! –exclamó la mujer.

Dejó de abofetearle y le dio un manotazo en la boca. El viejo sonrió y movió la cabeza. El pintor seguía con sus uros, con el entrecejo fruncido y los ojos entornados.

–Esto es un amuleto prodigioso –dijo la mujer vieja.

Estaba completamente ciega y no podía ver las pinturas.

Fuera, los hombres del oso empezaron a cargarlo de nuevo sobre sus hombros.

–¡Dejen la comida! –les gritaron.

–Queremos ver los animales que ése ha hecho.

–¡No! Son nuestros; no los verán.

Entonces se oyó el impacto del oso al desplomarse sobre la hierba.

–¿Mañana? ¿Con la luz del día?

–Pueden venir a la luz del día a la cueva, pero no verán los animales. Son nuestro amuleto.

El pintor salió a la boca de la cueva con la lámpara en una mano y un trozo de carbón en la otra.

–¡Callen! –gritó–. ¡Niños! ¡Viejas sin dientes!

Volviéndose hacia él, el hijo más fuerte y el observador le lanzaron una mirada feroz, enseñándole los dientes. Los dos de la comida observaban todo esto con atención. Luego miraron disimuladamente sobre su hombro y después de nuevo a los otros tres.

El observador puso su mano sobre el brazo del hijo más fuerte y acercó la boca a su oído.

–Han llegado más –le susurró.

Los dos hombres dejaron el oso y se adelantaron hacia el resplandor de la lámpara de pedernal. Llevaban hachas de obsidiana colgadas de sus muñecas con cuerdas de tripa. El pintor vio todo esto y dijo:

–Los animales son míos –y volvió a meterse en la cueva.

Nadie se movía. Los recién llegados permanecían confiados y sonrientes, con la espalda encorvada. Pasaban los dedos sobre los mangos de sauce de sus hachas, mirando primero a la cueva y luego a los oscuros bosques. Un débil ruido llegó del otro lado del claro.

–Tenemos que ver los animales –dijo uno de los recién llegados–. Ya no encontramos nada en las colinas. En esta cueva está todo el juego. No se nos deja nada.

El observador empezó a volver la cabeza hacia el lugar de donde había llegado el leve ruido. El hijo más fuerte aún estaba de pie, con los ojos fijos en los hermanos, intentando olfatear el nuevo olor, pero el que llegaba del oso era demasiado fuerte. El primer alcanzado fue el observador que quedó con la garganta abierta.

Algunos de los jóvenes corrieron rápidos a la boca de la cueva, pero la mayoría de ellos esperaron cuanto pudieron para caer sobre las espaldas de los hombres que llegaban de lo oscuro. Las mujeres amontonaban frente a la gruta brazadas de helechos encendidos. Sus cabellos estaban chamuscados, y ellas marcaban un ritmo loco con sus gritos. Nadie prestó mucha atención al fuego. El hijo más fuerte levantó a un hombre con sus brazos y le lanzó contra el suelo, y volvió la cabeza y mordió a uno de los hermanos que se lanzaba gritando hacia él con una piedra afilada y la boca sangrienta. Había ahora una gran cantidad de esos hombres.

Algunos de ellos, los rapaces, estaban en la gruta. Muchos de los niños habían sido ya muertos, y ahora miraban a las mujeres. Cuando hacían eso, se apoyaban alternativamente en una y otra pierna y presentaban una cara completamente exánime. Muchas de las mujeres, con sus hijos muertos en brazos, tenían la boca abierta y los ojos apretados. Cerca de la boca de la cueva, el hombre joven que se había quejado del pintor estaba intentando aguantar con las dos manos la muñeca de un hombre enorme y casi imbatible. Había creído que podría con su terrible adversario.

Uno de los que había entrado en la cueva, preguntó:

—¿Dónde están los animales?

El viejo señaló el muro: era demasiado débil para tener miedo. El merodeador miró a la pared, buscando carne seca colgada, o grietas. Se volvió furioso hacia el viejo.

—¡Los animales! ¡Los que el mago tiene aquí! ¿Dónde están?

Mató al hombre con su hacha de obsidiana antes que éste le pudiera responder.

Se volvió y miró de nuevo al muro, abriendo las ventanas de la nariz al llegarle el olor de la grasa. Se abalanzó y olfateó las gruesas líneas del dibujo. El ocre seco le hizo estornudar y debió apartarse de la roca. Volvió a mirar y tensó sus músculos. Le llamó la atención el rojo cinabrio del bisonte y se inclinó hacia delante para probarlo con el dedo. Miró fijamente la yema de éste y otra vez a la pared. Luego fue de nuevo al cuerpo del viejo y volvió a machetearlo.

Un grupo de hombres entró en la cueva llevando al pintor, que forcejeaba y trataba de soltarse.

—Aquí está el que hace los animales —dijeron—. ¡Dinos dónde están!

Le alzaron para tirarlo al suelo con fuerza. Luego miraron las paredes de la cueva. Sus ojos no alcanzaron a distinguir las líneas coloreadas de la pintura. Uno de ellos exclamó:

—Debe tener un talismán.

Otro que estaba cerca del cuerpo del pintor le dio la vuelta con el pie.

–No –dijo–. No tiene ninguno. No tiene ningún amuleto.

El primero exclamó:

–Sabía que era mentira. ¡Vámonos!

Faltaba casi una hora para la salida del sol, cuando se fueron, llevándose con ellos a las mujeres que estaban aún vivas. Volvieron por entre los bosques primaverales, recogiendo al pasar la carne de oso. Cruzaron por los pantanos y vadearon un río que había allí entonces. Por fin, ellos y su griterío se perdieron en la espesura de la selva al otro lado de las distantes colinas.

En la cueva, se apagó la llama de la lámpara de pedernal. Por un momento, un destello de sol, hizo centellear la grasa que se helaba en el rubicundo lomo de un bisonte.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>